

**OBRAS COMPLETAS
DE MELANIE KLEIN**

- I. Amor, culpa y reparación
- II. El psicoanálisis de niños
- III. Envidia y gratitud
- IV. Relato del psicoanálisis de un niño

Melanie Klein

**AMOR, CULPA Y
REPARACIÓN
y otros trabajos
(1921-1945)**

*Con una introducción
de R.E. Money-Kyrle*



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

1. EL DESARROLLO DE UN NIÑO¹

(1921)

1

LA INFLUENCIA DEL ESCLARECIMIENTO SEXUAL Y LA
DISMINUCIÓN DE LA AUTORIDAD SOBRE
EL DESARROLLO INTELECTUAL DE LOS NIÑOS

Introducción

La idea de explicar a los niños temas sexuales está ganando terreno progresivamente. La instrucción que se da en las escuelas en muchos lugares tiene por objeto proteger a los niños durante la época de la pubertad de los peligros cada vez mayores de la ignorancia, y es desde este punto de vista que la idea ha logrado mayor simpatía y apoyo. Sin embargo, el conocimiento obtenido gracias al psicoanálisis indica la necesidad, si no de "esclarecer", por lo menos de criar a los niños desde los años más tempranos en forma tal, que convierta en innecesario cualquier esclarecimiento especial, ya que apunta al esclarecimiento más completo, más natural, compatible con el grado de madurez del niño. Las conclusiones irrefutables a extraerse de la experiencia psicoanalítica requieren que los niños sean protegidos, siempre que sea posible, de cualquier represión demasiado fuerte, y de este modo de la enfermedad o de un desarrollo desventajoso del carácter. Por consiguiente, junto a la intención realmente prudente de contrarrestar con la información los peligros reales y visibles, el análisis procura evitar peligros igualmente reales, aunque no sean vi-

¹ Conferencia pronunciada en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, julio de 1919. Este artículo ya estaba listo para ser publicado, y dejé las observaciones e inferencias tal como se me ocurrieron entonces.

sibles (porque no son reconocidos como tales), pero mucho más comunes y profundos, y que por ende exigen ser observados mucho más urgentemente. Los resultados del psicoanálisis —que siempre en todo caso individual retrotrae a las represiones de la sexualidad infantil como causa de la enfermedad posterior, o a los elementos más o menos mórbidos actuantes o a inhibiciones presentes incluso en cualquier mente normal—, indican claramente el camino a seguir. Podemos evitar al niño una represión innecesaria liberando —primero y principalmente en nosotros mismos— la entera y amplia esfera de la sexualidad de los densos velos de secreto, falsedad y peligro, tejidos por una civilización hipócrita sobre una base afectiva y mal informada. Dejaremos al niño adquirir tanta información sexual como exija el desarrollo de su deseo de saber, despojando así a la sexualidad de una vez de su misterio y de gran parte de su peligro. Esto asegurará que los deseos, pensamientos y sentimientos no sean en parte reprimidos y en parte, en la medida en que falla la represión, tolerados bajo una carga de falsa vergüenza y sufrimiento nervioso, como nos pasó a nosotros. Además al impedir esta represión, esta carga de sufrimiento superfluo, estamos sentando las bases para la salud, el equilibrio mental y el desarrollo positivo del carácter. Sin embargo, este resultado incalculablemente valioso no es la única ventaja que podemos esperar para el individuo y para la evolución de la humanidad, de una crianza fundada en una franqueza sin límites. Tiene otra consecuencia no menos importante: una influencia decisiva sobre el desarrollo de la capacidad intelectual.

La verdad de esta conclusión extraída de las experiencias y enseñanzas del psicoanálisis quedó confirmada en forma clara e irrefutable por el desarrollo de un niño del que tengo ocasión de ocuparme con frecuencia.

Historia previa

El niño en cuestión es el pequeño Fritz, hijo de conocidos que viven cerca de mi casa. Esto me dio oportunidad de estar a menudo en compañía del niño, sin ninguna restricción. Además, como la madre sigue todas mis recomendaciones, puedo ejercer amplia influencia en su crianza. El niño, que tiene ahora cinco años, es fuerte y sano, de desarrollo mental normal pero lento. Empezó a hablar a los dos años, y tenía más de tres y medio cuando se pudo expresar con fluidez. Incluso entonces no se observaron esas frases especialmente llamativas, como las que se oyen ocasionalmente a edad muy temprana en niños bien dotados. A pesar de esto, daba la impresión, tanto por su aspecto como por su conducta, de ser un niño inteligente y despierto. Consiguió adquirir muy lentamente unas pocas ideas propias. Ya tenía más de cuatro años cuando aprendió a distinguir los colores, y casi cuatro años y medio cuando se familiarizó con las

nociones de ayer, hoy y mañana. En cosas prácticas estaba evidentemente más atrasado que otros niños de su edad. A pesar de que a menudo lo llevaban de compras, parecía (por sus preguntas) que le resultaba incomprendible que la gente no regalara sus pertenencias, ya que todos tenían muchas cosas, y era muy difícil hacerle comprender que debía pagarse por ellas, y a diferentes precios según su valor.

Por otra parte, su memoria era notable. Se acordaba, y aún recuerda, cosas relativamente remotas con todo detalle, y domina completamente las ideas o hechos que alguna vez ha comprendido. En general, ha hecho pocas preguntas. Cuando tenía alrededor de cuatro años y medio se inició un desarrollo mental más rápido y también un impulso más poderoso a hacer preguntas. También en esta época el sentimiento de omnipotencia (lo que Freud ha llamado “la creencia en la omnipotencia del pensamiento”) se volvió muy marcado. Cualquier cosa de que se hablara —cualquier habilidad u oficio— Fritz decía que podía hacerlo perfectamente, incluso cuando se le probaba lo contrario. En otros casos, cuando como réplica a sus preguntas se le decía que el papá y la mamá también desconocían muchas cosas, esto no parecía quebrantar su creencia en su propia omnipotencia y en la de su ambiente. Cuando no podía defenderse de ninguna otra manera, incluso bajo la presión de las pruebas en contra, solía afirmar: “¡Con una vez que me muestren, podré hacerlo muy bien!” De modo que, a pesar de toda demostración de lo contrario, estaba convencido de que podía cocinar, leer, escribir y hablar francés perfectamente.

Aparición del período de preguntas sobre el nacimiento

A la edad de cuatro años y nueve meses aparecieron preguntas concernientes al nacimiento. Uno se veía obligado a reconocer que coincidía con esto un notable incremento de su necesidad de hacer preguntas en general.

Quisiera señalar aquí que las preguntas planteadas por el pequeño (que en general dirigía a su madre o a mí) eran siempre contestadas con la verdad absoluta, y, cuando era necesario, con una explicación científica adaptada a su entendimiento, pero tan breve como fuera posible. Nunca se hacían referencias a las preguntas que ya se le hubieran contestado, ni tampoco se introducía un nuevo tema, a menos que él lo repitiera o comenzara espontáneamente una nueva pregunta.

Después que hubo preguntado ² “¿Dónde estaba yo antes de nacer?”, la pregunta surgió nuevamente en la forma de “¿Cómo se ha-

² La pregunta fue provocada por observaciones ocasionales de un hermano y hermana mayores, que le dijeron en diferentes oportunidades: “Tú no habías nacido todavía”. Parecía fundada también en el sentimiento evidentemente doloroso de “No

ce una persona?" y se repitió casi diariamente en esta forma estereotipada. Era evidente que la constante recurrencia de esta pregunta no se debía a falta de inteligencia, porque era obvio que comprendía totalmente las explicaciones que se le daban sobre el crecimiento en el cuerpo de la madre (la parte representada por el padre no se le había explicado porque aún no había preguntado sobre ella). Que un cierto "displacer", una falta de deseo de aceptar la respuesta (contra lo que luchaba su anhelo de verdad) era el factor determinante de su frecuente repetición de la pregunta, lo demostraba su conducta, su comportamiento distraído, incómodo, cuando la conversación apenas había comenzado, y sus visibles intentos de abandonar el tema que él mismo había iniciado. Por un breve período dejó de preguntarnos esto a su madre y a mí, y se dirigió a su niñera (que poco después se fue de la casa) y a su hermano mayor. Sus respuestas, que la cigüeña traía a los bebés y que Dios hacía a la gente, lo satisficieron sin embargo sólo por pocos días, y cuando después volvió a su madre otra vez con la misma pregunta "¿Cómo se hace una persona?", parecía al final más dispuesto a aceptar la respuesta de la madre como la verdad.³

A la pregunta "¿Cómo se hace una persona?" su madre le repitió una vez más la explicación que ya le había dado a menudo. Esta vez el niño habló más y contó que la gobernanta le había dicho (parece haber oído esto antes también, de alguna otra persona), que la cigüeña traía los bebés. "Eso es un cuento", dijo la madre. —"Los niños L. me dijeron que la liebre de Pascua no vino en la Pascua sino que fue la niñera quien escondió las cosas en el jardín." ⁴ "Tenían razón", contestó la madre. —"¿No hay liebre de Pascua, no es cierto", ¿es un cuento?" —"Por supuesto." —"¿Y tampoco

haber estado siempre allí", ya que en seguida de haberse informado y repetidamente después, expresaba satisfacción al decir que él de cualquier modo había estado antes allí. Pero era evidente que ésta no fue la única instigación para la pregunta, ya que poco después apareció en la forma alterada de: "¿Cómo se hace una persona?" A los cuatro años y tres meses se repitió frecuentemente otra pregunta, durante un tiempo. Preguntaba: "¿Para qué se necesita un papá?", y (más raramente) "¿Para qué se necesita una mamá?" La contestación a esta pregunta, cuyo significado no fue reconocido en esa época, fue que uno necesitaba un papá para que lo quisiera y lo cuidase. Esto fue visiblemente insatisfactorio, y con frecuencia repitió la pregunta hasta que gradualmente la abandonó.

³ Al mismo tiempo captó algunas otras ideas que habían sido repetidamente comentadas en el período precedente a las preguntas sobre el nacimiento, pero que tampoco aparentemente habían quedado del todo aclaradas. Incluso había tratado de defenderlas en cierta forma: por ejemplo, había tratado de probar la existencia de la liebre de Pascua diciendo que los niños L. (compañeros de juego) también poseían una, y que él mismo había visto al diablo a lo lejos, en el prado. Era mucho más fácil convencerlo de que lo que pensó que había visto era un potro, que persuadirlo de la falta de fundamento de la creencia en el diablo.

⁴ Aparentemente sólo había quedado convencido en el asunto de la liebre de Pascua por esta información provista por los niños L. (aunque a menudo le contaban cosas que no eran ciertas). Fue quizá también esto lo que lo instigó a investigar más la

existe Papá Noel?" —"No, tampoco existe." —"¿Y quién trae el árbol y lo arregla?" —"Los padres." —"¿Y tampoco hay ángeles, eso también es un cuento?" —"No, no hay ángeles, eso también es un cuento."

Evidentemente estos conocimientos no fueron fácilmente asimilados, porque al final de esta conversación preguntó después de una breve pausa, "¿Pero hay cerrajeros, no? ¿Son reales? Porque si no, ¿quién haría las cerraduras?" Dos días después ensayó cambiar de padres; anunciando que iba a adoptar a la señora L. como madre y a sus hijos como hermanos y hermanas, y se quedó en casa de ellos durante toda una tarde. Al atardecer volvió a la casa arrepentido.⁵ Su pregunta al día siguiente, hecha a su madre inmediatamente después del beso de la mañana, "Mamá, dime, ¿cómo viniste tú al mundo?", mostraba que allí había una conexión causal entre su cambio deliberado de padres y el previo esclarecimiento que había sido tan difícil de asimilar.

Después de esto también mostró mucho más placer en entender realmente el tema, al que retornaba repetidamente. Preguntó cómo sucedía en los perros; después me dijo que recientemente él "había espiado dentro de un huevo roto" pero no había conseguido ver un pollito dentro. Cuando le expliqué la diferencia entre un pollito y un niño, y que este último permanece dentro del calor del cuerpo materno hasta que está lo bastante fuerte como para salir afuera, se sintió evidentemente satisfecho. "¿Pero, entonces, quién está dentro de la madre para darle de comer al chico?", preguntó.

Al día siguiente me preguntó "¿Cómo crece la gente?" Cuando tomé como ejemplo un niño que él conocía, y como ejemplos de diferentes estadios del desarrollo a él mismo, a su hermano y a su papá, dijo "Yo sé todo eso, pero ¿cómo se crece?"

Durante la tarde lo habían regañado por desobedecer. Estaba perturbado por ello y trataba de hacer las paces con su madre. Le dijo "Seré obediente mañana y al otro día y al otro día..."; y deteniéndose súbitamente pensó por un instante y preguntó "Dime, mamá, ¿cuánto falta para que venga pasado mañana?" Y cuando ella le preguntó qué quería decir exactamente, repitió: "¿Cuánto tiempo tarda en venir un nuevo día?" e inmediatamente después: "Mamá ¿la noche pertenece siempre al día anterior, y temprano a la mañana es otra vez un nuevo día?" ⁶ La madre fue a buscar algo y cuando retornó a la habitación él estaba cantando para sí. Cuando ella entró

respuesta —tan a menudo pedida pero no asimilada aún— a la pregunta: "¿Cómo se hace una persona?"

⁵ Se había escapado de la casa alrededor de dos años antes, pero no se descubrió su razón para hacerlo. Lo encontraron ante una relojería observando cuidadosamente el escaparate.

⁶ La concepción del tiempo, que le había resultado tan difícil, parecía haberse aclarado. Una vez, cuando ya había aparecido el creciente placer por hacer preguntas, dijo: "¿Ayer es lo que ha sido, hoy es lo que es, mañana es lo que vendrá?"

dejó de cantar, la miró fijamente y dijo: “¿Si hubieras dicho ahora que yo no tenía que cantar, yo tendría que dejar de cantar?” Cuando ella le explicó que nunca le diría una cosa así, porque siempre él podría hacer lo que quisiera excepto cuando había alguna razón para impedírselo, y le dio ejemplos, pareció satisfecho.

Conversación sobre la existencia de Dios

Al día siguiente llovió. Fritz se lamentaba de esto porque quería jugar en el jardín, y preguntó a su madre: “¿Sabe Dios cuánto tiempo dejará que llueva?” Ella contestó que Dios no hacía la lluvia, sino que la lluvia venía de las nubes, y le explicó el asunto. Al día siguiente la recibió nuevamente con una pregunta largo tiempo abandonada: “¿Cómo se hace una persona?” La madre trató de descubrir qué era exactamente lo que él no entendía de sus explicaciones previas, y el niño dijo: “Sobre lo de crecer.” Cuando trató de explicarle una vez más cómo crecían la cabecita y los miembros, dijo: “Dime, mamá, pero cómo, ¿de dónde vienen la cabecita, y la pancita, y todo el resto?” Al replicarle ella que ya están presentes muy chiquitas, dentro del pequeño huevo, como la florecita en el capullo, no preguntó más. Poco después preguntó: “¿Cómo se hace una silla?”⁷ Entretanto su madre lo había vestido; preguntó entonces espontáneamente: “¿No es Dios quien hace llover? Toni (la mucama) dijo que Dios hace llover”. Después de la respuesta de la madre preguntó: “¿Es un cuento que Dios hace llover?” Al replicar ella que sí, preguntó: “¿Pero hay realmente Dios?” La madre le replicó algo evasivamente que ella nunca lo había visto. “Uno no lo ve, pero ¿está realmente en el cielo?” —“En el cielo sólo hay aire y nubes” “¿Pero existe realmente Dios?”, preguntó otra vez. No había escapatoria, de modo que la madre tomó una decisión y dijo: “No, hijo, no existe”. —“Pero, mamá, si una persona grande dice que Dios existe y vive en el cielo, ¿tampoco es cierto, entonces?” La respuesta de la madre fue que muchos adultos no sabían la verdad sobre las cosas y no podían hablar de ellas correctamente. Había ahora terminado su desayuno y se detuvo ante la puerta que daba al jardín, mirando hacia afuera. Estaba pensativo. De repente dijo: “Mamá, veo lo que existe, y lo que yo veo está realmente allí, ¿no? Veo el sol y el jardín, pero no veo la casa de tía María, y sin embargo está ahí también, ¿no?” La madre le explicó por qué no podía ver la casa de su tía Ma-

⁷ Repitió esta pregunta en ocasiones durante un tiempo, cuando se hablaba de detalles sobre el crecimiento que tenía dificultad para comprender. “¿Cómo se hace una silla?” y la respuesta, con la que estaba familiarizado y por lo que ya no se le contestaba más, parece entonces haber sido una especie de ayuda para él, usada como norma o comparación de la realidad de lo que acabara de oír. Usa la palabra “realmente” en la misma forma y con este intercambio el uso de “¿Cómo se hace una silla?” decreció y cesó gradualmente.

ría y él preguntó: “Mamá, ¿tú tampoco puedes ver su casa?” Y demostró su satisfacción cuando ella replicó que no. Inmediatamente después, sin embargo, preguntó algo más: “Mamá, ¿cómo llegó el sol hasta ahí?” Y cuando ella dijo algo pensativamente, “Sabes, ha estado allá desde hace mucho, mucho tiempo...”, él dijo “Sí, pero mucho, mucho antes, ¿cómo llegó hasta allí?”

Debo explicar aquí la conducta algo insegura de la madre para con el niño en la cuestión de la existencia de Dios. La madre es atea, pero al criar a los mayores no había puesto en práctica sus convicciones. Es verdad que los niños se criaron con bastante independencia de la religión, y que se les había hablado poco sobre Dios, pero el Dios que su ambiente (escuela, etc.) les presentaba ya hecho, nunca fue negado por la madre; de modo que aunque se hablara poco de él igual estaba implícitamente presente para los niños y ocupaba un lugar entre las concepciones fundamentales de su mente. El marido, que sostenía una concepción panteísta de la deidad, aprobaba la introducción de la idea de Dios en la educación de los niños, pero los padres no habían decidido nada preciso sobre este punto. Accidentalmente sucedió que ese día la madre no tuvo oportunidad de discutir la situación con el marido, de modo que cuando a la tarde el pequeño preguntó repentinamente a su padre: “Papá, ¿hay realmente un Dios?”, el padre contestó simplemente: “Sí.” Fritz exclamó: “¿Pero mamá dijo que en realidad no hay Dios!” Justo en ese momento la madre entró en la habitación, y él le preguntó de inmediato: “Mamá, papá dice que hay realmente un Dios. ¿Existe Dios realmente?” Ella, lógicamente, se turbó bastante y contestó: “Yo nunca lo vi y tampoco creo que Dios exista.” En este trance el marido vino en su ayuda y salvó la situación diciendo: “Mira, Fritz, nadie ha visto nunca a Dios y algunos creen que Dios existe y otros creen que no existe. Yo creo que existe, pero tu madre cree que no existe.” Fritz, que durante todo el tiempo había mirado de uno a otro con gran ansiedad, se puso bastante contento y expresó: “Yo también creo que no hay Dios.” Sin embargo, luego de un intervalo igual parecía tener dudas, y preguntó: “Dime, mamá, si Dios existe, ¿vive en el cielo?” Ella repitió que sólo había aire y nubes en el cielo, a lo que él repitió con alegría y muy decidido: “Yo también creo que no hay Dios.” Inmediatamente después dijo: “Pero los coches eléctricos son reales, y también hay trenes; yo estuve dos veces en uno, una vez cuando fui a lo de la abuela y otra vez cuando fui a E.”

Esta solución imprevista e improvisada de la cuestión de la deidad tuvo quizá la ventaja de que contribuyó a disminuir la excesiva autoridad de los padres y debilitar la idea de su omnipotencia y omnisciencia, ya que permitió al niño aseverar —cosa que no había ocurrido antes— que su madre y su padre sostenían opiniones diferentes sobre una cuestión importante. Este debilitamiento de la autoridad podía posiblemente provocar cierta sensación de inseguridad en el niño; pero según creo superó esto con bastante facilidad porque

aún quedaba un grado suficiente de autoridad para procurarle una sensación de apoyo; y de cualquier modo no observé en su conducta general ningún rasgo de semejante efecto, ya sea sensación de inseguridad o disminución de la confianza en alguno de los padres. De cualquier modo, una pequeña observación hecha alrededor de dos semanas después pudo haber tenido alguna conexión con esto. Durante un paseo su hermana le había pedido que preguntara a alguien la hora. “¿A un señor o a una señora?” preguntó él. Se le dijo que eso no tenía importancia. “Pero ¿si el señor dice que son las doce y la señora dice que es la una menos cuarto?” preguntó pensativamente.

Me parece que las seis semanas siguientes a esta conversación sobre la existencia de Dios constituyen en cierta medida la conclusión y clímax de un período definido. Encuentro que su desarrollo intelectual durante y desde este período se ha estimulado y ha cambiado tanto en intensidad, dirección y tipo de desarrollo (comparado con su estado anterior) como para permitirme distinguir tres períodos hasta aquí en su desarrollo mental, que datan desde que pudo expresarse con fluidez: el período anterior a las preguntas sobre el nacimiento, el segundo período comenzando con estas preguntas y finalizando con la elaboración de la idea de la deidad, y el período tercero que acaba de comenzar.

Tercer período

La necesidad de formular preguntas, que fue tan marcada en el segundo período, no disminuyó, sino que tomó un camino algo diferente. Por cierto que a menudo vuelve al tema del nacimiento, pero en una forma que demuestra que ya ha incorporado este conocimiento al conjunto de sus pensamientos. Su interés por el origen de los niños y temas conectados con esto es todavía intenso pero decididamente menos ardiente, como lo demuestra el que pregunte menos pero que esté más seguro. Pregunta, por ejemplo, “¿También el perro se hace creciendo dentro de su mamá?” o “¿Cómo crece un ciervo? ¿Igual que una persona?” Al recibir una respuesta afirmativa, “¿También crece dentro de su mamá?”

Existencia

De la pregunta “¿Cómo se hace una persona?”, que ya no formula más en esta forma, se desarrolló una indagación sobre la existencia en general. Doy una selección de las abundantes preguntas de este tipo formuladas en estas semanas. Cómo crecen los dientes, cómo se quedan los ojos adentro (en las órbitas), cómo se forman las líneas de la mano, cómo crecen los árboles, las flores, los bosques, etc., si el tallo de la cereza crece con la fruta desde el comienzo, si las

cerezas verdes maduran dentro del estómago, si las flores que se sacan de la planta se pueden volver a plantar, si la semilla que se recoge inmadura madura después, cómo se hace una fuente, cómo se hace un río, cómo van los botes al Danubio, cómo se hace el polvo; además, sobre la fabricación de los más variados artículos y materiales.

Interés por las heces y la orina

En sus preguntas más especializadas (“¿Cómo puede moverse una persona, mover sus pies, tocar algo? ¿Cómo entra la sangre en la persona? ¿Cómo le viene la piel a una persona? ¿Cómo crecen las cosas, cómo puede una persona trabajar y hacer cosas?”, etc.) y también en la forma en que continúa con estas investigaciones, así como en la necesidad constantemente expresada de ver cómo se hacen las cosas, de conocer el mecanismo interno (del inodoro, sistema de agua, cañería, revólver) en toda esta curiosidad me pareció que se encontraba ya la necesidad de examinar lo que en el fondo le interesaba, es decir, penetrar en las profundidades. La curiosidad inconsciente relativa a la participación del padre en el nacimiento del niño (a la cual no había dado hasta entonces expresión directa alguna) pudo tal vez haber sido responsable en parte de esta intensidad y profundidad. Esto también se manifestó en otro tipo de pregunta que durante un tiempo se mantuvo en primer plano, y que sin haber hablado antes sobre ello, era en realidad una investigación sobre las diferencias sexuales. Por esta época repetía a menudo la pregunta de si su madre, yo y sus hermanas habíamos sido siempre niños, si toda mujer cuando era chiquita era una niña⁸ —si él nunca había sido una niña— y también si su papá había sido varón cuando chico, si todos, si todos los papás habían sido primero varones; una vez, también, cuando la cuestión del nacimiento se estaba haciendo más real para él, preguntó a su padre si él también había crecido dentro de su mamá, usando la expresión “en el estómago” de su mamá, expresión que usaba algunas veces aun cuando se le había corregido ese error. El afectuoso interés por las heces, la orina y todo lo relacionado con ellas que siempre reveló, ha permanecido muy activo y su placer por ellos se pone, en ocasiones, abiertamente de manifiesto. Por un tiempo dio a su pipi (pene) —al cual tiene mucho afecto— un sobrenombre, lo llamaba “pipatsh” pero otras veces lo denominaba “pipi”.⁹ Una vez también dijo a su padre mientras sostenía el bastón de

⁸ Alrededor de los tres años mostró un interés especial por las joyas, particularmente las de su madre (que se mantiene aún), y decía repetidamente: “Cuando sea una señora usaré tres broches al mismo tiempo”. Con frecuencia decía: “Cuando sea una mamá...”

⁹ Una vez, cuando tenía tres años, vio desnudo a su hermano mayor en el baño y exclamó con regocijo: “¡Karl también tiene un pipi!” Dijo entonces a su hermano: “Por favor, pregúntale a Lene si ella también tiene un pipi!”

este último entre sus piernas. “Mira, papá, qué enorme pipi que tengo”. Durante un tiempo habló de sus hermosas “cacas” (heces) y en ocasiones contemplaba su forma, color y cantidad.

Una vez, a causa de una indisposición, tuvieron que aplicarle un enema, procedimiento muy poco usado con él, al que siempre se resiste intensamente; también toma los medicamentos con gran dificultad, especialmente las píldoras. Se sorprendió mucho cuando vio que las deposiciones eran líquidas y no sólidas. Preguntó si la “caca” salía de adelante ahora, o si eso era agua de “pipi”. Al explicársele que era lo de siempre, sólo que fluido, preguntó: “¿Pasa lo mismo con las niñas? ¿A ti también te pasa eso?”

Otra vez se refirió al proceso intestinal que su madre le había explicado en conexión con el enema, y preguntó sobre el agujero por donde sale la “caca”. Mientras formulaba la pregunta me dijo que recientemente había mirado o había querido mirar ese agujero.

Preguntó si el papel higiénico era también para los otros. “Entonces... mamá, tu también haces caca, ¿no?” Cuando ella contestó afirmativamente, observó, “porque si tú no hicieras ‘caca’ nadie en el mundo haría, ¿no es cierto?” En relación con esto habló sobre el tamaño y color de los excrementos del perro, de los otros animales y los comparó con los suyos. Estaba ayudando a pelar arvejas y dijo que le iba a dar un enema a la vaina, abriría el “popó” y sacaría la “caca”.

El sentido de la realidad

Con el comienzo del período de interrogaciones, su sentido práctico (que como ya señalé se había desarrollado muy pobremente antes de las preguntas sobre el nacimiento, lo que hacía que Fritz estuviera atrasado en comparación con otros niños de su edad) presentó un gran adelanto. Aunque continuaba la lucha contra su tendencia a la represión pudo, con dificultad pero vívidamente, reconocer varias ideas como irreales en contraste con las reales. Ahora, sin embargo, manifestaba la necesidad de examinarlo todo desde este aspecto. Desde la terminación del segundo período esto se había puesto de manifiesto en primer plano, particularmente en sus esfuerzos por investigar la realidad y evidencia de cosas que hacía tiempo le eran familiares, de actividades que había practicado y observado repetidas veces, y de cosas que había conocido desde hacía años. En esta forma adquiere un juicio independiente propio del que puede extraer sus propias conclusiones.

Preguntas y certidumbres obvias

Por ejemplo, comía un pedazo de pan duro y decía: “El pan está

muy duro”; después de comerlo: “Yo también puedo comer pan muy duro.” Me preguntó cómo se llamaba eso que se usaba para cocinar y que estaba en la cocina (se le había escapado la palabra). Cuando se lo dije, manifestó: “Se llama hornalla porque es una hornalla. Yo me llamo Fritz porque soy Fritz. A ti te llaman tía porque eres tía.” Durante una de las comidas no había masticado convenientemente un trozo de alimento y por esta razón no pudo tragarlo. Continuando su comida, dijo: “No bajaré porque no lo mastiqué.” Inmediatamente después: “Una persona puede comer porque mastica.” Después del desayuno dijo: “Cuando revuelvo el azúcar en el té se va a mi estómago.” Dije: “¿Es verdad eso?” “Sí, porque no se queda en la taza y va a mi boca”.

Las certezas y realidades adquiridas en esta forma le sirvieron evidentemente como patrón de comparación para nuevos fenómenos e ideas que requerían elaboración. Mientras su intelecto luchaba con la elaboración de los conceptos recientemente adquiridos y se esforzaba por valorar los ya conocidos, y por apoderarse de otros para hacer comparaciones, se dedicaba a escrutar y registrar los que ya había adquirido, así como a la formación de ideas nuevas.

“Real”, “irreal” —palabras que ya se había acostumbrado a usar— adquirirían ahora un significado completamente distinto por la forma en que las usaba. Inmediatamente después de admitir que la cigüeña, la liebre de Pascua, etc., eran cuentos de hadas, y que había decidido que el nacimiento desde el interior de la madre era algo menos bello pero más plausible y real, dijo, “pero los cerrajeros son reales, porque si no ¿quién haría las cerraduras, entonces?” Y después que se vio aliviado de la obligación de creer en un ser para él incomprendible, increíble, invisible, omnipotente y omnisciente, preguntó: “Veo lo que existe, ¿no?... Y lo que uno ve es real. Veo el sol y el jardín”, etc. Así, estas cosas “reales” habían adquirido para él un significado fundamental, que le permitía distinguir todo lo visible y verdadero de aquello (hermoso pero desgraciadamente falso, no “real”) que sucede sólo en los deseos y fantasías.

El “principio de realidad”¹⁰ se había establecido en él. Cuando después de la conversación con su padre y con su madre se puso del lado de la madre compartiendo su incredulidad, dijo: “Los coches eléctricos son reales y los trenes también, porque yo he andado en ellos.” Había encontrado en las cosas tangibles la norma con que podía medir también las cosas vagas y dudosas que su anhelo de verdad le hacía rechazar. Para empezar, las comparaba sólo con objetos físicos tangibles, pero ya cuando dijo: “Veo el sol y el jardín, pero no veo la casa de tía María y sin embargo existe, ¿no es cierto?”, había ido un paso más allá en el camino que transforma la presencia de lo que sólo es visto en la presencia de lo que es pensado. Hizo esto estableciendo como “real” algo que sobre la base de su desarrollo inte-

¹⁰ Freud, “Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico”, 1911.

lectual del momento parecía esclarecedor —y sólo algo adquirido de esta forma— y adoptándolo entonces.

La poderosa estimulación y desarrollo del sentido de la realidad que surgió en el segundo período, se mantuvo sin disminución en el tercero, pero, sin duda como resultado de la gran masa de hechos recientemente adquiridos, tomó principalmente la forma de revisión de adquisiciones anteriores y al mismo tiempo de desarrollo de nuevas adquisiciones; o sea, que se elaboraron en forma de conocimientos. Los siguientes ejemplos están tomados de preguntas y observaciones que hizo en esta época. Poco después de la conversación sobre Dios, informó a su madre una vez, cuando ella lo despertó, que una de las niñas L. le había dicho que ella había visto un niño hecho de porcelana que podía caminar. Cuando la madre le preguntó cómo se denominaba ese tipo de información, él se rió y dijo “un cuento”. Cuando inmediatamente después ella le trajo el desayuno, el niño observó, “pero el desayuno es algo real, ¿no es cierto? ¿La cena también es algo real?” Cuando se le prohibió que comiera cerezas porque todavía estaban verdes, preguntó: “¿No es verano ahora?, pero ¡las cerezas están maduras en verano!” Durante el día se le dijo que él debía devolver el golpe cuando otros niños le pegaran (era tan amable y poco agresivo que su hermano pensó que era necesario darle este consejo), y por la tarde preguntó: “Dime, mamá, ¿si un perro me muerde, puedo devolverle el mordisco?” El hermano había llenado de agua un vaso y lo había puesto en forma tal que desbordó. Fritz dijo: “El vaso no se mantiene bien sobre ese borde” (llama a todo límite preciso, a todos los límites en general, por ejemplo, la juntura de la rodilla, un “borde”). “Mamá, ¿si yo quisiera parar el vaso sobre su borde, querría derramarlo, no es cierto?” Un deseo ferviente y frecuentemente expresado por él era que se le permitiera sacarse los pantaloncitos que es la única ropa que usa en el jardín cuando hace mucho calor, y quedarse desnudo. Como su madre realmente no podía proporcionar ninguna razón convincente por la que no pudiera hacerlo, le dijo que sólo los niños muy pequeños van desnudos, que sus compañeros de juego, los niños L., no iban desnudos, porque eso no se hace. A lo que él pidió: “Por favor, déjame estar desnudo, entonces los niños L. dirán que yo estoy desnudo y a ellos los dejarán y entonces yo también estaré desnudo.” También ahora mostraba, por fin, no sólo comprensión sino también interés por cuestiones de dinero.¹¹ Decía repetidamente que uno consigue dinero por lo que uno trabaja y por lo que uno vende en tiendas, que el papá obtiene dinero

¹¹ El esclarecimiento que evidentemente había removido inhibiciones y permitido que sus complejos se hicieran más conscientes, determinó al parecer el interés por el dinero y la comprensión de su manejo, que ahora aparecían. Aunque había expresado hasta ahora su coprofilia con bastante franqueza, es probable que la tendencia general a romper las represiones, que ahora aparecía, se hiciera sentir también en relación con su erotismo anal, dando así impulso a la posibilidad de sublimarlo en el interés por el dinero.

de su trabajo, pero que debe pagar por lo que se hace para él. También preguntó a su madre si ella obtenía dinero por el trabajo que hacía en la casa (tareas domésticas). Cuando otra vez pidió algo que no podía obtenerse en ese momento, preguntó: “¿Hay guerra todavía?” Cuando se le explicó que todavía había escasez de ciertas cosas y que eran caras y por consiguiente difíciles de comprar, preguntó: “¿Son caras porque hay pocas?” Después quiso saber qué cosas, por ejemplo, son baratas y qué cosas son caras. Una vez preguntó: “Cuando uno hace un regalo no obtiene nada por él, ¿no es cierto?”

Delimitación de sus derechos. Querer, deber, poder

También demostró claramente su necesidad de que se definieran en forma precisa las limitaciones de sus derechos y poderes. Empezó esto la tarde en que planteó la pregunta: “¿Cuánto tiempo falta para que venga un nuevo día?”, cuando preguntó a la madre si debía dejar de cantar si ella le prohibía hacerlo. En esa época demostró al principio vivida satisfacción cuando la madre le aseguró que en la medida de lo posible le dejaría hacer lo que él quisiera, y él trató de comprender por medio de ejemplos cuándo esto sería posible y cuándo no lo sería. Pocos días después recibió un juguete de su padre y dijo que le pertenecía cuando él era bueno. Me contó esto y me preguntó: “Nadie puede sacarme lo que me pertenece, ¿no es cierto? ¿Ni siquiera mamá o papá?” y se sintió muy contento cuando estuve de acuerdo con él. El mismo día le preguntó a la madre: “Mamá, tú no me prohibes hacer cosas sólo por una razón” (usando aproximadamente las palabras que ella había empleado). Una vez dijo a su hermana: “Yo puedo hacer todo lo que soy capaz de hacer, lo que soy bastante listo para hacer y se me permite”. Otra vez dijo: “¿Puedo hacer todo lo que quiero, no es cierto? Sólo no ser travieso”. Después preguntó una vez en la mesa: “¿Entonces nunca puedo comer mal?” Y cuando se lo consoló diciéndole que ya bastante a menudo había comido mal, observó: “¿Y ahora no puedo comer mal nunca más?”¹² Frecuentemente dice, cuando juega o en otras oportunidades, refiriéndose a las cosas que le gusta hacer: “Hago esto, ¿no es cierto?, porque quiero.” Es entonces evidente que durante esas semanas dominaban completamente las ideas de querer, deber y poder. Dijo a propósito de un juguete mecánico en el que un gallo salta de una cajita cuando se abre la puerta que lo mantiene dentro: “El gallo sale porque debe salir.” Cuando se hablaba de la destreza de los gatos y se observaba que un gato puede trepar al

¹² Repetidamente ruega a su hermana que sea muy traviesa sólo por una vez y le promete quererla mucho si lo hace. Saber que papá y mamá ocasionalmente también hacen algo mal le da gran satisfacción, y una vez dijo: “Una mamá también puede perder cosas, ¿no?”

techo, agregó: "Cuando quiere". Vio un pato y preguntó si podía correr. Justamente en ese momento el pato empezó a correr. Preguntó: "¿Está corriendo porque yo lo dije?" Cuando se negó esto, prosiguió: "¿Porque él quería hacerlo?"

Sentimiento de omnipotencia

Creo que la declinación de su "sentimiento de omnipotencia", que había sido tan evidente algunos meses antes, estaba íntimamente asociada con el importante desarrollo de su sentido de la realidad, que ya se había establecido durante el segundo período, pero que había hecho progresos aún más notables desde entonces. En diferentes ocasiones demostró y demuestra conocimiento de las limitaciones de sus propios poderes, del mismo modo que no exige ahora tanto de su ambiente como antes. De cualquier modo, sus preguntas y observaciones demuestran una y otra vez que sólo ha ocurrido una disminución; que todavía hay luchas entre su sentido de la realidad en desarrollo y su sentimiento de omnipotencia profundamente enraizado —es decir, entre el principio de realidad y el principio de placer— que llevan frecuentemente a formaciones de compromiso, a menudo decididas en favor del principio del placer. Presento como prueba algunas preguntas y observaciones de las que extraje estas inferencias. Un día después de plantear la cuestión de la liebre de Pascua, etc., me preguntó cómo arreglan los padres el árbol de Navidad y si se lo fabrica o crece realmente. Después preguntó si sus padres no podrían decorar un bosque de árboles de Navidad y dárselo cuando llegaran las fiestas. El mismo día le pidió a la madre que le diera el lugar B. (adonde irá en el verano) para poder tenerlo inmediatamente.¹³ Una mañana se le dijo que hacía mucho frío y que había que abrigarlo más. Después le dijo al hermano: "Hace frío, entonces es invierno. Es invierno, entonces es Navidad. Hoy es víspera de Navidad, sacaremos chocolates y nueces del árbol."

Deseo

En general, desea y pide a menudo ferviente y persistentemente cosas posibles e imposibles, manifestando gran emoción y también impaciencia, que de otro modo no se manifiesta mucho, ya que es un niño tranquilo, nada agresivo.¹⁴ Por ejemplo, cuando se hablaba de

¹³ También en esta época rogó a su madre, ocupada en la cocina, que cocinara la espinaca de modo que se convirtiera en papa.

¹⁴ En sus demostraciones de afecto es muy tierno, especialmente hacia su madre pero también hacia otras personas que lo rodean. A veces puede ser muy tormentoso pero en general es más afectuoso que rudo. Sin embargo hace un tiempo hubo cierto elemento emocional en la intensidad de sus preguntas. Su amor por su padre se mostró

América: "Mamá, por favor, quisiera ver América, pero no cuando sea grande, quisiera verla ahora mismo." A menudo usa este "no cuando sea grande: quiero ahora mismo" como apéndice de deseos que supone encontrarán el consuelo de una promesa de satisfacción. Pero ahora muestra generalmente adaptación a la posibilidad y a la realidad, incluso en la expresión de deseos que antes, en la época en que su creencia en la omnipotencia era tan evidente, parecían indiferentes a la discriminación entre lo realizable y lo irrealizable.

Al pedir que se le diera un bosque de árboles de Navidad y el lugar B, como hizo al día siguiente de la conversación que tanto lo desilusionó (la liebre de Pascua, la cigüeña, etc.), quizás estaba tratando de descubrir hasta dónde se extendía todavía la omnipotencia de los padres, que seguro quedó muy menoscabada por la pérdida de estas ilusiones. Por otra parte, cuando me cuenta ahora qué lindas cosas me traerá de B., agrega siempre: "Si puedo" o "Lo que pueda", en tanto que antes de ninguna manera demostraba estar influido por la distinción entre posibilidad e imposibilidad cuando formulaba deseos o promesas (de todas las cosas que me iba a dar, y de otras más cuando fuera grande). Ahora, cuando se habla de realizaciones u oficios que él desconoce (por ejemplo, encuadernación de libros) dice que no puede hacerlo y pide que se le permita aprender. Pero a menudo, sólo es necesario un pequeño incidente a su favor para volver nuevamente activa su creencia en su omnipotencia; por ejemplo, cuando anunció que podría trabajar con máquinas como un ingeniero porque se había familiarizado con una pequeña maquina de juguete en casa de un amigo, o cuando suele agregar a su admisión de que no conoce algo: "Si me indican bien, lo sabré". En esos casos pregunta frecuentemente si su papá tampoco lo conoce. Esto demuestra evidentemente una actitud ambivalente. En tanto que a veces la respuesta de que papá y mamá tampoco conocen algo parece contentarlo, otras veces le desagrada saber esto y trata de demostrar lo contrario. La mucama una vez le contestó "Sí" cuando le preguntó si ella sabía todo. Aunque después ella retiró esta afirmación, incluso durante un tiempo solía dirigirle la misma pregunta, elogiando sus habilidades, diciéndole que ella sabía evidentemente de todo, y tratando con esto de que ella volviera a su aseveración original de "omnisciencia". Recurrió una o dos veces a la afirmación de que "Toni sabe todo" (aunque todo el tiempo estaba convencido seguramente de que sabía mucho menos que sus propios padres), cuando se le dijo que tampoco su papá o su mamá podían hacer algo, y esto le resultaba desagradable. Una vez me pidió que levantara la alcantarilla en la calle porque quería verla por dentro. Cuando le contesté que no podía hacer eso ni colocarla bien después, trató de desechar la

algo exagerado alrededor del año y nueve meses. En esa época lo quería evidentemente más que a la madre. Pocos meses antes de esto su padre había regresado después de una ausencia de casi un año.

objeción diciendo que quién haría esas cosas si la familia L. y él y sus propios padres estuvieran solos en el mundo. Una vez le contó a la madre que había cazado una mariposa y agregó: "Aprendí a cazar mariposas". Ella le preguntó cómo había aprendido a hacerlo. "Traté de cazar una y me las arreglé para hacerlo, y ahora ya sé cómo". Como preguntó inmediatamente después si ella había aprendido "a ser una mamá", creo que no estoy equivocada al pensar que —quizá no del todo conscientemente— se estaba burlando de ella.

Esta actitud ambivalente —que se explica por el hecho de que el niño se coloca en el lugar del padre poderoso (que espera ocupar alguna vez), se identifica con él, y por otra parte estaría dispuesto a dejar de lado el poder que restringe su yo— es seguramente también responsable de su conducta en relación con la omnisciencia de los padres.

La lucha entre el principio de realidad y el principio del placer

Sin embargo, por la forma en que su creciente sentido de la realidad contribuye evidentemente a la declinación de su sentimiento de omnipotencia, y por la forma en que el niño goza de este último luchando contra la presión de su impulso a investigar, me parece que este conflicto entre el sentido de realidad y el sentimiento de omnipotencia influye también en su actitud ambivalente. Cuando el principio de realidad consigue dominar en esta lucha y establece la necesidad de limitar el propio e ilimitado sentimiento de omnipotencia, surge la necesidad paralela de mitigar esta dolorosa compulsión que va en detrimento de la omnipotencia paterna. Pero, si vence el principio del placer, encuentra en la perfección paterna un apoyo que trata de defender. Quizás esto explica por qué el niño, siempre que le es posible, intenta recobrar su creencia tanto en la omnipotencia de sus padres como en la suya propia.

Cuando, movilizado por el principio de realidad, trata de hacer un doloroso renunciamento a su propio sentimiento de omnipotencia ilimitada, surge probablemente en conexión con esto la necesidad, tan evidente en el niño, de definir los límites de sus propios poderes y los de sus padres.

Me parece que en este caso la necesidad de conocer de Fritz, precoz y fuertemente desarrollada, había estimulado su débil sentido de la realidad y lo había compelido, al superar su tendencia a la represión, a asegurarse adquisiciones nuevas e importantes para él. Esta adquisición, y especialmente la debilitación de la autoridad que la acompañó, habrían renovado y fortificado el principio de realidad como para permitirle proseguir exitosamente sus progresos en pensamientos y conocimientos, que comenzaron simultáneamente con la influencia y superación del sentimiento de omnipotencia. Esta declinación del sentimiento de omnipotencia, que surge por el impulso a

disminuir la perfección paterna (y que seguramente ayuda al establecimiento de los límites de sus propios poderes y de los de sus padres) influye a su vez en la disminución de la autoridad, de modo que existiría una interacción, un refuerzo recíproco entre la disminución de autoridad y el debilitamiento del sentimiento de omnipotencia.

Optimismo. Tendencias agresivas

Su optimismo está fuertemente desarrollado, asociado por supuesto con un poco menoscabado sentimiento de omnipotencia; antes era especialmente notable, e incluso ahora aparece en diversas ocasiones. Paralelamente a la disminución de su sentimiento de omnipotencia, ha hecho grandes adelantos en la adaptación a la realidad, pero muy a menudo su optimismo es mayor que cualquier realidad. Esto fue particularmente evidente con motivo de una desilusión muy dolorosa, probablemente, me imagino, la más grave hasta ahora en su vida. Sus compañeros de juego, cuyas agradables relaciones con él se habían perturbado por causas externas, manifestaron una actitud completamente distinta para con él en vez del amor y el afecto hasta entonces demostrado. Como ellos son varios y mayores que él, le hacían sentir su poder de todas formas y se burlaban y lo insultaban. Siendo como era amable y nada agresivo, trató persistentemente de reconquistarlos con amabilidad y súplicas, y durante un tiempo no pareció admitir ni siquiera ante sí mismo la aspereza de los otros niños. Por ejemplo, aunque no podía menos que reconocer el hecho, de ningún modo quería reconocer que le decían mentiras, y cuando una vez más su hermano tuvo oportunidad de probarlo y le advirtió que no creyera en sus amigos, Fritz exclamó: "Pero ellos no mienten siempre". Pero, quejas ocasionales aunque infrecuentes demostraban que había decidido reconocer las crueldades de que era objeto. Aparecieron ahora bastante abiertamente tendencias agresivas; habló de dispararles con su revólver de juguete hasta que se murieran realmente, de dispararles en el ojo; otra vez también habló de pegarles hasta que se murieran, cuando los otros niños le habían pegado, y mostró sus deseos de matar en estas y otras observaciones, tanto como en su juego.¹⁵ Sin embargo, al mismo tiempo, no abandonó sus intentos de reconquistarlos. Siempre que vuelven a jugar con él parece haber olvidado todo lo sucedido y parece bastante contento, aunque observaciones ocasionales muestran que advierte perfectamente el cambio de relación. Como está particularmente encariñado con una de las niñas, sufrió visiblemente por este asunto, pero lo sobrellevó con calma y gran optimismo. Una vez, cuando oyó

¹⁵ También antes, aunque muy raramente, había hablado de dispararle y pegarle hasta matarlo, cuando estaba muy enojado con su hermano. Recientemente ha preguntado a menudo a quién puede uno disparar hasta matar, y declara: "Puedo fusilar a cualquiera que quiera dispararme".

hablar de morirse, y se le explicó en respuesta a sus preguntas, que todos deben morir cuando envejecen, dijo a su madre: "Entonces yo también moriré, y tú también, y los niños L. también. Y después todos volveremos otra vez y ellos serán buenos otra vez. Puede ser; quizá". Cuando encontró otros compañeros de juego —varones— pareció haber superado todo el asunto y ahora declara repetidamente que ya no le gustan más los niños L.

La cuestión de la existencia de Dios. La muerte

Desde la conversación sobre la inexistencia de Dios, sólo rara vez y en forma superficial ha mencionado este asunto, y en general no ha vuelto a referirse a la liebre de Pascua, Papá Noel, los ángeles, etc. Volvió, sí, a mencionar al diablo. Preguntó a la hermana qué había en la enciclopedia. Cuando ella le dijo que se podía buscar allí todo lo que uno no sabía, el niño preguntó: "¿Hay algo allí sobre el diablo?" Tras su respuesta: "Sí, dice que no hay diablo", no hizo ningún otro comentario. Parece haberse construido él solo una teoría sobre la muerte, como apareció primero en sus observaciones sobre los niños L. "Cuando volvamos otra vez." En otra ocasión dijo: "Me gustaría tener alas y poder volar. ¿Tienen alas los pájaros cuando están quietos y muertos? ¿Uno ya está muerto, no es cierto, cuando uno no está todavía allí?" En este caso tampoco esperó respuesta y pasó directamente a otro tema. Después, a veces, hacía fantasías sobre volar y tener alas. Cuando en una de esas ocasiones su hermana le habló de los aviones que para los seres humanos ocupan el lugar de alas, no pareció complacido con esto. En esta época, el tema de "morir" lo preocupaba mucho. Una vez preguntó a su padre cuándo moriría; también le dijo a la mucama que ella moriría alguna vez, pero sólo cuando fuera muy vieja, agregó para consolarla. En conexión con esto me dijo que cuando se muriera se movería muy lentamente —así (moviendo su dedo índice muy lentamente y muy poco)— y que yo también cuando me muriera podría moverme así, lentamente. Otra vez me preguntó si uno no se mueve nada cuando está durmiendo, y después dijo: "¿No es que algunas personas se mueven y otras no?" Vio un retrato de Carlos V en un libro y aprendió que había muerto hace mucho tiempo. Entonces preguntó: "Y si yo fuera el Emperador Carlos, ¿estaría muerto ya desde hace mucho tiempo?" También preguntó si uno que no comiera por mucho tiempo tendría que morir, y cuánto tiempo tardaría en morir.

Perspectivas pedagógicas y psicológicas

Nuevas perspectivas se abren para mí cuando comparo mis observaciones sobre los poderes mentales tan estimulados en este niño ba-

jo la influencia de su conocimiento recientemente adquirido, con observaciones previas y experiencias en casos de desarrollo más o menos desfavorable. La honestidad con los niños, una respuesta franca a todas sus preguntas y la libertad interna que esto procura, influyen profunda y beneficiosamente en su desarrollo mental. Esto salva al pensamiento de la tendencia a la represión, que es el peligro mayor que lo afecta, o sea, del retiro de energía instintiva con la que va parte de la sublimación, y de la concurrente represión de asociaciones conectadas con los complejos reprimidos, con lo que queda destruida la secuencia del pensamiento. En su artículo "Symbolische Darstellung des Lust-und Realitätsprinzips Oedipus-Mythos"¹⁶ dice Ferenczi: "Estas tendencias que, debido a la aculturación de la raza y del individuo, se han tornado muy dolorosas para la conciencia y por eso se reprimen, arrastran a la represión gran número de otras ideas y tendencias asociadas con estos complejos y las disocian del libre intercambio de pensamientos o por lo menos les impiden ser manejadas con realismo científico".

Creo que en este perjuicio principal —hecho a la capacidad intelectual, al cerrar a las asociaciones el libre intercambio de pensamientos— también debe tomarse en cuenta el *tipo* de perjuicio infligido: en qué dimensiones han sido afectados los procesos de pensamiento, en qué medida ha quedado definitivamente influida la dirección del pensamiento, es decir, si en amplitud o en profundidad. La clase de perjuicio responsable, en este período en que despierta el intelecto, de la aceptación de las ideas por la conciencia, o de su rechazo por resultar intolerable, sería de importancia porque este proceso persiste como prototipo durante toda la vida. El perjuicio podría ocurrir en tal forma, que tanto la "penetración en profundidad" como la "cantidad" en extensión podrían quedar menoscabadas hasta cierto punto independientemente la una de la otra.¹⁷ Probablemente en ninguno de los casos el resultado sería un simple cambio de dirección, ni la fuerza extraída de una dirección beneficiaría a la otra. Como puede inferirse de todas las otras formas del desarrollo mental que resultan de la represión, la energía que sufre la represión permanece "ligada".

Si hay oposición a la curiosidad natural y al impulso a indagar sobre lo desconocido y sobre datos y fenómenos previamente supuestos, entonces también se reprimen las indagaciones más profundas (en las que el niño teme inconscientemente que puede encontrarse con cosas prohibidas o pecaminosas). Sin embargo, también quedan reprimidos simultáneamente todos los impulsos a investigar problemas más profundos en general. Se establece así un rechazo por la in-

¹⁶ Ferenczi (1912b).

¹⁷ El Dr. Otto Gross, en su libro: *Die cerebrale Sekundärfunktion* (1902), sostiene que hay dos tipos de inferioridad, uno debido a una conciencia "aplanada" y el otro a una conciencia "comprimida", cuyo desarrollo refiere a "cambios constitucionales típicos de funcionamiento secundario".

vestigación minuciosa en y por sí misma y, en consecuencia, se abre el camino para que el placer innato e indomable de formular preguntas sólo actúe en superficie y lleve sólo a una curiosidad superficial o, por otra parte, puede aparecer el tipo de persona talentosa, tan frecuente en la vida diaria y en la ciencia, que, aunque poseedora de una gran riqueza de ideas, sin embargo fracasa en los más profundos problemas de su ejecución. También éste pertenece al tipo de persona práctica, adaptable e inteligente que puede apreciar las realidades superficiales pero es ciega para las más profundas y que en cuestiones intelectuales no puede distinguir lo verdadero de lo dogmático. El miedo a tener que reconocer como falsas las ideas que la autoridad le impone como verdaderas, el miedo a tener que sostener desapasionadamente que cosas repudiadas e ignoradas existen efectivamente, lo ha conducido a evitar penetrar más profundamente en sus dudas, y en general a huir de la profundidad. En estos casos creo que el daño puede haber influido el desarrollo del instinto de conocer, y de ahí también el desarrollo del sentido de la realidad, debido a la represión en la dimensión de profundidad.

Sin embargo, si la represión afecta el impulso hacia el conocimiento en forma tal que queda "ligado" a la aversión a cosas ocultas y repudiadas el placer no inhibido de inquirir sobre estas cosas prohibidas (y con ello el placer de interrogar en general, la cantidad de impulso investigador), o sea que queda afectado en su dimensión de amplitud, se daría entonces la precondition para una subsiguiente, falta de intereses. Si el niño ha superado un cierto período inhibitorio de su impulso a investigar y éste ha permanecido activo o ha retornado, puede, obstaculizado ahora por la aversión a atacar preguntas nuevas, dirigir todo el remanente de energía libre en profundidad, a unos pocos problemas especiales. Así se desarrollaría el tipo "investigador" que, atraído por cierto problema, puede dedicarse toda su vida al mismo sin desarrollar ningún interés particular fuera de la esfera limitada que ha elegido. Otro tipo de hombre cultivado es el investigador que, penetrando profundamente, es capaz de adquirir verdaderos conocimientos y de descubrir nuevas e importantes verdades, pero fracasa rotundamente en lo que respecta a las realidades mayores o menores de la vida diaria, pues carece en absoluto de sentido práctico. Decir que por estar absorto en grandes tareas no honra con su atención a las pequeñas no sirve para explicar esto. Según lo demostró Freud en su investigación de la parapraxia, el retiro de la atención es sólo un fenómeno lateral. No actúa como la causa fundamental, como mecanismo por el que se produjo la parapraxia; lo más que puede hacer es ejercer una influencia predisponente. Incluso aunque podemos suponer que un pensador ocupado en grandes pensamientos tiene poco interés por los asuntos de la vida diaria, lo vemos fallar en situaciones en las que por mera necesidad estaría obligado a tener el interés necesario, pero en las que fracasa porque no puede enfrentarlas prácticamente. El que se haya desarrollado de es-

te modo se debe, según creo, a que en el momento en que debió haber reconocido como reales cosas e ideas de todos los días, tangibles, simples, algo estorbó en cierta forma la adquisición de estos conocimientos; una condición que en este estadio seguramente no sería retiro de la atención por falta de interés en lo simple e inmediato, sino que sólo podía ser la represión. Puede suponerse que en una época anterior, habiéndose formado en él una inhibición para conocer otras cosas primitivas y repudiadas, reconocidas por él como reales, el conocimiento de cosas de la vida diaria, de las cosas tangibles originales que se le presentaban, también fue arrastrado a esta inhibición y represión. Por consiguiente quedaría sólo abierto —sea que se vuelva de inmediato hacia él o quizá sólo después de superar cierto período de inhibición— el camino hacia las profundidades; de acuerdo con los procesos de la infancia que constituyen el prototipo, evitaría la amplitud y la superficie. En consecuencia, no se habrá familiarizado con un camino que es ahora intransitable para él, y por el que incluso en una etapa posterior no puede andar simple y naturalmente, como puede hacerlo sin interesarse especialmente quien lo conoce y está familiarizado con él desde épocas tempranas. Se ha pasado por alto este estadio, que está cerrado por represión, así como, contrariamente, el otro, la persona " eminentemente práctica " sólo era capaz de alcanzar este último estadio pero reprimía todo acceso a los estadios que llevan a lo más profundo.

Sucede a menudo que niños que manifiestan en sus observaciones (generalmente al comienzo del período de latencia) una capacidad mental extraordinaria, y parecen justificar grandes esperanzas para el futuro, más tarde quedan rezagados y luego, aunque probablemente sean adultos bastante inteligentes, no dan pruebas de poseer un intelecto superior al término medio. Las causas de este fracaso podrían involucrar un daño mayor o menor en una u otra dimensión de la mente. Esto se confirmaría por el hecho de que tantos niños que por su extraordinario placer en hacer preguntas, y por la cantidad de preguntas que hacen —o por sus constantes investigaciones del "cómo" y "por qué" de todo— fatigan a los adultos, sin embargo después de algún tiempo renuncian a ellas y finalmente manifiestan poco interés o superficialidad de pensamiento. El hecho de que el pensar —afectado en total o en una u otra dimensión— no pudo en ellos extenderse en toda dirección, impidió el gran desarrollo intelectual al que cuando niños parecían destinados. El repudio y la negación de lo sexual y primitivo son las causas principales del daño ocasionado al impulso a conocer y al sentido de la realidad, y ponen en marcha la represión por disociación. Pero al mismo tiempo, el impulso hacia el conocimiento y el sentido de la realidad están amenazados por otro peligro inminente, no un retiro sino una imposición, la de forzarles a ideas ya confeccionadas presentadas en tal forma que el conocimiento de la realidad que tiene el niño no se atreve a rebelarse y nunca intenta sacar conclusiones o deducciones, por lo que se ve permanente-

mente afectado y dañado. Tenemos tendencia a subrayar el "coraje" del pensador que en oposición a la costumbre y a la autoridad, logra llevar a cabo investigaciones completamente originales. No habría tanta necesidad de "coraje" si no fuera que los niños necesitan un espíritu especial para pensar por sí mismos, en oposición a las más altas autoridades, las cuestiones delicadas que en parte son negadas y en parte prohibidas. Aunque se observa con frecuencia que la oposición desarrolla los poderes que surgen para superarla, esto no se aplica al desarrollo mental o intelectual de los niños. El desarrollarse en oposición a todos no significa menos dependencia que el sometimiento incondicional a la autoridad; la verdadera independencia intelectual se desarrolla entre ambos extremos. El conflicto que el naciente sentido de la realidad tiene que emprender contra la innata tendencia a la represión, el proceso que hace que el conocimiento (al igual que las adquisiciones de la ciencia y la cultura en la historia de la humanidad) también en el individuo deba ser adquirido con dolor, junto con los inevitables obstáculos encontrados en el mundo exterior, son todos sustitutos más que suficientes de la oposición, que se supone que actúa como incitante del desarrollo, sin poner en peligro su independencia. Todo lo demás que tenga que ser superado en la infancia —ya sea oposición o sometimiento—, toda resistencia externa adicional, es por lo menos superflua pero muy frecuentemente perjudicial porque actúa como restricción y barrera.¹⁸ Aunque se pueden encontrar a menudo grandes capacidades intelectuales junto con inhibiciones claramente reconocibles, aun entonces las primeras debieron sentirse afectadas por influencias perjudiciales y restrictivas al comienzo de sus actividades. ¡Cuánto del equipo intelectual del individuo es sólo aparentemente propio, cuánto es dogmático, teórico y debido a la autoridad, no logrado por sí mismo, por su propio pensamiento libre y sin trabas! Aunque la experiencia adulta y el *insight* hayan encontrado la solución para algunos de los interrogantes prohibidos y aparentemente incontestables de la infancia —interrogantes que están por lo tanto destinados a la represión— esto, sin embargo, no anula el obstáculo al pensamiento infantil ni lo transforma en banal. Porque (si más tarde el individuo adulto es aparentemente capaz de superar las barreras erigidas frente a su pensamiento infantil, cualquiera que sea la forma utilizada para enfrentar sus limitaciones intelectuales, sea desafío o temor, esta forma sigue siendo la base para la total orientación y modo de su pensamiento, sin que la afecten sus conocimientos posteriores. La sumisión permanente al principio de autoridad, la mayor o menor limitación y de-

¹⁸ Indudablemente cualquier crianza, incluso la más comprensiva, como implica cierto monto de firmeza, causará cierto monto de resistencia y sumisión. Así también es inevitable y necesario para el desarrollo cultural y la educación que haya mayor o menor monto de represión. Una crianza fundada en conocimientos psicoanalíticos restringirá a un mínimo este monto, sin embargo, y sabrá cómo evitar las consecuencias inhibitorias y perjudiciales para el desarrollo mental.

pendencia intelectual permanente, están basadas en esta primera e importantísima experiencia de la autoridad, en la relación entre los padres y el niño pequeño. Su efecto se ve reforzado y apoyado por el cúmulo de ideas éticas y morales que se le presentan al niño debidamente completadas y que forman otras tantas barreras a la libertad de su pensamiento. Sin embargo —aunque éstas le son presentadas como infalibles— un intelecto infantil más dotado, cuya capacidad de resistencia ha sido menos lesionada, puede a menudo emprender una batalla más o menos exitosa contra ellas. Porque aunque las proteja la forma autoritaria en que fueron presentadas, estas ideas deben dar ocasionalmente pruebas de su realidad, y en esas ocasiones no se le escapa al niño observador que todo aquello que se espera de él como natural, bueno, correcto y adecuado, no es siempre considerado del mismo modo, y en referencia a ellos mismos, por los adultos que lo exigen del niño. Así estas ideas siempre presentan puntos de ataque contra los cuales puede emprenderse una ofensiva, por lo menos en forma de dudas. Pero cuando las primeras inhibiciones fundamentales han sido más o menos superadas, la introducción de ideas sobrenaturales no verificables presenta un nuevo peligro para el pensamiento. La idea de una deidad invisible, omnipotente y omnisciente es abrumadora para el niño, tanto más debido a que dos cosas favorecen marcadamente su fuerza efectiva. Una es una necesidad innata de autoridad. Freud dice de esto en *Leonardo da Vinci: Estudio psicosexual de un recuerdo infantil* (Londres, 1922): "La religión puede retrotraerse biológicamente al prolongado periodo de desamparo y necesidad de ayuda del niño pequeño. Cuando el niño crece y se da cuenta de su soledad y debilidad ante las grandes fuerzas de la vida, percibe esta situación como la de su infancia y trata de negar su desolación con una revivificación regresiva de las fuerzas protectoras de la infancia". Como el niño repite el desarrollo de la humanidad, sostiene su necesidad de autoridad en esta idea de la deidad. Pero también el innato sentimiento de omnipotencia, "la creencia en la omnipotencia del pensamiento", que como hemos aprendido de Freud y de las "Etapas en el desarrollo del sentido de la realidad" de Ferenczi,¹⁹ están tan profundamente enraizadas y por lo tanto son permanentes en el hombre, el sentimiento de la propia omnipotencia acoge la aceptación de la idea de Dios. Su propio sentimiento de omnipotencia conduce al niño a atribuirle también a su ambiente. Por consiguiente, la idea de Dios, que equipara a la autoridad con la más completa omnipotencia, se encuentra a mitad de camino con el sentimiento de omnipotencia del niño, ayudándolo a establecer este último y contribuyendo también a impedir su declinación. Sabemos que también a este respecto es importante el complejo paterno, y que la forma en que queda fortificado o destruido el sentimiento de omnipotencia por la primera desilusión sería del niño, de-

¹⁹ Ferenczi (1913).

termina su desarrollo como optimista o pesimista, y también su viveza y espíritu de empresa, o un escepticismo apabullante. Para que el resultado de este desarrollo no sea la utopía y la fantasía ilimitadas, sino el optimismo, el pensamiento debe proporcionar una oportuna corrección. La "poderosa inhibición religiosa del pensamiento" como la llama Freud, estorba la oportuna corrección fundamental del sentimiento de omnipotencia por el pensamiento. Lo hace porque abruma al pensamiento con la introducción dogmática de una autoridad poderosa e insuperable; y se interfiere también la declinación del sentimiento de omnipotencia, que sólo puede tener lugar tempranamente y por etapas, con ayuda del pensamiento. Pero el desarrollo completo del principio de realidad, hasta llegar al pensamiento científico, depende estrechamente de que el niño se arriesgue pronto a realizar el ajuste que debe hacer por sí mismo entre los principios de placer y realidad. Si este ajuste se hace afortunadamente, entonces el sentimiento de omnipotencia quedará colocado sobre cierta formación de compromiso con respecto al pensamiento, y se reconocerá al deseo y la fantasía como pertenecientes al primero, en tanto que el principio de realidad regirá en la esfera del pensamiento y de los hechos establecidos.²⁰

Pero la idea de Dios actúa como un tremendo aliado de este sentimiento de omnipotencia, un aliado casi insuperable porque la mente infantil —incapaz de familiarizarse con esta idea por los medios usuales, pero por otra parte demasiado impresionada por su apabullante autoridad como para rechazarla— ni siquiera se anima a tratar de luchar o tener una duda contra ella. El que la mente pueda después en algún momento quizá superar incluso este impedimento (aunque muchos pensadores y científicos nunca hayan saltado esta barrera, y por eso su obra ha terminado allí), esto sin embargo no anula el daño infligido. La idea de Dios puede oscurecer tanto el sentido de la realidad que éste no se anima a rechazar lo increíble, lo aparentemente irreal, y puede afectarlo de tal modo que se reprime el reconocimiento de cosas tangibles, inmediatas, las así llamadas "obvias", en asuntos intelectuales, junto con los procesos más profundos de pensamiento. Sin embargo, es cierto que lograr este primer estadio del conocimiento e inferencia sin restricción, aceptar lo simple tanto como lo maravilloso sólo sobre los propios fundamentos y deducciones, incorporar en el propio equipo mental sólo lo que es realmente sabido, es sentar las bases para un desarrollo perfectamente desinhibido de la propia mente en cualquier dirección. El perjuicio ocasionado puede variar en tipo y grado, en mayor o menor medida, pero de seguro que no lo evita un posterior esclarecimiento. Así incluso después de los daños primeros y fundamentales al pensamiento en la temprana infancia, la inhibición establecida después por

²⁰ Freud presenta un ejemplo particularmente esclarecedor de esto en "Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico" (1911).

la idea de Dios sigue siendo importante. Por consiguiente, no basta con omitir sólo el dogma y los métodos del confesionario en la crianza del niño, aunque sus efectos inhibitorios sobre el pensamiento se reconozcan más generalmente.

Introducir la idea de Dios en la educación y dejar después al desarrollo individual el enfrentarse con ella no es de ningún modo el recurso para dar al niño libertad a este respecto. Porque por esta introducción autoritaria de esa idea, en un momento en que el niño no está preparado intelectualmente para la autoridad, y está indefenso frente a ella, su actitud en este asunto queda tan influida que no puede nunca más, o sólo a costa de grandes luchas y gasto de energía, liberarse de ella.

II

ANÁLISIS TEMPRANO

*La resistencia del niño al esclarecimiento sexual*²¹

Esta posibilidad y necesidad de analizar niños es una deducción irrefutable de los resultados del análisis de adultos neuróticos, que siempre retrotraen a la niñez las causas de la enfermedad. En su análisis de Juanito²², Freud ha mostrado como siempre el camino, un camino que ha sido seguido y explorado por la Dra. Hug-Hellmuth especialmente, y también por otros.

El interesante e instructivo artículo de la Dra. Hug-Hellmuth, leído ante el último Congreso²³ proporcionó mucha información sobre cómo ella variaba la técnica de análisis para los niños y cómo la adaptaba a las necesidades de la mentalidad infantil. Se ocupó del análisis de niños que muestran desarrollos mórbidos o desfavorables de carácter, y señaló que ella consideraba que el análisis se adaptaba solamente a niños mayores de seis años.

Sin embargo, yo plantearé ahora la cuestión de qué aprendemos del análisis de adultos y niños que podamos aplicar al considerar la mente de los niños menores de seis años, ya que es bien sabido que los análisis de neurosis revelan traumas y fuentes de perjuicio en acontecimientos, impresiones o desarrollos que ocurrieron en edad muy temprana, es decir, antes del sexto año de vida. ¿Qué proporciona esta información para la profilaxis? ¿Qué podemos hacer justamente en una edad que el análisis nos ha enseñado que es tan importante, no sólo para enfermedades subsiguientes sino también para la formación permanente del carácter y del desarrollo intelectual?

²¹ Artículo leído ante la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, febrero de 1921.

²² "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (1909a).

²³ Hugh-Hellmuth (1921).

El primer y más natural resultado de nuestros conocimientos sería ante todo la evitación de los factores que el psicoanálisis ha enseñado a considerar como graves perjuicios para la mente del niño. Plantearíamos entonces como una necesidad incondicional que el niño, desde el nacimiento, no comparta el dormitorio de sus padres, y evitaremos exigencias éticas compulsivas para la criaturita en desarrollo más de lo que se nos evitó a nosotros. Le permitiremos mayor período de conducta no inhibida y natural, interfiriendo menos de lo que suele hacerse y dejándole tomar conciencia de sus distintos impulsos instintivos, y de su placer en ellos, sin echar mano inmediatamente a sus tendencias culturales para trabar su ingenuidad. Nuestro objetivo será un desarrollo más lento que permita que sus instintos se vuelvan en parte conscientes y junto con esto, sea posible sublimarlos. Al mismo tiempo no rehusaremos la expresión de su incipiente curiosidad sexual y la satisfaremos paso a paso, incluso —en mi opinión— sin ocultarle nada. Sabremos cómo darle bastante afecto y sin embargo evitar un exceso dañino; ante todo rechazaremos el castigo corporal y las amenazas y nos aseguraremos la obediencia necesaria para la crianza retrayendo ocasionalmente el afecto. Podrían enunciarse otras indicaciones, más detalladas, que se deducen más o menos naturalmente de nuestros conocimientos, y que no es necesario explicitar aquí. Tampoco entra dentro de los límites de este artículo considerar más estrechamente cómo pueden cumplirse estas indicaciones en la crianza sin dañar el desarrollo del niño como criatura civilizada, ni cargarlo con especiales dificultades en su relación con un ambiente de diferente mentalidad.

Ahora señalaré sólo que estas indicaciones educativas pueden ponerse en práctica (repetidamente he tenido oportunidad de convenirme de esto) y que de ellas resultan evidentes efectos positivos y un desarrollo mucho más libre en múltiples aspectos. Mucho se conseguiría si fuera posible hacer de ellas principios generales para la crianza. Sin embargo, debo hacer de inmediato una reserva. Me temo que incluso allí donde el *insight* y la buena voluntad gustosamente cumplirían estas indicaciones, la posibilidad interna de hacerlo podría no estar siempre presente en una persona no analizada. Pero entretanto, y en pro de la simplicidad, consideraré sólo el caso más favorable en el que tanto el deseo consciente como inconsciente se han hecho eco de estos criterios educativos, y se los lleva a cabo con buenos resultados. Volvemos ahora a nuestra pregunta original: en esas circunstancias, ¿pueden esas medidas profilácticas impedir la aparición de neurosis y de desarrollos perjudiciales del carácter? Mis observaciones me han convencido de que incluso con esto a menudo sólo conseguimos una parte de lo que nos proponíamos; aunque en realidad frecuentemente hicimos uso sólo de una parte de las exigencias que nuestros conocimientos ponen a nuestra disposición. Pues aprendemos del análisis de neuróticos que sólo una parte de los perjuicios causados por la represión puede atribuirse a un ambiente no-

civo u otras condiciones externas perjudiciales. Otra parte muy importante se debe a una actitud por parte del niño, presente desde los más tiernos años. El niño desarrolla frecuentemente, sobre la base de la represión de una fuerte curiosidad sexual, un rechazo indomable a todo lo sexual que sólo un análisis minucioso puede luego superar. No siempre es posible descubrir a partir del análisis de adultos —especialmente en una reconstrucción— en qué medida las condiciones adversas y en qué medida la predisposición neurótica son responsables del desarrollo de la neurosis. En este asunto se trata de cantidades variables, indeterminables. Sin embargo, es cierto esto: que en las fuertes disposiciones neuróticas bastan a menudo leves rechazos del ambiente para determinar una marcada resistencia a todo esclarecimiento sexual, y una carga excesiva de represión sobre la constitución mental en general. Logramos confirmación de lo que aprendemos en el análisis de neuróticos mediante la observación de niños, que nos permite la oportunidad de reconocer este desarrollo a medida que tiene lugar. Parece, por ejemplo, que a pesar de toda medida educacional que se propone entre otras cosas la satisfacción sin reservas de la curiosidad sexual, esta última necesidad con frecuencia no se expresa libremente. Esta actitud negativa puede tomar las más diversas formas, hasta el absoluto rechazo de saber. A veces aparece como un interés desplazado en otra cosa, interés a menudo de carácter compulsivo. A veces esta actitud se instala sólo después de un esclarecimiento parcial, y entonces, en vez del vívido interés hasta entonces expresado, el niño manifiesta una intensa resistencia para aceptar mayor esclarecimiento, y simplemente no lo acepta.

En el caso que examiné en detalle en la primera parte de este artículo, las beneficiosas medidas educativas a que me referí antes se emplearon con buenos resultados, particularmente para el desarrollo intelectual del niño. El niño recibió esclarecimiento en la medida en que se le informó sobre el desarrollo del feto dentro del cuerpo de la madre y el proceso del nacimiento, con todos los detalles que le interesaban. No preguntó directamente sobre la parte del padre en el nacimiento y en el acto sexual. Pero incluso en ese momento creo que esas cuestiones le afectaban inconscientemente. Aparecían algunas preguntas que se repetían frecuentemente y que se le contestaban con tantos detalles como fuera posible. He aquí algunos ejemplos: “Dime, mamá, ¿de dónde vienen la pancita y la cabecita y el resto?” “¿Cómo puede una persona moverse a sí misma, cómo puede hacer cosas, cómo puede trabajar?” “¿Cómo crece la piel en la gente?” “¿Cómo llega a donde está?” Estas y otras preguntas se repetían durante el período de esclarecimiento y en los dos o tres meses que le siguieron, que se caracterizaron por un marcado progreso en el desarrollo al que ya me he referido. Al principio no atribuí pleno significado a la frecuente recurrencia de esas preguntas, en parte por el hecho de que ante el incremento general del placer del niño en hacer preguntas, su significación no se me apareció por el modo en que pa-

recían desarrollarse su impulso a investigar y su intelecto, consideré que sería inevitable que reclamara mayor esclarecimiento, y pensé que debía adherirme al principio del esclarecimiento gradual respondiendo a las preguntas conscientemente formuladas.

Después de este periodo apareció un cambio, por el que principalmente las preguntas ya mencionadas y otras que se estaban volviendo estereotipadas recurrían de nuevo, en tanto que las que se debían a un evidente impulso de investigación disminuían y se tornaban de carácter especulativo. Al mismo tiempo aparecieron preguntas preponderantemente superficiales, no meditadas y aparentemente sin fundamento. Preguntaba una y otra vez cómo se hacían diferentes cosas y con qué se hacían. Por ejemplo: “¿De qué está hecha la puerta?” “¿De qué está hecha la cama?” “¿Cómo se hace la madera?” “¿Cómo se hace el vidrio?” “¿Cómo se hace la silla?” Algunas de las preguntas banales eran: “¿Cómo hace la tierra para quedar debajo de la tierra?” “¿De dónde vienen las piedras, de dónde viene el agua?”, etc. No había dudas de que en general había captado completamente la respuesta a estas preguntas y de que su recurrencia no tenía una base intelectual. También mostraba en su conducta distraída y ausente al plantear las preguntas, que en realidad no le importaban las contestaciones a pesar de que había preguntado con vehemencia. Sin embargo, también había aumentado el número de preguntas. Era el conocido retrato del niño que atormenta a su ambiente con sus preguntas aparentemente sin sentido, y para quien las contestaciones no son de ninguna ayuda.

Después de este reciente periodo, cuya duración no llegó a dos meses, de creciente rumiación y preguntas superficiales, hubo un cambio. El niño se volvió taciturno y mostró marcado desagrado por jugar. Nunca había jugado mucho ni imaginativamente, pero siempre le gustaban los juegos de movimiento con otros chicos. A menudo también jugaba al cochero o chófer durante largas horas, con una caja, banco o sillas que representaban los diversos vehículos. Pero cesaron los juegos y ocupaciones de este tipo, y también el deseo de la compañía de otros niños; cuando se ponía en contacto con ellos no sabía qué hacer. Finalmente incluso mostraba signos de aburrirse en compañía de su madre, lo que nunca había sucedido antes. También expresaba desagrado cuando ella le contaba cuentos, pero no habían cambiado ni su ternura hacia ella ni su anhelo de afecto. La actitud abstraída que a menudo había mostrado cuando hacía preguntas se volvió ahora muy frecuente. Aunque este cambio no podía menos que llamar la atención de un ojo atento, aun entonces su estado no podía considerarse como “enfermo”. Su sueño y estado general de salud eran normales. Aunque tranquilo y más revoltoso, como resultado de su falta de ocupaciones, seguía siendo amistoso; podía tratárselo como de costumbre y estaba alegre. Sin duda que también los últimos meses su inclinación por la comida dejaba mucho que desear; empezó a ser caprichoso y mostraba marcado dis-

gusto por ciertos platos, pero por otra parte comía lo que le gustaba con buen apetito. Se aferraba más apasionadamente a la madre, aunque, como ya se dijo, se aburría en su compañía. Era uno de esos cambios que por lo general o no son advertidos especialmente por los que se encargan del niño, o si son advertidos, no se los considera de importancia. En general, los adultos están tan acostumbrados a notar cambios transitorios o permanentes en los niños sin poder encontrar motivos para ello, que suelen considerar esas variaciones del desarrollo como enteramente normales. En cierta medida están en lo cierto, ya que difícilmente haya niños que no muestren ciertos rasgos neuróticos, y es sólo el desarrollo subsiguiente de estos rasgos y su cantidad lo que constituye la enfermedad. Me llamó especialmente la atención su falta de inclinación a que le contaran cuentos, tan opuesta a su anterior deleite en ellos.

Cuando comparé el incrementado placer por hacer preguntas, que siguió al esclarecimiento parcial y luego se volvió en parte rumiación, y en parte interés superficial, con el subsiguiente desagrado por las preguntas y falta de inclinación incluso por escuchar cuentos, y cuando además de esto recordé algunas de las preguntas que se habían vuelto estereotipadas, me convencí de que el poderoso impulso de investigación del niño había entrado en conflicto con su igualmente poderosa tendencia a la represión, y que esta última, al rechazar las explicaciones deseadas por el inconsciente, había obtenido entero predominio. Luego de que hubo planteado muchas y distintas preguntas como sustitutos de las que había reprimido, había llegado en el curso posterior del desarrollo, al punto en que evitaba del todo preguntar y también escuchar, ya que esto último podría, sin haberlo él pedido, procurarle lo que rehusaba conseguir.

Quisiera volver aquí a ciertas observaciones sobre los caminos de la represión, que hice en la primera parte de este artículo. Hablé allí de los conocidos efectos perjudiciales de la represión sobre el intelecto, debidos a que la fuerza instintiva reprimida queda ligada, y no es disponible para la sublimación; y que junto con los complejos también estaban sumergidas en el inconsciente las asociaciones del pensamiento. En conexión con esto supuse que la represión podría afectar al intelecto en toda dirección en desarrollo, es decir, tanto en las dimensiones de amplitud como de profundidad. Quizás los dos periodos del caso que observé podrían en cierto modo ilustrar esta suposición previa. Si el camino del desarrollo hubiera quedado fijado en el estadio en que el niño, como resultado de la represión de su curiosidad sexual, empezó a preguntar mucho y superficialmente, el daño intelectual podría haber ocurrido en la dimensión de profundidad. El estadio vinculado a éste, de no preguntar y no querer escuchar podría haber conducido a la evitación de la superficie y amplitud de intereses y a la exclusiva dirección en profundidad.

Luego de esta digresión vuelvo a mi tema original. Mi creciente convicción de que la curiosidad sexual reprimida es una de las princi-

pales causas de cambios mentales en los niños queda confirmada por una sugerencia que recibí poco tiempo antes. En la discusión que siguió a mi conferencia en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, el Dr. Anton Freund había argumentado que mis observaciones y clasificaciones eran ciertamente analíticas, pero no así mi interpretación, ya que yo sólo había considerado las preguntas conscientes y no las inconscientes. En ese momento repliqué que creía que bastaba considerar las preguntas conscientes en tanto no hubiera razones convincentes para lo contrario. Sin embargo, después vi que su opinión era la correcta, que considerar sólo las preguntas conscientes había resultado insuficiente.

Sostuve luego que era conveniente dar al niño la información restante, que hasta entonces no se le había proporcionado. Una de sus preguntas en ese momento poco frecuentes, cuáles plantas crecían de semillas, se aprovechó para explicarle que los seres humanos también provienen de semillas y para esclarecerlo sobre el acto de la fecundación. Pero estaba abstraído y no atendía. Interrumpió la explicación con una pregunta irrelevante y no mostró ningún deseo de informarse sobre detalles. En otra ocasión dijo que había oído a otros niños decir que para que una gallina pusiera huevos también se necesitaba un gallo. Apenas había mencionado el tema, sin embargo, ya mostraba evidentes deseos de abandonarlo. Dio la impresión de que no había entendido de ningún modo esta nueva información y que no deseaba entenderla. Tampoco el cambio mental previamente descrito pareció en ninguna forma afectado por este progreso en el esclarecimiento.

Sin embargo, la madre se las arregló con un chiste con el que se conectaba un pequeño cuento, para lograr su atención y reconquistar su aprobación. Le dijo, al darle una confitura, que ésta lo había estado esperando largamente e inventó una pequeña historia sobre ella. El niño se entretuvo mucho con esto y expresó su deseo de que se la repitieran varias veces; y luego escuchó con placer la historia de la mujer en cuya nariz creció, ante el deseo de su esposo, una salchicha. Entonces empezó a hablar espontáneamente, y desde entonces relató historias fantásticas, largas y cortas, a veces originadas en otras que había escuchado, pero la mayoría enteramente originales, que proporcionaron una cantidad de material analítico. Hasta entonces el niño había mostrado tan poca tendencia a contar historias como a jugar. En el período que siguió a la primera explicación había mostrado, es cierto, una fuerte tendencia a contar historias e hizo varios intentos de hacerlo, pero en general había sido una excepción. Estas historias, que no tenían nada siquiera del arte primitivo que generalmente emplean los niños en sus cuentos en imitación de las realizaciones de los adultos, producían el efecto de sueños a los que faltaba la elaboración secundaria. A veces empezaban con un sueño de la noche anterior y luego continuaban como historias, pero eran exactamente del mismo tipo cuando las empezaba desde el principio

como historias. Las contaba con enorme deleite; de cuando en cuando, al aparecer resistencias —a pesar de cuidadosas interpretaciones— las interrumpía pero sólo para reanudarlas poco después con placer. Doy varios extractos de algunas de estas fantasías:

“Dos vacas comían juntas, entonces una salta a la espalda de la otra y va montada en ella, y después la otra salta a los cuernos de la otra y los sostiene fuertemente. El ternero salta también a la cabeza de la vaca y se sostiene fuerte sobre sus riñones” (a la pregunta de cuáles son los nombres de las vacas, da los de las mucamas). “Después siguen juntas y se van al infierno, el diablo viejo está allí, tiene ojos tan negros que no puede ver nada pero sabe que hay gente allí. El diablo joven tiene también ojos oscuros. Después van al castillo que vio Tom Thumb, después entran con el hombre que estaba con ellos y suben a un cuarto y se pinchan con un hilar (huso). Entonces se duermen por cien años, después se despiertan y van a donde está el rey, él está muy contento y les pregunta si el hombre, la mujer y los niños que estaban con ellos se van a quedar.” (A mi pregunta de qué había sido de las vacas: “Estaban allí también, y también los terneros.”) Se habló de cementerios y de muerte, y él dijo: “Pero cuando un soldado mata a alguien no está enterrado, está tirado allí porque el cochero del carro fúnebre es también soldado y no lo quiere hacer.” (Cuando preguntó: “¿A quién mata, por ejemplo?” primero menciona a su hermano Karl, pero luego, algo alarmado, varios nombres de relaciones y conocidos.)²⁴ He aquí un sueño: “Mi bastón fue sobre tu cabeza, después tomó la plancha y planchó sobre el mantel.” Al dar los buenos días a la madre le dijo, luego de que ella lo acarició: “Yo treparé arriba tuyo, tú eres una montaña y yo te trepo.” Un poco después dijo: “Puedo correr mejor que tú, puedo correr escaleras arriba y tú no puedes.” Después de un período, empezó nuevamente a preguntar algunas cosas con gran ardor: “¿Cómo se hace la madera? ¿Cómo se pone el alféizar de la ventana? ¿Cómo se hace la piedra?” A la respuesta de que siempre habían sido así, dijo insatisfecho: “Pero ¿de dónde vino?”

Junto a esto empezó a jugar. Jugaba ahora con alegría y perseverancia, ante todo con otros, con su hermano y con amigos. Podía jugar a cualquier cosa, pero también empezó a jugar solo. Jugaba a ahorcar, declaraba que había decapitado a su hermano y a su hermana, encajonaba las orejas de las cabezas decapitadas y decía: “Se pueden encajonar las orejas de este tipo de cabeza, no pueden devolver el golpe”, y se llama a sí mismo “verdugo”. En otra oportunidad lo encontré jugando al siguiente juego. Las piezas del ajedrez eran personas, hay un soldado y un rey. El soldado le dice al rey “Sucia bestia”. Entonces se lo pone en prisión y se lo condena. Después lo

²⁴ Había observado poco antes: “Quisiera ver morir a alguien; no ver a qué se parecen cuando ya están muertos, sino cuando se están muriendo, entonces podría ver también a qué se parecen cuando están muertos”.

golpean, pero no lo siente porque está muerto. El rey agranda con su corona el agujero del pedestal del soldado y entonces el soldado revive; al preguntársele si volverá a hacer eso, dice "no", luego sólo se lo arresta. Uno de los primeros juegos que jugó fue el siguiente: jugaba con su trompeta y decía que era oficial, portaestandarte y trompetista al mismo tiempo, y "si papá fuera también un trompetista y no me llevara a la guerra entonces yo llevaría mi propia trompeta y mi escopeta e iría a la guerra sin él". Juega con sus figuritas, entre las que hay dos perros, a uno de ellos siempre lo ha llamado el lindo y al otro el sucio. Esta vez los perros son caballeros. El lindo es él mismo, el sucio es el padre.

Sus juegos, como sus fantasías, mostraban extraordinaria agresividad contra el padre y también, por supuesto, su ya claramente indicada pasión por la madre. Al mismo tiempo se volvió conversador, alegre, podía jugar durante horas con otros niños, y luego mostró un deseo tal de progresar en toda rama del conocimiento y aprendizaje que en poco tiempo y con muy poca ayuda aprendió a leer. Mostró tanta avidez en esto que casi parecía un niño precoz. Sus preguntas perdieron el carácter compulsivo y estereotipado. Este cambio fue indudablemente el resultado de haber liberado su fantasía; mis cautas y ocasionales interpretaciones sirvieron sólo hasta cierto punto como ayuda en esta cuestión. Pero antes de reproducir una conversación que me parece importante debo referirme a un punto: el estómago tenía para este niño una significación peculiar. A pesar de la información y de repetidas correcciones, se aferraba a la concepción, expresada en diversas oportunidades, de que los niños crecen en el estómago de la madre. En otras formas también el estómago tenía para él un significado afectivo peculiar. Solía replicar con la palabra "estómago", aparentemente irrelevante en cualquier ocasión. Por ejemplo, cuando otro niño le decía "Ve al jardín", él contestaba "Vete adentro de tu estómago". Se atrajo reproches porque muchas veces, cuando los sirvientes le preguntaban dónde estaba algo, contestaba: "En tu estómago". También a veces se quejaba a la hora de la comida, aunque no muy a menudo, de "frío en el estómago", y declaraba que era a causa del agua fría. Manifestaba también activo desagrado por diversos platos fríos. En esa época expresó curiosidad por ver a la madre desnuda. Inmediatamente después observó: "Quisiera también ver tu estómago y el retrato que está en tu estómago". A su pregunta: "¿Quieres decir el lugar donde tú estabas?" contestó: "¡Sí! Quisiera mirar dentro de tu estómago y ver si no hay algún chico allí." Rato después observó: "Soy muy curioso, quisiera saber sobre todo en el mundo." A la pregunta de qué era lo que tanto quería saber, dijo: "Cómo son tu pipí y tu agujero para la caca. Me gustaría (riendo) mirar adentro cuando estás en el retrete sin que tú sepas y ver tu pipi y tu agujero para la caca". Algunos días después sugirió a la madre que todos podrían "hacer caca" en el retrete al mismo tiempo y unos encima de los otros, la madre, sus hermanos

y hermanas y él arriba de todos. Observaciones aisladas que había hecho, indicaban ya su teoría claramente demostrada por la siguiente conversación, de que los niños se hacen con comida y son idénticos a las heces. Había hablado de sus "cacas" como niños traviesos que no querían venir; además, en relación con esto, había estado inmediatamente de acuerdo con la interpretación de que los carbones que en una de sus fantasías subían y bajaban las escaleras eran sus hijos. Una vez también se dirigió a sus "cacas" diciendo que les pegaría por venir tan despacio y ser tan duras.

Describiré ahora la conversación. Está sentado por la mañana temprano en el dormitorio, y explica que las "cacas" están ya en el balcón, han corrido arriba otra vez y no quieren ir al jardín (como designa repetidamente al dormitorio). Yo le pregunto: "¿Son éstos los niños que crecen en el estómago?" Como advierto que esto le interesa continúo: "Porque la 'caca' está hecha de comida; los niños verdaderos no están hechos de comida." El dice: "Yo sé eso, están hechos de leche". "Oh, no, están hechos de algo que hace papá y de un huevo que está dentro de mamá." (Está ahora muy atento y me pide que le explique.) Cuando empiezo otra vez con lo del huevito, me interrumpe: "Ya sé eso." Yo continúo: "Papá puede hacer algo con su pipí que se parece bastante a la leche y se llama semen; lo hace como haciendo pipí pero no en tanta cantidad. El pipi de mamá es diferente del de papá." (Me interrumpe.) "Ya sé eso." Yo digo: "El pipi de mamá es como un agujero. Si papá pone su pipi en el pipi de mamá y hace su semen allí, entonces el semen corre muy adentro de su cuerpo y cuando se encuentra con algunos de los huevitos que están dentro de mamá, entonces ese huevito empieza a crecer y se transforma en un niño." Fritz escuchaba con gran interés y dijo: "Me gustaría mucho ver cómo se hace un niño adentro así". Le explico que esto es imposible hasta que sea mayor porque no puede hacerlo hasta entonces y que entonces lo hará él mismo. "Pero entonces me gustaría hacérselo a mamá." "Eso no puede ser, mamá no puede ser tu esposa porque es la esposa de tu papá; entonces papá no tendría esposa." "Pero podríamos hacérselo los dos a ella"; yo le digo: "No, eso no puede ser, cada hombre tiene sólo una esposa. Cuando tú seas mayor tu mamá será vieja. Entonces tú te casarás con una hermosa joven y ella será tu esposa." El (casi llorando y con temblorosos labios): "¿Pero no viviremos en la misma casa junto con mamá?" Yo: "Sí, seguramente, y tu mamá siempre te querrá, pero no puede ser tu esposa." El preguntó entonces sobre varios detalles: cómo se alimenta el niño en el cuerpo materno, de qué está hecho el cordón, cómo sale, estaba muy interesado y no se notó mayor resistencia. Al final dijo: "Pero por solo una vez me gustaría ver cómo entra y sale el niño."

En conexión con esta conversación que hasta cierto punto resolvió sus teorías sexuales, mostró por primera vez verdadero interés por la parte hasta entonces rechazada de la explicación, que sólo

ahora asimiló realmente. Como han demostrado observaciones ocasionales subsiguientes, incorporó realmente esta información al cuerpo de sus conocimientos. También desde este momento decreció mucho su extraordinario interés por el estómago.²⁵ A pesar de esto no quisiera aseverar que lo ha despojado completamente de su carácter afectivo y que abandonó del todo esta teoría. Con respecto a la persistencia parcial de una teoría sexual infantil a pesar de haber sido hecha consciente, escuché decir a Ferenczi que una teoría sexual infantil es hasta cierto punto una abstracción derivada de funciones de tonalidad placentera, y que entonces, hasta tanto la función sigue siendo placentera, hay cierta persistencia de la teoría. El doctor Abraham, en su artículo presentado en el último Congreso "Manifestaciones del complejo de castración femenino"²⁶ mostró que la causa de la formación de teorías sexuales debe buscarse en el rechazo del niño a asimilar conocimientos sobre la parte representada por el padre del sexo opuesto. Róheim señaló la misma fuente para las teorías sexuales de los pueblos primitivos. En este caso la adhesión parcial a esta teoría podría deberse también al hecho de que yo sólo había interpretado una parte del rico material analítico, y que aún estaba activa una parte del erotismo anal inconsciente. De cualquier modo, fue sólo con la solución de la teoría sexual que superó esta resistencia a la asimilación de conocimientos sobre los procesos sexuales reales; a pesar de una persistencia parcial²⁷ de su teoría, se facilitó la aceptación del verdadero proceso. Hasta cierto punto logró un compromiso entre la teoría aún parcialmente fijada en su inconsciente, y la realidad, como lo demuestra muy bien una de sus observaciones. Relató otra fantasía, aunque nueve meses después, en la que el útero figuraba como una casa completamente amueblada, el estómago particularmente estaba muy equipado e incluso tenía bañera y jabonera. El mismo comentó sobre su fantasía: "Yo sé que no es realmente así, pero lo veo así."

Después de esta elaboración y reconocimiento de los procesos reales, apareció muy en primer plano el complejo de Edipo. Doy como ejemplo la siguiente fantasía onírica que me relató tres días después de la conversación precedente y que en parte le interpreté. Empieza con la descripción de un sueño. "Había un gran motor que parecía

²⁵ Sólo desapareció parte del síntoma de "frío en el estómago", es decir, sólo en lo que se refería al estómago. Posteriormente, pero no con frecuencia, declaraba que tenía "frío en la barriga". La resistencia a los platos fríos también ha persistido, la antipatía que había aparecido en los últimos meses ante diversos platos en general no fue modificada por el análisis, sólo su objeto variaba ocasionalmente. Por lo general su eliminación es regular, pero a menudo se realiza con lentitud y dificultad. El análisis tampoco ha producido ninguna alteración permanente en esto, sólo variaciones ocasionales.

²⁶ Abraham (1920).

²⁷ Una vez dijo durante el almuerzo: "El budín se deslizará derecho por el camino hasta el canal", y otra vez "La mermelada se va derecho al pipi". (La mermelada, empero, es una de sus antipatías.)

igual a un tren eléctrico. También tenía asientos y había un motorcito que corría junto con el grande. Podía abrirse el techo y cerrarlo cuando llovía. Entonces los motores siguieron corriendo y se encontraron con un tren eléctrico y lo chocaron. Entonces el motor grande se fue arriba del tren eléctrico y llevó al pequeño tras él. Y entonces todos se juntaron, el tren eléctrico y los dos motores. El tren eléctrico también tenía una biela. ¿Sabes lo que quiero decir? El motor grande tenía una cosa hermosa y grande de plata y bronce, y el chiquito tenía algo parecido a dos ganchitos. El pequeño estaba entre el tren eléctrico y el motor. Después subieron a una montaña alta y bajaron rápidamente. Los motores se quedaron ahí también a la noche. Cuando venían trenes eléctricos los chocaban y si alguno hacía así (con un brazo) retrocedían en seguida." (Le explico que el motor grande es su papá, el coche eléctrico su mamá y el motorcito él mismo, y que él se ha puesto entre papá y mamá porque le gustaría mucho apartar a papá del todo y quedarse solo con su mamá y hacer con ella lo que sólo a papá le está permitido hacer.) Después de una ligera vacilación, está de acuerdo pero continúa rápidamente: "El motor grande y el chico se fueron entonces, estaban en su casa, miraban por la ventana, era una ventana muy grande. Entonces llegaron dos motores grandes. Uno era el abuelo, el otro era papá. La abuela no estaba allí, estaba (duda un momento y parece muy solemne)... estaba muerta" (me mira, pero como yo no hago ningún gesto, continúa): "Y entonces todos bajaron de la montaña juntos. Un chófer abrió las puertas con su pie; el otro abrió con sus pies la cosa que uno da vuelta" (manija). "Un chófer se sentía mal, era el abuelo" (otra vez me mira interrogativamente pero al ver que no hago gestos continúa). El otro chófer le dice "Sucia bestia, ¿quieres que te encajone las orejas?, te pegaré en seguida" (le pregunto quién era el otro chófer), él dice "Yo. Y entonces nuestros soldados los tiran a todos; eran todos soldados; y rompen el motor y le pegan a él y le ensucian la cara con carbón y también le ponen carbón en la boca", (reasegurando) "pensó que era una masita, sabes, y por eso la tomó, y era carbón. Después todos eran soldados y yo era el oficial. Tenía unos hermosos uniformes, y (se pone firme) yo me ponía así, y entonces todos me seguían. Le sacaban la escopeta; sólo podía caminar así" (aquí se dobla). Continúa bondadosamente "entonces los soldados le daban una condecoración y una bayoneta porque le habían sacado la escopeta. Yo era el oficial y mamá era la enfermera (en sus juegos la enfermera es siempre la esposa del oficial) y Karl y Lene y Anna (su hermano y sus hermanas) eran mis hijos y teníamos una hermosa casa también —se parecía de afuera a la casa del rey—; ²⁸ no estaba del todo terminada; no había puertas y el techo todavía no estaba pero

²⁸ Una vez cuando la madre le dijo cariñosamente "mi muñequito", él dijo: "diles muñequitas a Lene o Anna, va mejor con una nena, pero a mí dime 'mi querido reyecito'".

era hermosa. Hicimos nosotros mismos lo que faltaba" (acepta ahora mi interpretación del significado de la casa no terminada, etc., sin particular dificultad). "El jardín era muy hermoso, estaba encima del techo. Yo siempre buscaba una escalera para subirme a él. De cualquier modo yo siempre me las arreglaba bastante bien para llegar hasta ahí, pero tenía que ayudar a Karl, Lene y Anna. El comedor también era muy lindo y en él crecían árboles y flores. No importa, es muy fácil, pones un poco de tierra y entonces las cosas crecen. Entonces el abuelo venía al jardín muy despacio, así (imita otra vez el paso peculiar), tenía una pala en la mano y quería enterrar algo. Entonces los soldados le disparan tiros y (otra vez parece muy solemne) se muere." Después de hablar un largo rato de dos reyes ciegos de los que él mismo dice que uno es su papá y el otro es el papá de su mamá, relata: "El rey tenía zapatos tan grandes como para llegar hasta América, te podías meter dentro de ellos y había mucho lugar. A los bebés de largas ropas los acostaban en ellos a la noche." Después de esta fantasía aumentó el placer de jugar y se tornó permanente. Jugaba solo ahora durante horas con el mismo monto de placer que le daba relatar estas fantasías.²⁹ También decía directamente: "Ahora jugaré a lo que te conté" o "No contaré esto sino que lo jugaré". Así como las fantasías inconscientes se expresan generalmente en los juegos, parece probable que en este caso, como sin duda en otros casos similares, la inhibición de la fantasía era la causa de la inhibición del juego, y ambas desaparecieron simultáneamente. Observé que los juegos y actividades en que se ocupaba previamente pasaron a segundo plano. Me refiero especialmente al juego interminable de "chófer, cochero, etc.", que había consistido generalmente en empujar bancos, sillas o una caja, uno contra otro y sentarse sobre ellos. Tampoco nunca había dejado de correr a la ventana siempre que oía pasar un vehículo y se apenaba mucho si dejaba de ver uno. Podía pasar horas frente a la ventana o en la puerta principalmente para mirar a los carruajes que pasaban. La vehemencia y dedicación con que realizaba estas ocupaciones me llevaron a considerarlas de naturaleza compulsiva.³⁰

Ultimamente, cuando mostraba tan marcado aburrimiento, también había abandonado este sustituto del juego. Cuando, en una oportunidad y para buscarle una ocupación, se lo impulsó a hacer un carruaje de otra forma y se le dijo que esto sería muy interesante, replicó: "Nada es interesante." Cuando, simultáneamente con fantasear se le dio por jugar, o más exactamente, hizo realmente su pri-

²⁹ En esta época hizo una mañana una "torre", como la llamó, con sus sábanas, trepó a ella y anunció: "Ahora soy el deshollinador y estoy limpiando la chimenea".

³⁰ Se mantiene aún fuertemente el interés por vehículos, puertas, cerrajeros y cerraduras; por consiguiente, sólo perdió su carácter compulsivo y dedicación exclusiva, de modo que también en este caso el análisis no afectó la represión útil sino que sólo superó la fuerza compulsiva.

mera iniciación en el juego, algunos de sus juegos (que él principalmente tramaba con la ayuda de figuritas, animales, personas, carros y ladrillos) consistían, es cierto, en paseos y cambios de casa; pero éstos sólo constituían una parte de su juego, que llevaba a cabo en las formas más variadas y con un poderoso desarrollo de la fantasía, que nunca antes había mostrado. Usualmente terminaban al final en luchas entre indios, ladrones o campesinos por una parte y soldados por la otra y estos últimos eran siempre representados por él mismo y sus tropas. Al final de la guerra se mencionó, cuando el padre dejó de ser un soldado, que había abandonado su uniforme y equipo. El niño se impresionó mucho por esto, especialmente por la idea de devolver la bayoneta y el rifle. Inmediatamente después jugó a que los campesinos venían a robarle algo a los soldados. Pero los soldados los maltrataban horriblemente y los mataban. El día después de la fantasía del motor jugó al siguiente juego, que me explicó: "Los soldados ponen preso a un indio. El reconoce que fue malo con ellos. Ellos dicen: 'Sabemos que fuiste todavía más malo.' Le escupen, le hacen pipí y 'caca' encima, lo ponen en el retrete y hacen todo encima de él. El grita y el pipí va a parar a su boca. Un soldado se va y otro le pregunta: '¿Adónde vas?' A buscar estiércol para tirarle. El hombre malo hace pipí en una pala y se lo tiran a la cara." Ante mi pregunta de qué era exactamente lo que había hecho replicó: "Era malo, no nos dejaba ir al retrete y hacerlo allí." Relata después que en el retrete, junto con la persona mala que habían puesto allí, hay dos personas haciendo obras de arte. En esta época repetidamente se dirigía al papel higiénico con el que se limpiaba después de haber defecado, en forma burlona: "Mi querido señor, tenga la bondad de comérselo." En contestación a una pregunta dice que el papel es el diablo que se va a comer la "caca". Otra vez relata: "Un caballero, perdió su corbata y la busca mucho, por fin la encuentra." Otra vez relató que le habían cortado el cuello y los pies al diablo. El cuello sólo podía caminar cuando se le habían dado pies. Ahora el diablo sólo podía estar acostado, ya no podía ir por el camino. Entonces la gente creyó que se había muerto. Y una vez él miró por la ventana; alguien lo sostenía, un soldado, que lo empujó fuera de la ventana, y entonces se murió. Me pareció que esta fantasía explicaba un temor (inusitado en él) que había aparecido pocas semanas antes. Estaba mirando por la ventana y la sirvienta estaba parada detrás de él y lo sostenía; manifestó miedo y sólo se tranquilizó cuando la muchacha lo dejó solo. En una fantasía subsiguiente el miedo se mostró como la proyección de sus deseos agresivos inconscientes³¹ en un juego en

³¹ Hace poco, especialmente durante este período de observación, mostró en forma ocasional, tanto en sus fantasías como en sus juegos, que se apartaba, alarmado, de su propia agresividad. Decía a veces en medio de un juego excitante de ladrones e indios, que no quería jugar más, que estaba asustado, y por cierto que al mismo tiempo mostraba un tremendo esfuerzo para ser valiente. Además, en esa época, si se había golpeado decía: "Está bien, éste es el castigo porque me porté mal".

que un oficial enemigo es muerto, maltratado y después resucita. Al preguntarle quién es ahora, contesta "Soy papá, por supuesto", entonces todos se vuelven amistosos con él y él dice (aquí la voz de Fritz se hace muy suave): "Sí, tú eres papá, entonces por favor ven aquí"; en otra fantasía en la que, del mismo modo, un capitán resucita después de las más variadas torturas que incluían el pegarle e insultarle, relata que después de eso fue muy bueno con él y agrega: "Sólo le devolví lo que él me había hecho, y después no estuve más enojado con él. Si no se lo hubiera devuelto estaría enojado." Ahora le gusta mucho jugar con pasta y dice que cocina en el retrete.³² (El retrete es una cajita de cartón con una hendidura, que usa en sus juegos.) Mientras jugaba me mostró una vez dos soldados y una enfermera y dijo que eran él mismo, su hermano y su mamá. Al preguntarle yo cuál de los dos era él, dijo: "El que tiene algo que pincha allí soy yo." Le pregunto qué hay allí que pinche. El dice: "Un pipi" "¿Y eso pincha?", él dice: "No en el juego, sino realmente; no, me equivoqué, no realmente sino que en el juego". Relató cada vez más fantasías, múltiples y extensas, con frecuencia sobre el diablo pero también sobre el capitán, indios, ladrones y animales salvajes, hacia los que se demostraba claramente su sadismo tanto en su fantasía como en los juegos que la acompañaban, y también por otra parte sus deseos asociados a la madre. Describe a menudo cómo ha sacado los ojos, o cortado la lengua del diablo, o del oficial enemigo o del rey, e incluso posee una escopeta que puede morder como un animal acuático. Cada vez se hace más fuerte y poderoso, no hay forma de matarlo, dice repetidamente que su cañón es tan grande que llega al cielo.

No consideré necesario hacer más interpretaciones y por consiguiente en esta época ocasionalmente y en forma de sugerencia hacia consciente algún punto. Además, tuve la impresión, por la dirección de sus fantasías y juego y por observaciones ocasionales, que parte de sus complejos se habían vuelto para él conscientes o por lo menos preconscientes, y consideré que esto bastaba. Así, una vez observó, cuando estaba sentado en el dormitorio, que iba a hacer bollos. Cuando su madre, poniéndose a su altura, dijo: "Bueno, hazlos rápidamente", él observó: "Estás contenta si tengo bastante pasta" y agregó en seguida: "Dije pasta en vez de 'caca'. ¡Qué listo soy!"; observó cuando hubo hecho: "Hice una persona tan grande. Si alguien me diera bastante pasta podría hacer una persona con ella. Sólo necesito algo puntiagudo para sus ojos y sus botones."

Habían pasado aproximadamente dos meses desde que empecé a darle ocasionales interpretaciones. Entonces se interrumpieron mis observaciones por un intervalo de más de dos meses. Durante este tiempo la angustia (miedo) hizo su aparición; esto ya lo presagiaba

³² Cuando pequeño le gustaba mucho durante un tiempo modelar en arena o tierra, pero no por mucho tiempo ni persistentemente.

su rechazo, al jugar con otros niños, a proseguir su juego tan apreciado últimamente, de ladrones e indios. Excepto por un tiempo en el que había tenido terrores nocturnos entre los dos y tres años, aparentemente nunca había sido presa del miedo, o por lo menos no se habían observado indicaciones de esto. Por consiguiente, la angustia que ahora se revelaba puede haber sido uno de los síntomas puestos de manifiesto por el progreso del análisis. Probablemente también se debía a sus intentos de reprimir más cosas que se estaban haciendo conscientes. La aparición del miedo la precipitó probablemente el relato de los cuentos de Grimm, que últimamente le atraían mucho, y que le producían miedo.³³ El hecho de que su madre estuviera indispuesta durante unas semanas e incapacitada para ocuparse mucho del niño, que estaba muy acostumbrado a ella, facilitó probablemente la conversión de libido en angustia y puede haber tenido que ver con ella. Manifestaba principalmente miedo antes de dormirse, lo que constituía ahora todo un trabajo, y también en ocasionales sobresaltos durante el sueño. Pero también de otras formas pudo observarse un retroceso. Había disminuido mucho su costumbre de jugar solo y de contar cuentos, estaba tan empeñado en aprender a leer que resultaba exagerado, porque frecuentemente quería aprender durante horas, de un tirón, y practicaba constantemente. También estaba mucho más intratable y mucho menos alegre.

Cuando nuevamente tuve oportunidad (aunque ocasional) de ocuparme del niño, obtuve de él y contrariamente a lo que antes había sucedido, contra muy fuertes resistencias, el relato de un sueño que lo había asustado mucho y del que aún estaba asustado, incluso de día. Había estado mirando libros de grabados con jinetes en ellos y el libro se abrió y dos hombres salieron de él. El, su hermano y sus hermanas se aferraron a la madre y querían escaparse. Llegaron a la puerta de una casa y allí una mujer les dijo: "No pueden esconderse aquí." Pero de cualquier modo se escondieron para que los hombres no pudieran encontrarlos. Me contó este sueño a pesar de grandes resistencias que aumentaron tanto cuando empecé la interpretación, que para no sobreestimarlas, la hice muy corta e incompleta. Conseguí pocas ideas asociadas, únicamente que los hombres tenían palos, escopetas y bayonetas en sus manos. Cuando le expliqué que esto significaba el gran pipi de su padre que él tanto desea como teme, contestó que "las armas eran duras y en cambio el pipi es blando". Le expliqué que sin embargo el pipi también se pone duro justo en relación con lo que él mismo quiere hacer, y aceptó la interpretación sin mayor resistencia. Relató después que le pareció algo así como que uno de los hombres se había metido en el otro, ¡y quedaba sólo uno!

Indudablemente el componente homosexual, hasta entonces po-

³³ Antes de que empezara el análisis tenía un fuerte rechazo a los cuentos de hadas de Grimm que, cuando mejoró, se convirtió en marcada preferencia.

co advertido, se estaba poniendo ahora en primer plano, como lo demuestran también los sueños y fantasías siguientes. He aquí otro sueño que sin embargo no estaba asociado con sentimientos de temor. Por todas partes, detrás de los espejos, puertas, etc., había lobos con largas lenguas colgando. Les disparó tiros a todos y murieron. El no tenía miedo porque era más fuerte que ellos. Las fantasías siguientes también se relacionaban con lobos. Una vez cuando de nuevo estaba asustado antes de dormirse, dijo que se había asustado del agujero en la pared por el que se colaba la luz (una abertura en la pared, para la calefacción), porque también parecía un agujero en el cielo raso, y un hombre podía con una escalera subir desde allí hasta el techo. También habló de si el diablo no se sentaba en el agujero de la estufa. Contó que había visto lo siguiente en un libro de láminas. Una señora está en la habitación de él. De repente ella ve que el diablo está sentado en el agujero de la estufa y asoma la cola. En el curso de sus asociaciones se revela que temía que el hombre con la escalera pudiera pisarlo y dañarlo en el vientre, y finalmente reconoce que tenía miedo por su pipi.

No mucho después escuché la expresión, ahora muy poco frecuente, de "frío en la barriga". En una conversación sobre el estómago y la barriga en conexión con esto, relató la siguiente fantasía: "Hay una habitación en el estómago, con mesas y sillas. Alguien se sienta en una silla y pone la cabeza sobre la mesa y entonces se cae toda la casa, el cielo raso al suelo, también se cae la mesa y la casa." A mi pregunta: "¿Quién es ese alguien y cómo llegó a meterse ahí dentro?", contesta: "Un palito llegó a través del pipi hasta la barriga y hasta el estómago en esa forma." En este caso, tuvo poca resistencia a mi interpretación. Le dije que él se había imaginado a sí mismo en el lugar de su mamá y quería que su papá hiciera con él lo que hace con ella. Pero tiene miedo (como imagina que su mamá también tiene miedo) de que si este palo —el pipi de papá— se mete en su pipi él quedará lastimado, y después dentro de su barriga, en su estómago, todo quedará destruido también. Otra vez me contó el miedo que tenía ante un cuento de Grimm en especial. Era el cuento de una bruja que ofrece a un hombre comida envenenada, éste se la da a su caballo, que muere a causa de ella. El niño dijo que tenía miedo de las brujas porque de cualquier modo podía ser que no fuera cierto lo que se le había dicho que no había realmente brujas. Hay reinas también que son hermosas pero que también son brujas, y a él le gustaría mucho saber a qué se parece el veneno, si es sólido o líquido.³⁴ Cuando le pregunté por qué tenía miedo de algo tan malo proveniente de su madre, qué le había hecho o deseado hacer a ella, admitió que cuando estaba enojado había deseado que tanto ella como el padre se

³⁴ Esta parece ser la razón por el interés que había manifestado recientemente en la pregunta de por qué el agua es líquida, y en general por qué las cosas son sólidas y líquidas. La angustia probablemente actuaba ya en este interés.

murieran y que alguna vez había pensado para sí "sucio mamá". También reconoció que estaba enojado con ella cuando le prohibía que jugara con su pipi. En el curso de la conversación, apareció además que también tenía miedo de ser envenenado por un soldado, y además un soldado extraño, que lo vigilaba a él, a Fritz, desde el escaparate de un comercio cuando Fritz ponía su pie en un carro para saltar encima. En conexión con mi interpretación de que el soldado es su papá que lo castigará por sus traviesas intenciones de saltar al carro —su mamá— preguntó sobre el acto sexual mismo, lo que hasta entonces no había hecho. Cómo podía el hombre meter dentro su pipi —si papá quería hacer otro niño—, cuán grande debe ser uno para poder hacer un niño; si la tía podía hacerlo con mamá, etc. Una vez más la resistencia ha disminuido. Por empezar, antes de comenzar a relatar cosas pregunta alegremente si lo que le parece "horroroso" se volverá placentero para él, después que yo se lo haya explicado, como sucedió hasta entonces con las otras cosas. Dice también que ya no tiene miedo de las cosas que le he explicado ni cuando piensa en ellas.

Desafortunadamente no se aclaró más el significado del veneno, ya que no pude obtener otras ideas asociadas a él. En general, la interpretación por medio de asociaciones fue sólo a veces afortunada; habitualmente las ideas subsiguientes, sueños e historias, explicaban y completaban lo que había aparecido antes. Esto explica, además, mis interpretaciones a veces muy incompletas.

En este caso, yo tenía una gran riqueza de material que en su mayor parte quedó sin interpretar. Igual que su teoría predominante, también podían percibirse varias otras teorías sobre el nacimiento y distintas cadenas de pensamientos, y aunque aparentemente corrían paralelas unas a otras, predominaba ora una, ora otra. La bruja de la fantasía mencionada en último término sólo introduce una figura (que reaparecía con frecuencia en esa época) que a mi parecer había obtenido por división de la *imago* materna. Veo también esto en la actitud ocasionalmente ambivalente hacia el sexo femenino, que en los últimos tiempos se hizo evidente en él. En general, su actitud hacia las mujeres y hacia los hombres es muy buena, pero observo ocasionalmente que considera a las niñas y también a las mujeres adultas con irracional antipatía. Esta segunda *imago* femenina que ha dissociado de su madre amada, para conservarla tal como está, es la mujer con pene a través de la cual, lo que es también aparente para él, sale el camino hacia su homosexualidad, ahora claramente indicada. El símbolo de la mujer con pene es también en su caso la vaca, un animal que no le gusta, en tanto que le atrae mucho el caballo.³⁵ Para dar sólo un ejemplo de esto, muestra disgusto por la espuma de la boca de la vaca y declara que ella quiere escupir a la gente, pero que

³⁵ Por el material obtenido hasta aquí no estoy segura aún del significado del caballo, parece representar a veces un símbolo masculino, otras veces femenino.

el caballo quiere besarlo a él. Se revela inequívocamente que para él la vaca representa la mujer con pene, no sólo en su fantasía sino también en varias observaciones. Repetidamente, al orinar, ha identificado el pene con la vaca. Por ejemplo: "La vaca deja caer leche en la bacinilla" o, cuando abre su pantalón: "La vaca está mirando por la ventana." El veneno que le ofrece la bruja probablemente podría estar determinado también por la teoría de la fecundación por la comida, que también tuvo. Algunos meses antes, casi nada podía notar aún de esta actitud ambivalente. Cuando oía a alguien decir que cierta dama era desagradable, preguntaba asombrado: "¿Puede una dama ser desagradable?"

Relató otro sueño asociado con sentimientos de angustia y nuevamente con fuertes indicaciones de resistencia. Explicó la imposibilidad de contarle diciendo que era tan largo que necesitaría todo el día para contarle. Le repliqué que entonces podía contarme solamente una parte: "Pero era justamente el largo lo que era horrible", fue su respuesta. Pronto cayó en la cuenta de que este "horrible largo" era el pipi del gigante a que el sueño se refería. Reapareció en varias formas como un aeroplano que la gente llevaba a un edificio, en el cual no podían verse puertas ni el suelo alrededor de él, y sin embargo las ventanas estaban abarrotadas de gente. Encima del gigante colgaba por todas partes gente que lo sujetaba también a él. Era una fantasía del cuerpo materno y paterno y también deseo del padre. También actúa en este sueño su teoría del nacimiento, la idea de que él concibe y tiene a su padre (otras veces a su madre) por vía anal. Al final de este sueño, él puede volar solo, y con la ayuda de otras personas que ya han salido del tren, encierra al gigante en el tren en movimiento y vuela llevándose la llave. El mismo, junto conmigo, interpretó gran parte de este sueño. Generalmente estaba muy interesado por interpretar y preguntaba si era bastante "profundo dentro de él" donde pensaba todas las cosas que no sabía sobre sí mismo, si todos los adultos podían explicarlo, etcétera.

Sobre otro sueño comentó que era placentero pero que sólo podía recordar que había un oficial con un gran cuello de camisa y que también él se ponía un cuello similar. Salían juntos de algún lado. Estaba oscuro y él se caía. Luego de la interpretación de que se trataba otra vez de su padre y de que él quería un pipi similar, se le ocurrió de repente qué había sido lo desagradable. El oficial lo había amenazado, lo había sostenido, no le había dejado levantarse, etc. De las asociaciones libres que esta vez dio de buen grado, subrayaré sólo un detalle que se le ocurrió cuando le pregunté de dónde salía con el oficial. Se le ocurrió que le había gustado el patio de un comercio porque había pequeños vagones cargados que entraban y salían de él sobre vías angostas: nuevamente el deseo de hacerle a mamá simultáneamente con papá lo que este último le hace a ella, en el que sin embargo falla, y proyecta sobre su padre su propia agresivi-

dad contra este último. Me parece que aquí también actúan poderosos determinantes erótico-anales y homosexuales (indudablemente presentes en las numerosas fantasías sobre el diablo en las que éste vive en huecos o en una extraña casa).

Después de este período de renovada observación durante aproximadamente seis semanas, con el análisis pertinente, en especial de los sueños de angustia, desapareció por completo la angustia. Otra vez no hubo problemas con el sueño y el momento de irse a dormir. El juego y la sociabilidad no dejaban nada que desear; junto con la angustia había surgido una ligera fobia a los niños de la calle. Su fundamento real era que los muchachos callejeros lo habían amenazado y molestado repetidamente. Mostraba miedo a cruzar solo la calle y no podía convencerse de que lo hiciera. Por estar de viaje no pude analizar esta fobia. Pero, aparte de esto, el niño daba una excelente impresión; cuando tuve oportunidad de verlo nuevamente pocos meses después, esta impresión se fortificó. Entretanto había perdido su fobia en la siguiente forma, como él mismo me informó. Poco después de mi partida corrió primero a través de la calle con los ojos cerrados. Después la cruzó mirando hacia otro lado, y finalmente la cruzó tranquilamente. Por otra parte mostró (probablemente como resultado de su intento de autocuración (¡me aseguró orgullosamente que ahora no tenía miedo a nada!) una decidida falta de inclinación por el análisis y también aversión a contar historias y escuchar cuentos; sin embargo, éste era el único punto en el que había aparecido un cambio desfavorable. ¿Fue la curación al parecer permanente de la fobia —que pude comprobar seis meses después— sólo un resultado de su intento de autocuración? O quizá fue, por lo menos en parte, un postefecto del tratamiento luego de interrumpir éste, como puede observarse a menudo en la desaparición de uno u otro síntoma después del análisis.

Además preferiría no utilizar la expresión "tratamiento terminado" en este caso. Estas observaciones, con interpretaciones sólo ocasionales, no podrían considerarse un tratamiento; preferiría describirlo como un caso de "crianza con rasgos analíticos". Por la misma razón no quisiera aseverar que había terminado en el punto que he descrito hasta aquí. La manifestación de tanta resistencia al análisis, y el desagrado por los cuentos no parecen indicaciones de que probablemente su crianza posterior dará de cuando en cuando ocasiones para recurrir al análisis.

Esto me lleva a la conclusión que extraeré de este caso. Creo que ninguna crianza debe hacerse sin orientación analítica, ya que el análisis proporciona una ayuda muy valiosa y, desde el punto de vista de la profilaxis, hasta ahora incalculable. Incluso, si puedo fundamentar esta pretensión en un solo caso en que el análisis resultó de mucha ayuda para la crianza, me baso también en muchas observaciones y experiencias que pude hacer en niños criados sin ayuda del análisis.

Presentaré sólo dos casos de desarrollo infantil ³⁶ que me son bien conocidos y que me parecen adecuados como ejemplo, ya que no llegaron ni a la neurosis ni a ningún desarrollo anormal, y que por consiguiente pueden ser considerados como normales. Los niños en cuestión están muy bien tratados y muy sensible y amorosamente criados. Por ejemplo, fue un principio de su crianza que se les permitiera toda pregunta y se las contestara de buen grado; también en otros aspectos se les permitió mayor naturalidad y libertad de opinión de la que generalmente se da pero, aunque tiernamente, se los guió con firmeza. Sólo uno de los niños hizo uso (y en grado muy limitado) de la entera libertad de hacer preguntas y obtener información, con el propósito de lograr esclarecimiento sexual. Mucho después —cuando era ya casi un adulto— el muchacho dijo que la respuesta correcta dada a su pregunta sobre el nacimiento le había parecido completamente inadecuada y que este problema había seguido ocupando su mente en grado considerable. Probablemente la información no había sido completa aunque correspondía a la pregunta, ya que no había incluido el papel del padre. Sin embargo, es notable que el muchacho, aunque ocupado interiormente con este problema, por razones que él mismo no advertía, nunca preguntó sobre dichas cuestiones, aunque no tenía ocasiones de dudar de la disposición a contestarle. Este niño a los cuatro años desarrolló una fobia al contacto con otras personas —en particular adultos— y además fobia a los escarabajos. Estas fobias duraron unos pocos años y gradualmente fueron casi superadas con la ayuda del afecto y el acostumbramiento. Sin embargo, nunca perdió el rechazo a animales pequeños. Tampoco después mostró nunca deseo de compañía, incluso aunque ya no le tuviera aversión directa. Por lo demás se ha desarrollado bien psíquica, física e intelectualmente, y es sano. Pero un marcado carácter insociable, reserva e introversión, así como algunos rasgos vinculados con éstos, me parece que son rastros de las fobias por otra parte felizmente dominadas y elementos permanentes en la formación de su carácter. El segundo ejemplo es una niña que en los primeros años de su vida demostró ser inusualmente bien dotada y deseosa de conocimientos. Sin embargo, alrededor de los cinco años se debilitó mucho ³⁷ el impulso a investigar y gradualmente se tornó superficial; no tenía impulso a aprender y ninguna profundidad de interés aunque indudablemente estuvieran presentes buenas capacidades intelectuales, y por lo menos hasta ahora (tiene quince años) ha mostrado sólo una inteligencia media. Incluso aunque los buenos principios educativos aprobados hasta ahora han conseguido mucho para el desarrollo cultural de la humanidad, la crianza del individuo ha seguido siendo, como los buenos pedagogos sabían y saben, un

³⁶ Los niños son hermano y hermana, hijos de una familia que conozco muy bien, de modo que tengo conocimiento detallado de su desarrollo.

³⁷ Esta niña no pidió nunca esclarecimiento sexual.

problema casi insoluble. Quien tiene oportunidad de observar el desarrollo de niños, y de ocuparse con más detalle del carácter de los adultos, sabe que a menudo los niños mejor dotados fracasan repentinamente sin causa aparente y en las formas más variadas. Algunos hasta entonces buenos y dóciles se vuelven tímidos y difíciles de manejar o completamente rebeldes y agresivos. Niños alegres y amistosos se tornan insociables y reservados. Dotes intelectuales que prometían un florecimiento desusado, repentinamente quedan trunca. Niños de brillantes dotes fracasan a menudo en alguna pequeña tarea y luego pierden coraje y autoconfianza. Por supuesto que también sucede a menudo que estas dificultades del desarrollo se superan con éxito. Pero las dificultades menores, a menudo suavizadas por el afecto paterno, con frecuencia aparecen nuevamente en años posteriores en forma de dificultades grandes e insuperables que pueden llevar entonces a un trastorno o por lo menos a mucho sufrimiento. Son incontables los daños e inhibiciones que afectan el desarrollo, para no hablar de los individuos que posteriormente caen víctimas de la neurosis.

Incluso si reconocemos la necesidad de introducir el psicoanálisis en la crianza, esto no implica deshacerse de los buenos principios educativos aceptados hasta ahora. El psicoanálisis tendría que servir a la educación como una ayuda —para completarla— sin tocar las bases hasta ahora aceptadas como correctas. ³⁸ Los pedagogos realmente buenos se han esforzado siempre —inconscientemente— por lo correcto, y con amor y comprensión trataron de ponerse en contacto con los impulsos más profundos, a veces tan incomprensibles y aparentemente reprensibles, del niño. No es a los pedagogos sino a sus recursos a los que hay que culpar si no tuvieron éxito o sólo lo tuvieron parcialmente, en este intento. En el hermoso libro de Lily Braun, *Memoiren einer Sozialistin* (Memorias de una socialista), leemos cómo en el intento de conquistar la simpatía y confianza de sus hijastros (niños, creo, de alrededor de diez o doce años) trató, tomando como punto de partida su parto cercano, de esclarecerlos sobre temas sexuales. Se siente triste e indefensa cuando se encuentra

³⁸ En mi experiencia he encontrado que externamente es poco el cambio que parece sufrir lo educacional. Han transcurrido alrededor de dieciocho meses desde la terminación de las observaciones aquí relatadas. El pequeño Fritz va a la escuela, se adapta en forma excelente a sus exigencias, y es considerado allí, como en todas partes, un niño bien educado, desenvuelto y espontáneo, y que se comporta adecuadamente. La diferencia esencial, difícilmente notable para el observador no iniciado, yace en una actitud básica completamente distinta con respecto a la relación maestro-alumno. Así, aunque desarrolló una relación absolutamente franca y amistosa, cumple con bastante facilidad las exigencias pedagógicas que de otro modo a menudo sólo actúan cuando se las utiliza autoritariamente, y con dificultades; ya que las resistencias inconscientes del niño ante esto fueron superadas por el análisis. Por consiguiente, el resultado de la educación ayudada por el análisis es que el niño cumple con los requerimientos educativos habituales pero sobre la base de presupuestos enteramente diferentes.

con abierta resistencia y rechazo y tiene que abandonar su intento. ¡Cuántos padres cuyo mayor deseo es preservar el amor y confianza de sus hijos se encuentran repentinamente con una situación en la que —sin entender por qué— tienen que reconocer que no han podido nunca realmente ni el uno ni la otra!

Volvamos al ejemplo que he descrito aquí detalladamente. ¿Con qué justificación se introdujo el psicoanálisis en la crianza de este niño? El niño sufría de una inhibición de juego acompañada de inhibición a escuchar o contar historias. Había también creciente taciturnidad, hipercriticismo, ensimismamiento e insociabilidad. Aunque el estado mental del niño en general no podía ser descrito en este estadio como “enfermedad”, de cualquier modo se justifica suponer por analogía desarrollos posibles. Estas inhibiciones con respecto al juego, contar historias, escuchar, y además el hipercriticismo sobre cosas sin importancia y el ensimismamiento, podían haberse convertido en rasgos neuróticos en un estadio posterior y la taciturnidad e insociabilidad en rasgos de carácter. Debo agregar aquí lo siguiente, porque es significativo: las peculiaridades aquí indicadas estuvieron presentes en cierta medida —aunque en forma no tan llamativa— desde que el niño era muy pequeño; fue sólo cuando se desarrollaron y se les agregaron otras que produjeron la impresión que me llevó a considerar aconsejable la introducción del psicoanálisis. Pero antes de esto, y también después, tenía una expresión inusualmente pensativa cuando empezó a hablar con mayor fluidez, que no tenía relación con las observaciones normales, nada brillantes, que profería. Su alegre locuacidad, su marcada necesidad de la compañía no sólo de niños sino también de adultos, con los que conversa con igual alegría y libertad, contrastan notablemente con su carácter anterior.

Sin embargo, pude aprender algo más de este caso; a saber, que ventajoso y necesario es introducir muy temprano el análisis en la crianza, para preparar una relación con el inconsciente del niño tan pronto como podemos ponernos en contacto con su ciencia. Probablemente así podrían removerse fácilmente las inhibiciones o rasgos neuróticos, en cuanto empiezan a desarrollarse. No hay duda de que el niño normal de tres años, probablemente incluso el niño más pequeño, que tan a menudo muestra intereses muy vividos, es ya intelectualmente capaz de captar las explicaciones que se le dan, tanto como todo lo demás. Probablemente mucho mejor que el niño mayor, que ya está perturbado afectivamente en esas cuestiones por una resistencia más enraizada, mientras que el niño pequeño está mucho más cerca de estas cosas naturales mientras la crianza no haya extendido demasiado lejos sus influencias perjudiciales. *Esta* sería entonces, mucho más que en el caso del niño que ya tiene cinco años, una crianza con ayuda del análisis.

Por grandes que puedan ser las esperanzas asociadas con una educación general de este tipo para el individuo y la colectividad, no es de temerse un efecto de enormes alcances. Siempre que nos

enfrentemos con el inconsciente del niño muy pequeño, seguramente nos encontramos también con todos sus complejos. ¿En qué medida son estos complejos filogenéticos e innatos, y en qué medida adquiridos ontogenéticamente? Según A. Stürcke, el complejo de castración tiene una raíz ontogenética en el bebé, por la desaparición periódica del pecho materno, al que considera de su pertenencia. La expulsión de las heces se considera como otra raíz del complejo de castración. En el caso de este niño, con el que nunca se utilizaron amenazas y que mostraba con franqueza y sin temor su placer en la masturbación, apareció sin embargo un complejo de castración muy marcado que por cierto se había desarrollado en parte sobre la base del complejo de Edipo. Sin embargo en cualquier caso, en este complejo y en realidad en toda formación de complejo, las raíces yacen demasiado profundamente como para que podamos penetrar hasta ellas. En el caso descrito, los fundamentos de sus inhibiciones y rasgos neuróticos me parece que estaban antes incluso de la época en que empezó a hablar. Seguramente hubiera sido posible superarlos antes y más fácilmente de lo que se hizo, aunque no abolir completamente las actividades de los complejos en que se originaron. Seguramente no hay razón para temer un efecto de enormes alcances por el análisis temprano, un efecto que pueda hacer peligrar el desarrollo cultural del individuo y con ello la riqueza cultural de la humanidad. Por lejos que podamos ir hay siempre una barrera ante la que forzadamente debemos detenernos. Mucho de lo que es inconsciente y entretelado de complejos seguirá activo en el desarrollo del arte y la cultura. Lo que el análisis temprano puede hacer es procurar protección de graves *shocks* y superar inhibiciones. Esto ayudará no sólo a la salud del individuo sino también a la cultura, porque la superación de inhibiciones abrirá nuevas posibilidades de desarrollo. En el niño que observé fue notable cuánto se estimuló su interés general luego de satisfacerse parte de sus preguntas inconscientes, y cuánto decayó nuevamente su impulso a investigar porque habían surgido más preguntas inconscientes que monopolizaban todo su interés.

Por consiguiente, es evidente que, para entrar en más detalles, la influencia de los deseos e impulsos instintivos sólo puede debilitarse haciéndolos conscientes. Sin embargo, puedo afirmar por mis observaciones que, como en el caso del adulto, también en el niño pequeño esto sucede sin ningún peligro. Es cierto que comenzando con las explicaciones y aumentando notablemente con la intervención del análisis, el niño mostró un evidente cambio de carácter que fue también acompañado por rasgos “inconvenientes”. El niño, hasta entonces amable y sólo ocasionalmente agresivo, se volvió agresivo, pelear, no sólo en su fantasía, sino también en la realidad. Junto con esto, apareció una declinación de la autoridad de los adultos, que de ningún modo es igual a la incapacidad de tener en cuenta a los otros. Un saludable escepticismo, que quiere ver y comprender lo que se le pide que crea, se combina con la capacidad de reconocer los méritos

o habilidades de los otros, especialmente de su muy querido y admirado padre y también de su hermano Karl. Hacia el sexo femenino, debido a otras causas, se siente algo superior y bastante protector. Muestra la declinación de la autoridad principalmente en su actitud de amistosa camaradería, también en relación con sus padres. Valora mucho poder tener su propia opinión, sus propios deseos, pero le resulta difícil obedecer. Sin embargo, es fácil enseñarle cómo portarse mejor, y en general es lo bastante obediente como para complacer a su adorada madre, a pesar de que esto le resulta a menudo muy difícil. En general, su crianza no ofrece dificultades especiales a pesar de los rasgos "inconvenientes" que han aparecido.

No ha disminuido de ningún modo su bien desarrollada capacidad para ser bueno; en realidad, se ha estimulado más. Da fácilmente y con alegría, se impone sacrificios en pro de la gente que ama; es considerado y tiene "buen corazón". Vemos aquí también lo que aprendimos en el análisis del adulto, que el análisis no afecta estas formaciones eficaces en forma perjudicial sino que las fortifica. Por eso me parece justificado argüir que el análisis temprano tampoco perjudicará las represiones, formaciones reactivas y sublimaciones ya existentes, sino que, por el contrario, abrirá nuevas posibilidades para otras sublimaciones.³⁹

Debe mencionarse aún otra dificultad con respecto al análisis temprano. Por haber traído a la conciencia sus deseos incestuosos, su apasionado apego por la madre se advierte llamativamente en la vida cotidiana, pero no hace ningún intento de sobrepasar los límites establecidos y se comporta igual que cualquier niño afectuoso. Su relación con el padre es excelente a pesar (o a causa) de su conciencia de sus deseos agresivos. También en este caso es más fácil controlar cualquier emoción que se está volviendo consciente, que una inconsciente. Simultáneamente con el reconocimiento de sus deseos incestuosos, sin embargo, está haciendo intentos de liberarse de esta pasión y transferirla a objetos adecuados. Me parece que esto se infiere de una de las conversaciones citadas en la que sostenía con dolorosa emoción que por lo menos viviría entonces con la madre. Otras observaciones frecuentemente repetidas indican también que el proceso de liberación de la madre ya ha comenzado en parte, o por lo menos que lo intentará.⁴⁰

Por consiguiente, puede esperarse que logrará su liberación de la

³⁹ En este caso sólo quedó superada su exageración y carácter compulsivo.

⁴⁰ No durante el período que abarcan estas notas, sino casi un año después, luego de una declaración de su afecto por ella, expresó nuevamente la pena de no poder casarse con su madre. "Te casarás con una hermosa joven a la que amarás cuando seas grande" —replicó la madre—. "Sí —dijo él, ya bastante consolado—, pero tiene que parecerse exactamente a ti, con un rostro como el tuyo y un pelo como el tuyo, y debe llamarse señora de Walter W., igual que tú." (Walter no es sólo el nombre del padre sino también el segundo nombre del niño.)

madre por el camino adecuado; es decir, por la elección de un objeto que se parezca a la *imago* materna.

Tampoco he sabido de muchas dificultades que puedan surgir del análisis temprano de un niño en contacto con un ambiente que piensa de otro modo. El niño es tan sensible incluso a los desaires más suaves, que sabe muy bien cuándo puede ser comprendido y cuándo no. En este caso el niño renunció completamente, luego de unos ligeros intentos infructuosos, a confiar en nadie más que su madre y yo misma, en estos asuntos. Al mismo tiempo siguió confiando mucho en otros con respecto a otras cosas.

También resulta ser manejable otra cuestión que puede llevar fácilmente a inconvenientes. El niño tiene un impulso natural a utilizar el análisis como un recurso de placer. Por la noche cuando debería ir a dormir, afirma que se le ha ocurrido una idea que debe ser examinada de inmediato. O trata de atraer la atención durante el día con el mismo recurso, o bien en momentos inoportunos, con su fantasía, en resumen, trata en diversas formas de hacer del análisis el asunto de su vida. Un consejo que me dio el doctor Freund me proporcionó una excelente ayuda en este asunto. Establecí cierto horario —incluso aunque tuviera que cambiarlo ocasionalmente— destinado al análisis, y aunque a causa de nuestro estrecho contacto diario yo estaba mucho con el niño, en seguida hubo adhesión a esto. El niño accedió perfectamente después de unos pocos intentos infructuosos. En forma similar desalenté firmemente su intento de descargar en cualquier otra forma algo de la agresividad hacia sus padres y hacia mí misma revelada por el análisis, le exigí la norma habitual de modales; en estas cosas también accedió pronto. Aunque se trataba aquí de un niño mayor de cinco años y por ello más sensible, de cualquier modo estoy segura de que con un niño más pequeño pueden encontrarse formas de evitar estos inconvenientes. En un niño más pequeño no será tanto cuestión de conversaciones detalladas sino más bien de interpretaciones ocasionales durante el juego o en otras oportunidades, que probablemente aceptará más fácil y naturalmente que un niño mayor. Además, siempre ha sido tarea de la crianza, incluso la habitual hasta ahora, enseñar al niño la diferencia entre fantasía y realidad, entre verdad y falsedad. La diferencia entre desear y hacer (y después también la expresión del deseo) puede vincularse fácilmente con estas diferencias. Los niños en general son tan fáciles de enseñar y tan culturalmente dotados que seguramente aprenderán con facilidad que aunque puedan pensar y desear todo, sólo una parte puede llevarse a cabo.

Por consiguiente pienso que no hay necesidad de tener indebida ansiedad sobre estas cuestiones. No hay crianza sin dificultades, y seguramente las dificultades que actúan más bien desde afuera hacia adentro representan una carga menor para el niño que las que actúan inconscientemente desde adentro. Si uno está internamente convencido de que este método es correcto, entonces con poca experiencia

se superarán las dificultades externas. Pienso también que un niño psíquicamente fortificado por un análisis temprano, puede tolerar con más facilidad y sin perjuicio los problemas inevitables.

Puede surgir la cuestión de si todo niño requiere esta asistencia. Indudablemente hay una cantidad de adultos enteramente sanos, excelentemente desarrollados, y seguramente hay también niños que no muestran rasgos neuróticos, o los han superado sin dañarse. De cualquier modo, por la experiencia analítica puede afirmarse que son relativamente pocos los adultos y niños a los que esto se aplica. Freud en su "Análisis de la fobia de un niño de cinco años"⁴¹ menciona expresamente que a Juanito no le hizo ningún daño sino que le hizo bien la plena conciencia de su complejo de Edipo. Freud piensa que la fobia de Juanito difiere de las fobias extraordinariamente frecuentes en otros niños sólo en que se la advirtió. Muestra que "en cierta medida representaba una ventaja para él ya que ahora está quizás a la cabeza de otros niños, pues no lleva ya dentro de sí ese germen de complejos reprimidos que siempre influyen en la vida posterior y al que en cierta medida se debe de seguro el desarrollo del carácter, si no la disposición a la neurosis posterior".

Además dice Freud que "no puede trazarse una neta línea divisoria entre los niños nerviosos y los normales, que la enfermedad es una idea recapituladora puramente práctica, que la disposición y la experiencia deben combinarse para llegar a esta suma, que en consecuencia muchas personas sanas pasan a la categoría de nerviosas, etc. Escribe en "De la historia de una neurosis infantil":⁴² "Se objetará que pocos niños escapan a perturbaciones tales como rechazo temporal de la comida o fobia a un animal. Pero éste es un argumento bienvenido. Estoy preparado para afirmar que toda neurosis del adulto se erige sobre la base de la neurosis infantil, pero que esta última no siempre es lo bastante grave como para atraer la atención y ser reconocida como tal".

Sería entonces aconsejable prestar atención a los incipientes rasgos neuróticos de los niños; pero si queremos detener y hacer desaparecer estos rasgos neuróticos, entonces se convierte en una necesidad absoluta la intervención más temprana posible de la observación analítica y ocasionalmente del análisis. Creo que puede establecerse para este asunto una especie de norma. Si un niño, en la época en que surge y se expresa su interés por sí mismo y por las personas que lo rodean, muestra curiosidad sexual y trata paso a paso de satisfacerla; si no muestra inhibiciones en esto y asimila completamente el esclarecimiento recibido; si también en sus fantasías y juegos vivencia parte de los impulsos instintivos, especialmente el complejo de Edipo, sin inhibición; si por ejemplo escucha con placer los cuentos de Grimm sin manifestaciones subsiguientes de angustia, y en general se

⁴¹ O.C., t. 10.

⁴² O.C., t. 10.

muestra bien equilibrado, entonces en estas circunstancias probablemente podrá omitirse el análisis temprano, aunque incluso en estos casos no demasiado frecuentes podría ser beneficiosamente empleado, ya que podrían superarse muchas inhibiciones que incluso las personas mejor desarrolladas sufren o han sufrido.

He elegido especialmente el escuchar los cuentos de Grimm sin manifestaciones de angustia como indicación de la salud mental de los niños, porque de los diversos niños que conozco, sólo muy pocos lo hacen. Probablemente, en parte, por el deseo de evitar esta descarga de angustia han aparecido cierto número de versiones modificadas en estos cuentos y en la educación moderna se prefieren otros cuentos menos terroríficos, que no repercutan tanto —placentera y dolorosamente— sobre los complejos reprimidos. Sin embargo, tengo la opinión de que con la ayuda del análisis no hay necesidad de evitar estos cuentos sino que pueden usarse directamente como norma y como recurso. El miedo latente del niño, dependiente de la represión, se manifiesta más fácilmente con ayuda de ellos y entonces puede ser tratado con mayor detalle en el análisis.

¿Cómo ponerse en práctica una crianza con principios psicoanalíticos? El prerrequisito, tan firmemente establecido por la experiencia analítica, de que los padres, niñeras y maestros estén ellos mismos analizados, probablemente seguirá siendo durante mucho tiempo un piadoso deseo. Incluso si se realizara este deseo, aunque podríamos tener cierta seguridad de que se llevaran a cabo las útiles medidas mencionadas al principio, de cualquier modo no tendríamos la posibilidad de análisis temprano. Quisiera hacer aquí una sugerencia que es sólo un consejo por necesidad actual, y que puede ser transitoriamente eficaz hasta que otros tiempos traigan nuevas posibilidades. Me refiero a la fundación de jardines de infantes dirigidos por mujeres analistas. No hay duda de que una analista que tiene bajo sus órdenes algunas niñeras entrenadas por ella puede observar a muchos niños como para reconocer la conveniencia de una intervención analítica y llevarla a cabo. Por supuesto que entre otras cosas puede objetarse que de este modo el niño en cierta medida y en edad muy temprana quedaría psíquicamente apartado de su madre. Pienso sin embargo que el niño tiene tanto que ganar de este modo, que la madre recuperaría en otros sentidos lo que quizás haya perdido en éste.

[NOTA, 1947. Las conclusiones educacionales incluidas en este artículo están necesariamente en relación con mis conocimientos psicoanalíticos de aquel entonces. Ya que en los siguientes capítulos no incluí sugerencias sobre educación, no se ve en este volumen el desarrollo de mis ideas sobre la educación, como, según creo, se ve el desarrollo de mis conclusiones psicoanalíticas. Valdría la pena entonces mencionar que, si fuera yo a presentar actualmente sugerencias para la educación, formularía considerables ampliaciones y también restricciones a las ideas presentadas en este artículo.]

4. ANALISIS INFANTIL

(1923)

A menudo encontramos en el análisis que las inhibiciones neuróticas del talento están determinadas por represiones que han detenido las ideas libidinales asociadas con actividades especiales y así, al mismo tiempo, a las actividades en sí. En el curso del análisis de niños pequeños y mayores me encontré con material que me condujo a la investigación de ciertas inhibiciones, que fueron reconocidas únicamente como tales durante el análisis. Las características siguientes demostraron ser inhibiciones típicas: torpeza en juegos y gimnasia, y aversión por ellos, poco o ningún placer en las lecciones, falta de interés por una materia especial, en general, distintos grados de la llamada pereza; a menudo también capacidades o intereses más débiles de lo que es común, resultaron estar "inhibidos". En muchos casos, no se ha reconocido que esas características eran verdaderas inhibiciones y como inhibiciones similares que forman parte de la personalidad de todo ser humano, no podían ser denominadas neuróticas. Cuando han sido resueltas por el análisis nos encontramos —como lo ha demostrado Abraham en el caso de neuróticos que sufren de inhibición motora—¹ que la base de estas inhibiciones era también un intenso placer primario que había sido reprimido debido a su carácter sexual. Jugar a la pelota o con aros, el patinaje, deslizarse en el tobogán, bailar, hacer gimnasia, la natación —en realidad, todos los juegos atléticos— resultaron tener una catexia libidinal, y el simbolismo genital representaba siempre un papel en ellos. Lo mismo se aplicaba al camino a la escuela, la relación con maestros y maestras, y también al aprender y enseñar ellos mismos. Por supuesto que una enorme serie de determinantes activos y pasivos, hétero y homose-

¹ Abraham: "Un fundamento constitucional de la ansiedad motriz" (1914).

xuales, que varían con los individuos y que proceden de los diversos instintos parciales, son también de mucha importancia.

A semejanza de las inhibiciones neuróticas, las que podemos denominar "normales" estaban fundadas evidentemente en una capacidad constitucionalmente grande de producir placer y en su significado simbólico-sexual. El énfasis mayor, sin embargo, debe ponerse sobre el significado simbólico-sexual. Es éste el que, determinando una catexia libidinal, aumenta en un grado cuya disposición original y el placer primario aún no podemos determinar. Al mismo tiempo, es éste el que atrae la represión sobre sí, porque la represión se dirige contra el matiz de placer sexual asociado a la actividad, y conduce a la inhibición de esta actividad o tendencia.

He llegado a ver que en la mayoría de estas inhibiciones, fueran o no reconocibles como tales, la tarea de revertir el mecanismo era realizada por la angustia y especialmente por el "miedo a la castración"; sólo cuando esta ansiedad se resolvía, resultaba posible progresar en la remoción de la inhibición. Estas observaciones me dieron cierto *insight* en las relaciones entre ansiedad e inhibición, que voy ahora a exponer con más detalles.

La íntima conexión entre ansiedad e inhibición fue notablemente esclarecida por el análisis del pequeño Fritz.² En este análisis, cuya segunda parte fue muy a lo profundo, pude establecer el hecho de que la ansiedad (que en un momento fue muy considerable, pero que gradualmente se fue apaciguando después de haber alcanzado cierto punto) seguía de tal modo el curso del análisis, que era siempre un indicio de que las inhibiciones estaban por ser removidas. Cada vez que la ansiedad era resuelta, el análisis daba un gran paso hacia adelante, y la comparación con otros análisis confirma mi impresión de que la importancia de nuestro éxito en hacer desaparecer inhibiciones está en proporción directa con la claridad con que la ansiedad se manifiesta como tal y puede ser resuelta.³ Por eliminación exitosa no quiero significar únicamente que las inhibiciones disminuyan o se supriman, sino que el análisis logre restablecer el placer original en la actividad. Esto es indudablemente posible en los análisis de niños pequeños y cuanto menores son, tanto más rápidamente ocurre, porque la trayectoria que se debe recorrer para invertir el mecanismo de la inhibición es menos larga y complicada en los niños *pequeños*. En Fritz, este proceso de remoción por vía de la ansiedad era precedido

² Cf. "El desarrollo de un niño", cap. I de este volumen.

³ En Fritz apareció en forma violenta (y esto me pareció muy importante), con todo el afecto adecuado a ella. En otros análisis no fue siempre así. Por ejemplo, en Félix, de trece años, a cuyo análisis me referiré repetidamente en este artículo, la ansiedad era a menudo reconocida como tal, pero no era vivida con tal poderoso afecto. En su artículo "El complejo de castración en la formación del carácter" (1923), el Dr. Alexander señala la gran importancia de este "vivenciar" afectivo. Esto es lo que el psicoanálisis se proponía en su infancia, y a lo que llamaba "abreacción".

algunas veces por la aparición de síntomas transitorios. ⁴ Estos, a su vez, eran principalmente resueltos por medio de la ansiedad. El hecho de que la supresión de estas inhibiciones y síntomas ocurre por medio de la ansiedad demuestra con seguridad que su fuente es la ansiedad.

Sabemos que la ansiedad es uno de los afectos primarios. "He dicho que la conversión en angustia, o mejor, la descarga en forma de angustia, es el destino inmediato de la libido que tropieza con la represión". ⁵ Al reaccionar así con angustia, el yo repite el afecto que en el momento del nacimiento constituye el prototipo de toda angustia, y lo emplea como "la moneda corriente por la que todo afecto se cambia o puede ser cambiado". ⁶ El descubrimiento de cómo el yo trata, en las diferentes neurosis, de defenderse del desarrollo de la angustia, llevó a Freud a inferir que: "En un sentido abstracto, por lo tanto, parece correcto decir que los síntomas están formados exclusivamente por el propósito de escapar al desarrollo, de otro modo inevitable, de la angustia." En correspondencia con esto, la angustia en los niños precederá invariablemente a la formación de síntomas y será la primera manifestación neurótica que allana el camino, por así decirlo, para los síntomas. Al mismo tiempo, no siempre será posible indicar la razón por la cual en un estadio temprano a menudo no se manifiesta o no se advierte la ansiedad. ⁷

De todos modos, no hay posiblemente un solo niño que no haya sufrido terrores y, quizá, se justifica que digamos que en todos los seres humanos, en uno u otro momento, se han presentado ansiedades neuróticas en mayor o menor grado.

"Recordamos el hecho de que el motivo y propósito de la represión es simplemente el de evitar el 'dolor'. Se deduce que el destino de la carga de afecto perteneciente a la representación es mucho más importante que el de su contenido ideacional y es decisivo para la opinión que nos formamos del proceso de represión. Si la represión no consigue evitar que surjan los sentimientos displacenteros a la angustia, podemos decir que ha fallado, aun cuando haya alcanzado su propósito en lo que se refiere al elemento ideacional." ⁸ Si la represión falla, el resultado es la formación de síntomas. "En las neurosis

⁴ Cf. S. Ferenczi: "Construcciones transitorias de síntomas durante el análisis" (1912*).

⁵ S. Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, O.C., 15-16.

⁶ *Ibid.*

⁷ En muchos análisis pude establecer el hecho de que los niños a menudo ocultan a los que los rodean considerables cantidades de ansiedad, como si advirtieran inconscientemente su significado. En los varones está también el hecho de que creen que su ansiedad es cobardía y se avergüenzan de ella, y en realidad éste es un reproche que generalmente se les hace si la confiesan. Estos son probablemente los motivos para olvidar fácil y completamente las ansiedades de la niñez, y podemos estar seguros de que cierta ansiedad primaria está siempre escondida detrás de la amnesia de la infancia, y puede ser únicamente reconstruida por un análisis realmente profundo.

⁸ "La represión", O.C., 14.

ocurren procesos que intentan evitar el desarrollo de la ansiedad y consiguen hacerlo por diferentes medios." ⁹

Ahora bien, ¿qué ocurre con una cantidad de afecto que se hace desaparecer sin conducir a la formación de síntomas? (me refiero a los casos de represión exitosa). En lo que se refiere al destino de este monto de afecto, que está destinado a ser reprimido, Freud dice: "El destino del factor cuantitativo en la presentación del instinto puede ser uno de tres, como podemos ver a través de un rápido examen de las observaciones hechas en psicoanálisis: o el instinto es completamente suprimido y no se encuentran rastros de él, o está encubierto bajo un afecto de un tono cualitativo especial, o se convierte en angustia." ¹⁰

Pero, ¿cómo es posible que se suprima la carga de afecto en la represión exitosa? Parece justificado suponer que siempre que tiene lugar la represión (sin exceptuar los casos en que es exitosa), el afecto se descarga en forma de ansiedad, cuya primera fase a veces no se manifiesta o pasa inadvertida. Este proceso es frecuente en la histeria de angustia y también presumimos su existencia cuando esta histeria no se desarrolla realmente. En ese caso, la ansiedad estaría presente inconscientemente por un tiempo en el que "... encontramos imposible evitar aún la extraña conjunción y 'conciencia inconsciente de culpa' o una paradójica 'ansiedad inconsciente'." ¹¹ Es verdad que al examinar el uso del término "afectos inconscientes", Freud continúa diciendo: "Así, no se puede negar que el uso de los términos en cuestión es lógico; pero una comparación del afecto inconsciente con la idea inconsciente revela la significativa diferencia de que la idea inconsciente continúa, después de la represión, como una formación real en el sistema inconsciente, mientras que al afecto inconsciente le corresponde en el mismo sistema sólo una disposición potencial a la que se le impide desarrollar más." ¹² Vemos, pues, que la carga de afecto que se ha desvanecido por una represión exitosa ha sufrido seguramente también la transformación en ansiedad, pero que cuando la represión se realiza con éxito completo, a veces la ansiedad no se manifiesta de ningún modo, o sólo débilmente, y permanece como una disposición en potencia en el inconsciente. El mecanismo por el que se posibilita la "ligazón" y descarga de esta ansiedad, o la disposición a la ansiedad, sería el mismo que el que hemos visto dar por resultado la inhibición, y los descubrimientos del psicoanálisis nos han enseñado que la inhibición interviene en mayor o menor grado en el desarrollo de todo individuo normal, si bien también en esto es sólo el factor cuantitativo el que determina si será sano o enfermo.

Surge la pregunta: ¿por qué una persona sana puede descargar en

⁹ *Conferencia de introducción al psicoanálisis*, *ibid.*

¹⁰ "La represión", *ibid.*

¹¹ "Lo inconsciente", O.C., 14.

¹² *Ibid.*

forma de inhibiciones lo que a un neurótico lo ha llevado a la neurosis? Las siguientes características pueden formularse como distintivas de las inhibiciones que estamos tratando: 1) ciertas tendencias del yo reciben una poderosa catexia libidinal; 2) una cantidad de ansiedad es distribuida en tal forma entre estas tendencias que ya no aparece como ansiedad, sino como "displacer",¹³ desasosiego mental, incomodidad, etc. El análisis, sin embargo, demuestra que esas manifestaciones representan ansiedad, de la que se diferencia sólo en grado y que no se ha manifestado ella misma como tal. Por consiguiente, la inhibición implicaría que cierta cantidad de ansiedad ha sido incorporada por una tendencia yoica que ya ha tenido una catexia libidinal previa. La base de una represión satisfactoria sería entonces la catexia libidinal de los instintos del yo, acompañada en este doble camino por la inhibición como resultado.

Cuanto más perfectamente realiza su trabajo el mecanismo de la represión exitosa, menos fácil resulta reconocer la ansiedad, aun en la forma de aversión. En las personas enteramente sanas y apariencia completamente libres de inhibiciones, aparecen en última instancia sólo en forma de inclinaciones debilitadas o parcialmente debilitadas.¹⁴

Si equiparamos la capacidad de emplear la libido superflua en una catexia de tendencias del yo, con la capacidad de *sublimar*, podemos suponer que la persona que permanece sana logra hacerlo por su mayor capacidad para sublimar en un estadio muy temprano del desarrollo de su yo.

La represión actuaría entonces sobre las tendencias del yo elegidas para ese fin y así surgirían las inhibiciones. En otros casos, los mecanismos de las neurosis se movilizarían en mayor o menor grado dando como resultado la formación de síntomas.

Sabemos que el complejo de Edipo hace que la represión surja en forma particularmente intensa y moviliza al mismo tiempo el miedo a la castración. Podemos quizá suponer también que esta gran "oleada" de ansiedad es reforzada por la ansiedad preexistente (posiblemente sólo como una disposición en potencia) a consecuencia de represiones tempranas: esta última ansiedad puede haber operado directamente como angustia de castración originada en las "primeras

¹³ Al escribir sobre la conexión entre "displacer" y "angustia" en los sueños, Freud dice en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*: "La hipótesis que resulta adecuada para los sueños de angustia puede ser adoptada también sin ninguna modificación para los que han sufrido cierto grado de modificación, y para otros tipos de sueños desagradables en los que los sentimientos de displacer que los acompañan se aproximan probablemente a la angustia".

¹⁴ Aun en esta forma de represión, en la que la transformación sufrida por la angustia la vuelve irreconocible, indudablemente es posible efectuar la retirada de grandes cantidades de libido. He encontrado en el análisis de numerosos casos que el desarrollo de hábitos y peculiaridades del individuo había sido influenciado por ideas libidinales.

castraciones."¹⁵ He descubierto muchas veces en el análisis la angustia del nacimiento como angustia de castración que revivía material temprano y he encontrado que resolviendo la angustia de castración se disipaba la angustia del nacimiento. Por ejemplo, encontré en un niño el temor a que estando sobre hielo éste pudiera ceder debajo de él, o a caer a través de un agujero en un puente —expresiones evidentemente de angustia del nacimiento—. Repetidamente he encontrado que estos temores estaban movilizados por deseos menos evidentes —activados como resultado del significado simbólico-sexual de patinar, de los puentes, etc.—, de forzar el regreso a la madre por medio del coito, y esos deseos originaron el miedo a la castración. Esto también hace más fácil entender por qué la procreación y el nacimiento son concebidos frecuentemente en el inconsciente como un coito del niño, quien, aunque sea con ayuda del padre, penetra de este modo en la vagina materna.

No parece, por lo tanto, arriesgado considerar el pavor nocturno que aparece a los dos o tres años como ansiedad originada en el primer estadio de represión del complejo de Edipo, cuya ligazón y descarga prosigue posteriormente por diversos caminos.¹⁶

El temor a la castración que se desarrolla cuando se reprime el complejo de Edipo, se dirige ahora a las tendencias del yo que ya han recibido una catexia libidinal, y luego a su vez, por medio de esta catexia es ligado y descargado.

Pienso que es bien evidente que en la medida en que las sublimaciones hasta aquí efectuadas sean cuantitativamente abundantes y cualitativamente fuertes, la ansiedad con la cual están ahora investidas será completa e imperceptiblemente distribuida entre ellas y descargadas así.

En Fritz y Félix pude comprobar que las inhibiciones del placer en los movimientos estaban estrechamente conectadas con las del placer en el estudio y con varias tendencias e intereses yoicos (que no voy a especificar ahora). En ambos casos lo que hizo posible este *desplazamiento* de la inhibición o angustia de un grupo de las tendencias del yo hacia otro, fue evidentemente la catexia principal de carácter simbólico-sexual común a ambos grupos.

En Félix, de trece años de edad (cuyo análisis usaré para ilustrar mis observaciones en una parte posterior de este artículo), la forma

¹⁵ Cf. S. Freud: "Sobre las trasposiciones de la pulsión en particular del erotismo anal", *O.C.*, 17; Stürcke, *Psicoanálisis y psiquiatría*; Alexander, *loc. cit.*

¹⁶ El resultado de la represión aparece entonces en forma notoria algo después (a los tres o cuatro años, o aun siendo mayores) en ciertas manifestaciones, algunas de las cuales son síntomas plenamente desarrollados, efecto del complejo de Edipo. Es claro (pero el hecho requiere aún verificación) que si fuera posible emprender un análisis del niño en el momento del *pavor nocturno* o poco después, y resolver su ansiedad, se disolvería el terreno subyacente a la neurosis y se abrirían posibilidades de sublimación. Mis observaciones me llevan a creer que no es imposible hacer investigaciones analíticas en niños de esa edad.

en que apareció este desplazamiento fue la alternancia de sus inhibiciones entre juegos y lecciones. En sus primeros años escolares había sido un buen alumno, pero por otra parte era muy tímido y torpe en toda clase de juegos. Cuando el padre volvió de la guerra acostumbraba pegar y reprender al niño por su cobardía, y con estos métodos consiguió el resultado deseado. Félix llegó a ser bueno para los juegos y apasionadamente interesado en ellos, pero junto a este cambio se desarrolló en él una aversión por la escuela y todo estudio o conocimiento. Esta aversión se convirtió en manifiesta antipatía, que tenía cuando llegó al análisis. La catexia simbólico-sexual en común estableció una relación entre las dos series de inhibiciones, y fue en parte la intervención de su padre, conduciéndolo a considerar los juegos como una sublimación más en consonancia con su yo, la que lo capacitó para desplazar la inhibición de los juegos a las lecciones.

Pienso que el factor de "consonancia con el yo" es también de importancia para determinar contra qué tendencia investida libidinalmente se dirigirá la libido reprimida (descargada como ansiedad), y qué tendencia sucumbiría de este modo, en mayor o menor grado, a la inhibición.

Este mecanismo de desplazamiento de una inhibición a otra parece presentar analogías con el mecanismo de las fobias. Pero mientras en éstas todo lo que ocurre es que el contenido de la ideación cede el paso por desplazamiento a una formación sustitutiva, sin que desaparezca el monto de afecto, en la inhibición la descarga del monto de afecto parece ocurrir simultáneamente.

"Como sabemos, el desarrollo de angustia es la reacción del yo al peligro y la señal preparatoria para huir; no es por lo tanto arriesgado imaginarse que en la angustia neurótica también el yo intenta una huida ante las exigencias de su libido, y está tratando el peligro interno como si fuera externo. Entonces, nuestra teoría de que cuando la angustia se presenta debe haber algo de lo que se tiene miedo, quedaría confirmada. La analogía va más lejos que esto, sin embargo. Así como la tensión que promueve el intento de huir del peligro externo es resuelta aferrándose al propio terreno y tomando medidas defensivas apropiadas, así también el desarrollo de la ansiedad neurótica cede a la formación de un síntoma que permite a la angustia ser 'ligada'."¹⁷

En forma análoga, creo yo, podemos considerar la inhibición como la restricción compulsiva, que nace ahora de adentro, de un peligroso exceso de libido; una restricción que en un período de la historia humana tomó la forma de una compulsión desde afuera. En un principio, entonces, la primera reacción del yo ante un peligro de estancamiento de la libido debe ser la angustia: "la señal para huir". Pero la incitación a la huida da lugar al "aferrarse al propio terreno y tomar medidas defensivas apropiadas" que corresponde a la for-

¹⁷ Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

mación de síntomas. Otra medida defensiva debe ser el sometimiento, restringiendo las tendencias libidinales, es decir, la inhibición, pero esto sólo puede ser posible si el sujeto triunfa en desvirtuar la libido dirigiéndola hacia las actividades de los instintos de autoconservación, dando así una salida en el campo de las tendencias del yo al conflicto entre energía instintiva y represión. Así la inhibición como resultado de una represión exitosa debe ser el prerrequisito y al mismo tiempo, la consecuencia de la civilización. Es en esta forma como el hombre primitivo, cuya vida mental es en tantos aspectos similar a la del neurótico,¹⁸ debe haber llegado al mecanismo de la neurosis, pues como no tenía suficiente capacidad de sublimación, probablemente también le faltaba la capacidad para el mecanismo de represión exitosa.

Habiendo alcanzado un nivel de civilización condicionado por la represión, aunque siendo principalmente capaz de represión sólo por el camino de los mecanismos de la neurosis, está incapacitado para avanzar más allá de este nivel cultural infantil.

Quisiera ahora llamar la atención hacia la conclusión que surge de mi exposición hasta este punto: la ausencia o presencia de capacidades (o incluso el grado en que están presentes), aunque parezcan determinadas simplemente por factores constitucionales y formando parte del desarrollo de los instintos del yo, demuestran estar determinados igualmente por otros factores, libidinales, y ser susceptibles de cambiar a través del análisis.

Uno de estos factores básicos es la catexia libidinal, como preliminar necesario de la inhibición. Esta conclusión está de acuerdo con hechos que hemos observado repetidamente en psicoanálisis. Pero encontramos que existe la catexia libidinal de una tendencia del yo aun cuando la inhibición no se ha producido. Es (como aparece con especial claridad en el análisis de niños) una componente constante de todo talento e interés. Si es así, debemos suponer que para el desarrollo de una tendencia del yo, no sólo tendría importancia una disposición constitucional sino también lo siguiente: cómo, en qué período y en qué cantidad —en realidad, bajo qué condiciones— tiene lugar la alianza con la libido; de modo que el desarrollo de la tendencia del yo depende del destino de la libido con la cual está asociada, es decir, del éxito de la catexia libidinal. Pero esto reduce la importancia del factor constitucional en el talento y, en analogía con lo que Freud ha demostrado en conexión con la enfermedad, se ve que el factor "accidental" es de gran importancia.

Sabemos que en el estadio narcisista, los instintos del yo y los sexuales están todavía unidos porque en un principio los instintos sexuales entran en el terreno de los instintos de autoconservación. El estudio de las neurosis de transferencia nos ha enseñado que posteriormente se separan funcionando como dos formas separadas de

¹⁸ Cf. Freud: *Tótem y tabú*, O.C., 13.

energía y desarrollándose de diferentes modos. Aunque aceptamos como válida la diferenciación entre instintos del yo e instintos sexuales, sabemos por otra parte, gracias a Freud, que una parte de los instintos sexuales permanece asociada a lo largo de la vida con los instintos del yo y los provee de componentes libidinales. Lo que he denominado previamente catexia simbólico-sexual de una tendencia o actividad perteneciente a los instintos del yo, corresponde al componente libidinal. Llamamos "sublimación" a este proceso de catectización con libido y explicamos su génesis diciendo que provee a la libido superflua, para lo cual no hay satisfacción adecuada, de la posibilidad de descarga y que de este modo disminuye o termina el estancamiento de libido. Este concepto está de acuerdo también con la idea de Freud de que el proceso de sublimación abre una vía de descarga para las excitaciones poderosas, que emanan de las distintas fuentes de la sexualidad y les permite ser aplicadas en otras direcciones. De este modo, dice Freud, cuando el sujeto tiene una disposición constitucional anormal, la excitación superflua puede encontrar descarga no sólo en la perversión o neurosis sino también en la sublimación.¹⁹

En su estudio del origen sexual del habla, Sperber muestra²⁰ que los impulsos sexuales han desempeñado un papel importante en su evolución, que los primeros sonidos hablados eran los llamados seductores a la pareja y que este lenguaje rudimentario se desarrolló como acompañamiento rítmico del trabajo, el que quedó asociado al placer sexual. Jones saca la conclusión de que la sublimación es la repetición ontogenética del proceso descrito por Sperber.²¹ Pero, al mismo tiempo, los factores que condicionan el desarrollo del lenguaje están activos en la génesis del simbolismo. Ferenczi postula que la base de la identificación, como estadio preliminar del simbolismo, está en el hecho de que en un estadio temprano de su desarrollo, el niño trata de redescubrir los órganos de su cuerpo y las actividades de éstos, en cada objeto que encuentra. Como establece una comparación similar con el interior de su cuerpo, probablemente ve en la parte superior de su cuerpo un equivalente de cada aspecto afectivamente importante de la parte inferior. Según Freud, la primera orientación del sujeto hacia su propio cuerpo está acompañada también por el descubrimiento de nuevas fuentes de placer. Puede muy bien ser esto lo que hace posible la comparación entre diferentes órganos y zonas del cuerpo. Esta comparación será posteriormente seguida por el proceso de identificación con otros objetos, proceso en el cual, de acuerdo con Jones, el principio de placer nos permite comparar dos objetos completamente diferentes sobre la base de una

¹⁹ *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., 7.

²⁰ Sperber, 1915.

²¹ Jones (1916): *Papers of Psychoanalysis*, 3a. ed. Cf. también Rank y Sachs (1913).

semejanza de tonalidad placentera, o de interés.²² Pero tenemos probablemente razones para suponer que por otra parte esos objetos y actividades, que no son de por sí fuentes de placer, llegan a serlo por esta identificación, siendo desplazado hacia ellos un placer sexual, como supone Sperber que fue desplazado hacia el trabajo en el hombre primitivo. Entonces, cuando la represión comienza a actuar y se progresa de la identificación a la formación de símbolos, es este último proceso el que proporciona una oportunidad a la libido de desplazarse a otros objetos y actividades de los de autoconservación, que originariamente no poseían una tonalidad placentera. Aquí llegamos al mecanismo de la sublimación.

De acuerdo con esto, vemos que la *identificación* es un estadio preliminar no sólo de la formación de símbolos sino al mismo tiempo de la evolución del lenguaje y de la sublimación. Esta última se produce por medio de la formación de símbolos; las fantasías libidinales quedan fijadas en forma simbólico-sexual sobre objetos, actividades e intereses especiales. Ilustraré esta afirmación en la siguiente forma. En los casos que he citado de placer en el movimiento —juegos y actividades atléticas— debemos reconocer la influencia del significado sexual del campo de deportes, del camino, etc. (como símbolos de la madre), en tanto que caminar, correr y toda clase de movimientos atléticos representan la penetración dentro de la madre. Al mismo tiempo, los pies, las manos y el cuerpo que llevan a cabo estas actividades y que, como consecuencia de identificaciones tempranas, son comparados con el pene, sirven para atraer sobre ellos algunas de las fantasías que realmente están en relación con el pene y las situaciones y gratificaciones asociadas con dicho órgano. El eslabón que conectó esto fue probablemente el placer por el movimiento, o más bien el órgano mismo. Este es el punto en que la sublimación difiere de la formación de síntomas histéricos, habiendo seguido hasta aquí el mismo curso.

Con el fin de formular con mayor precisión las analogías y diferencias entre síntomas y sublimación, quisiera referirme al análisis de Leonardo da Vinci, hecho por Freud. Como punto de partida, Freud toma el recuerdo de Leonardo —o mejor, su fantasía— de que estando aún en la cuna un buitre voló sobre él, abrió su boca con su cola, y apoyó la cola repetidas veces sobre sus labios. Leonardo mismo comenta que de este modo su absorbente y minucioso interés por los buitres quedó determinado muy tempranamente en su vida, y Freud hace notar cómo esta fantasía tuvo realmente gran importancia en el arte de Leonardo y también en su inclinación por las ciencias naturales.

Por el análisis de Freud aprendemos que el contenido mnésico real de la fantasía es la situación del niño amamantado y besado por la madre. La idea de la cola del pájaro en su boca (correspondiente a

²² Jones, *loc. cit.*

la fellatio) es evidentemente una reconstrucción de la fantasía en forma pasiva homosexual. Al mismo tiempo, vemos que representa una condensación de las tempranas teorías sexuales infantiles de Leonardo, que lo llevaron a suponer que la madre poseía un pene. Encontramos con frecuencia que cuando el instinto epistemofílico está asociado tempranamente con intereses sexuales, el resultado es la inhibición o la neurosis obsesiva y rumiación obsesiva. Freud prosigue mostrándonos que Leonardo escapó a este destino por la sublimación de este componente instintivo que de este modo no cayó víctima de la represión. Me gustaría preguntar ahora: ¿Cómo escapó Leonardo de la histeria? Porque la raíz de la histeria me parece reconocible en la fantasía, en este elemento condensado de la cola del buitre, el elemento que se encuentra frecuentemente en los histéricos como fantasía de fellatio, expresado por ejemplo como sensación del bolo histérico. Según Freud, tenemos en la sintomatología de la histeria una reproducción de la capacidad para el desplazamiento de las zonas erógenas que se manifiestan en la orientación e identificación temprana del niño. De este modo, vemos que la identificación es también un estadio preliminar de la formación del síntoma histérico, y es esta identificación la que capacita al histérico para efectuar el típico desplazamiento de abajo hacia arriba. Si ahora suponemos que la situación de gratificación por fellatio, que quedó fijada en Leonardo, fue alcanzada por la misma vía (identificación-formación simbólica-fijación) que lleva a la conversión histérica, me parece que el punto de divergencia aparece en la fijación. En Leonardo la situación placentera no quedó fijada como tal: la transfirió a las tendencias del yo. Debe haber tenido que hacer muy temprano en su vida una identificación muy profunda con los objetos que lo rodeaban. Posiblemente, esa capacidad fuera debida a un desarrollo desusadamente temprano e intenso de la libido narcisística en libido objetal. Otro factor contribuyente parece ser la capacidad para mantener la libido en estado de suspensión. Por otra parte, podemos suponer que hay aún otro factor de importancia para la capacidad de sublimación: uno que bien podría formar una parte considerable del talento con que un individuo está constitucionalmente dotado. Me refiero a la facilidad para que una actividad o tendencia del yo adquiriera una catexia libidinal y la medida en que de este modo sea receptiva; en el plano físico, vemos una analogía en la rapidez con que es innervada una zona especial del cuerpo y la importancia de este factor en el desarrollo de los síntomas histéricos. Estos factores, que podrían constituir lo que entendemos por "disposición" formarían una serie complementaria, como aquellas con que estamos familiarizados en la etiología de las neurosis. En el caso de Leonardo, no sólo se estableció una identificación entre el pezón, el pene y la cola del pájaro, sino que esta identificación se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro, y su vuelo y el espacio en el cual volaba. Las situaciones placenteras, realmente experimentadas

o fantaseadas, permanecerían sin embargo inconscientes, y fijadas, pero se les dio intervención en una tendencia del yo y así pudieron descargarse. Cuando reciben esta clase de representación, las fijaciones quedan despojadas de su carácter sexual; marchan de acuerdo con el yo y si la sublimación tiene éxito —es decir, si se fusionan con una tendencia del yo— no son reprimidas. Cuando esto sucede, proporcionan a la tendencia del yo el motivo de afecto que actúa como estímulo y como fuerza impulsora del talento y, como la tendencia del yo les proporciona campo libre para actuar en consonancia con el yo, permiten a la fantasía desplegarse sin restricciones y en esta forma ellas mismas son descargadas.

Por otra parte, en la fijación histérica, la fantasía se aferra tan tenazmente a la situación placentera que antes de que sea posible la sublimación, sucumbe a la represión y a la fijación; y así, suponiendo que actúen los otros factores etiológicos, está forzada a encontrar representación y descarga en los síntomas histéricos. La forma en que se desarrolló el interés científico de Leonardo por el vuelo de los pájaros, muestra que también en la sublimación continúa funcionando la fijación a la fantasía con todos sus determinantes.

Freud ha resumido ampliamente las características esenciales de los síntomas histéricos.²³ Si aplicamos su descripción a la sublimación de Leonardo considerada en conexión con la fantasía del buitre, veremos la analogía entre síntomas y sublimación. Creo, también, que esta sublimación corresponde a la fórmula de Freud de que un síntoma histérico expresa a menudo una fantasía sexual inconsciente masculina por un lado y femenina por otro. En Leonardo, la parte femenina se expresa en la fantasía pasiva de fellatio; la fantasía masculina me parece reconocible en un pasaje de las anotaciones de Leonardo que Freud cita como una especie de profecía: "El gran pájaro realizará su primer vuelo desde el lomo de su gran cisne, llenará al mundo de asombro y la literatura contará su fama y será una gloria eterna para el nido en que nació". ¿No significa esto ganar el reconocimiento de la madre por sus realizaciones genitales? Creo que esta fantasía, que expresa también un temprano deseo infantil, quedó representada, junto con la fantasía del buitre, en su estudio científico del vuelo de los pájaros y la aeronáutica. De este modo, la actividad genital de Leonardo, que desempeñó tan poco papel en lo que se refiere a gratificación instintiva real, se fusionó totalmente en sus sublimaciones.

Según Freud, el ataque histérico es simplemente una representación pantomímica de las fantasías, trasladada en términos de movimiento y proyectada en la motilidad. Lo mismo puede decirse de las fantasías y fijaciones que, como en el caso del artista, están representadas por innervaciones físicas motrices, ya sea en relación con el cuerpo mismo del sujeto o con algún otro medio. Esta opinión está

²³ "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", *O.C.*, 9.

de acuerdo con lo que Ferenczi y Freud han escrito sobre las analogías y relaciones entre arte e histeria por una parte, y el ataque histérico y el coito, por otra.

Ahora bien, así como el ataque histérico usa para su material una peculiar condensación de fantasías, así también el desarrollo de un interés por el arte o de un *talento* creador dependerían en parte de la riqueza e intensidad de las fijaciones y fantasías representadas en la sublimación. Sería importante no sólo en qué cantidad están presentes los factores constitucionales y accidentales involucrados y cuán armoniosamente cooperan, sino también cuál es el grado de actividad genital que podrá ser desviada para la sublimación. En forma similar, la primacía de la zona genital en la histeria ha sido alcanzada siempre.

El genio difiere del talento no sólo cuantitativamente, sino también en su cualidad esencial. Sin embargo, podemos suponer que tiene las mismas condiciones genéticas que el talento. El genio parece posible cuando todos los factores involucrados están presentes con tal abundancia como para hacer surgir agrupaciones únicas, configuraciones de unidades que mantienen cierta similitud esencial unas con otras: me refiero a las fijaciones libidinales.

Al examinar el problema de la sublimación, sugerí que un factor determinante de su éxito era que las fijaciones destinadas a la sublimación no hayan sufrido una represión demasiado temprana, porque esto impide la posibilidad de desarrollo. De acuerdo con esto tenemos que postular una serie complementaria entre la formación de síntomas por una parte, y la sublimación eficaz por otra. Estas series incluirían también posibilidades de sublimaciones menos eficaces. En mi opinión, encontramos que la fijación que conduce a un síntoma estaba ya en vías de sublimación, pero fue apartada de ella por la represión. Cuanto más pronto ocurre esto, mayor será el grado en que la fijación retendrá el verdadero carácter sexual de la situación placentera y tanto más sexualizará la tendencia en la que ha colocado su catexia libidinal, en vez de fusionarse con esa tendencia. También será más inestable esa tendencia o interés porque estará continuamente expuesta a la arremetida de la represión.

Me gustaría agregar algunas palabras acerca de la distinción entre sublimación sin éxito e inhibición, y sobre las relaciones entre ambas. He mencionado algunas inhibiciones que llamé normales y que nacieron cuando la represión tuvo éxito; cuando el análisis las resolvió se encontró que se basaban en parte en sublimaciones muy intensas. Es verdad que éstas se habían formado, pero habían sido inhibidas luego enteramente o en cierta medida. No tenían el carácter de sublimaciones fracasadas, las que oscilan entre formación de síntomas, rasgos neuróticos y sublimación. Sólo en el análisis fueron reconocidas como inhibiciones; se manifiestan en forma negativa, como una falta de inclinación o capacidad o a veces sólo como una disminución de éstas. Las inhibiciones están formadas (como he tratado

de demostrar en la pág. 89 de este capítulo) por la *transferencia de libido superflua*, que encuentra descarga como angustia, a la sublimación. De este modo, la sublimación es disminuida o destruida por represión en la forma de inhibición, pero se evita la formación de síntomas porque la angustia es así descargada en forma análoga a aquella que conocemos en la formación de síntomas histéricos. De acuerdo con esto, podemos suponer que el hombre normal alcanza su estado de salud por medio de inhibiciones, ayudadas por represiones eficaces. Si la cantidad de angustia que inviste a las inhibiciones excede a la de las sublimaciones, el resultado es la inhibición neurótica, porque la lucha entre la libido y la represión no se resuelve en el campo de las tendencias del yo y, por lo tanto, se ponen en marcha los mismos procesos empleados en las neurosis para ligar la angustia. Mientras que en la sublimación fracasada las fantasías se topan con la represión en su camino hacia la sublimación y en esta forma quedan fijadas, debemos suponer que para que una sublimación sea inhibida tiene que haber existido realmente como sublimación. Nuevamente aquí podemos postular las series complementarias inferidas ya entre síntoma por un lado y sublimación eficiente por el otro. Podemos suponer, sin embargo, que por otra parte, en la proporción en que tengan éxito las sublimaciones y por lo tanto pueda una parte pequeña de libido estancada dentro del yo, lista para ser descargada como angustia, menor será la necesidad de inhibición. Podemos asegurar también que cuanto más exitosa sea la sublimación, menos estará expuesta a la represión. Aquí podemos postular nuevamente una serie complementaria.

Conocemos la importancia de las fantasías de masturbación en los síntomas y ataques histéricos. Daré una ilustración del efecto de las fantasías de masturbación sobre la sublimación. Félix, de trece años, produjo durante el análisis la siguiente fantasía. Estaba jugando con hermosas niñas desnudas cuyos pechos frotaba y acariciaba. No veía la parte inferior de sus cuerpos. Jugaban al fútbol entre ellos. Esta fantasía sexual, que para Félix era un sustituto del onanismo, fue seguida durante el análisis por muchas otras fantasías; algunas aparecían en forma de ensueños diurnos; otras, durante la noche, como sustitutos del onanismo, y todas referidas a juegos. Estas fantasías nos demuestran cómo algunas de sus fijaciones fueron elaboradas en un interés por los juegos. En la primera fantasía sexual, que era sólo fragmentaria, el coito fue reemplazado por el fútbol.²⁴ Este juego, junto con otros, había absorbido enteramente su interés y ambición, porque esta sublimación estaba reforzada reactivamente, como protección contra otros intereses reprimidos e inhibidos que estaban menos en consonancia con su yo.

²⁴ Descubrí con el análisis, tanto de varones como de niñas, que era típico este significado del fútbol y también de todo tipo de juegos con pelotas. Ilustraré esta afirmación en otra parte; ahora solamente dejaré sentado que llegué a esta conclusión.

Este refuerzo reactivo, por otra parte obsesivo, puede muy bien ser en general un factor determinante de la destrucción de sublimaciones que ocurre a veces durante el análisis, aunque por regla general en nuestra experiencia el análisis sólo estimula sublimaciones. El síntoma es abandonado, por ser una costosa formación sustitutiva, cuando se resuelven las fijaciones y se abren otros canales para la descarga de la libido. Pero al traer a la conciencia estas fijaciones que forman la base de la sublimación tiene por regla general un resultado diferente: generalmente la sublimación se refuerza porque se la retiene como el canal sustitutivo más expeditivo y probablemente más temprano de descarga de libido que debe quedar insatisfecha.

Sabemos que la fijación a escenas o fantasías "primarias" es poderosa en la génesis de la neurosis. Voy a dar un ejemplo de la importancia de las fantasías primarias en el desarrollo de las sublimaciones. Fritz, que tenía casi siete años, contaba varias fantasías acerca del "general Pipi" (el órgano genital) que conducía los soldados "gotas de pipi", a través de las calles; Fritz dio una descripción exacta de la situación y lugar de estas calles y las comparó con la forma de las letras del alfabeto. El general conducía a los soldados a un pueblo, donde eran acuartelados. El contenido de estas fantasías era el coito con la madre, el movimiento que acompaña al pene y el camino que toma. Del contexto surgió que eran al mismo tiempo fantasías de masturbación. Encontramos que intervenían en sus sublimaciones, junto con otros elementos, en cuyo desarrollo no voy a extenderme ahora. Cuando corría con su "monopatín" atribuía especial importancia a dar vueltas y curvas,²⁵ tales como había descrito en varias fantasías sobre su "pipi". Una vez, por ejemplo, dijo que había inventado una patente para el "pipi". La patente consistía en poder hacer aparecer el "pipi" con un salto a través de la abertura de sus pantalones, sin tocarlo con las manos, enroscando y torciendo todo el cuerpo.

Tenía repetidamente fantasías de inventar tipos especiales de motocicletas y autos. Lo importante de esas construcciones de su fantasía²⁶ era invariablemente conseguir una destreza especial en la dirección y en las curvas. "Las mujeres —decía— tal vez puedan conducir, pero no pueden girar rápidamente." Una de sus fantasías era que

²⁵ Su gran placer y habilidad en este pasatiempo había sido precedido originalmente por torpeza y disgusto. Durante el análisis apareció primeramente una oscilación entre el placer y el disgusto, que se dio también en relación con sus demás juegos de movimiento y deportes. Luego consiguió un placer y una destreza perdurables en lugar de la inhibición, que había sido determinada por el miedo a la castración. La misma determinación se hizo evidente en relación con su inhibición (su siguiente placer) para andar en tobogán. Allí nuevamente atribuía especial importancia a las distintas posturas asumidas. Descubrimos en él una actitud análoga para todo juego de movimiento y atlético.

²⁶ Era evidente que la raíz de la patente de invenciones y construcciones que fantaseaba yacía siempre en los movimientos y funciones del "pipi", al que sus invenciones tenían como objetivo perfeccionar más.

los niños, tanto niñas como varones, tuvieran en seguida de nacer su pequeña motocicleta. Cada niño podría llevar a tres o cuatro más en su motocicleta, y dejarlos en el camino donde ellos quisieran. Los niños malos se caerían de la motocicleta al tomar una curva muy cerrada y los demás descenderían al llegar a término (nacerían). Hablando de la letra S, con la cual tenía varias fantasías, decía que los hijos de dicha letra, las pequeñas s, pueden hacer arrancar y conducir motos estando todavía en pañales, que todos ellos tenían motocicletas, con las que podían ir en un cuarto de hora mucho más lejos que lo que las personas mayores podían en una hora; y que los niños eran superiores a los mayores en correr y saltar y en todo lo que se refiriera a destreza del cuerpo. Tenía también muchas fantasías acerca de las diferentes clases de vehículos que le hubiera agrado poseer y con los que habría ido a la escuela tan pronto como los tuviera, llevando a su madre y a su hermana con él. Una vez demostró angustia ante la idea de verter petróleo en el tanque de un motor, por el peligro de explosión; resultó que en la fantasía de llenar una motocicleta grande o pequeña con petróleo, este último representaba el "Pipi-agua" o semen, al que suponía necesario para el coito, mientras que la destreza especial para manejar la motocicleta y realizar constantes curvas y vueltas representaba destreza en el coito.

Fue sólo durante los primeros años de su vida que dio señales de esta fijación tan grande en los caminos y en cuestiones conectadas con ellos. Cuando tenía alrededor de cinco años, sentía un marcado desagrado por salir a caminar. También su incapacidad para entender las distancias en tiempo y espacio a esa edad era muy notable. Así, después de haber viajado durante algunas horas, pensaba que estaba todavía en su ciudad natal. Asociada con este disgusto por salir a caminar estaba su completa falta de interés por conocer el lugar adonde había ido y su total falta de sentido de orientación.

El intenso interés por los vehículos adquirió la forma de estarse horas mirando pasar los carros desde la ventana o del vestíbulo de la casa y también de pasión por conducir. Su principal ocupación era jugar a ser cochero o chófer, juntando las sillas para formar el vehículo. A este juego, que realmente consistía en sentarse y quedarse quieto, se dedicaba en tal forma que parecía compulsivo, especialmente porque tenía una total aversión por cualquier otro tipo de juego. Fue en ese momento cuando empecé su análisis y después de algunos meses se notó un gran cambio, no sólo respecto a esto sino en general.

Hasta entonces no había manifestado angustia, pero durante el análisis apareció una intensa angustia que fue resuelta analíticamente. En la última parte de su análisis manifestó fobia a los chicos callejeros. Estaba conectada con el hecho de haber sido molestado repetidas veces por ellos en la calle. Manifestó temerlos y finalmente no se lo pudo persuadir de salir solo a la calle. No pude conocer esta fobia analíticamente porque por razones externas el análisis no pudo conti-

nuar, pero supe que poco tiempo después de interrumpido, la fobia desapareció completamente y fue reemplazada por un placer especial por vagabundear.²⁷

Al mismo tiempo desarrolló un mayor sentido de orientación en el espacio. Al comienzo, su interés se dirigía especialmente a las estaciones, las puertas de los coches de los trenes y después las entradas y salidas de los lugares, en cuanto llegaba a ellos. Empezó a interesarse por las vías de los trenes eléctricos y las calles por donde pasaban. El análisis desvaneció su disgusto por el fuego, que resultó tener varios factores determinantes. Su interés por los vehículos, que se desarrolló temprano y que tenía carácter obsesivo, se manifestó en diferentes juegos, que, en contraste con el anterior juego monótono del chófer, practicaba con gran riqueza de fantasías. Desarrolló también un apasionado interés por los ascensores y por subir y bajar en ellos. En esa época estaba enfermo y debía quedar en cama; entonces inventó los siguientes juegos. Se metió debajo de las sábanas y dijo: "el agujero es cada vez más grande, pronto podré salir". Diciendo esto se deslizaba suavemente por debajo de las sábanas hasta la otra punta de la cama, como si la abertura fuera demasiado grande para él para trepar y saltar afuera. Después jugaba a que iba a hacer un viaje debajo de las sábanas; a veces salía por un costado y otras por el otro, y decía cuando se ponía sobre ellas que ahora estaba "sobre la tierra", lo que significaba que era lo opuesto de un tren subterráneo. Lo había impresionado extraordinariamente ver salir el subterráneo de debajo de la tierra en una estación terminal y continuar por encima. Durante este juego con las sábanas tenía mucho cuidado de que no fuera a deslizarse hacia un lado u otro durante su trayecto, de manera de ser visible sólo cuando salía por un extremo o el otro, lo que llamaba la "estación terminal". Otra vez hizo un juego diferente con las sábanas, que consistía en deslizarse y salir de ellas en diferentes puntos. Cuando jugaba así le dijo una vez a su madre: "Voy adentro de tu vientre." En esa época produjo la siguiente fantasía. Iba en el subterráneo. Había mucha gente allí, el conductor subía y bajaba rápidamente algunos escalones y entregaba los billetes al público. El iba en el subterráneo, bajo la tierra, hasta que las vías se encontraban. Después había un hoyo y césped. En otro de esos juegos en la cama hacía repetidamente que un juguete con motor y chófer anduviera sobre el cobertor y sábanas que había arrollado para formar un promontorio. Luego decía: "El chófer siempre quiere ir por encima de la montaña pero eso es un mal camino para andar"; luego, mandando al chófer por debajo de las sábanas, decía: "éste es un buen camino". Tenía siempre un interés especial por una parte del tren

²⁷ Cuando tenía dos años y nueve meses se escapó de la casa y cruzó calles de mucho tránsito sin demostrar temor. Esa inclinación a escaparse duró alrededor de seis meses. Después empezó a mostrar una marcada cautela frente a los motores (el análisis demostró que esto era angustia neurótica), y su deseo de escaparse tanto como su placer en vagar parecían haberse desvanecido finalmente.

eléctrico en la que había una sola vía y donde se formaba una vuelta cerrada. Decía que tenía que estar esa vuelta por si el otro tren venía en dirección contraria y chocaban. Le explicaba a su madre el peligro: "Mira, si dos personas llegan en dirección contraria (al decir esto corría hacia ella) chocan y así hacen dos caballos, si corren así." Una fantasía frecuente en él era imaginarse cómo era su madre en su interior: se imaginaba toda clase de aparatos, especialmente en el estómago. Esto era seguido por la fantasía de un columpio o calesita donde había una cantidad de gente pequeña que trataba de meterse allí unos después de otros y salir por el otro lado. Había alguien que presionaba algo y los ayudaba a hacer esto.

Su nuevo placer por vagar y todos sus otros intereses duraron algún tiempo, pero después de algunos meses fueron vencidos por su antiguo disgusto por salir a caminar. Esto duró así hasta que empecé a analizarlo nuevamente. Tenía entonces cerca de siete años.²⁸

Durante esta parte de su análisis, que fue ahora muy a lo profundo, este rechazo se acrecentó y se reveló claramente como inhibición, hasta que la ansiedad latente se hizo después manifiesta y pudo ser resuelta. Era especialmente el *camino a la escuela* el que provocaba esta gran ansiedad. Encontramos que una de las razones por las que no le gustaban las calles que lo conducían a la escuela era que tenían árboles. A las calles que tenían terrenos sin edificar a ambos lados, por otra parte, las encontraba muy hermosas porque se podía hacer senderos y se los podía convertir en jardines, si se plantaban flores y se las regaba.²⁹ Su antipatía por los árboles, que por algún tiempo tomó la forma de temor a los bosques, demostró estar determinada en parte por fantasías sobre un árbol derribado, que podía caer sobre él. El árbol representaba para él el enorme pene del padre, que deseaba cortar y que por eso temía. Que temía el camino a la escuela lo vimos en varias fantasías. Una vez me habló acerca de un puente (que existía únicamente en su imaginación) que estaba en el camino a la escuela.³⁰ Si el puente hubiera tenido un agujero, él podría haber caído por ahí. Otra vez fue un pedazo de cordel grueso que vio tirado en el campo lo que le causó angustia, porque le hizo pensar en una víbora. En esa época también acostumbraba ir saltando sobre un pie una parte del camino, diciendo que le habían cortado un pie. En relación con un dibujo que había visto en un libro, tuvo fantasías sobre una bruja que encontraría en su camino a la escuela y que vaciaría un jarro de tinta sobre él y su cartera. En este caso, el jarro representaba el pene de la madre.³¹ Entonces añadió espontáneamente que lo te-

²⁸ El niño había tenido una recaída, que se debió en parte a que, en mi deseo de ser prudente, no había hecho el análisis bastante profundo. Parte del resultado obtenido, sin embargo, había resultado duradero.

²⁹ Conectado con plantar flores estaba su hábito de orinar en lugares determinados de su camino.

³⁰ S. Ferenczi: "El simbolismo del puente" (1921).

³¹ Sus asociaciones de estar sucio con tinta eran: aceite y leche condensada, li-

mía, pero que al mismo tiempo era lindo. Otra vez fantaseó que se encontraba con una bruja hermosa y miraba fijamente la corona que ella llevaba sobre su cabeza. Como la miraba tan fijamente (*kuckte*) él era un cuco (*Kuckuck*) y ella hizo desaparecer su cartera y lo transformó de cuco en paloma (un animal femenino, según pensaba).

Voy a dar un ejemplo de fantasías que aparecieron más tarde en su análisis, donde es evidente el significado placentero original del camino. Una vez me dijo que tendría placer en ir a la escuela tan sólo si no fuera por el camino. Entonces fantaseó que para evitar el camino tendería una escalera desde la ventana de su cuarto hasta la de la maestra, así él y su madre podrían ir juntos, trepando de un peldaño a otro. Después me habló de una cuerda, también tendida de ventana a ventana, por la cual él y su hermana podrían llegar a la escuela. Había una señorita que los ayudaba tirando de la cuerda, y los chicos que ya estaban en la escuela ayudaban también. El mismo hacía volver la cuerda, "ponía en movimiento la cuerda", según decía.³²

Durante su análisis, se volvió mucho más activo y entonces me contó la siguiente historia que él denominó "robo en el camino". Había un caballero muy rico y feliz, y aunque era muy joven, quería casarse. Iba a la calle, veía allí a una hermosa dama y le preguntaba cómo se llamaba. Ella contestaba: "Eso no le importa a usted". Entonces le preguntaba dónde vivía. Ella le contestaba nuevamente que eso no le importaba. Hacían cada vez más ruido al hablar. Entonces llegó un agente, que los había estado observando, y llevó al joven en un gran carruaje, el tipo de carruaje que un caballero así debería tener. Fue llevado a una casa con barrotes de hierro en la ventana: una prisión. Fue acusado de robo en el camino. "Así es como lo llaman".³³

El placer original por los caminos corresponde a su deseo de coito con la madre, y por esto no pudo llegar a actuar completamente hasta que fue resuelta la angustia de castración. Igualmente vemos que en estrecha conexión con esto, su interés por explorar caminos y calles (que formaba la base de su sentido de orientación) se de-

quidos que, como su análisis demostró, representaban en su mente el semen. Era una mezcla de heces y semen lo que suponía que habría en el pene de su padre y de su madre.

³² Esto era parte de una fantasía, muy larga y sobredeterminada, que dio material a varias teorías sobre la procreación y el nacimiento. Fritz proporcionó también otras asociaciones sobre una máquina de su invención, por medio de la cual podía tirar la cuerda a diferentes partes del pueblo. Esta fantasía reveló nuevamente su idea de haber sido procreado por su padre, unida a ideas de coito por su propia parte.

³³ Esta fantasía nos muestra qué había determinado su primitiva fobia por los chicos de la calle, la que había desaparecido temporariamente. El primer análisis, que no fue bastante profundo, no consiguió resolver suficientemente las fijaciones, subyacentes a la fobia, y sus inhibiciones. Esto hizo posible su recaída. Este hecho, considerado con mayores experiencias en análisis de niños, me parecía demostrar que el análisis infantil tanto como el análisis posterior debe llegar tan profundamente como sea necesario.

sarrolló con la liberación de la curiosidad sexual que había sido asimismo reprimida a causa del miedo a la castración. Daré algunos ejemplos. Me dijo una vez que cuando estaba orinando tenía que poner los frenos (lo que hacía apretando su pene) porque si no toda la casa podía derrumbarse.³⁴ En relación con esto existían muchas fantasías que demostraban que estaba bajo la influencia de la imagen mental del interior del cuerpo de su madre, y por identificación con ella, del suyo propio. Lo representaba como un pueblo, a veces como un país y después como el mundo, atravesado por líneas de ferrocarril; se imaginaba ese pueblo provisto de todo lo necesario para los habitantes y los animales que vivían allí y equipado con toda clase de artículos modernos.

Tenía telégrafos y teléfonos, diferentes clases de vías, ascensores y calesitas, anuncios, etc. Las vías estaban construidas en diferentes direcciones, a veces eran vías circulares con una cantidad de estaciones, y otras eran como las vías de su pueblo, con dos estaciones terminales. Había dos clases de trenes en los rieles: uno era el "tren-Pipi", manejado por una "gota de pipi", mientras que el otro era un "tren-Caca", manejado por una "caca".³⁵ A menudo el tren "Caca" estaba representado por un tren común de pasajeros, mientras que el tren "Pipi" era un tren expreso o eléctrico. Las dos estaciones terminales eran la boca y el "Pipi". En este caso había cierto lugar donde el tren tenía que cruzar otra vía que corría inclinada por una pendiente y luego bajaba. Entonces se producía un gran estrépito, porque el tren que corría por esta vía y conducía a los niños —los niños "Cacas"— chocaba con otro. Los niños lastimados eran llevados al puesto de señales.³⁶ Este resultó ser el agujero "Caca" que después fue introducido a menudo en fantasías como la plataforma de llegada o de salida. También había una colisión y estrépito cuando un tren venía en la otra dirección, esto es, cuando entraba por la boca. Esto representaba la fecundación a través de la comida, y su rechazo de cierta clase de alimentos estaba determinado por estas fantasías. Tenía otras, en las que hablaba de que las dos vías del tren tenían la misma plataforma de salida. Los trenes entonces corrían por las mismas vías, se separaban más abajo y así conducían hacia el agujero "Pipi" y "Caca". Se ve cuán fuerte era en él la influencia de la idea de la fecundación a través de la boca, en la fantasía que lo obligaba a detenerse siete veces cuando estaba orinando. La idea de las siete detenciones era originada por el número de gotas de un medicamento que estaba tomando en esa época y por el cual sentía una

³⁴ Encontramos estas ideas en su primer análisis (Cf. "El desarrollo de un niño"). Como el análisis no fue bastante profundo, las fantasías ligadas a esas ideas no pudieron ser liberadas. Hicieron su aparición recién en el segundo análisis.

³⁵ Heces.

³⁶ Quiero referirme aquí nuevamente a una fantasía descrita en "El desarrollo de un niño". En esa fantasía, los niños "Caca" bajaban algunos escalones desde el balcón al jardín (el cuarto).

gran repugnancia, porque, como lo demostró el análisis, lo equiparaba con orina.

Hay todavía otro detalle que quiero mencionar en la extraordinaria riqueza de imaginación que se reveló en estas fantasías de un pueblo, vías,³⁷ estaciones y caminos. Otra fantasía frecuente era la de una estación, a la que daba diferentes nombres, y que yo llamaré A. Había otras dos estaciones B y C, pegadas a la primera. A veces describía estas dos como una sola estación grande. A era muy importante porque de ella eran enviadas toda clase de mercaderías, y a veces también pasajeros, por ejemplo, oficiales del ferrocarril, que representaba con su dedo. A era la boca desde donde la comida seguía su camino. Los oficiales del ferrocarril eran el "Pipi" y esto llevaba a sus ideas de fecundación por la boca. B y C eran usadas para descargar las mercaderías. En B había un jardín sin árboles pero con muchos senderos que comunicaban unos con otros, y en los que había cuatro entradas, que no eran puertas sino simples agujeros. Estos aparecían como las aberturas de los oídos y la nariz. C era el cráneo y B y C juntos, toda la cabeza. Decía que la cabeza estaba sólo pegada a la boca, idea determinada en parte por su complejo de castración. El estómago también era a menudo una estación, pero este arreglo variaba frecuentemente. En todo esto, ascensores y calesitas jugaban un gran papel y eran usados únicamente para trasladar "Caca" y niños.

A medida que éstas y otras fantasías fueron interpretadas, su sentido y facultad de orientación se intensificaron, como se vio claramente en sus juegos e intereses.

Así encontramos que su sentido de orientación, anteriormente muy inhibido, pero que se desarrolló ahora en forma notable, estaba determinado por su deseo de penetrar en el cuerpo de la madre e investigar su contenido, con los pasadizos para entrar y salir de él y los procesos de fecundación y nacimiento.³⁸

³⁷ El tren circular de sus fantasías aparecía igualmente en todos los juegos. Construía trenes que corrían en círculo y manejaba su aro en círculo. Su gradual aumento de interés por la dirección y nombre de las calles se había convertido en interés por la geografía. Jugaba a que realizaba viajes en el mapa. Todo esto demuestra que el progreso en sus fantasías de su hogar al pueblo, a su país y al mundo entero (progreso que se manifestó cuando las fantasías fueron liberadas), ejercían su efecto también en sus intereses, porque su esfera se ampliaba cada vez más. Quiero aquí llamar la atención sobre la gran importancia de las inhibiciones en el juego también desde este punto de vista. La inhibición y la restricción de interés por el juego conducen a una disminución de las potencialidades e intereses, tanto en el aprendizaje como en el completo desarrollo posterior de la mente.

³⁸ En la discusión que tuvo lugar en la reunión de la Sociedad de Berlín sobre mi artículo no publicado: "Über die Hemmung und Entwicklung des Orientierungssinnes" (mayo 1921), Abraham señaló que el interés en la orientación, en relación con el cuerpo de la madre, es precedido en un estadio muy temprano por interés en la orientación en relación con el cuerpo del sujeto mismo. Esto es seguramente exacto, pero esa primera orientación parece compartir el destino de la represión sólo cuando se reprime el interés en la orientación en relación con el cuerpo de la madre, desde luego

Encontré que esta determinación libidinal del sentido de orientación era típica y que el desarrollo favorable (o por el contrario, la inhibición del sentido de orientación a causa de la represión) dependían de ella. Inhibiciones parciales de esta facultad, por ejemplo, el interés por la geografía y la orientación, con mayor o menor falta de capacidad, demostraban depender de factores que considero como esenciales en la formación de las inhibiciones en general. Me refiero al período de la vida y al grado en que la represión empieza a actuar sobre fijaciones que están destinadas a la sublimación o que están ya sublimadas. Por ejemplo, si no se reprime el interés por la orientación, se conservan el placer e interés en ella y el grado de desarrollo de la facultad es entonces proporcional al grado de éxito que alcanza la búsqueda de conocimiento sexual.

Quiero llamar la atención sobre la gran importancia de esta inhibición, que no sólo en Fritz irradiaba sobre los más diversos intereses y estudios. Además del interés por la geografía, descubrí que era uno de los factores determinantes en la capacidad para el dibujo,³⁹ y el interés en las ciencias naturales y todo lo que se refiere a la exploración del globo terrestre.

Encontré también en Fritz una estrecha conexión entre su falta de orientación en el espacio y en el tiempo. Correspondiendo con su interés reprimido por el lugar de su existencia intrauterina, estaba su falta de interés por detalles sobre el tiempo que había estado allí. Así, ambas preguntas: "¿Dónde estaba yo antes de nacer?" y "¿Cuándo estaba allí?" estaban reprimidas.

La ecuación inconsciente entre sueño, muerte y existencia intrauterina era evidente en muchos de sus dichos y fantasías, y conectada con esto estaba su curiosidad por la duración de estos estados y su sucesión en el tiempo. Parecería que el cambio de la existencia intrauterina a la extrauterina, como prototipo de toda periodicidad

por los deseos incestuosos ligados a dicho interés; porque para el inconsciente, el anhelado retorno al útero materno y su exploración se realizan por medio del coito. Fritz, por ejemplo, hacía que un perrito (que frecuentemente representaba al hijo en sus fantasías) se deslizara por el cuerpo de su madre. Al hacer esto, tenía fantasías sobre países por los que vagaba. En su pecho había montañas y cerca de la región genital, un gran río. Pero de pronto, el perrito era detenido por sirvientes —figuras de juguete— que lo acusaban de algún crimen y decían que había estropeado el coche de su patrón, y la fantasía terminaba en discusión y lucha. Otra vez tuvo fantasías sobre viajes del perrito. Este había encontrado un paraje bonito donde pensaba que le gustaría establecerse, etc. Pero nuevamente todo terminaba mal, porque Fritz de pronto declaraba que había tenido que matar al perrito porque éste pretendía quitarle su cabaña. Había habido también indicaciones tempranas de esta "geografía del cuerpo de la madre". Cuando aún no tenía cinco años denominaba a todas las extremidades del cuerpo y a la articulación de la rodilla "límites" y llamaba a su madre "una montaña que él escalaba".

³⁹ Fritz, por ejemplo, hizo sus primeras tentativas de dibujo en esa época, aunque es verdad que no demostraban señales de talento. Los dibujos representaban vías de ferrocarril con estaciones y pueblos.

dad, es una de las raíces del concepto de tiempo y de la orientación en el tiempo.⁴⁰

Hay algo más que quiero mencionar, que me demostró que la inhibición del sentido de orientación es de gran importancia. Encontré en Fritz que su resistencia a instruirse, que resultó estar tan estrechamente conectada con su inhibición del sentido de orientación, nacía de su retención de la teoría sexual infantil del "niño anal". El análisis demostró, sin embargo, que tenía esa teoría anal como consecuencia de la represión debida al complejo de Edipo, y que su resistencia a instruirse no estaba causada por una incapacidad para comprender el proceso genital debido a que no había alcanzado aún el nivel de organización genital. En realidad sucedía lo contrario: era esta resistencia la que impedía su progreso hacia ese nivel y fortificaba su fijación al nivel anal.

En relación con esto voy a referirme nuevamente al significado de su resistencia a ser instruido. El análisis de niños me ha confirmado cada vez más mi punto de vista sobre esto. Me he visto obligada a considerar esto como un síntoma importante, una señal de inhibiciones que determinan el entero desarrollo subsiguiente.

En Fritz encontré que su actitud frente al estudio estaba determinada también por la misma catexia sexual simbólica. El análisis demostró que su marcado disgusto por el estudio era una inhibición muy compleja ante diferentes temas escolares, determinada por la represión de distintos componentes instintivos. Como en la inhibición para caminar, los juegos y el sentido de orientación, el determinante principal era la represión —basada en angustia de castración— de la catexia simbólico-sexual, común a todos estos intereses, principalmente la idea de penetrar en la madre en el coito. Durante su análisis, esta catexia libidinal y con ella la inhibición, avanzó claramente de los primeros movimientos y juegos de movimiento al camino a la escuela misma, la maestra y las actividades de la escuela.

Porque en sus fantasías, las líneas de su libro de ejercicios eran caminos, el libro era el mundo y las letras cabalgaban sobre motocicletas, esto es, sobre la lapicera. Otras veces, la lapicera era un bote y el cuaderno era un lago. Encontramos que muchos errores de Fritz (que por un tiempo no pudieron ser superados, hasta que fueron resueltos en el análisis, en que desaparecieron sin dificultad) estaban determinados por sus muchas fantasías acerca de las diferentes letras que eran amigas unas con otras o se peleaban y tenían toda clase de experiencias. En general, consideraba a las minúsculas como hijas de las mayúsculas. Veía a la S mayúscula como emperador de las largas eses germanas; tenía dos ganchos en las puntas para distinguirlo de la emperatriz, la s final, que tenía solamente un gancho.

Descubrimos que para él la palabra hablada era idéntica a la

⁴⁰ En esta conclusión estoy de acuerdo con el Dr. Hollós (1922), que llegó al mismo resultado desde un punto de partida diferente.

escrita. La palabra significaba pene o niño, mientras que el movimiento de la lengua y la lapicera significaba coito.

Mencionaré sólo brevemente que el análisis de niños me demostró la importancia general de la catexia libidinal para el desarrollo del habla infantil y de sus particularidades, y en realidad para el desarrollo del habla como un todo. En el lenguaje,⁴¹ las fijaciones orales canibalísticas y anal sádicas son sublimadas, con más o menos éxito, según el grado en que las fijaciones de los primeros niveles de organización quedan abarcadas por la primacía de las fijaciones genitales. Creo que este proceso, que permite la descarga de fijaciones perversas se puede demostrar en todas las sublimaciones. Por acción de los complejos surgen diversas intensificaciones y desplazamientos, que son de naturaleza regresiva y reactiva. Esto proporciona un número ilimitado de posibilidades para el individuo, como se ve, para seguir con el ejemplo del lenguaje, tanto en sus propias peculiaridades del habla como en el desarrollo de los idiomas en general.

Encontré en Fritz que el hablar, que indudablemente es una de las primeras sublimaciones, estaba inhibido desde el principio. Durante el análisis, este niño, que había empezado a hablar inusitadamente tarde y parecía tener disposición a quedarse callado, se volvió un niño notablemente conversador. Nunca se cansaba de contar cuentos inventados por él y en ellos había un desarrollo de fantasías que no había demostrado poseer antes del análisis. Pero era evidente también que le deleitaba el hecho de hablar y que tenía una relación especial con las palabras mismas. Junto con esto apareció un gran interés por la gramática. Como ilustración, voy a anotar brevemente lo que él decía que la gramática significaba para él. Me dijo: "la raíz de la palabra misma no varía, solamente su terminación". Quería regalar a su hermana para su cumpleaños un anotador donde escribiría todo lo que hacía una cosa. ¿Qué puede hacer una cosa? "Una cosa salta, una cosa corre, una cosa vuela", etc. Lo que deseaba escribir en el libro era la representación de lo que el pene puede hacer y también hacerlo en la madre.

El significado del lenguaje como actividad genital, como lo expone también Abraham en un caso de pseudología, se confirmó en mis trabajos en mayor o menor grado en todos los casos. En mi opinión, tanto esto como la determinación anal son típicos. Esto fue peculiarmente evidente para mí en un caso de una niña tartamuda, que tenía fuertes fijaciones homosexuales. Esta niña, Grete, que tenía nueve años, consideraba el hablar y el cantar como una actividad masculina, y el movimiento de la lengua como el del pene. Encontraba un deleite especial cuando, acostada en el diván, recitaba ciertas ora-

⁴¹ Quiero referirme aquí a un interesante artículo del Dr. S. Spielrein (1922), en el que en forma muy esclarecedora refiere el origen de las palabras infantiles "papá" y "mamá" al acto de chupeteo.

ciones francesas. Decía que era "tan divertido cuando su voz subía y bajaba como alguien en una escalera". La asociación era que la escalera estaba metida en un caracol. Pero, ¿habría sitio para la escalera dentro de un caracol? (Caracol, también, era el nombre que daba a sus genitales.) El punto y la coma, así como la pausa correspondiente a ellos en el lenguaje, significaban que uno tenía que ir de "arriba abajo" una vez y empezaba de nuevo. Una sola palabra representaba al pene y una oración, la penetración del pene en el coito y también el coito entero.

En muchos casos apareció claramente que teatros y conciertos, de hecho cualquier ocasión en que hay algo que ver u oír, siempre pasaban por ser el coito de los padres —oír y mirar, representan a la observación en la realidad o en la fantasía— así como los telones que caen representan objetos que estorbaban las observaciones, tal como la ropa de cama, los costados de la cama, etc. Voy a citar un ejemplo: la pequeña Grete me habló de una representación en el teatro. Al principio se había sentido infeliz porque no tenía un buen asiento y tenía que estar a cierta distancia del escenario. Pero notó que veía mejor que la gente que estaba sentada cerca del escenario, que no podía ver todo. Las asociaciones condujeron luego a la posición de las camas de los niños, que estaban colocadas de tal modo en el dormitorio de sus padres que su hermano menor dormía cerca de la cama de ellos, pero los costados de la cama hacían que fuera difícil para él poder verlos. En cambio, su cama estaba más apartada y podía ver la de ellos perfectamente.

En Félix, que contaba trece años y hasta entonces no había demostrado ningún talento musical, se desarrolló gradualmente durante el análisis un marcado amor por la música. Esto ocurrió cuando el análisis estaba haciendo consciente su fijación a las tempranas observaciones infantiles del coito. Encontramos que los sonidos, algunos de los cuales había oído provenir de la cama de sus padres y otros que había fantaseado, formaron la base de un intenso (y muy tempranamente inhibido) interés por la música, interés que fue liberado nuevamente durante el análisis. Este determinante del interés por la música y del talento musical lo encontré presente (junto con el determinante anal) en otros casos también, y creo que es típico.

En la señora H. encontré que una notable apreciación artística de los colores, formas y cuadros estaba determinada en forma similar, con esta diferencia: que en ella las observaciones y fantasías infantiles tempranas se referían a aquello que podía ser *visto*. Por ejemplo, en este caso, cierto matiz azulado en los cuadros representaba directamente el elemento masculino; era una fijación de la analizada al color del pene en erección. Estas fijaciones resultaban de la observación del coito, que la llevaron a comparaciones con el color y la forma del pene no erecto, y luego a observaciones de ciertos cambios de color y forma en diferentes luces, el contraste con el vello del pubis, y así sucesivamente. Aquí, la base anal del interés por el color estaba

siempre presente. Se puede establecer repetidamente el hecho de esta catectización libidinal de los cuadros, como representantes del pene o del hijo (lo mismo se aplica a las obras de arte en general) y además de pintores, virtuosos y artistas creadores, como representantes del padre.

Voy a dar un ejemplo más del significado de los cuadros como hijo y pene, sentido que he encontrado repetidas veces en el análisis. Fritz, de cinco años y medio, dijo que quería ver a su madre desnuda, añadiendo: "Me gustaría ver tu barriga y el retrato de adentro". Cuando ella le preguntó: "¿Quieres decir, donde estuviste tú una vez?", contestó "Sí, me gustaría mirar dentro de tu barriga y ver si no hay otro chico adentro". En esa época, bajo la influencia del análisis, su curiosidad sexual se manifestó más libremente y su teoría del "niño anal" apareció en primer plano.

Resumiendo lo que ya dije, he encontrado que las fijaciones artísticas e intelectuales, tanto como las que subsiguientemente conducen a la neurosis, tienen como algunos de sus más poderosos factores determinantes, la escena primaria o fantasías sobre ella. Un punto importante es cuál de los sentidos es más fuertemente excitado; si el interés se aplica más a lo que se ve o a lo que se oye. Esto, probablemente, también determinará y por otra parte dependerá de que las ideas se presenten para el sujeto visualmente o auditivamente. No hay duda de que los factores constitucionales juegan aquí un gran papel.

En Fritz, era el movimiento del pene a lo que él estaba fijado; en Félix, eran los sonidos que había oído; en otros, los efectos de los colores. Por supuesto, para que se desarrolle el talento o la inclinación intervendrán esos factores especiales que ya he discutido en detalle. En la fijación a la escena primaria (o fantasías), el *grado de actividad*, que es tan importante para la sublimación misma, indudablemente determina también si el sujeto desarrolla talento para la creación o para la reproducción. Pues el grado de actividad influye seguramente el modo de identificación. Quiero decir, es cuestión de si se volcará en la admiración, estudio e imitación de las obras maestras de los demás o si hará un esfuerzo para sobrepasarlos con sus propias obras. Encontré en Félix que el primer interés por la música que se manifestó en el análisis, consistía únicamente en críticas a los compositores y directores de orquesta. A medida que fue liberando su actividad, empezó a tratar de imitar lo que oía. Pero en un estado aun mayor de actividad aparecieron fantasías en las que el joven compositor era comparado con los viejos. Aunque aparentemente no era cuestión de talento creador en este caso, mi observación de la forma en la cual su actividad, cuando se tornó más libre, influenciaba su actitud en todas sus sublimaciones, me proporcionó cierta comprensión de la importancia de la actividad en el desarrollo del talento. Su análisis me demostró lo que otros análisis me confirmaron: que la crítica siempre tiene su origen en la observación y crítica de la

actividad genital paterna. En Félix era claro que era espectador y crítico a la vez y que en su fantasía él también tomaba parte de lo que veía y oía, como miembro de una orquesta. Fue recién en un estadio muy posterior de actividad liberada que pudo tener confianza en el rol paterno, esto es, recién entonces habría podido armarse del coraje necesario para ser él mismo un compositor, si hubiera tenido talento suficiente.

Voy a resumir. El habla y el placer en el movimiento tienen siempre una catexia libidinal que es también de carácter simbólico genital. Esta se efectúa por intermedio de la identificación temprana del pene con el pie, la mano, lengua, cabeza y cuerpo, transferida luego a las actividades de dichos miembros, las que adquieren así el significado de coito. Después del uso que hacen los instintos sexuales de los instintos de autoconservación en relación con la función de nutrición, las siguientes actividades del yo hacia las que se vuelven son el lenguaje y el placer en el movimiento. Por lo tanto, puede suponerse que el lenguaje no sólo ha concurrido a la formación de símbolos y de la sublimación, sino que es él mismo el resultado de una de las primeras sublimaciones. Parece, por lo tanto, que cuando existen las condiciones necesarias para la capacidad de sublimación, las fijaciones, comenzando con estas primeras sublimaciones y en conexión con ellas, prosiguen dando continuamente una catexia sexual simbólica a subsiguientes actividades e intereses del yo. Freud demostró que aquello que parece ser un impulso hacia la perfección en los seres humanos es el resultado de la tensión nacida de la disparidad entre el deseo humano de gratificación (que no es satisfecho por todo tipo posible de formaciones reactivas sustitutivas y de sublimaciones) y la gratificación que obtiene en la realidad. Creo que debemos referir a este motivo no sólo lo que Groddeck llama la compulsión a hacer símbolos,⁴² sino también un constante desarrollo de los símbolos. En correlación con esto, el impulso constante para efectuar por medio de las fijaciones una catexia libidinal de más actividades e intereses del yo (por ejemplo, por medio del simbolismo sexual) genéticamente conectados unos con otros, y para crear nuevas actividades e intereses, sería la fuerza propulsora en la evolución cultural de la humanidad. Esto explica también cómo es que encontramos la actuación de símbolos en inventos y actividades cada vez más complicados, tal como el niño avanza constantemente desde sus primitivos símbolos, juegos y actividades, hacia otros, dejando atrás los primeros.

Además, en este artículo he tratado de señalar la gran importancia de esas inhibiciones que no pueden llamarse neuróticas. Hay algunas que no parecen en sí mismas de ninguna importancia práctica y pueden ser reconocidas como inhibiciones sólo en análisis (en todo lo que implican, sólo si se hace *análisis infantil*). De ese tipo son la

⁴² Groddeck (1922).

falta aparente de ciertos intereses, aversiones insignificantes; en resumen, las inhibiciones de las personas sanas, que toman los aspectos más variados. Pero llegaremos a atribuirles mucha importancia cuando consideremos con qué gran sacrificio de energía instintiva el hombre normal adquiere su salud. "Si, no obstante, en lugar de atribuir amplio significado al término impotencia psíquica, buscáramos ejemplos de su peculiar sintomatología en formas menos marcadas, no podríamos negar que la conducta en el amor, de los hombres de la civilización actual, demuestra en general el carácter del tipo psíquicamente impotente".⁴³ Hay un pasaje en *Introducción al psicoanálisis*, en el que Freud examina qué posibilidades de profilaxis podrían ofrecerse a los educadores. Llega a la conclusión de que aun una rígida protección de la infancia (cosa muy difícil en sí) es probablemente impotente ante el factor constitucional, pero que sería también peligroso si esa protección llegara a conseguir su objetivo demasiado bien. Esta observación se confirmó enteramente en el caso del pequeño Fritz. El niño tuvo desde sus primeros días una crianza cuidada por personas influenciadas por conocimientos analíticos, pero esto no impidió que surgieran inhibiciones y los rasgos de carácter neurótico. Por otra parte, el análisis me demostró que las fijaciones mismas que lo condujeron a las inhibiciones podían formar la base de espléndidas capacidades.

Por una parte, entonces, no debemos valorar demasiado la importancia de la así llamada educación analítica, aunque debemos hacer todo lo que está en nuestro poder para evitar todo daño mental al niño. Por otra parte, el tema de este artículo demuestra la necesidad de análisis en la temprana infancia como ayuda a toda educación. No podemos alterar los factores que conducen al desarrollo de la sublimación o de la inhibición y la neurosis, pero el análisis infantil nos hace posible, en una época en que este desarrollo está aún en marcha, influir en su dirección en forma fundamental.

He tratado de demostrar que las fijaciones libidinales determinan la génesis de las neurosis y también de la sublimación, y que por algún tiempo las dos siguen el mismo camino. Es la fuerza de la represión la que determina cuándo ese camino conducirá a la sublimación o se desviará hacia la neurosis. En ese punto es donde el análisis infantil tiene posibilidades, porque puede en gran proporción sustituir la represión por la sublimación y así trocar el camino hacia la neurosis por el que conduce al desarrollo de talentos.

⁴³ S. Freud: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", *O.C.*, 11.

cuatro años, era evidente. Hasta ahora la representación teatral es siempre seguida por un estallido de ira, acompañado por descargas motoras agresivas, y una representación de ataques anales y uretrales de ensuciar dirigidos todos a los padres en coito. La base anal-sádica de los síntomas motores pudo verse claramente.

Mis conclusiones se confirman en todos los puntos por este tercer caso, y es particularmente instructivo notar que los casos pertenecen a diferentes y muy importantes periodos del desarrollo. Parece ahora claramente probado que el tic tiene su base en la agitación e inquietud física tan frecuente en la temprana infancia, la que por consiguiente requiere seria consideración. Si esta movilidad excesiva, difusa, es invariablemente condicionada por observaciones auditivas del coito, incluso si no se desarrolla en un tic, sólo podría afirmarse luego de mayor experiencia. En cualquier caso, fueron un factor fundamental en los tres casos que analicé y en los que la movilidad excesiva sí se convirtió en un tic o en movimientos semejantes a un tic. En Walter, como en Werner, la condensación en síntomas motores apareció en el sexto año de vida. Me refiero al hecho mencionado por Ferenczi de que en el período de latencia los tics aparecen frecuentemente como un síntoma transitorio. En dos de mis tres casos impresiones traumáticas contribuyeron seguramente al fracaso en la superación de los complejos edípico y de castración, mientras que en el tercer caso no ha sido lo bastante analizado aún en ese sentido. Esto dio origen, luego de la declinación del complejo de Edipo, a una lucha particularmente intensa contra la masturbación, de la que el síntoma motor se tornó entonces un sustituto inmediato. Puede suponerse que en otros casos también los tics y movimientos estereotipados —frecuentemente transitorios— del período de latencia pueden desarrollarse luego en un verdadero tic, cuando la recrudescencia de los conflictos de la temprana infancia, o de experiencias traumáticas —especialmente en la pubertad, o incluso después— sobrevienen como factores precipitantes.

6. PRINCIPIOS PSICOLOGICOS DEL ANALISIS INFANTIL

(1926)

En el siguiente artículo me propongo examinar en detalle ciertas diferencias entre la vida mental de los niños pequeños y la de los adultos. Estas diferencias requieren que usemos una técnica adaptada a la mente del niño pequeño, y trataré de demostrar que hay una cierta *técnica de juego* analítica, que cumple con este requisito. Esta técnica está planeada de acuerdo con ciertos puntos de vista que examinaré con algún detalle en este artículo.

Como sabemos, los niños forman relaciones con el mundo externo dirigiendo hacia los objetos de los que se obtiene placer la libido originalmente apegada exclusivamente al propio yo del niño. La relación del niño con estos objetos, sean vivientes o inanimados, es en primer lugar narcisista. Sin embargo, es de este modo como los niños llegan a tener relaciones con la realidad. Quisiera ahora ilustrar con un ejemplo la relación de los niños pequeños con la realidad.

Trude, una niña de tres años y tres meses, se fue de viaje con la madre luego de una única sesión de análisis. Seis meses después reinició el análisis. Fue sólo después de tiempo considerable que habló de algo que había pasado en ese intervalo, y la ocasión en que lo hizo fue durante el relato de un sueño. Soñó que estaba nuevamente en Italia con su madre, en un restaurante familiar. La camarera no le daba jarabe de frutilla, porque no quedaba más. La interpretación de este sueño mostró, entre otras cosas, que la niña sufría aún de la privación del pecho materno impuesta por el destete; además, reveló su envidia a su hermanita. Por lo general, Trude me contaba toda clase de cosas aparentemente irrelevantes, y también mencionaba repetidamente detalles de su primera sesión analítica, seis meses atrás, pero era sólo la conexión con las frustraciones que había experimen-

tado lo que le hacía pensar en sus viajes, que por otra parte no tenían interés para ella.

En una edad muy temprana los niños empiezan a conocer la realidad a través de las privaciones que ésta les impone. Se defienden a sí mismos contra la realidad repudiándola. Sin embargo lo fundamental y el criterio de toda capacidad ulterior de adaptación a la realidad, es el grado en que son capaces de tolerar las privaciones que resultan de las situaciones mismas. De ahí que incluso en niños pequeños, un repudio exagerado de la realidad (a menudo encubierto bajo una aparente "adaptabilidad" y "docilidad") es una indicación de neurosis y difiere de la huida de la realidad del adulto neurótico sólo en las formas en que se manifiesta. Por consiguiente, incluso en el análisis de niños pequeños, uno de los resultados finales a obtener es la adaptación exitosa a la realidad. Una forma en que esto se manifiesta en los niños es la modificación de las dificultades que presentan en su educación. En otras palabras, estos niños se han hecho capaces de tolerar frustraciones reales.

Podemos observar que los niños muestran a menudo, ya al principio de su segundo año, una marcada preferencia por el progenitor del sexo opuesto y otros indicios de tendencias edípicas incipientes.

Cuándo empiezan los conflictos subsiguientes, es decir, en qué punto el niño llega a estar realmente dominado por el complejo de Edipo, es menos claro, ya que deducimos su existencia sólo de ciertos cambios que advertimos en el niño.

El análisis de un niño de dos años y nueve meses, otro de tres años y tres meses, y varios de alrededor de cuatro años, me ha llevado a la conclusión de que en ellos el complejo de Edipo ejerció una profunda influencia ya en su segundo año de vida¹. Ilustraré esto con el desarrollo de una pequeña paciente. Esta mostró preferencia

¹ Con esta conclusión está estrechamente conectada una segunda, que sólo puedo indicar aquí.

En una serie de análisis de niños descubrí que la elección de la niñita del padre como objeto de amor seguía al destete. Esta privación, que es seguida del aprendizaje de hábitos higiénicos (proceso que se presenta al niño como un nuevo y penoso retiro de amor), afloja el vínculo con la madre y hace que empiece a funcionar la atracción heterosexual, reforzada por las caricias del padre, que son ahora interpretadas como seducción. Como objeto de amor, también el padre sirve en primera instancia al propósito de gratificación oral. En el artículo que leí en el Congreso de Salzburgo en abril de 1924, di ejemplos para mostrar que los niños conciben y desean el coito al principio como acto oral.

Creo que el efecto de estas privaciones en el desarrollo del complejo de Edipo en los varones es a la vez inhibitorio y propulsor. El efecto *inhibitorio* de estos traumas se ve en el hecho de que es a ellos a los que el niño retrocede en seguida, cuando trata de escapar de su fijación a la madre; y refuerzan su actitud edípica invertida. La circunstancia de que estos traumas, que preparan el camino para el complejo de castración, procedan incluso de la madre es también, como he podido ver, la razón de por qué en ambos sexos es la madre la que en los estratos más profundos del inconsciente es especialmente temida como castrador.

Además, por otra parte, las privaciones orales y anales de amor parecen *promover*

por su madre hasta el comienzo de su segundo año; después mostró una llamativa preferencia por el padre. Por ejemplo, a los quince meses repetidamente pedía quedarse sola con él en la habitación, sentarse en sus rodillas, mirar libros junto con él. Pero a los dieciocho meses, su actitud cambió nuevamente, y prefirió otra vez a la madre. Simultáneamente empezó a sufrir terrores nocturnos y miedo a los animales.

Desarrolló una excesiva fijación a la madre y una muy profunda identificación con el padre. Al comienzo de su tercer año manifestó creciente ambivalencia, y era tan difícil criarla que cuando tenía dos años y nueve meses fue traída al tratamiento analítico. En esta época había mostrado por algunos meses una considerable inhibición en el juego, incapacidad para tolerar frustraciones, excesiva sensibilidad al dolor y marcado malhumor. Las siguientes experiencias han contribuido a este desarrollo. Hasta la edad de casi dos años Rita durmió en la habitación de sus padres, y los efectos de la escena primaria se mostraron claramente en su análisis. Sin embargo, la ocasión de la irrupción de su neurosis fue el nacimiento de su hermanito. Poco después de esto se manifestaron dificultades aun mayores que aumentaron rápidamente. No puede haber dudas de que hay una estrecha conexión entre la neurosis y efectos tan profundos del complejo de Edipo experimentados en edad tan temprana. No puedo determinar si es a niños neuróticos a quienes la actuación temprana del complejo de Edipo afecta tan intensamente, o si los niños se vuelven neuróticos cuando este complejo se instala demasiado pronto. Es, sin embargo, seguro que experiencias como las que he mencionado aquí hacen el conflicto más grave, y que por consiguiente o incrementan la neurosis o provocan su irrupción.

Seleccionaré ahora de este caso los rasgos que los análisis de niños de diferentes edades me han enseñado que son típicos. Se los ve más directamente en el análisis de niños *pequeños*. En varios casos en los que analicé ataques de angustia en niños muy pequeños, estos ataques resultaron ser la repetición de un terror nocturno que había ocurrido en la segunda mitad del segundo año y al comienzo de su tercer año. Este temor era a la vez un efecto de una elaboración neurótica del complejo de Edipo. Hay muchas elaboraciones de este tipo, que nos llevan a establecer conclusiones firmes sobre los efectos del complejo de Edipo².

Entre estas elaboraciones, en las que era muy clara la vinculación con la situación edípica, debe recalcarse la forma en que los niños frecuentemente se caen y se lastiman, su hipersensibilidad, su incapacidad

el desarrollo de la situación edípica en los varones, ya que los impulsan a cambiar su posición libidinal y a desear a la madre como objeto de amor genital.

² La estrecha conexión de tales elaboraciones con la angustia ya ha sido demostrada por mí en mi capítulo sobre "Análisis infantil", en el que examiné la relación entre angustia e inhibición.

cidad de tolerar frustraciones, sus inhibiciones de juego, su actitud ambivalente hacia ocasiones festivas y regalos, y finalmente diversas dificultades en la crianza que a menudo hacen su aparición a una edad sorprendentemente temprana. Pero encuentro que la causa de estos fenómenos muy comunes es un sentimiento de culpa particularmente fuerte, cuyo desarrollo examinaré ahora con detalle.

Mostraré con un ejemplo cuán intensamente el sentimiento de culpa opera incluso en el terror nocturno. Trude, a la edad de cuatro años y tres meses, jugaba constantemente durante la sesión a que era de noche. Ambas teníamos que irnos a dormir. Después salía del rincón al que llamaba su habitación, venía sigilosamente hacia mí y me hacía toda clase de amenazas, me iba a apuñalar la garganta, arrojarme al patio, quemarme o entregarme a la policía. Trataba de atar mis manos y pies, levantaba la cobertura del sofá y decía que estaba haciendo "po-caca-cucú"³.

Resultó que estaba mirando en el "popo" de la madre para ver si había cacas, que para ella representaban el niño. Otra vez quiso pegarme en el estómago y declaró que estaba sacando las "a-a" (heces), y dejándome pobre. Después sacó los almohadones, a los que repetidamente llamaba "niños" y se escondió con ellos en el rincón del sofá, en el que se agachó con intensos signos de miedo, se cubrió, se succionó el pulgar y se orinó. Esta situación seguía siempre a sus ataques hacia mí. Su actitud era, sin embargo, similar a la que, cuando aún no tenía dos años, había adoptado en la cama cuando empezó a sufrir de intensos terrores nocturnos. También en esta época solía correr repetidamente a la habitación de sus padres durante la noche sin poder decirles qué era lo que quería. Cuando nació su hermano tenía dos años, y el análisis logró revelar qué había en su mente en esa época y también cuáles eran las causas de su angustia y del orinar y ensuciar la cama. El análisis logró también abolir estos síntomas. En esa época ya había deseado robar a su madre, que estaba embarazada, los hijos, matarla y tomar su lugar en el coito con el padre. Estas tendencias al odio y la agresión eran la causa de su fijación a la madre (que, a la edad de dos años, se estaba volviendo particularmente intensa), y también de sus sentimientos de angustia y culpa. En el período en que estos fenómenos eran tan prominentes en el análisis de Trude, se las arreglaba para lastimarse casi siempre justo antes de la sesión. Descubrí que los objetos con los que se lastimaba (mesas, armarios, estufas, etc.) significaban para ella (de acuerdo con la primitiva identificación infantil) a la madre, o a veces al padre, que la castigaba. En general he descubierto, especialmente en niños muy pequeños, que "estar constantemente en guerra" y caer y lastimarse está estrechamente conectado con el complejo de castración y el sentimiento de culpa.

Los juegos de los niños nos permiten formular ciertas conclu-

³ Popo: trasero - Caca: heces - Cucú: mirar.

siones especiales sobre el temprano sentimiento de culpa. Ya en su segundo año, los que estaban en contacto con Rita se sorprendían de su remordimiento por cualquier travesura, por pequeña que fuera, y de su hipersensibilidad a cualquier tipo de reproche. Por ejemplo, estallaba en lágrimas cuando su padre, jugando, amenazaba a un oso de un libro de láminas. Aquí, lo que determinó su identificación con el oso fue su miedo al reproche del padre *real*. También su inhibición de juego procedía de su sentimiento de culpa. Cuando tenía dos años y tres meses declaraba repetidamente, cuando jugaba con su muñeca (juego del que no disfrutaba mucho), que ella no era la muñeca-bebé de su madre. El análisis reveló que ella no se *animaba* a jugar a ser la madre porque la muñeca-bebé representaba para ella entre otras cosas, a su hermanito, que había deseado arrebatar a la madre, incluso durante el embarazo. Pero aquí la prohibición del deseo infantil ya no provenía de la madre *real*, sino de la madre introyectada, cuyo rol representó ante mí en diversas formas, y quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre *real* hubiera hecho nunca. Un síntoma obsesivo que Rita desarrolló a los dos años fue un ritual nocturno que implicaba mucha pérdida de tiempo.

Su punto principal era que insistía en ser fuertemente arropada con la sábana por miedo a que "un ratón o una *butty* (mariposa) podrían venir a través de la ventana y arrancar con los dientes su *butty* (genital)".⁴ Sus juegos revelaron otros determinantes: la muñeca tenía que ser siempre arropada igual que Rita misma, y en una oportunidad puso un elefante junto a la cama de la muñeca. Se suponía que este elefante iba a impedir que la muñeca se levantara; si no, entraría furtivamente a la habitación de sus padres y les haría daño o les quitaría algo. El elefante (*imago* paterna) tenía que tomar la parte del que ponía obstáculos. Este papel lo había representado el padre introyectado dentro de ella desde la época en que, entre los quince meses y los dos años, había querido usurpar el lugar de la madre con el padre, robar a la madre el niño con que estaba embarazada, y dañar y castrar a sus padres. Las reacciones de ira y angustia que seguían al castigo a la "niña" durante esos juegos mostraron, además, que Rita estaba representando internamente ambos papeles: el de las autoridades que juzgan y el del niño que es castigado.

Un mecanismo fundamental y universal en el juego de representar un papel sirve para separar estas identificaciones operantes en el niño, que tienden a formar un todo único. Por la división de roles el niño logra expulsar al padre y a la madre que en la elaboración del complejo de Edipo ha absorbido dentro de sí, y que ahora lo ator-

⁴ El complejo de castración de Rita se manifiesta en una serie de síntomas neuróticos y en el desarrollo de su carácter. También sus juegos mostraban claramente su fuerte identificación con el padre y su temor a fracasar en el rol masculino, angustia que se originaba en el complejo de castración.

mentan internamente con su severidad. El resultado de esta expulsión es una sensación de alivio, que contribuye en gran medida al placer extraído del juego. Aunque este juego de representar parece a menudo muy simple y ser expresión sólo de identificaciones primarias, ésta es sólo la apariencia superficial. Es de gran importancia en el análisis de niños penetrar detrás de esta apariencia. Sin embargo, puede tener un pleno efecto terapéutico sólo si la investigación revela todas las identificaciones y elementos subyacentes y, ante todo, si hemos encontrado el camino hacia el sentimiento de culpa que está aquí en acción.

En los casos que he analizado, el efecto inhibitorio de los sentimientos de culpa fue evidente a una edad muy temprana. Lo que encontramos aquí corresponde a lo que conocemos como el superyó en adultos. El hecho de que supongamos que el complejo de Edipo alcanza su punto culminante hacia el cuarto año de vida y que reconozcamos el desarrollo del superyó como el resultado final del complejo, me parece que no contradice de ningún modo estas observaciones. Esos fenómenos definidos, típicos, cuya existencia podemos reconocer en la forma más claramente desarrollada cuando el complejo de Edipo ha alcanzado su punto culminante y que precede a su declinación, son solamente la terminación de un desarrollo que dura años. El análisis de niños muy pequeños muestra que éstos, en cuanto surge el complejo de Edipo, empiezan a elaborarlo y de ahí a desarrollar el superyó.

Los efectos de este superyó infantil sobre el niño son análogos a los del superyó del adulto, pero pesan mucho más sobre el débil y infantil. Como nos enseña el análisis de los niños, fortificamos este yo cuando el procedimiento analítico frena las exigencias excesivas del superyó. No puede haber dudas de que el yo de niños pequeños difiere del de los niños mayores o del de los adultos. Pero, cuando hemos liberado el yo del niño pequeño de la neurosis, resulta perfectamente adaptado a las exigencias de la realidad que encuentra exigencias todavía menos graves que las que se hacen a los adultos.⁵

Así como la mente de los niños pequeños difiere de la de los niños mayores, así también su reacción al psicoanálisis es en la temprana infancia diferente de la reacción posterior. Nos sorprendemos a menudo de la facilidad con que en ciertas ocasiones son aceptadas nuestras interpretaciones: incluso a veces los niños expresan considerable placer ante ellas. La razón por la cual este proceso es diferente del que encontramos en análisis de adultos es que en ciertos estratos

⁵ Los niños no pueden cambiar las circunstancias de su vida, como a menudo hacen los adultos al final de su análisis. Pero un niño ha sido muy ayudado si, como resultado del análisis, lo capacitamos para sentirse más cómodo en las circunstancias existentes, y de este modo a desarrollarse mejor. Además, hacer desaparecer las neurosis en los niños disminuye a menudo las dificultades de su *milieu*. Por ejemplo, repetidamente he comprobado que las reacciones de la madre eran mucho menos neuróticas cuando tenían lugar cambios favorables en sus hijos después del análisis.

de la mente infantil hay una comunicación mucho más fácil entre la conciencia y el inconsciente, y por consiguiente es mucho más fácil volver sobre los pasos del uno al otro. Esto explica el rápido efecto de nuestra interpretación, que por supuesto nunca es formulada excepto sobre la base de material adecuado. Sin embargo, los niños a menudo producen este material con sorprendente rapidez y mucha variedad. El efecto, además, es a menudo sorprendente, incluso cuando el niño no ha parecido recibir de ningún modo la interpretación. Se reanuda el juego interrumpido a causa de la instauración de las resistencias; se lo transforma y amplía, y se expresan estratos más profundos de la mente, se restablece el contacto entre el niño y el analista; el placer en el juego, que sigue visiblemente a la formulación de una interpretación, se debe también al hecho de que el gasto requerido por la represión no se necesita ya luego de la interpretación. Pero pronto encontramos otra vez resistencias durante algún tiempo, y aquí el asunto ya no es tan fácil como he descrito. En realidad, en esos momentos tenemos que luchar contra grandes dificultades. Esto sucede especialmente cuando encontramos un sentimiento de culpa.

En su juego los niños representan simbólicamente fantasías, deseos y experiencias. Emplean aquí el mismo lenguaje, el mismo modo de expresión arcaico, filogenéticamente adquirido con el que estamos familiarizados gracias a los sueños. Sólo podemos comprenderlo plenamente si lo enfocamos con el método que Freud ha desarrollado para descifrar los sueños. El simbolismo es sólo una parte de él; si queremos comprender correctamente el juego del niño en conexión con todo su comportamiento durante la sesión, debemos tener en cuenta no sólo el simbolismo que a menudo aparece tan claramente en sus juegos, sino también todos los medios de representación y los mecanismos empleados en el trabajo del sueño, y tenemos que tener en cuenta la necesidad de examinar el nexo total de los fenómenos.⁶

Si empleamos esta técnica pronto encontramos que los niños producen no menos asociaciones con los rasgos distintos de sus juegos,

⁶ Mis análisis revelan una y otra vez cuán distintos significados pueden tener las cosas, por ejemplo muñecos, en el juego. A veces representan el pene, a veces el hijo robado a la madre, a veces al paciente mismo, etc. Es sólo examinando los mínimos detalles del juego, y su interpretación, que pueden hacérsenos claras las conexiones y eficaz la interpretación. El *material* que los niños producen durante la sesión, a medida que pasan de juego con juguetes a dramatizar en su propia persona y a jugar con agua, cortar papel, o dibujar, el *modo* en que hacen esto, la *razón* por la que cambian de un juego a otro, los *medios* que eligen para sus representaciones, toda esta miscelánea de factores, que tan menudo parece confusa y sin sentido, es vista como coherente y plena de significado, y se nos revelan las fuentes y pensamientos subyacentes, si los interpretamos exactamente como los sueños. Además, los niños a menudo representan en su juego lo mismo que ha aparecido en algún sueño que narraron antes, y con frecuencia producen asociaciones por medio del juego que le sigue, y que es su forma más importante de expresarse.

que lo que hacen los adultos con los elementos de sus sueños. Los detalles de su juego señalan el camino para un observador atento; y entretanto, el niño cuenta toda clase de cosas que deben valorarse plenamente como asociaciones.

Además de este modo arcaico de representación, los niños emplean otro mecanismo primitivo, es decir, sustituyen con acciones (que fueron los precursores originales de los pensamientos) a las palabras: en los niños, *actuar* representa una parte prominente.

En "De la historia de una neurosis infantil"⁷, Freud dice: "Un análisis hecho en un niño neurótico debe, por supuesto, parecer más confiable, pero no puede ser muy rico el material, deben prestarse al niño demasiadas palabras y pensamientos, e incluso así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables a la conciencia."

Si enfocamos el análisis infantil con la técnica adecuada al de los adultos seguramente no lograremos penetrar en los niveles más profundos de la vida mental del niño. Pero son precisamente esos niveles los importantes para el éxito y valor de un análisis. Sin embargo, si tomamos en cuenta las diferencias psicológicas entre niños y adultos y recordamos el hecho de que en los niños encontramos el inconsciente actuando aun junto al consciente, las tendencias más primitivas junto a los desarrollos más complicados que conocemos, como el superyó, es decir, si comprendemos correctamente la forma de expresión del niño, desaparecen todos estos puntos dudosos y factores desfavorables, ya que encontramos que con respecto a la profundidad y amplitud del análisis, podemos esperar tanto de los niños como de los adultos. Y más aun, en el análisis de los niños podemos retroceder a experiencias y fijaciones que en el análisis de adultos sólo podemos *reconstruir*, mientras que en los niños se las representa *directamente*⁸. Tomemos por ejemplo el caso de Ruth que, de bebé, había sufrido hambre durante un tiempo porque la madre tenía poca leche para darle. A los cuatro años y tres meses, al jugar con el lavatorio, llamó al tapón de agua, tapón de leche. Declaró que la leche iba a parar a las bocas (los agujeros de la cañería) pero que sólo corría muy poco. Este deseo oral insatisfecho apareció en innumerables juegos y dramatizaciones y se manifestó en toda su actitud.

⁷ O.C., 17.

⁸ En el Octavo Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Salzburgo en 1924, mostré que un mecanismo fundamental en el juego de los niños y en toda sublimación subsiguiente es la descarga de fantasías masturbatorias. Esto subyace a toda actividad lúdica y sirve como estímulo constante del juego (compulsión a la repetición). Las inhibiciones de juego y aprendizaje se originan en la represión exagerada de estas fantasías, y con ellas de toda fantasía. Experiencias sexuales están asociadas con fantasías masturbatorias y, con éstas, logran expresión y abreacción en el juego. Entre las experiencias dramatizadas, juegan un papel prominente las representaciones de la escena primaria, que regularmente aparecen en primer plano en el análisis de niños pequeños. Es sólo luego de considerable análisis, habiéndose revelado parcialmente la escena primaria y el desarrollo genital, que llegamos a representaciones de experiencias y fantasías pregenitales.

Por ejemplo, aseveraba que era pobre, que sólo tenía un abrigo, y que tenía muy poco que comer; ninguna de estas afirmaciones tenía el más mínimo acuerdo con la realidad.

Otra pequeña paciente (que sufría de neurosis obsesiva) era Erna, de seis años, cuya neurosis se basaba en impresiones recibidas durante el período de aprendizaje de hábitos higiénicos⁹. Dramatizaba para mí estas impresiones con el máximo detalle. Una vez puso un muñequito sobre una piedra, jugó a que estaba defecando y colocó otros muñecos alrededor, que se suponía que lo estaban admirando. Después de esta dramatización Erna trajo el mismo material, en un juego de representación. Quería que yo fuera un bebé de largas ropas que se ensuciaba, mientras ella era la madre. El bebé era un niño mimado y objeto de admiración. Esto fue seguido por una reacción de ira en Erna, y ella representó el papel de una maestra cruel que golpeaba al niño. En esta forma Erna representó ante mí uno de los primeros traumas en su experiencia: el fuerte golpe que recibió su narcisismo cuando imaginaba que las medidas utilizadas para enseñarle hábitos de limpieza significaban la pérdida del excesivo afecto que se le dio en su infancia.

En general, en el análisis de niños no podemos sobreestimar la importancia de la fantasía y de la traducción a la acción por efecto de la compulsión a la repetición. Naturalmente, los niños *pequeños* usan mucho más el recurso de la acción, pero incluso los mayores recurren constantemente a este mecanismo primitivo, especialmente cuando el análisis ha anulado algunas de sus represiones. Es indispensable para llevar a cabo el análisis, que los niños obtengan el placer que está ligado a ese mecanismo, pero el placer debe seguir siendo siempre sólo un medio para un fin. Es justamente aquí donde vemos la predominancia del principio del placer sobre el principio de realidad. No podemos apelar al sentido de realidad en pacientes pequeños como podemos en los mayores.

Así como los medios de expresión de los niños difieren de los de los adultos, así también la situación analítica en el análisis de niños parece ser enteramente diferente. Sin embargo, es en ambos casos *esencialmente* la misma. Interpretaciones adecuadas, resolución gradual de las resistencias, y persistente descubrimiento por la transferencia de situaciones anteriores: esto constituye en los niños tanto como en los adultos la situación analítica correcta.

⁹ Este aprendizaje, que Erna había sentido como el más cruel acto de coerción, fue realizado en realidad sin ninguna estrictez y tan fácilmente que al año se mantenía perfectamente limpia. Un fuerte incentivo fue su ambición, que se desarrolló inusualmente temprano, la que, empero, la hizo sentir todas las medidas utilizadas para entrenarla como un ultraje, desde el principio. Esta ambición temprana fue la condición primaria de su susceptibilidad a los reproches y del precoz y marcado desarrollo de su sentimiento de culpa. Pero es frecuente ver estos sentimientos de culpa jugar ya un gran papel en el aprendizaje del control esfinteriano, y podemos reconocer en ellos los primeros principios del superyó.

He dicho ya que en el análisis de niños pequeños he visto una y otra vez cuán rápidamente surten efecto las interpretaciones. Es un hecho llamativo que, aunque haya numerosas indicaciones inequívocas de este efecto (el desarrollo del juego, la consolidación de la transferencia, la disminución de la angustia, etc.), sin embargo, durante bastante tiempo el niño no elabora conscientemente las interpretaciones. Pero he podido probar que esta elaboración se establece realmente después. Por ejemplo, los niños empiezan a distinguir entre la madre "imaginada" y la madre real, y entre el muñequito de madera y su hermano como bebé vivo. Entonces insisten firmemente en que querían hacer tal o cual daño sólo al bebé de juguete; dicen que por supuesto aman al bebé real. Sólo cuando han sido superadas resistencias muy poderosas y de larga data los niños se dan cuenta de que sus actos ágresivos estaban dirigidos hacia los objetos *reales*. Entonces, cuando se admite esto, el resultado, incluso en niños muy pequeños es generalmente un paso notable hacia la adaptación a la realidad. Mi impresión es que al principio la interpretación sólo es inconscientemente asimilada. Es sólo después cuando la relación de ésta con la realidad penetra gradualmente en la comprensión del niño. El proceso de esclarecimiento es análogo. Durante largo tiempo el análisis sólo revela el material de teorías sexuales y fantasías del nacimiento, e interpreta este material sin ninguna "explicación". Así, el esclarecimiento tiene lugar poco a poco con la remoción de resistencias inconscientes que actuaban contra él.

De ahí que lo primero que sucede como resultado del psicoanálisis es que mejoran las relaciones emocionales con los padres; la comprensión consciente sólo surge cuando esto ha tenido lugar. Esta comprensión es admitida ante el mandato del superyó, cuyas exigencias son modificadas por el análisis de modo que puede ser tolerado y complacido por un yo menos oprimido y por consiguiente más fuerte. De este modo, el niño no es *súbitamente* confrontado con la situación de admitir un nuevo conocimiento de su relación con los padres, o en general, de ser obligado a absorber un conocimiento que lo abruma. Siempre ha sido mi experiencia que el efecto de tal conocimiento gradualmente elaborado, es en realidad *aliviar* al niño, establecer una relación fundamentalmente más favorable hacia sus padres e incrementar así su capacidad de adaptación social.

Cuando esto ha tenido lugar los niños son también bastante capaces de reemplazar en cierta medida la represión por un rechazo razonado. Vemos esto en que en un estado posterior del análisis, los niños han avanzado tanto desde los diversos anhelos sádico-anales o canibalistas (que en un estadio anterior eran aún tan poderosos), que ahora pueden adoptar a veces una actitud de crítica humorística hacia ellos. Cuando esto sucede oigo incluso a niños muy pequeños hacer chistes sobre que, por ejemplo, hace un tiempo ellos realmente querían comerse a su mamita o cortarla en pedazos. Cuando tienen lugar estos cambios, no sólo está disminuyendo inevitablemente el

sentimiento de culpa, sino que al mismo tiempo los niños son capaces de *sublimar* los deseos que previamente estaban totalmente reprimidos. Esto se manifiesta en la práctica en la desaparición de inhibiciones de juego y en la iniciación de numerosos intereses y actividades.

Para resumir lo que he dicho: las especiales características primitivas de los niños requieren una técnica especial adaptada a ellos, consistente en el análisis de sus juegos. Por medio de esta técnica podemos alcanzar las experiencias y fijaciones reprimidas más profundas y esto nos permite influir fundamentalmente en el desarrollo de los niños.

Se trata sólo de una diferencia de *técnica*, no de los *principios* del tratamiento. Los criterios del método psicoanalítico propuestos por Freud, es decir: que usemos como punto de partida la transferencia y la resistencia, que debemos tomar en cuenta los impulsos infantiles, la represión y sus efectos, la amnesia y la compulsión a la repetición y además, que debemos descubrir la escena primaria, como lo exige en "De la historia de una neurosis infantil", todos estos criterios se mantienen íntegramente en la técnica del juego. El método del juego conserva todos los principios del psicoanálisis y lleva a los mismos resultados que la técnica clásica. Sólo que en los recursos técnicos que utiliza está adaptado a la mente de los niños.

7. SIMPOSIUM SOBRE ANALISIS INFANTIL¹

(1927)

[Nota 1947. El siguiente artículo representa mi contribución a una discusión sobre problemas del análisis de niños, en la que se prestó particular atención al libro de Anna Freud *Introducción a la técnica del análisis de niños*, publicado en Viena en 1926. En una versión ampliada, publicada en Londres en 1946 bajo el título: *El tratamiento psicoanalítico de los niños* (Imago Publishing Co.), las consideraciones de Anna Freud se han acercado más a las mías en lo que respecta a algunos puntos. Estas modificaciones de sus opiniones se discuten en una nota al final de este artículo, el cual, de cualquier modo sigue siendo una exposición de mis propias ideas.]

Comenzaré mis observaciones con una breve revisión del desarrollo del análisis de niños en general. Sus comienzos datan de 1909, año en que Freud publicó "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". Esta publicación fue de la más grande importancia teórica, al confirmar, como lo hizo en la persona del niño de que se trataba, la verdad de lo que Freud había descubierto que existía en los niños partiendo del análisis de adultos. El artículo tuvo sin embargo otra significación más, cuya importancia no podía ser apreciada en aquel entonces. Este análisis estaba destinado a ser la piedra angular del subsiguiente análisis infantil. No sólo mostró la presencia y la evolución del complejo de Edipo en los niños y las formas en que opera en ellos; también mostró que estas tendencias inconscientes podían aflorar a la conciencia sin peligro y con gran provecho. Freud mismo describe su descubrimiento de la siguiente forma:² "Debo ahora preguntar en qué ha perjudicado a Juanito el haberle hecho conscientes complejos no sólo reprimidos por los niños sino también temidos por padres. ¿Emprendió acaso el niño alguna acción grave en lo que respecta a sus pretensiones con su madre? ¿Trató acaso sus malas intenciones contra el padre en actos malos? *Sin duda se les ocurrieron tales temores a muchos doctores, que entienden mal la esencia del psicoanálisis y opinan que al hacer conscientes los malos instintos, éstos se fortifican*³.

Y nuevamente, en la página 285: "Por el contrario, las únicas

¹ Leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, mayo 4 y 18, 1927.

² *O.C.*, 10.

³ La bastardilla es mía.

consecuencias del análisis fueron que Juanito se recuperó, no tuvo ya miedo a los caballos y empezó a tomarse libertades con su padre, como lo comunicó éste, bastante divertido. Pero lo que el padre pudo haber perdido en respeto lo ganó en confianza: 'Creí —decía Hans— que como supiste lo del caballo sabías todo'. Y es que el análisis no anula los efectos de la represión. Los instintos antes reprimidos siguen reprimidos; pero el mismo efecto es alcanzado por un camino diferente. El análisis sustituye el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por el control medido e intencionado por parte de las más elevadas facultades psíquicas. En una palabra, *el análisis reemplaza la represión por la condensación*. Esto parece aportarnos la prueba tan largamente buscada de que la conciencia tiene una función biológica, y que su entrada en escena asegura una importante ventaja".

H. Hug-Hellmuth, quien tuvo la honrosa distinción de ser la primera en emprender el análisis sistemático de niños, comenzó su tarea con algunos preconceptos en su mente, que mantuvo hasta el final. En su artículo titulado "Técnica del análisis de niños", escrito después de cuatro años de trabajo en este terreno y que nos da una clara idea de sus principios y de su técnica, expresa muy claramente que desapruueba la idea de analizar niños muy pequeños; que consideraba necesario contentarse con "éxitos parciales" sin penetrar demasiado profundamente en el análisis de los niños por temor a estimular con demasiada fuerza las tendencias e impulsos reprimidos, o por temor a hacer exigencias a las que su capacidad de asimilación no podría responder.

A través de este artículo y de otros escritos suyos vemos que evitó penetrar profundamente en el complejo de Edipo. Otra de las suposiciones que sostuvo en su trabajo es la de que en el caso del niño no sólo se requiere del analista que haga el tratamiento analítico sino también que ejerza una influencia educativa definida.

Ya en 1921, cuando publiqué mi primer artículo "El desarrollo de un niño", yo había llegado a conclusiones muy distintas. En mi análisis de un niño de cinco años y tres meses encontré (como todos mis posteriores análisis me lo confirmaron) que era perfectamente posible e incluso saludable, explorar el complejo de Edipo hasta sus profundidades, y que en esta tarea se podían obtener resultados por lo menos iguales a los obtenidos en los análisis de adultos. Además de esto descubrí que en un análisis de este tipo no sólo era innecesario que el analista se empeñara en ejercer una influencia educativa sino que ambas cosas eran incompatibles. Tomé estos principios como guía de mi trabajo y los defendí en todos mis escritos; y así es como llegué a intentar el análisis de niños muy pequeños, de tres a seis años de edad, y a encontrarlo afortunado y pleno de perspectivas. Escojamos en primer lugar del libro de Anna Freud los que parecen ser sus cuatro puntos principales. Nos encontramos aquí nuevamente con la idea fundamental que mencionamos anteriormente como la misma

de H. Hug-Hellmuth: la convicción de que el análisis de niños no debe ser llevado demasiado lejos. Por esto, y como es claro también por las conclusiones más directas que se han sacado, se quiere significar que no se deben tratar demasiado las relaciones del niño con sus padres, o sea que no se debe explorar minuciosamente el complejo de Edipo. Los ejemplos que da Anna Freud no muestran ningún análisis del complejo de Edipo.

La segunda idea conductora es, también aquí, que se debe combinar el análisis del niño con influencias educativas.

Es notable, y debería dar que pensar, que aunque se intentó el análisis de niños hace dieciocho años y se lo practicó desde entonces, tengamos que enfrentarnos con el hecho de que sus principios fundamentales no han sido todavía enunciados claramente. Si comparamos con esto el desarrollo en el psicoanálisis de adultos, descubrimos que en un período de tiempo aproximadamente igual no sólo fueron establecidos todos los principios para el trabajo posterior, sino que también fueron probados y comparados, y que se desarrolló una técnica cuyos detalles tenían que perfeccionarse pero cuyos principios fundamentales han permanecido incólumes.

¿Cómo se explica el hecho de que precisamente el análisis de niños haya sido mucho menos afortunado en su desarrollo? El argumento que a menudo se oye en los círculos analíticos de que los niños no son sujetos adecuados para el análisis no parece ser válido. H. Hug-Hellmuth era realmente muy escéptica sobre los resultados que se podían obtener con niños. Expresó que ella "debía contentarse con éxitos parciales y contar con recaídas". Es más, restringió el tratamiento a un limitado número de casos. También Anna Freud establece límites bien definidos a la aplicación del tratamiento; pero por otro lado, en lo que respecta a las posibilidades del análisis de niños adopta una posición más optimista que la de H. Hug-Hellmuth. Al final de su libro dice: "A pesar de las dificultades que he enumerado, en el análisis de niños producimos realmente cambios, progresos y curas que no nos atreveríamos a soñar en el análisis de adultos" (pág. 86).

Con el objeto de contestar a la pregunta que he planteado, quiero establecer ahora algunos enunciados que me ocuparé de demostrar a continuación. Creo que el análisis de niños, comparado con el de adultos, se ha desarrollado en el pasado de manera mucho menos favorable porque no fue encarado con un espíritu de investigación libre y desprejuiciado, como lo fue el de adultos, y en cambio estuvo trabado y entorpecido por varios preconceptos. Si reflexionamos sobre el primer análisis de un niño, fundamento de todos los demás (el análisis de Juanito), descubrimos que no sufrió por esta limitación. Por cierto que no había aún una técnica especial: el padre del niño, que bajo la dirección de Freud llevó a cabo este análisis parcial, no era versado en la práctica del análisis. Sin embargo tuvo el valor de avanzar bastante en el análisis y obtuvo buenos resultados. En el re-

sumen mencionado anteriormente en este artículo, Freud dice que a él mismo le hubiera deseado ir más allá. Lo que dice muestra, además, que no veía peligro alguno en el análisis minucioso del complejo de Edipo; de modo que evidentemente no pensaba que por principio no hay que analizar en los niños este complejo. Pero H. Hug-Hellmuth, quien por tantos años trabajó sola en este campo, emprendió su tarea desde el comienzo con principios que obligatoriamente habrían de limitarla, y por consiguiente hacerla menos fructífera, no sólo en lo que respecta a sus resultados en la práctica, el número de casos en los que había que utilizar el análisis, etc., sino también en lo que respecta a los descubrimientos teóricos. Durante todos estos años, el análisis de niños, del que con toda razón hubiera podido esperarse una contribución directa al desarrollo de la teoría psicoanalítica, no ha hecho nada que merezca ser expuesto. Como H. Hug-Hellmuth, Anna Freud piensa que al analizar niños no sólo no podemos descubrir más sobre el primer período de la vida que cuando analizamos adultos, sino que incluso descubrimos *menos*.

Nos encontramos ahora con otro pretexto que ha sido esgrimido como razón del lento progreso en el campo del análisis de niños. Se dice que la conducta del niño en el análisis es evidentemente distinta a la del adulto, y que por consiguiente es necesario emplear una técnica diferente. Creo que este argumento es incorrecto. Si me está permitido adaptar el dicho "Es el espíritu el que construye el cuerpo", quisiera sostener que la actitud, la convicción interna, encuentra la técnica necesaria. Repito lo que ya he dicho: si emprendemos el análisis de niños con la mente abierta, podemos descubrir caminos y medios para explorar las profundidades más recónditas. Y por los resultados de estos procedimientos podremos darnos cuenta de cuál es la *verdadera naturaleza* del niño, y veremos que no es necesario imponer restricción alguna al análisis, tanto en lo que respecta a la profundidad de su penetración como en lo que respecta al método con el que trabajemos.

Con lo que acabo de decir trato ya el punto principal de mi crítica al libro de Anna Freud.

Creo que ciertos conceptos empleados por Anna Freud pueden explicarse desde dos puntos de vista: 1) supone que no se puede establecer la situación analítica con los niños; y 2) encuentra inadecuado o discutible el análisis puro del niño, sin intervención pedagógica.

La primera tesis es una consecuencia directa de lo enunciado en la segunda.

Si comparamos esto con la técnica del análisis de adultos, vemos que establecemos incondicionalmente que una verdadera situación *analítica* sólo puede darse con medios *analíticos*. Veríamos como grave error el asegurarnos una transferencia positiva por parte del paciente, con el empleo de las medidas que Anna Freud describe en el primer capítulo de su libro, o utilizar su ansiedad para hacerlo some-

tido, o intimidarlo o persuadirlo por medios autoritarios. Pensaríamos que aun cuando esta introducción nos garantizara un acceso parcial al inconsciente del paciente, nunca podríamos establecer una verdadera situación analítica ni llevar a cabo un análisis completo que penetrara en lo más profundo de su mente. Sabemos que constantemente debemos analizar el hecho de que los pacientes quieren ver en nosotros una autoridad —ya sea odiada o amada— y que sólo por el análisis de esta actitud ganamos acceso a estos estratos más profundos.

Todos los medios que juzgaríamos incorrectos en el análisis de adultos son especialmente señalados por Anna Freud como valiosos en el análisis de niños; su objetivo es la introducción al tratamiento que estima necesaria y que llama la “entrada” en el análisis. Parecería obvio que después de esta “entrada” jamás logrará establecer una verdadera situación analítica. Ahora bien, me parece sorprendente e ilógico que Anna Freud, que no usa las medidas necesarias para establecer la situación analítica sino que las sustituye por otras que la contradicen, se refiere, sin embargo, a su suposición, tratando de demostrarla teóricamente, de que *no es posible* establecer una situación analítica con los niños, ni, por consiguiente, llevar a cabo un análisis puro en el sentido del análisis de adultos.

Anna Freud da una serie de razones para justificar los elaborados y penosos recursos que considera necesario emplear con los niños para establecer una situación que posibilite el trabajo analítico. Estas razones no me parecen firmes. Anna Freud se desvía en tantos aspectos de las reglas analíticas comprobadas porque piensa que los niños son seres muy *distintos* de los adultos. Sin embargo, el único propósito de estos elaborados recursos es que la actitud del niño hacia el análisis sea como la del adulto. Esto parece ser contradictorio y creo que debe ser explicado por el hecho de que en sus comparaciones Anna Freud coloca el consciente y el yo del niño y del adulto en primer plano, cuando indudablemente nosotros debemos trabajar en primer lugar y sobre todo con el inconsciente (aunque acordamos todas las consideraciones necesarias al yo). Pero en el inconsciente (y aquí baso mi afirmación en un trabajo analítico profundo tanto con niños como con adultos), los niños no son de ninguna manera fundamentalmente distintos de los adultos. Lo único que sucede es que en los niños el yo no se ha desarrollado aún plenamente y por lo tanto los niños están mucho más gobernados por el inconsciente. A él debemos aproximarnos, y a él debemos considerar el punto central de nuestro trabajo y si queremos aprender a conocer a los niños como realmente son, y a analizarlos.

No adjudico particular valor a la meta que Anna Freud persigue tan ardientemente: inducir en el niño una actitud hacia el análisis análoga a la del adulto. Creo además que si Anna Freud efectivamente alcanza esta meta por los recursos que describe (y esto sólo puede ocurrir con un número limitado de casos), el resultado no es el

que pretende con su trabajo, sino algo muy distinto. El “conocimiento de la enfermedad o del portarse mal” que ha logrado despertar en el niño emana de la angustia que para sus propios fines ha movilizad en él: la angustia de castración y el sentimiento de culpa. (No entraré aquí en el problema de hasta qué punto también en los adultos el razonable y consciente deseo de curarse es simplemente una fachada que encubre esta angustia). Con los niños no podemos esperar encontrar ninguna base definitiva para nuestro trabajo analítico en un propósito consciente que como sabemos, ni siquiera en los adultos se mantendría por mucho tiempo como único soporte del análisis.

Es cierto que Anna Freud también cree que este propósito es necesario desde el comienzo como preparación para el trabajo, pero además cree que una vez que ese propósito existe puede contar con él a medida que progresa el análisis. Esta idea me parece errónea y siempre que apela a este *insight* lo que realmente hace es apelar a la angustia y al sentimiento de culpa del niño. En sí mismo esto no tendría nada censurable ya que los sentimientos de angustia y culpa son indudablemente factores importantísimos para la posibilidad de nuestro trabajo. Pero creo que debemos tener bien claro *cuáles* son los soportes en los que nos apoyamos y *cómo* los usamos. El análisis no es en sí mismo un método suave: no puede ahorrarle al paciente *ningún sufrimiento*, y esto se aplica también a los niños. De hecho, debe forzar la entrada del sufrimiento en la conciencia e inducir la abreacción si ha de ahorrar al paciente un sufrimiento posterior permanente y más fatal. Por lo tanto mi crítica no es que Anna Freud *active* la angustia y el sentimiento de culpa sino por lo contrario que no los *resuelva suficientemente*. Me parece una rudeza innecesaria para con un niño el que haga consciente su angustia para que no enloquezca (como lo describe por ejemplo en la página 9), sin atacar inmediatamente esta angustia en sus raíces inconscientes aliviándola así en la medida de lo posible.

¿Pero si realmente debemos apelar en nuestro trabajo a los sentimientos de angustia y de culpa, por qué no contar con ambos y trabajar con ellos sistemáticamente desde el principio?

Yo misma lo hago siempre, y he descubierto que puedo depositar una confianza absoluta en una técnica que se basa en considerar y trabajar analíticamente con cantidades de angustia y culpa que son tan grandes en todos los niños y mucho más claras y fáciles de percibir que en los adultos.

Anna Freud manifiesta (pág. 56) que una actitud hostil o ansiosa del niño hacia mí no me justifica para concluir inmediatamente que en el trabajo se da una transferencia negativa, porque “cuanto más tiernamente apegado a su madre está un niño, tanto menos impulsos amistosos le quedarán para los extraños”. No creo que, como lo hace ella, podamos hacer una comparación con niños muy pequeños que rechazan lo que les es extraño. No sabemos mucho acerca de ni-

ños muy pequeños, pero es posible aprender mucho de un análisis temprano de la mente de un niño de, digamos, tres años, y allí vemos que sólo niños neuróticos muy ambivalentes manifiestan miedo u hostilidad hacia los extraños. Mi experiencia ha confirmado mi creencia de que si inmediatamente explico este rechazo como sentimiento de angustia y de transferencia negativa, y lo interpreto como tal en conexión con el material que el niño produce al mismo tiempo, y luego lo retrotraigo a su objeto original, la madre, inmediatamente puede comprobar que la angustia disminuye. Esto se manifiesta con el comienzo de una transferencia más positiva, y con ella, de un juego más vigoroso. En niños más grandes la situación es análoga aunque diferente en algunos detalles. Por supuesto mi método presupone que desde el comienzo quiero atraer hacia mí tanto la transferencia positiva como la negativa, y además de esto, investigarla hasta su origen, en la situación edípica. Estas dos medidas concuerdan plenamente con los principios psicoanalíticos, pero Anna Freud las rechaza por razones que me parecen infundadas.

Creo por lo tanto que una diferencia radical entre nuestras actitudes hacia la angustia y el sentimiento de culpa en los niños es la siguiente: que Anna Freud utiliza estos sentimientos para que el niño se apegue a ella, mientras que yo los registro al servicio del trabajo analítico desde el comienzo. De cualquier modo no puede haber gran número de niños en los que se pueda provocar angustia sin que ésta resulte un elemento que perturbe penosamente e incluso imposibilite el progreso del trabajo, a menos que se proceda de inmediato a resolverla analíticamente.

Además, por lo que puedo comprender en su libro, Anna Freud emplea estos recursos solamente en casos especiales. En otros trata por todos los medios de lograr una transferencia positiva, con el objeto de llenar la condición, que ella considera necesaria para su trabajo, de pegar al niño a ella. De nuevo, este método me parece erróneo, porque indudablemente podemos trabajar con mayor seguridad y más eficacia con medios puramente analíticos. No todos los niños reaccionan ante nosotros con miedo y desagrado. Mi experiencia me apoya cuando digo que si un niño tiene hacia nosotros una actitud amistosa y juguetona se justifica suponer que hay transferencia positiva y utilizarla inmediatamente en nuestro trabajo. Y tenemos otra excelente y bien probada arma que usamos de manera análoga a como la empleamos en el análisis de adultos, aunque es cierto que allí no tenemos una oportunidad rápida y simple de intervenir. Quiero decir que *interpretamos* esta transferencia positiva, o sea que tanto en el análisis de niños como en el de adultos la retrotraemos hasta el objeto de origen. Probablemente notaremos por lo general a la vez la transferencia positiva y la negativa, y se nos darán todas las oportunidades para el trabajo analítico si desde el comienzo manejamos ambos analíticamente. Al resolver parte de la transferencia negativa obtendremos, igual que en los adultos, un incremento de la transfe-

rencia positiva, y de acuerdo con la ambivalencia de la niñez, ésta será pronto seguida de una nueva emergencia de la negativa. Este es ahora un verdadero trabajo analítico y se ha establecido una verdadera situación analítica. Además, tenemos establecida ya la base para trabajar con el niño mismo, y a menudo podemos ser en gran medida independientes del conocimiento de su ambiente. En resumen, hemos cumplido con las condiciones necesarias para el análisis y no sólo prescindimos de las laboriosas, difíciles y no confiables medidas descritas por Anna Freud, sino que (y esto me parece aun más importante) podemos garantizar para nuestro trabajo todo el valor y el éxito de un análisis equivalente en todo sentido al análisis de adultos.

En este punto no obstante choco con una objeción expresada por Anna Freud en el segundo capítulo de su libro, titulado "Los recursos empleados en el análisis infantil".

Para trabajar en la forma que he descrito debemos obtener el material de las asociaciones del niño. Anna Freud y yo, y probablemente todos los que analizan niños, están de acuerdo con que los niños no pueden dar, y no dan, asociaciones de la misma manera que el adulto, y por lo tanto no podemos obtener suficiente material únicamente por medio de la palabra. Entre los medios que Anna Freud sugiere como eficaces para suplir la falta de asociaciones verbales se encuentran algunos que en mi experiencia yo también he hallado valiosos. Si examinamos estas técnicas bastante más estrechamente —digamos por ejemplo el dibujo, o el relato de fantasías, etc.—, vemos que su objeto es obtener material de otra forma que el obtenido por la asociación acorde con la regla y esto es sobre todo importante para que los niños liberen su fantasía y para inducirlos a fantasear. En uno de los postulados de Anna Freud tenemos una clave, que debemos considerar cuidadosamente, en cuanto a cómo debe realizarse esto. Establece que "no hay nada más fácil que hacer comprender a los niños la interpretación de los sueños". Y de nuevo (pág. 31) "aun niños de poca inteligencia que en todos los otros aspectos parecían lo más ineptos posible para el análisis, lograron la interpretación de los sueños". Creo que estos niños no hubieran sido de ninguna manera tan ineptos para el análisis si Anna Freud hubiera utilizado, tanto de otras formas como de la interpretación de los sueños, la comprensión del simbolismo que manifestaban tan claramente. Porque en mi experiencia he encontrado que si se hace esto, ningún niño, incluso el menos inteligente, es inepto para el análisis.

Porque éste es precisamente el punto de apoyo que debemos utilizar en el análisis de niños. El niño nos traerá muchas fantasías si en esta senda lo seguimos con la convicción de que lo que nos relata es simbólico. En el capítulo III Anna Freud presenta una serie de argumentos teóricos en contra de la técnica de juego que yo he ideado, por lo menos mientras se aplique a los fines del análisis y no meramente a la observación. Cree dudoso que uno esté justificado para interpretar como simbólico el contenido del drama representado en

el juego del niño, y piensa que muy probablemente éste sea ocasionado simplemente por observaciones reales o experiencias de la vida diaria. Aquí debo decir que por los ejemplos de Anna Freud de mi técnica puedo ver que la entiende equivocadamente. "Si un niño tumba un poste de farol o una figura, ella (Melanie Klein), probablemente interprete esta conducta como debida a tendencias agresivas hacia el padre, mientras que si un niño hace chocar dos carros lo interpreta como signo de la observación del coito entre los padres". Jamás aventuraría yo una interpretación simbólica tan "silvestre" del juego de niños. Por lo contrario he recalcado esto muy especialmente en mi último artículo. Suponiendo que un niño exprese el mismo material psíquico en numerosas repeticiones —a menudo por varios medios, por ejemplo juguetes, agua, recortando, dibujando, etc.—, y suponiendo que además yo pueda observar que estas particulares actividades están casi todas acompañadas por un sentimiento de culpa expresado ya sea por angustia o en representaciones que implican sobrecompensación, que son la expresión de formaciones activas; suponiendo entonces que yo haya logrado *insight* en ciertas conexiones: entonces interpreto estos fenómenos y los enlace con el inconsciente y con la situación analítica. Las condiciones prácticas y teóricas para la interpretación son precisamente las mismas que en el análisis de adultos.

Los pequeños juguetes que uso son sólo recursos que proveo: papel, lápices, tijeras, cuerda, pelotas, ladrillos y sobre todo agua. Están a disposición del niño para que los use si quiere, y su finalidad es simplemente ganar acceso a su fantasía y liberarla. Hay algunos niños que durante mucho tiempo no tocan un juguete o que durante semanas quizá sólo cortan las cosas. En el caso de niños por completo inhibidos para jugar, es posible que los juguetes puedan simplemente ser un instrumento para estudiar más de cerca las razones de esta inhibición. Algunos niños, a menudo los muy pequeños, una vez que los juguetes les han dado la oportunidad de dramatizar algunas fantasías o experiencias que los dominan, dejan completamente de lado los juguetes y pasan a cualquier clase de juego imaginable en el que ellos mismos, ciertos objetos de la habitación y yo debemos tomar parte.

He entrado con cierta extensión en estos detalles de mi técnica porque quiero dejar claro el principio que, según mi experiencia, hace posible manejar las asociaciones del niño en su mayor cantidad, y penetrar en los estratos más profundos del inconsciente.

Podemos establecer un contacto más rápido y seguro con el inconsciente de los niños si, actuando con la convicción de que están mucho más profundamente dominados que los adultos por el inconsciente y los impulsos instintivos, acertamos la ruta que toma el análisis de adultos por el camino del contacto con el yo y *nos conectamos directamente con el inconsciente del niño*. Si esta preponderancia del inconsciente se da, es obvio que también deberíamos esperar que la

forma de representación simbólica que prevalece en el inconsciente fuera mucho más natural en los niños que en los adultos; en realidad, que los niños estuvieran dominados por él. Sigámoslos por este sendero, o sea, pongámonos en contacto con su inconsciente, utilizando este lenguaje a través de nuestra interpretación. Si lo hacemos habremos ganado acceso a los niños mismos. Por supuesto que esto no se realiza tan fácil y rápidamente como parece; si así fuera el análisis de niños pequeños duraría poco tiempo, y esto no es el caso de ninguna manera. En el análisis de niños detectamos una y otra vez resistencias no menos marcadas que en el de adultos; en los niños muy a menudo en la forma más natural para ellos, a saber, la angustia.

Es éste, pues, el segundo factor que me parece esencial si queremos penetrar en el inconsciente del niño. Si observamos los cambios en su manera de representar lo que ocurre dentro suyo (ya sea si cambia de juego, o si lo abandona, o si hay un ataque directo de angustia) y tratamos de ver qué hay en el nexo del material que cause estos cambios, nos convenceremos de que continuamente nos enfrentamos con el sentimiento de culpa, y que a su vez debemos interpretarlo.

Estos dos factores, que según he descubierto, son los auxilios más dignos de confianza en la técnica del análisis de niños, son mutuamente dependientes y complementarios. Sólo *interpretando* y por lo tanto *aliviando* la angustia del niño siempre que nos encontremos con ella, ganaremos acceso a su inconsciente y lograremos que *fantasee*. Entonces, si llevamos hasta el fin el simbolismo que sus fantasías contienen, pronto veremos reaparecer la angustia y podremos así garantizar el progreso del trabajo.

La exposición de mi técnica y la importancia que le atribuye al simbolismo contenido en la conducta de los niños podrían interpretarse erróneamente, como si esto implicara que en el análisis de niños se procede sin la ayuda de la asociación libre en su verdadero sentido. En un pasaje anterior de mi artículo señalé que Anna Freud y yo, y todos los que trabajamos en el análisis de niños, estamos de acuerdo con que los niños no pueden asociar, y no asocian, de la misma manera que los adultos. Quiero agregar aquí que probablemente lo principal es que los niños *no pueden* asociar, no porque les falte capacidad para poner sus pensamientos en palabras (hasta cierto grado esto sólo se aplicaría a niños muy pequeños) sino porque la *angustia* se resiste a las asociaciones verbales. No pertenece al propósito de este artículo discutir con mayor detalle esta interesante cuestión especial: sólo mencionaré brevemente algunos datos de la experiencia.

La representación por medio de juguetes —en realidad, la representación simbólica en general, al estar hasta cierto punto alejada de la persona misma del sujeto— está menos investida de angustia que la confesión por la palabra hablada. Si entonces logramos aliviar la angustia y obtener en primer lugar representaciones más indirectas, estaremos en condiciones de convencernos a nosotros mismos de que podemos despertar para el análisis toda la expresión verbal de que es

capaz el niño. Y entonces descubrimos repetidas veces que en los momentos en que la ansiedad se hace más marcada las representaciones indirectas ocupan una vez más el primer plano. Permítaseme ilustrarlo brevemente. Cuando hube progresado bastante en el análisis de un niño de cinco años, éste tuvo un sueño cuya interpretación fue muy profunda y provechosa en sus resultados. Esta interpretación ocupó toda la sesión analítica y todas las asociaciones fueron *exclusivamente verbales*. En los dos días siguientes trajo nuevamente sueños que resultaron ser continuaciones del primero. Pero las asociaciones verbales del segundo sueño sólo podían ser producidas con mucha dificultad y una por vez. La resistencia era evidente y la angustia marcadamente mayor que el día anterior. Pero el niño se dirigió al canasto de juguetes y por medio de muñecos y otros juguetes me representó sus asociaciones, ayudándose nuevamente con palabras cada vez que vencía una resistencia. Al tercer día la angustia era aun mayor, correspondiendo al material que había aflorado en los días anteriores. Producía las asociaciones casi exclusivamente por medio del juego con juguetes y agua.

Si somos lógicos en nuestra aplicación de los dos principios sobre los que he puesto énfasis, a saber que debemos seguir el modo de representación simbólica del niño y que debemos tener en cuenta la facilidad con que surge la angustia en el niño, podremos también contar con que sus asociaciones son un recurso muy importante en el análisis, pero, como ya lo he dicho, sólo en algunos momentos y como un medio entre varios.

Creo por lo tanto que es incompleto lo que manifiesta Anna Freud cuando dice: "De vez en cuando, también, vienen en nuestra ayuda asociaciones inintencionales e involuntarias" (pág. 41). El que las asociaciones aparezcan o no depende de bastante regularidad de ciertas actitudes precisas del analizando, y de ninguna manera del azar. En mi opinión podemos utilizar este recurso en mucha mayor medida de lo que probablemente parece. Una y otra vez éste salva el abismo que lo separa de la realidad, y ésta es una razón por la que este modo está más estrechamente asociado con la angustia que el modo de representación irreal, indirecta. Por esto yo no consideraría terminado ningún análisis de niños, ni siquiera el de niños muy pequeños, a menos de lograr finalmente que se exprese con palabras, hasta el grado de que es capaz el niño, y así de vincularlo con la realidad.

Tenemos entonces una analogía perfecta con la técnica del análisis de adultos. La única diferencia es que con los niños encontramos que el inconsciente prevalece en mucho mayor grado y por lo tanto su modo de representación predomina mucho más que en los adultos, y además que debemos tener en cuenta la mayor tendencia del niño a angustiarse.

Pero indudablemente esto también es cierto en el análisis en los períodos de latencia y en el prepuberal y hasta cierto punto en la pu-

bertad. En cierto número de análisis en los que los sujetos estaban en una u otra de estas fases del desarrollo, yo estaba obligada a adoptar una forma modificada de la misma técnica que empleo con los niños. Creo que lo que acabo de decir quita fuerza a las dos objeciones principales que hace Anna Freud a mi técnica del juego. Puso en duda 1) que estuviéramos justificados en suponer que el contenido simbólico del juego del niño sea su móvil principal, y 2) que pudiéramos considerar el juego del niño como equivalente de las asociaciones verbales del adulto. Porque, sostiene, falta en estos juegos la idea de propósito que el adulto trae a sus análisis y que "le permite, al asociar, excluir todas las directivas e influencias conscientes en su cadena de pensamiento".

Quisiera además contestar a esta última objeción que estas intenciones de los pacientes adultos (que en mi experiencia ni siquiera son tan efectivas en ellos como Anna Freud supone) son absolutamente superfluas en los niños, y con esto no quiero decir sólo niños muy pequeños.

Es evidente por lo que acabo de decir que los niños están tan dominados por su inconsciente que para ellos es verdaderamente innecesario excluir deliberadamente ideas conscientes.⁴ Anna Freud misma también sopesó en su mente esta posibilidad (pág. 49).

Dediqué tanto espacio a la cuestión de la técnica que debe emplearse con los niños porque esto me parece fundamental en todo el problema del análisis infantil. Cuando Anna Freud rechaza la técnica de juego, su argumento no sólo se refiere al análisis de niños pequeños sino en mi opinión también al principio básico del análisis de niños mayores, tal como yo lo entiendo. La técnica de juego nos provee una rica abundancia de material y nos da acceso a los estratos más profundos de la mente. Si la usamos incondicionalmente llegamos al análisis del complejo de Edipo, y una vez allí, no podemos poner límites al análisis en ninguna dirección. Si entonces realmente queremos evitar el análisis del complejo de Edipo, no debemos utilizar la técnica de juego, aun en sus aplicaciones modificadas a niños más grandes.

Se sigue de esto que la cuestión no es si el análisis de niños *puede* ir tan profundo como el de adultos, sino si *debe* ir tan a lo profundo. Para contestar a esta pregunta debemos examinar las razones que da

⁴ Debo ir aun un paso más allá. No creo que el problema sea inducir al niño durante la sesión "a excluir toda dirección e influencia consciente en su cadena de pensamientos", sino más bien que debemos tratar de inducirlo a reconocer todo lo que yace fuera de su inconsciente, no sólo durante la sesión, sino en la vida en general. La relación especial de los niños con la realidad descansa (como he mostrado con mayor detalle en mi último artículo ya citado, "Principios psicológicos del análisis infantil") sobre el hecho de que intentan excluir y repudiar todo lo que no está de acuerdo con sus impulsos inconscientes, y en esto está incluida la realidad en su sentido más amplio.

Anna Freud, en el capítulo IV de su libro, *contra* penetrar tan hondo.

Antes de hacerlo, sin embargo, quisiera discutir las conclusiones de Anna Freud, expuestas en el capítulo III de su libro, acerca del papel que juega la transferencia en el análisis de niños.

Anna Freud describe algunas diferencias esenciales entre la situación transferencial en los adultos y en los niños. Llega a la conclusión de que en éstos puede haber una transferencia satisfactoria, pero que no se produce una neurosis de transferencia. En apoyo de esta declaración aduce el siguiente argumento teórico. Los niños, dice, no están capacitados como los adultos para comenzar una nueva edición de sus relaciones de amor, porque sus objetos de amor originales, los padres, todavía existen como objetos en la realidad.

Para responder a esta afirmación, que me parece incorrecta, debería entrar en una detallada discusión sobre la estructura del superyó en los niños. Pero como esto está expuesto en un pasaje posterior, me contentaré aquí con unos pocos enunciados que están apoyados por mi exposición siguiente. El análisis de niños muy pequeños me ha mostrado que incluso un niño de tres años ha dejado atrás la parte más importante del desarrollo de su complejo de Edipo. Por consiguiente está ya muy alejado, por la represión y los sentimientos de culpa, de los objetos que originalmente deseaba. Sus relaciones con ellos sufrieron distorsiones y transformaciones, por lo que los objetos amorosos actuales son ahora *imagos* de los objetos originales.

De ahí que con respecto al analista los niños pueden muy bien entrar en una nueva edición de sus relaciones amorosas en todos los puntos fundamentales y por lo tanto decisivos. Pero aquí encontramos una segunda objeción teórica. Anna Freud considera que al analizar niños el analista no es, como cuando el paciente es un adulto, "impersonal, indefinido, una página en blanco sobre la cual el paciente puede inscribir sus fantasías", que evita imponer prohibiciones y permitir gratificaciones. Pero de acuerdo con mi experiencia es exactamente así como debe comportarse un analista de niños, una vez que ha establecido la situación analítica. Su actividad es sólo aparente, porque aun cuando se vuelque completamente en todas las fantasías en el juego del niño, conforme a los modos de representación peculiares de los niños, está haciendo exactamente lo que el analista de adultos, quien, como sabemos, también sigue de buen grado las fantasías de sus pacientes. Pero fuera de esto, yo no permito a los pacientes infantiles ninguna gratificación personal, ya sea en forma de regalos o caricias, o de encuentros personales fuera del análisis, etcétera. En resumen, mantengo en todo las reglas aprobadas en análisis de adultos. Lo que doy al niño es ayuda analítica y alivio, que él siente relativamente rápido aun si antes no ha tenido ninguna sensación de enfermedad. Además de esto, en respuesta a su confianza en mí, puede contar absolutamente con perfecta sinceridad y honestidad hacia él de mi parte.

Pero debo discutir las conclusiones de Anna Freud, tanto como sus premisas. En mi experiencia, aparece en los niños una plena neurosis de transferencia, de manera análoga a como surge en los adultos. Cuando analizo niños observo que sus síntomas cambian, que se acentúan o disminuyen de acuerdo con la situación analítica. Observo en ellos la abreactación de afectos en estrecha conexión con el progreso del trabajo y en relación conmigo. Observo que surge angustia y que las reacciones del niño se resuelven en el terreno analítico. Padres que observan a sus hijos cuidadosamente con frecuencia me han contado que se sorprendieron al ver reaparecer hábitos, etc., que habían desaparecido hacia mucho. No he encontrado que los niños expresen sus reacciones cuando están en su casa de la misma manera que cuando están conmigo: en su mayor parte reservan la descarga para la sesión analítica. Por supuesto, ocurre que a veces, cuando están emergiendo violentamente afectos muy poderosos, algo de la perturbación se hace llamativo para los que rodean al niño, pero esto es sólo temporario y tampoco puede ser evitado en el análisis de adultos.

En este punto por lo tanto mi experiencia está en completa contradicción con las observaciones de Anna Freud. La razón de esta diferencia en nuestros descubrimientos es fácil de ver: depende de la distinta forma en que ella y yo manejamos la transferencia. Permítaseme resumir lo que acabo de decir: Anna Freud piensa que una transferencia positiva es condición necesaria para el trabajo analítico con niños. Considera indeseable una transferencia negativa. "En el caso de niños, escribe, es particularmente inconveniente que haya tendencias negativas dirigidas al analista, a pesar de los muchos puntos que puedan iluminar. Debemos empeñarnos en destruirlas o modificarlas lo antes posible; el verdadero trabajo provechoso se hará siempre cuando la relación con el analista es positiva" (pág. 51).

Sabemos que uno de los principales factores en el trabajo analítico es el manejo de la transferencia, estricta y objetivamente, de acuerdo con los hechos, en la forma que nuestros conocimientos analíticos nos han enseñado que es la correcta. Una resolución cabal de la transferencia es considerada como uno de los signos de que un análisis ha concluido satisfactoriamente. Sobre esta base el psicoanálisis ha establecido una serie de importantes reglas que en todos los casos han demostrado ser necesarias. Anna Freud deja de lado en su mayor parte estas reglas, en el análisis del niño. Con ella, la transferencia, el claro reconocimiento de lo que sabemos que es una importante condición para nuestro trabajo, se convierte en un concepto incierto y dudoso. Dice que el analista "probablemente debe compartir con los padres el amor o el odio del niño" (pág. 56). Y no comprendo qué es lo que se intenta al "demoler o modificar" las inconvenientes tendencias negativas.

Aquí las premisas y las conclusiones se mueven en un círculo. Si no se produce la situación analítica con medios analíticos, si no se

maneja lógicamente la transferencia positiva y la negativa, entonces ni causaremos una neurosis de transferencia ni podremos esperar que las reacciones del niño se efectúen en relación con el análisis y con el analista. Más adelante trataré en este artículo este punto con mayor detalle, pero ahora sólo recapitularé brevemente lo que ya he dicho al declarar que el método de Anna Freud de atraer hacia sí la transferencia positiva por todos los medios posibles y la de disminuir la transferencia negativa cuando está dirigida hacia ella, no sólo me parece técnicamente incorrecto, sino que me parece militar mucho más en contra de los padres que mi método. Porque no es sino natural que la transferencia negativa queda entonces dirigida contra aquellos con quienes el niño está vinculado en la vida diaria.

En su cuarto capítulo Anna Freud llega a una serie de conclusiones que me parecen poner de manifiesto este círculo vicioso, esta vez de manera especialmente clara. He explicado en otro lugar que el término "círculo vicioso" significa que a partir de ciertas premisas se extraen conclusiones que son luego utilizadas para confirmar estas mismas premisas. Citaría como ejemplo de una de las conclusiones que me parecen erróneas, la declaración de Anna Freud de que en el análisis de niños es imposible vencer el obstáculo del imperfecto dominio del lenguaje del niño. Es cierto que hace una reserva: "Hasta donde alcanza mi experiencia hasta ahora, con la técnica que he descrito". Pero la siguiente frase contiene una explicación de naturaleza teórica general. Dice que lo que descubrimos acerca de la temprana infancia cuando analizamos adultos "se revela por estos métodos de asociación libre e interpretación de las reacciones transferenciales, o sea por aquellos medios que fracasan en el análisis de niños". En varios pasajes de su libro Anna Freud pone énfasis en la idea de que el análisis de niños, al adaptarse a la mente del niño debe alterar sus métodos. Pero basa sus dudas acerca de la técnica que yo he desarrollado en una serie de consideraciones teóricas, sin haberlas sometido a prueba en la práctica. Pero he comprobado por la aplicación práctica que esta técnica nos ayuda a obtener las asociaciones de los niños con mayor abundancia aun que las que obtenemos en el análisis de adultos, y penetrar así mucho más profundamente que en ellos.

Por lo que mi experiencia me ha enseñado entonces, sólo puedo combatir enfáticamente la declaración de Anna Freud de que los dos métodos utilizados en el análisis de adultos (o sea, la asociación libre y la interpretación de las reacciones transferenciales), con el objeto de investigar la temprana infancia del paciente, fracasan al analizar niños. Estoy incluso convencida de que incumbe especialmente al análisis de niños, en particular el de niños bastante pequeños, proporcionar valiosas contribuciones a nuestra teoría, precisamente porque en los niños el análisis puede ir mucho más profundo y puede por lo tanto traer a luz detalles que no aparecen tan claramente en el caso de los adultos.

Anna Freud compara la situación de un analista de niños con la de un etnólogo "que por el contacto con un pueblo primitivo trata de adquirir información acerca de los tiempos prehistóricos más fácilmente que si estudiara las razas civilizadas" (pág. 66). Esto me parece nuevamente una declaración teórica que contradice la experiencia práctica. Si el análisis de niños pequeños, igual que el de niños más grandes, es llevado lo suficientemente lejos, brinda un panorama muy claro de la enorme complejidad del desarrollo que encontramos aun en niños muy pequeños y muestra que niños de, digamos, tres años, precisamente por el hecho de ser hasta tal punto productos de la civilización, han pasado y pasan por serios conflictos. Ateniéndome al ejemplo de Anna Freud, diría que precisamente desde el punto de vista de la investigación un analista de niños se encuentra en una afortunada situación que nunca se le presenta a un etnólogo, a saber, la de encontrar la gente civilizada en asociación estrecha con la gente primitiva, y a consecuencia de esta extraña asociación, la de recibir las más valiosas informaciones sobre los primeros y los últimos períodos.

Trataré ahora con mayor detalle los conceptos de Anna Freud sobre el superyó del niño. En el capítulo IV de su libro hay algunas proposiciones que tienen especial significado, tanto por la importancia de la cuestión teórica a que se refieren como por las amplias conclusiones que Anna Freud extrae de ellas.

El análisis profundo de niños, y en particular de niños pequeños, me ha llevado a formar un cuadro del superyó en la temprana infancia muy distinto al cuadro pintado por Anna Freud, principalmente como resultado de conclusiones teóricas. Es verdad que el yo de los niños no es comparable al de los adultos. El superyó, por otra parte, se aproxima estrechamente al del adulto y no está influido radicalmente por el desarrollo posterior como lo está el yo. La dependencia del niño de los objetos externos es naturalmente mayor que la de los adultos y este hecho produce resultados incontestables, pero que creo que Anna Freud sobreestima demasiado y por lo tanto no interpreta correctamente. Porque estos objetos externos no son por cierto idénticos al superyó ya desarrollado del niño, aun cuando una vez hayan contribuido a su desarrollo. Sólo de esta manera podemos explicar el hecho asombroso de que en niños de tres, cuatro o cinco años, descubramos un superyó de una severidad que se encuentra en la más tajante contradicción con los objetos de amor reales, los padres. Quisiera mencionar el caso de un niño de cuatro años cuyos padres no sólo nunca lo castigaron ni amenazaron sino que en realidad son extraordinariamente cariñosos y buenos. El conflicto entre el yo y el superyó en este caso (que sólo tomo como un ejemplo entre muchos) muestra que el superyó es de una fantástica severidad. Basado en la conocida fórmula que prevalece en el inconsciente, el niño espera, en razón de sus propios impulsos canibalísticos y sádicos, castigos tales como castración, ser cortado en pedazos, devorado

etc., y vive perpetuamente aterrado por ello. El contraste entre su tierna y cariñosa madre y el castigo con que lo amenaza su propio superyó es realmente grotesco, y es una ilustración del hecho de que no debemos de ningún modo identificar los objetos reales con aquellos que el niño introyecta.

Sabemos que la formación del superyó tiene lugar sobre la base de varias identificaciones. Mis resultados muestran que este proceso, que termina con el período del complejo de Edipo, o sea con el comienzo del período de latencia, comienza a una edad muy temprana. Basando mis observaciones en mis descubrimientos en el análisis de niños muy pequeños, indiqué en mi último artículo que el complejo de Edipo se forma por la frustración sufrida con el destete, es decir, al final del primer año de vida o al comienzo del segundo. Pero parejamente con esto vemos los comienzos de la formación del superyó. Los análisis de niños mayores y de niños muy pequeños brindan un panorama claro de los diversos elementos a partir de los cuales se desarrolla el superyó y los diferentes estratos donde tiene lugar el desarrollo. Vemos cuántos escalones tiene esta evolución antes de terminar con el comienzo del período de latencia. Se trata realmente de *terminación*, porque contrariamente a Anna Freud, estoy llevada a creer por el análisis de niños que su superyó es un producto sumamente resistente, inalterable en su núcleo, y que no es esencialmente diferente del de los adultos. La única diferencia es que el yo *más maduro* de los adultos está más capacitado para llegar a un acuerdo con el superyó. Pero esto a menudo sólo es *aparentemente* lo que pasa. Además los adultos pueden defenderse mejor de las autoridades que representan al superyó en el mundo exterior; inevitablemente los niños dependen más de éstas. Pero esto no implica, como concluye Anna Freud, que el superyó del niño sea "aún demasiado inmaduro, demasiado dependiente de su objeto, para controlar espontáneamente las exigencias de los instintos, cuando el análisis lo ha desembarazado de la neurosis". Aun en los niños estos objetos —los padres— no son idénticos al superyó. Su influencia sobre el superyó del niño es enteramente análoga a la que podemos comprobar que está en juego en los adultos cuando la vida los coloca en situaciones algo similares, por ejemplo, en una posición de particular dependencia. La influencia de temidas autoridades en los exámenes, de los oficiales en el servicio militar, etc., es comparable con el efecto que Anna Freud percibe en las "constantes correlaciones en los niños entre el superyó y los objetos amorosos, que pueden ser comparadas con las de dos vasos comunicantes". Presionados por situaciones de la vida como las que mencioné u otras similares, los adultos, como los niños, reaccionan con un incremento en sus dificultades. Esto sucede porque se reactivan o refuerzan viejos conflictos por la dureza de la realidad, y aquí juega un papel predominante precisamente la actuación intensificada del superyó. Ahora bien, éste es exactamente el mismo proceso al que se refiere Anna Freud, a saber, la influencia de objetos aún ac-

tualmente presentes en el superyó (del niño). Es verdad que las buenas y malas influencias sobre el carácter y todas las otras relaciones contingentes de la niñez ejercen mayor presión sobre los niños que la que sufren los adultos. Sin embargo, también en los adultos esto es indudablemente importante.⁵

Anna Freud cita un ejemplo (págs. 70-71) que le parece ilustrar particularmente bien la debilidad y la dependencia de las exigencias del ideal del yo en los niños. En el período de la vida que precede inmediatamente a la pubertad, un niño que tenía un impulso incontrolable a robar descubrió que el agente principal que lo influía era su temor al padre. Anna Freud toma esto como prueba de que aquí el padre, que realmente existía, podía todavía ser reemplazado por el superyó.

Ahora bien, creo que con bastante frecuencia podemos encontrar en los adultos desarrollos similares del superyó. Hay muchas personas que (a menudo durante toda su vida) en última instancia controlan sus instintos asociales únicamente por miedo a un "padre" con una apariencia algo distinta: la policía, la ley, el desprestigio, etc. Lo mismo es también cierto en lo que respecta a la "doble moralidad" que Anna Freud observa en los niños. No son sólo los niños quienes tienen un código moral para el mundo de los adultos y otro para ellos mismos y sus camaradas. Muchos adultos se comportan exactamente del mismo modo y adoptan una actitud cuando están solos o con sus iguales, y otra para superiores y extraños. Creo que una razón de la diferencia de opinión entre Anna Freud y yo es la siguiente. Entiendo por superyó (y en esto estoy completamente de acuerdo con lo que Freud nos enseñó sobre su desarrollo), la facultad que resulta de la evolución edípica a través de la introyección de los objetos edípicos, y que, con la declinación del complejo de Edipo, asume una forma duradera e inalterable. Como ya lo he explicado, esta facultad, durante su evolución y más aun cuando ya está completamente formada, difiere fundamentalmente de aquellos objetos que realmente iniciaron su desarrollo. Por supuesto que los niños (pero también los adultos) establecerán toda clase de ideales del yo, instalando diversos "superyoes" pero esto tiene seguramente lugar en los estratos más superficiales y está determinado en el fondo por aquel superyó firmemente arraigado en el niño y cuya naturaleza es inmutable. El superyó que Anna Freud cree funciona todavía en la persona de los padres no es idéntico a este superyó interno en el verdadero sentido, aunque no discuto su influencia en sí. Si queremos penetrar en el verdadero superyó, reducir su poder de actuación e influirlo, nuestro único re-

⁵ Abraham (1921-25) dice: "Pero la dependencia de los rasgos de carácter del destino general de la libido no se limita a un período especial de la vida, sino que es válida universalmente para la vida entera. El proverbio *Jugend kennt keine Tugend* (la juventud no conoce virtudes), proclama el hecho de que en una edad temprana el carácter es inmaduro y falto de firmeza. Sin embargo, no deberíamos sobreestimar la estabilidad del carácter incluso en años posteriores".

curso para hacerlo es el análisis. Pero con esto quiero decir un análisis que investigue todo el desarrollo del complejo de Edipo y la estructura del superyó.

Volvamos al ejemplo de Anna Freud que he mencionado anteriormente. En el niño cuya mejor arma contra el asalto de sus instintos era su temor al padre, nos encontramos con un superyó indudablemente inmaduro. Preferiría no llamar a semejante superyó típicamente "infantil". Tomando otro ejemplo: el niño de cuatro años cuyos sufrimientos por la presión de un superyó castrador y canibalístico, en absoluto contraste con sus buenos y cariñosos padres, seguramente no tiene este único superyó. Descubrí en él identificaciones que correspondían más estrechamente a sus verdaderos padres, aunque de ninguna manera eran idénticas a ellos. El niño llamaba a estas figuras, que aparecían como buenas y protectoras y dispuestas a perdonar, su "papá y mamá hadas", y cuando su actitud hacia mí era positiva, me adjudicaba en el análisis el rol de la "mamá-hada" a quien se podía confesar todo. Otras veces —siempre que reaparecía la transferencia negativa— yo jugaba el rol de la madre mala de la que esperaba todo lo malo que fantaseaba. Cuando yo era la mamá-hada, era capaz de satisfacer los pedidos más extraordinarios y de gratificar deseos que no tenían ninguna posibilidad de ser colmados en la realidad. Yo debía ayudarlo trayéndole como regalo, a la noche, un objeto que representaba el pene del padre, y éste debía ser cortado y comido. El que él y ella mataran a su padre era uno de los deseos que la "mamá-hada" debía gratificar. Cuando yo era el "papá mágico", debíamos hacer lo mismo a su madre, y cuando él mismo tomaba el rol del padre, y yo representaba el del hijo, no sólo me permitía el coito con su madre sino que me daba informaciones acerca de éste, me animaba a hacerlo, y también me mostraba cómo podía realizarse el coito fantaseado con la madre por padre e hijo simultáneamente. Toda una serie de las más variadas identificaciones, opuestas entre sí, originadas en estratos y períodos muy diferentes, fundamentalmente distintos de los objetos reales, tuvieron como resultado en este niño un superyó que realmente daba la impresión de ser normal y haber evolucionado bien. Una razón más para seleccionar este caso entre otros muchos análogos es que se trata de un niño que se podría llamar *perfectamente normal* y que estaba en tratamiento analítico sólo por razones profilácticas. Sólo después de un tiempo de análisis, y cuando el complejo de Edipo fue explorado en profundidad, pude reconocer la estructura completa y diferentes partes del superyó del niño. Mostró las reacciones de un sentimiento de culpa con una ética de nivel realmente elevado. Condenaba todo lo que consideraba malo o feo de un modo que aunque apropiado para el yo de un niño, era análogo al funcionamiento del superyó de un adulto con un alto nivel ético.

La evolución del superyó del niño, aunque no menos que la del adulto, depende de varios factores que no necesitamos tratar aquí

con mayor detalle. Si por alguna razón esta evolución no se ha realizado totalmente y las identificaciones no son totalmente afortunadas, entonces la angustia, a partir de la cual se originó toda la formación del superyó, tendrá preponderancia en su funcionamiento.

Creo que el caso citado por Anna Freud no prueba otra cosa sino que tales desarrollos del superyó existen. No creo que muestre que éste es un caso de desarrollo específicamente infantil, ya que nos encontramos con el mismo fenómeno en aquellos adultos cuyo superyó no está desarrollado. Por eso creo que las conclusiones que Anna Freud extrae de este caso son erróneas.

Lo que Anna Freud dice con respecto a esto me da la impresión de que ella cree que el desarrollo del superyó, con formaciones reactivas y recuerdos encubridores, tiene lugar en alto grado durante el período de latencia. Mi conocimiento analítico de niños pequeños me obliga a diferir de ella en forma absoluta en este punto.

Mi observación me ha enseñado que todos estos mecanismos están ya establecidos cuando surge el complejo de Edipo, y son activados por éste. Cuando el complejo de Edipo ha declinado, ya realizaron su tarea fundamental; los desarrollos y reacciones subsiguientes son más bien la superestructura de un sustrato que ha tomado una forma fija y persiste inmodificado. Algunas veces y en ciertas circunstancias, las formaciones reactivas están acentuadas, y, nuevamente, cuando la presión extrema es más poderosa, el superyó opera con mayor fuerza.

Estos fenómenos, no obstante, no son privativos de la niñez. Lo que Anna Freud considera como una ampliación adicional del superyó y como formaciones reactivas en el período de latencia y en el período inmediatamente anterior a la pubertad, es simplemente una adaptación aparente y superficial a las presiones y exigencias del mundo exterior, y no tiene nada que ver con el verdadero desarrollo del superyó. A medida que crecen, los niños (como los adultos) aprenden a manejar el "doble código moral" más hábilmente que los niños pequeños, que todavía son menos convencionales y más honestos.

Pasemos ahora a las deducciones de la autora a partir de sus proposiciones sobre la naturaleza dependiente del superyó de los niños y su doble código moral en relación con los sentimientos de vergüenza y desagrado.

En las páginas 73-75 de su libro, Anna Freud sostiene que los niños difieren de los adultos en este aspecto: cuando las tendencias instintivas del niño se han hecho conscientes no se puede esperar que el superyó asuma por sí mismo la total responsabilidad de su dirección. Piensa que los niños, dejados solos en esto, sólo pueden descubrir "un único sendero corto y adecuado, a saber, el que conduce a la gratificación directa". Anna Freud no acepta —y da buenas razones para su actitud— que la decisión sobre cómo deben ser empleadas las fuerzas instintivas liberadas de la represión deba corresponder a las

personas responsables de la educación del niño. Considera por lo tanto que lo único que debe hacerse es que "el analista guíe al niño en este aspecto tan importante". Da un ejemplo para ilustrar la necesidad de intervención educacional por parte del analista. Veamos lo que dice. Si mis objeciones a sus proposiciones teóricas son válidas, deberán soportar la prueba de un ejemplo práctico.

El caso en cuestión es uno que Anna Freud discute en varios pasajes de su libro: el de una niña de seis años que sufría de neurosis obsesiva. Esta niña, que antes del tratamiento manifestaba inhibiciones y síntomas obsesivos, se tornó en ese momento desobediente y falta de límites. Anna Freud infirió que en ese punto hubiera debido intervenir con el rol de educadora. Creyó reconocer que el hecho de que el niño gratificara sus impulsos anales fuera del análisis una vez libres de la represión, indicaba que ella había incurrido en un error y había confiado demasiado en la fuerza del ideal del yo del niño. Pensó que este superyó aún insuficientemente establecido hubiera necesitado una influencia educativa temporaria por parte del analista, y por lo tanto, en este punto no era capaz de controlar los impulsos del niño sin ayuda.

Creo que sería bueno que yo también seleccionara una ilustración para sustentar mi opinión, opuesta a la de Anna Freud. El caso que citaré fue muy grave: el de una niña de seis años que en el comienzo del análisis sufría de una neurosis obsesiva.⁶

Erna, cuya conducta en el hogar era intolerable y que manifestaba marcadas tendencias asociales en todas sus relaciones, sufría de frecuente insomnio, de excesivo onanismo obsesivo, inhibición completa para el aprendizaje, profundas depresiones, ideas obsesivas y varios otros síntomas graves. Fue tratada analíticamente durante dos años, y es evidente que la curación fue su resultado, porque desde hace más de un año ha estado en un colegio que por principio sólo toma "niños normales" y que está enfrentando allí la prueba de la vida. Como es de suponer, en un caso tan grave de neurosis obsesiva la niña sufría de inhibiciones excesivas y profundos remordimientos. Manifestaba el característico viraje de la personalidad de "ángel a demonio", de "princesa buena a malvada", etc. En ella, también, el análisis liberó tanto enormes cantidades de afecto como impulsos sádicos anales. Durante las sesiones analíticas tenían lugar extraordinarias: rabieta que se desahogaban en los objetos de mi cuarto, tales como almohadones, etc., ensuciaba y destrozaba juguetes, manchaba papel con agua, plastilina, lápices y demás. En todo esto la niña daba la impresión de estar considerablemente liberada de inhibiciones y parecía extraer un placer notable de esta conduc-

⁶ Examiné esta historia del caso con mayor detalle en el Würzburger Tagung Deutscher Analytiker (otoño de 1924), y en una de mis conferencias en Londres, en el verano de 1925. Me propongo publicar posteriormente la historia. A medida que progresó el análisis descubrí que la grave neurosis obsesiva enmascaraba una paranoia.

ta a menudo bastante salvaje. Pero descubrí que no se trataba simplemente de un caso de gratificación desinhibida de sus fijaciones anales, sino que otros factores jugaban un rol decisivo.

De ninguna manera era tan "feliz" como se hubiera podido pensar a primera instancia, y como los que rodeaban al niño hubieran pensado que sería en el caso citado por Anna Freud. Lo que en gran parte se encontraba debajo de su "falta de freno" era angustia y también la necesidad de castigo que la impellían a repetir su comportamiento. En éste, también, había una evidencia clara de todo el odio y el desafío que databa del período en que se le había enseñado hábitos de limpieza. La situación cambió completamente cuando analizamos estas fijaciones tempranas, sus conexiones con la evolución del complejo de Edipo, y el sentimiento de culpa asociado a éste.

En estos periodos en los que se liberaban con tanta fuerza impulsos sádico-anales, Erna manifestaba una inclinación temporaria a descargarlos y gratificarlos fuera del análisis. Llegué a la misma conclusión que Anna Freud: que el analista debía haberse equivocado. Sólo que —y ésta es probablemente una de las diferencias más sobresalientes y fundamentales entre nuestras opiniones— yo inferí que había fracasado de alguna manera por el lado analítico y no por el educacional. Quiero decir que me di cuenta de que había fracasado en resolver completamente las resistencias durante la sesión analítica y en liberar totalmente la transferencia negativa. En este y en todos los otros casos encontré que si queremos capacitar a los niños para controlar mejor sus impulsos sin que se agoten en una laboriosa lucha contra ellos, la evolución edípica debe ser desnudada analíticamente tan completamente como sea posible, y los sentimientos de odio y culpa que resultan de esta evolución deben ser investigados hasta sus mismos comienzos.⁷ Ahora bien, si tratamos de ver hasta qué punto Anna Freud encontró necesario reemplazar las medidas analíticas por medidas educativas encontramos que la pequeña paciente misma nos da una información exacta. Después de que Anna Freud le hubo demostrado claramente (pág. 41) que la gente sólo podía portarse tan mal con quienes odiaba, la niña preguntó "por qué habría ella de tener ese sentimiento de odio por su madre a quien ella suponía que quería mucho". Esta pregunta tenía una buena justificación y muestra esa buena comprensión de la esencia del análisis que a menudo encontramos en pacientes de cierto tipo obsesivo, incluso muy pequeños. La pregunta señala el camino que hubiera debido tomar el análisis: hubiera debido penetrar más profundamente. Anna Freud, sin embargo, no tomó este camino, ya que leemos:

⁷ También la pequeña paciente de Anna Freud reconoció esto bastante correctamente cuando luego de contar cómo había salido victoriosa de su lucha con el diablo, definió así el objeto de su análisis: "Debes ayudarme a no ser tan infeliz si tengo que ser más fuerte que él"; creo, sin embargo, que este objetivo puede alcanzarse plenamente sólo cuando hayamos podido despejar las primeras fijaciones orales y sádico-anales y los sentimientos de culpa conectados.

“Aquí rehusé decirle nada más, ya que también yo había llegado al fin de lo que sabía”. La pequeña paciente trató entonces ella misma de ayudar a encontrar la forma que la podría conducir más lejos. Repitió un sueño que ya había mencionado y cuyo significado era un reproche contra su madre porque ésta salía precisamente cuando la niña más la necesitaba. Algunos días después trajo otro sueño que indicaba claramente celos de sus hermanos y hermanas menores.

Anna Freud se detuvo entonces, cesó de avanzar más lejos en el análisis precisamente en el momento en que hubiera debido analizar el odio de la niña por su madre, o sea cuando realmente lo que primero debía hacerse era dilucidar en primer lugar toda la situación edípica. Vemos que es verdad que había liberado y llevado a su descarga algunos de los impulsos sádico-anales, pero no puso atención en la conexión de estos impulsos con la evolución edípica; por el contrario, confinó sus investigaciones a estratos superficiales conscientes o preconscientes, porque hasta donde podemos juzgar a través de lo que escribe, también parece haber omitido la prosecución del análisis de los celos de sus hermanos y hermanas hasta sus deseos inconscientes de matarlos. Si Anna Freud lo hubiera hecho, también esto la habría conducido hasta los deseos de la niña de matar a la madre. Más aun, debe haber omitido también el análisis de la actitud de rivalidad con la madre, ya que de otro modo tanto la paciente como la analista hubieran debido saber para entonces algo de las causas del odio de la niña por su madre.

En el cuarto capítulo de su libro, Anna Freud cita este análisis como una ilustración de la necesidad de que el analista intervenga durante un tiempo con el rol de educador; aparentemente está considerando este punto decisivo en el análisis que acabo de discutir. Pero yo me represento la situación de la siguiente manera: la niña llegó a ser parcialmente consciente de sus tendencias sádico-anales, pero no se le dio la oportunidad de liberarse más amplia y fundamentalmente de ellas a través de un análisis más profundo de su situación edípica. En mi opinión no se trataba de dirigirla hacia un dominio y control dolorosos de los impulsos liberados de la represión. Lo que se necesitaba era más bien someterla a un análisis más profundo y completo de las fuerzas que motivaban estos impulsos.

Pero debo hacer la misma crítica a algunos otros ejemplos que brinda Anna Freud. Se refiere varias veces a las confesiones de onanismo recibidas de sus pacientes. La niña de nueve años que hizo tales confesiones en dos sueños que relató (págs. 31-32), estaba, creo, contando mucho más que eso, y algo muy importante. Su terror al fuego y el sueño de la explosión en el géiser, que se produjo a causa de una mala conducta de su parte y fue acompañado de castigo, me parece indicar claramente la observación del coito entre los padres. Esto es también evidente en el segundo sueño. En él había “dos ladrillos de distintos colores y una casa a la que incendiaban”. Estos, como mi experiencia en análisis de niños me permite generalizar, por

lo regular representan la escena primaria. Que esto fuera cierto en el caso de esta niña, me parece evidente en sus sueños con fuego a través de sus dibujos de los monstruos (descritos por Anna Freud, págs. 37-38) que ella llamaba “mordedores”, y de la bruja que arrancaba el cabello de un gigante. Anna Freud está indudablemente en lo cierto cuando interpreta estos dibujos como indicadores de la angustia de castración de la niña, y de su masturbación. Pero no me cabe la menor duda de que la bruja, que castra al gigante, y el “mordedor” representan el coito entre los padres, concebido por la niña como un sádico acto de castración; y además que cuando ella tuvo esta impresión, ella misma concibió deseos sádicos contra sus padres (la explosión del géiser que ella causa en el sueño); que su masturbación estaba asociada a estos deseos y que por lo tanto, de su conexión con el complejo de Edipo, involucraba un profundo sentimiento de culpa, y en relación con esto, involucraba la compulsión a la repetición y parte de la fijación.

¿Qué es, entonces, lo que falta en la interpretación de Anna Freud? Todo lo que hubiera profundizado en la situación edípica. Pero esto significa que omitió explicar las causas más profundas del sentimiento de culpa y de la fijación, e imposibilitó la resolución del complejo de Edipo. Me siento obligada a extraer la misma conclusión que en el caso de la pequeña neurótica obsesiva: si Anna Freud hubiera sometido los impulsos instintivos a un análisis más profundo, no hubiera sido necesario enseñar a la niña cómo controlarlos. Y al mismo tiempo la curación hubiera sido más completa. Porque sabemos que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis; por lo tanto si el análisis evita analizar este complejo, tampoco puede resolver la neurosis.

Ahora bien, ¿cuáles son las razones de Anna Freud para abstenerse de un análisis más profundo, que investigara sin reservas la relación del niño con sus padres y con el complejo de Edipo? Hay una serie de importantes argumentos con los que nos encontramos en varios pasajes de su libro. Resumámoslo y consideremos sus alcances.

Anna Freud siente que ella no debe intervenir entre el niño y sus padres, y que la educación del hogar peligraría y se crearían conflictos si se le hace consciente al niño su oposición a los padres.

Creo que este punto es el que determina principalmente la diferencia entre las opiniones de Anna Freud y las mías, y nuestros opuestos métodos de trabajo. Ella misma dice que siente remordimientos para con los padres del niño, que son los que la emplean, si como ella dice, “se vuelve contra ellos”. En el caso de una niñera que tenía hostilidad hacia ella (págs. 20-21) hizo todo lo que pudo para predisponer al niño en contra de la mujer, desprender el sentimiento positivo del niño por la niñera y dirigirlo hacia ella misma. Vacila en hacer lo mismo cuando los padres entran en la cuestión, y creo que está plenamente en lo cierto. La diferencia en nuestro punto de vista es ésta: que yo jamás intento predisponer al niño en contra

de los que lo rodean. Pero si sus padres me lo han confiado para que lo analice, ya sea para curar una neurosis o por otras razones, creo que estoy justificada al tomar la línea que me parece la más ventajosa para el niño y la única posible. Quiero decir la de analizar sin reservas su relación con los que lo rodean, y por lo tanto, en especial con sus padres, hermanos y hermanas.

Hay varios peligros en el análisis de la relación con los padres que Anna Freud teme y que piensa que surgirían de la debilidad que ella supone que caracteriza el superyó del niño. Permítaseme mencionar algunos. Cuando se resuelve satisfactoriamente la transferencia, el niño ya no puede volver a dirigirse a los objetos amorosos adecuados y podría verse obligado ya sea "a volver a caer en una neurosis, o, si este camino estuviera cerrado en razón del éxito del tratamiento analítico, a tomar la dirección opuesta: la de la rebelión abierta" (págs. 61-62). O de nuevo: si los padres utilizan su influencia en oposición al analista el resultado sería "como el niño está vinculado emocionalmente a ambas partes, una situación similar a la que surge en un matrimonio infeliz en el que el niño se ha convertido en un tema de disputa" (pág. 77). Y nuevamente: "Donde el análisis del niño no puede llegar a ser parte orgánica de toda su vida sino que se introduce como un cuerpo extraño en sus otras relaciones, perturbándolas, probablemente lo único que hagamos sea complicarlo en más conflictos que los que nuestro tratamiento resuelve" (pág. 84).

En cuanto a la idea de que el superyó del niño no es aún lo suficientemente fuerte, y que hace temer a la autora que cuando el niño se libere de la neurosis no podrá ya adaptarse satisfactoriamente a las exigencias educacionales necesarias y a las de las personas que lo rodean, respondería yo de la siguiente manera:

Mi experiencia me ha enseñado que si analizamos un niño *sin ningún preconcepto* de ninguna clase en nuestra mente, nos formaremos de él una idea distinta, simplemente porque estaremos capacitados para penetrar más profundamente en el período crítico anterior a los dos años. Aquí se revela en mucho mayor grado la severidad del superyó del niño, rasgo que Anna Freud misma descubrió en ocasiones. Encontramos que lo que se necesita no es reforzar el superyó sino suavizarlo. No olvidemos que las influencias educativas y las exigencias culturales no están suspendidas durante el análisis aun cuando el analista, que actúa como un tercero absolutamente imparcial, no asuma la responsabilidad de estas influencias y exigencias. Si el superyó ha sido lo bastante fuerte como para conducir al conflicto y a la neurosis seguramente mantendrá suficiente influencia, aun si en el análisis lo modificamos gradualmente.

Nunca terminé un análisis con la impresión de que esta facultad se hubiera debilitado demasiado; por otra parte, hubo muchos análisis en cuyo término yo habría deseado que se pudiera reducir aun más su exagerado poder. Anna Freud señala con justeza que si nos aseguramos una transferencia positiva los niños habrán de contribuir

mucho en el sentido de la cooperación y en otros tipos de sacrificio. Pero creo que esto prueba indudablemente que, al lado de la severidad del superyó, este anhelo de amor es una garantía adecuada de que el niño tendrá un motivo suficientemente fuerte para obrar de acuerdo con exigencias culturales razonables, sólo si el análisis libera su capacidad de amar.

No debemos olvidar que lo que la realidad exige al yo del adulto es mucho más pesado que las demandas mucho menos exigentes que encuentra el yo mucho más débil del niño.

Naturalmente, es posible que si el niño debe vincularse con personas que no tienen *insight*, o con neuróticos, o con gente que lo perjudica, el resultado podría ser que no podremos desembarazarlo completamente de su propia neurosis o que su medio la haga surgir nuevamente. Sin embargo, según mi experiencia, aun en estos casos podemos hacer mucho para aliviar el asunto e inducir un desarrollo mejor. Más aun, en su reaparición la neurosis será más leve y más fácil de ser curada en el futuro. Los temores de Anna Freud de que un niño que ha sido analizado y permanece en un medio totalmente adverso al análisis, en razón de su separación de sus objetos amorosos puede tornarse más rebelde a éstos, y por lo tanto más presa de conflictos, me parecen consideraciones teóricas refutadas por la experiencia. Aun en tales casos he descubierto que el análisis capacitaba a los niños a adaptarse mejor y por lo tanto a pasar mejor la prueba de un *milieu* desfavorable, y a sufrir menos que antes de ser analizados.

Y he demostrado repetidas veces que cuando un niño se torna menos neurótico se hace mucho menos cansador para aquellos que lo rodean y que son neuróticos o faltos de *insight*, y de esta forma el análisis no ejercerá más que una influencia favorable en las relaciones entre el niño y su medio.

En los últimos ocho años he analizado gran número de niños, y mis descubrimientos con respecto a este punto, crucial en la cuestión del análisis de niños, ha sido constantemente confirmado. Podría resumirlo diciendo que el peligro temido por Anna Freud, que el análisis de los sentimientos negativos de un niño hacia sus padres arruinará su relación con éstos, es siempre y bajo toda circunstancia, inexistente. Por el contrario, lo opuesto es verdad. Exactamente lo mismo sucede en los adultos: el análisis de la situación edípica no sólo alivia los sentimientos negativos del niño para con sus padres, hermanos y hermanas sino que también los resuelve en parte, y así posibilita mayor fortificación de los impulsos positivos. Precisamente el análisis del período más temprano es el que revela las tendencias hostiles y los sentimientos de culpa que tienen origen en la temprana frustración oral, los hábitos de limpieza y la frustración relacionada con la situación edípica. Y este traerlos a luz es lo que libera al niño de ellos. El resultado final es una relación más profunda y mejor con los que lo rodean, y no es de ninguna manera una separación en el sentido de sentirse extraño. Lo mismo se aplica al período de la pubertad,

sólo que en este período la capacidad para la separación y la transferencia necesaria en esta fase particular del desarrollo está grandemente reforzada por el análisis. Hasta ahora nunca he tenido quejas de la familia después que el análisis terminara y aun durante su curso, de que la relación del niño con su ambiente hubiera empeorado. Esto significa mucho cuando recordamos la ambivalencia de las relaciones. Por otra parte, se me ha asegurado con frecuencia que los niños se tornaban mucho más sociables y mucho más dóciles con respecto a su educación. De modo que finalmente hago un gran servicio tanto a los padres como al niño justamente en lo que se refiere al *mejoramiento* de las relaciones entre ellos.

Indudablemente es deseable y provechoso que los padres nos asistan tanto durante como después del análisis. Debo decir, sin embargo, que estos ejemplos tan gratificadores son decididamente los menos: representan el *caso ideal*, y no podemos basar nuestro método sobre él. Anna Freud dice (pág. 83): "La enfermedad definida no es lo único que nos hará decidirnos a analizar a un niño. El lugar del análisis infantil es sobre todo el *milieu* analítico; por ahora debemos limitarlo a los niños cuyos padres son analistas, se han analizado o tienen cierta confianza o respeto por el análisis." En respuesta diría que debemos discriminar muy claramente entre las actitudes conscientes e inconscientes de los mismos padres, y he hallado repetidas veces que las actitudes inconscientes no están de ninguna manera garantizadas por las condiciones deseadas por Anna Freud. Los padres pueden estar por completo convencidos teóricamente de la necesidad del análisis y pueden desear conscientemente ayudarnos con todas sus fuerzas, y sin embargo, por razones inconscientes, pueden obstaculizar nuestro trabajo a cada momento. Por otra parte, constantemente hallé gente que no sabía nada sobre el análisis —a veces simplemente una niñera que me tenía confianza personal— que fue de la más grande ayuda debido a una favorable actitud inconsciente. Sin embargo, según mi experiencia, todo el que analice niños tiene que contar con una cierta hostilidad y celos por parte de niñeras, institutrices, e incluso la madre, y debe tratar de realizar el análisis a pesar y en contra de estos sentimientos. A primera vista esto parece imposible y representa por cierto una dificultad especial y muy considerable en el análisis del niño. No obstante en la mayoría de los casos no la he encontrado insuperable. Naturalmente presupongo que no debemos "compartir con los padres el odio y el amor del niño", sino que debemos manejar tanto la transferencia positiva como la negativa de manera tal que nos capacite para establecer la situación analítica y confiar en ella. Es asombroso cómo los niños, incluso niños pequeños, nos apoyan entonces con su *insight* y con su necesidad de ayuda y cómo podemos incluir en nuestro trabajo las resistencias causadas por aquellos con quienes están vinculados los pequeños pacientes.

Por lo tanto, mi experiencia me ha llevado a emanciparme en mi

trabajo de estas personas en la medida de lo posible. Aun cuando sus informaciones puedan ser a veces muy valiosas, cuando nos relatan cambios importantes que tienen lugar en los niños y nos proporcionan un conocimiento de la situación real, necesariamente debemos ser capaces de manejarnos sin esta ayuda. Por supuesto no quiero decir con esto que nunca pueda desbaratarse un análisis por culpa de los que rodean al niño; sólo puedo decir que si los padres envían a sus niños para que se analicen no es razón para que sea imposible llevar a cabo el análisis simplemente porque la actitud de éstos muestre falta de *insight* o sea desfavorable de alguna otra manera.

Resulta claro por todo lo que he dicho que mi posición con respecto a la conveniencia del análisis en distintos casos es completamente distinta a la de Anna Freud. Considero que el análisis es útil no sólo en todos los casos con perturbaciones mentales evidentes y desarrollo insuficiente, sino como medio para disminuir las dificultades de niños normales. El camino puede ser indirecto, pero estoy segura de que no es demasiado penoso, costoso o tedioso.

En esta segunda parte de mi artículo mi intención era demostrar que es imposible combinar en la persona del analista la tarea analítica y educativa, y esperaba mostrar por qué es así. Anna Freud misma describe estas funciones (pág. 82) como "dos tareas difíciles y contradictorias". Y dice nuevamente: "analizar y educar, o sea permitir y prohibir al mismo tiempo, liberar y atar nuevamente". Puedo resumir mis argumentos diciendo que una actividad efectivamente anula la otra. Si el analista incluso temporariamente se torna representante de agentes educativos, si asume el rol del superyó, bloquea en ese punto el camino de los impulsos instintivos a la conciencia: se vuelve un representante de los poderes represores. Avanzaré un poco más y diré que según mi experiencia, lo que debemos hacer con los niños tanto como con los adultos es, no simplemente establecer y mantener la situación analítica con todos los medios analíticos y abstenernos de toda influencia educativa directa, sino, más aun, que el análisis de niños debe tener la misma actitud inconsciente que pedimos al analista de adultos, si ha de tener éxito. Esta lo debe capacitar para querer realmente sólo analizar, y no desear moldear y dirigir la mente de sus pacientes. Si la angustia no se lo impide, podrá esperar con calma la evolución del resultado correcto, y de este modo se alcanzará este resultado.

Si lo hace, además, demostrará la validez del segundo principio que expongo en oposición a Anna Freud, a saber: que debemos analizar completamente y sin reservas la relación del niño con sus padres y su complejo de Edipo.

Postscriptum, mayo de 1947.

En el Prefacio y en la Tercera parte de su nuevo libro, Anna

Freud presenta diversas modificaciones de su técnica. Algunas de estas modificaciones conciernen a algunos puntos que traté en este artículo.

Una divergencia en nuestras opiniones surgió de su utilización de métodos educativos en el análisis de niños. Anna Freud explicó que esta técnica era necesaria a causa del superyó débil y no desarrollado de los niños, aun en el período de latencia (que en ese entonces ella consideraba el único período en el que los niños podían ser analizados). Declara ahora en su Prefacio que la parte educativa en la tarea del analista de niños ya no es necesaria (porque los padres y las autoridades educacionales se han vuelto mucho más instruidas) y que el analista "puede ahora, salvo raras excepciones, concentrar su energía en el aspecto puramente analítico de su labor". (Prefacio, pág. xi.) Además, cuando Anna Freud publicó su libro en 1926, no sólo criticó la técnica de juego (que yo había empleado en el análisis de niños pequeños), sino que también se opuso por principio a que niños pequeños, por debajo del período de latencia, se analizaran. Ahora, como lo dice en su Prefacio, redujo la edad "desde el período de latencia, como lo sugirió en un principio, hasta los dos años..." y según parece también aceptó hasta cierto grado la técnica de juego como parte necesaria del análisis de niños. Además amplió el número de pacientes no sólo en lo que respecta a la edad sino también en lo que respecta al tipo de enfermedad, y ahora considera "que se puede analizar niños cuyas perturbaciones son de tipo esquizofrénico" (pág. x).

La cuestión siguiente es más complicada porque subsiste una importante diferencia aunque haya surgido una similitud en el enfoque. Anna Freud dice de su "fase introductoria" en el análisis de niños, que su estudio de los mecanismos de defensa del yo la ha llevado a encontrar "camino y medios de poner al descubierto y penetrar las primeras resistencias en el análisis de niños, con lo cual se acorta la fase introductoria del tratamiento, y, en algunos casos la hace innecesaria" (Prefacio, págs. xi-xii). La consideración de mi contribución al Simposium mostrará que la esencia de mi argumento en contra de la "fase introductoria" de Anna Freud era lo siguiente: si el analista trata desde el comienzo la angustia y la resistencia inmediatas del niño con recursos analíticos, la situación transferencial se establece inmediatamente, y no se hacen necesarios ni aconsejables recursos que no sean analíticos. Nuestras opiniones sobre este problema tienen por lo tanto en común que la fase introductoria es innecesaria (aunque Anna Freud sólo parece admitir esto en algunos casos especiales) si se descubre que los caminos y los medios analíticos penetran las primeras resistencias. En mi contribución al Simposium traté este problema principalmente desde el ángulo de la angustia aguda del niño pequeño. Sin embargo, en mi libro *El psicoanálisis de niños*, muchos ejemplos muestran que en aquellos casos en los que la angustia es menos aguda, atribuyo gran significación al análisis

de las defensas desde el comienzo. En realidad, no es posible analizar las resistencias sin analizar las defensas. No obstante, aunque Anna Freud no se refiere al análisis de la angustia aguda sino que parece poner el acento principalmente en el análisis de las defensas, nuestras opiniones coinciden en cuanto a la posibilidad de conducir un análisis desde el comienzo con recursos analíticos. Estas alteraciones en las opiniones de Anna Freud, que sólo doy como ejemplo, implican en realidad, aunque ella no lo manifieste, una disminución de ciertas divergencias importantes entre ella y yo en lo que respecta al psicoanálisis de niños. Mencionaré otro punto que está relacionado fundamentalmente con mi enfoque de los principios y la técnica del análisis temprano, punto que ilustro en este libro. Anna Freud declara (pág. 71): "Melanie Klein y sus seguidores expresaron repetidamente la opinión de que con la ayuda de la técnica de juego se puede analizar niños de casi cualquier edad, de la más temprana infancia en adelante." No sé sobre qué fundamento se basa esta declaración, y el lector de este libro y de mi libro *El psicoanálisis de niños* no encontrará pasajes que lo justifiquen ni material de análisis de niños de menos de dos años y tres meses de edad. Por supuesto que atribuyo gran importancia al estudio de la conducta de los lactantes, especialmente a la luz de mis descubrimientos sobre los tempranos procesos mentales, pero estas observaciones analíticas son algo esencialmente distinto que llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico.

También llamaría aquí la atención sobre el hecho de que en esta nueva edición de su libro (págs. 69-71), Anna Freud repita la misma descripción errónea de mi técnica que hizo veinte años atrás, puesto que infiere que confío predominantemente en interpretaciones simbólicas y utilizo muy poco —si alguna vez lo hago— el lenguaje del niño, ensueños diurnos, sueños, cuentos, juego imaginativo, dibujos, sus reacciones emocionales y sus relaciones con la realidad exterior, por ejemplo, en su hogar. He corregido explícitamente esta interpretación errónea en esta contribución al Simposium y cuesta entender cómo pudo haberse mantenido frente a mi libro *El psicoanálisis de niños* y mis diversas publicaciones, compiladas ahora en este volumen.

12. LA IMPORTANCIA DE LA FORMACION DE SIMBOLOS EN EL DESARROLLO DEL YO

(1930)

El planteo de este artículo se basa en la suposición de que hay una etapa temprana del desarrollo mental en que se activa el sadismo en cada una de las diversas fuentes de placer libidinal¹. Según mi experiencia, el sadismo alcanza su punto culminante en dicha fase, que se inicia con el deseo oral-sádico de devorar el pecho de la madre (o toda ella) y desaparece con el advenimiento de la primera etapa anal. En el período a que me refiero, el fin predominante en el sujeto es apoderarse del contenido del cuerpo de la madre y destruirla con todas las armas que el sadismo tiene a su alcance. Esta fase constituye, al mismo tiempo, la introducción del complejo de Edipo. Las tendencias genitales comienzan ahora a ejercer influencia, aunque ésta no es todavía evidente porque los impulsos pregenitales dominan el campo. Mi planteo se apoya en el hecho de que el conflicto edípico comienza en un período en el que predomina el sadismo.

El niño espera que en el interior del cuerpo de su madre encontrará: a) el pene del padre; b) excrementos y c) niños, y homologa todas estas cosas con sustancias comestibles. De acuerdo con las más primitivas fantasías (o "teorías sexuales") infantiles sobre el coito de los padres, durante el acto el pene del padre (o todo su cuerpo) es incorporado por la madre. De este modo, los ataques sádicos del niño tienen por objeto a ambos padres a la vez, a quienes muerde, despedaza o tritura en sus fantasías. Esos ataques despiertan angustia porque el niño teme ser castigado por los padres unidos, y esta angustia también es internalizada a consecuencia de la introyección oral-

¹ Véase mi "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928).

sádica de los objetos y así se dirige ya hacia el superyó temprano. He podido observar que estas situaciones de angustia de las primeras fases del desarrollo mental son muy profundas y abrumadoras. Según mi experiencia, en los ataques fantaseados contra el cuerpo materno desempeñan un papel considerable el sadismo uretral y anal, que se agrega muy pronto al sadismo oral y el muscular. En la fantasía, los excrementos son transformados en armas peligrosas: orinar es para el niño lo mismo que lastimar, herir, quemar, ahogar, mientras que las materias fecales son homologadas con armas y proyectiles. En una etapa posterior a la fase descrita esas formas violentas de ataque son reemplazadas por ataques encubiertos con los métodos más refinados que el sadismo puede inventar, y los excrementos son homologados a sustancias venenosas.

El exceso de sadismo despierta angustia y moviliza los mecanismos de defensa más primitivos del yo. Freud escribe (1926): "Bien pudiera ser que antes de que el yo y el ello hayan llegado a diferenciarse nítidamente y antes de que se haya desarrollado el superyó, el aparato mental utilice modos de defensa distintos de los que pone en práctica una vez que ha alcanzado dichos niveles de organización". Según lo que he podido observar en el análisis, la primera defensa impuesta por el yo está en relación con dos fuentes de peligro: el propio sadismo del sujeto y el objeto que es atacado. Esta defensa, en correlación con el grado de sadismo, es de carácter violento y difiere fundamentalmente del ulterior mecanismo de represión. En relación con el sadismo del sujeto, la defensa implica expulsión, mientras que en relación con el objeto atacado implica destrucción. El sadismo se convierte en una fuente de peligro porque ofrece ocasión para la liberación de angustia y, también, porque el sujeto siente que las armas empleadas para destruir al objeto apuntan a su propio yo. El objeto atacado se convierte en una fuente de peligro, porque el sujeto teme de él ataques similares (retaliatorios). De este modo, el íntegro yo no desarrollado se encuentra ante una tarea que, en esta etapa, está totalmente fuera de su alcance: la tarea de dominar la angustia más intensa.

Ferenczi sostiene que la identificación, precursora del simbolismo, surge de las tentativas del niño por reencontrar en todos los objetos sus propios órganos y las funciones de éstos. Según Jones, el principio del placer hace posible la ecuación entre dos cosas completamente diferentes por una semejanza de placer o interés. Hace algunos años, escribí un artículo basado en estos conceptos, en el que llegué a la conclusión de que el simbolismo es el fundamento de toda sublimación y de todo talento, ya que es a través de la ecuación simbólica que cosas, actividades e intereses se convierten en tema de fantasías libidinales.

Puedo ampliar ahora lo expresado entonces (1923) y afirmar que, junto al interés libidinal, es la angustia que surge en la fase descrita la que pone en marcha el mecanismo de identificación. Como el niño

desea destruir los órganos (pene-vagina-pecho) que representan los objetos, comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esa equiparación éstas, a su vez, se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos, y del simbolismo.

Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general. He señalado que el objeto del sadismo en su punto culminante —y el impulso epistemofílico surge simultáneamente con el sadismo— es el cuerpo materno con sus contenidos fantaseados. Las fantasías sádicas dirigidas contra el interior del cuerpo materno constituyen la relación primera y básica con el mundo exterior y con la realidad. Del grado de éxito con que el sujeto atraviesa esta fase, dependerá la medida en que pueda adquirir, luego, un mundo externo que corresponda a la realidad. Vemos, entonces, que la primera realidad del niño es totalmente fantástica; está rodeado de objetos que le causan angustia, y en este sentido excrementos, órganos, objetos, cosas animadas e inanimadas son en principio equivalentes entre sí. A medida que el yo va evolucionando, se establece gradualmente a partir de esa realidad irreal una verdadera relación con la realidad. Por consiguiente, el desarrollo del yo y la relación con la realidad dependerán del grado de capacidad del yo, en una etapa muy temprana, para tolerar la presión de las primeras situaciones de angustia. Y, como siempre, también aquí es cuestión de cierto equilibrio óptimo entre los factores en juego. Una cantidad suficiente de angustia es una base necesaria para la abundante formación de símbolos y fantasías; para que la angustia pueda ser satisfactoriamente elaborada, para que esta fase fundamental tenga un desenlace favorable y para que el yo pueda desarrollarse con éxito, es esencial que el yo tenga adecuada capacidad para tolerar la angustia.

Estas conclusiones son el resultado de mi experiencia analítica general, pero se ven confirmadas de manera sorprendente en un caso en el que existía una desusada inhibición en el desarrollo del yo.

Este caso, del que daré ahora algunos detalles, es el de un niño de cuatro años que por la pobreza de su vocabulario y desarrollo intelectual estaba en el nivel de un niño de 15 ó 18 meses. Faltaban casi completamente la adaptación a la realidad y relaciones emocionales con su ambiente. Este niño, Dick, carecía de afecto y era indiferente a la presencia o ausencia de la madre o la niñera. Desde el principio, sólo rara vez había manifestado angustia, e incluso en un grado anormalmente reducido. Con excepción de cierto interés especial, al que me referiré en seguida, no tenía casi intereses, no jugaba y no tenía contacto con su medio. Generalmente, articulaba sonidos ininteligibles y repetía constantemente ciertos ruidos. Cuando hablaba,

utilizaba incorrectamente su escaso vocabulario. Pero no sólo era incapaz de hacerse inteligible; tampoco lo deseaba. Más aun, la madre advertía a veces claramente en Dick una actitud fuertemente negativa, que se expresaba en que con frecuencia hacía precisamente lo *contrario* de lo que se esperaba de él. Por ejemplo: si la madre lograba hacerlo repetir junto con ella algunas palabras, con frecuencia Dick las alteraba completamente, aunque otras veces podía pronunciar perfectamente esas mismas palabras. Además, a veces repetía correctamente las palabras, pero seguía repitiéndolas en forma incesante y mecánica hasta que hartaba a todos. Ambas formas de conducta difieren de la de un niño neurótico. Cuando un niño neurótico manifiesta oposición en forma de rebeldía, y cuando manifiesta obediencia (incluso acompañada por un exceso de angustia), lo hace con cierta comprensión y alguna forma de referencia a la cosa o persona implicada. Pero en la oposición y obediencia de Dick no se advertía afecto ni comprensión alguna. Además, cuando se lastimaba, demostraba gran insensibilidad al dolor y no experimentaba para nada el deseo universal en niños pequeños de ser consolado y mimado. Su torpeza física era también muy notable. No era capaz de asir cuchillos ni tijeras, en cambio era llamativo que manipulara normalmente la cuchara con que comía.

La impresión que me causó su primera visita fue que su comportamiento era muy diferente del que observamos en niños neuróticos. Dejó que su niñera se retirara sin manifestar ninguna emoción, y me siguió al consultorio con absoluta indiferencia. Allí corrió de un lado a otro sin ningún propósito, y correteó varias veces a mi alrededor como si yo fuese un mueble más, pero no mostró ningún interés hacia los objetos del cuarto. Al correr de un lado al otro, sus movimientos parecían carecer de coordinación. La expresión de sus ojos y su rostro era fija, ausente y falta de interés, comparada una vez más con el comportamiento de los niños con neurosis graves. Recuerdo niños que, sin tener verdaderos ataques de angustia, durante su primera visita se reclusan tímida y obstinadamente en un rincón, o se sentaban sin moverse ante la mesa con juguetes, o, sin jugar, tomaban un objeto u otro, sólo para dejarlos en seguida. En todas estas formas de conducta es inequívoca la gran angustia latente. El rincón o la mesa son lugares para refugiarse de mí. Pero el comportamiento de Dick carecía de sentido y propósito, y no tenía relación con ningún afecto o angustia.

Daré ahora algunos detalles de la historia previa de Dick. Su lactancia había sido excepcionalmente insatisfactoria y perturbada porque durante varias semanas la madre había insistido en una infructuosa tentativa de amamantarlo, y el niño había estado a punto de morir de inanición. Se había recurrido entonces a la alimentación artificial. Por fin, cuando Dick tenía siete semanas, se le procuró una nodriza, pero ya no pudo mejorar en sus mamadas. Padeció de trastornos digestivos, prolapso anal, y, más tarde, de hemorroides. Po-

siblemente su desarrollo quedó afectado por el hecho de que, aunque recibió toda clase de cuidados, nunca se le prodigó verdadero amor; la actitud de la madre hacia él había sido, desde el principio, de excesiva angustia.

Como, por otra parte, ni su padre ni su niñera le demostraron mucho afecto, Dick creció en un ambiente sumamente pobre de amor. Cuando tenía dos años de edad, tuvo una nueva niñera, hábil y afectuosa, y, poco después, pasó una larga temporada con su abuela, que era muy cariñosa con él. La influencia de estos cambios pudo notarse en su desarrollo. Había aprendido a caminar a edad normal, pero hubo dificultades para enseñarle el control esfintérico. Bajo la influencia de la nueva niñera, adquirió hábitos de limpieza mucho más rápidamente. A los tres años ya se controlaba y, en este punto demostraba realmente cierto grado de ambición y celo. En otro aspecto, se manifestaba a los cuatro años sensible a los reproches. Su niñera había descubierto que practicaba la masturbación y le había dicho que eso era "malvado" y que no debía hacerlo. Esta prohibición dio origen indudablemente, a temores y sentimientos de culpa. Además, a los cuatro años, Dick había hecho en general un intento mayor para adaptarse, aunque relacionado principalmente con cosas externas, especialmente con el aprendizaje mecánico de una serie de palabras nuevas. Desde los primeros días la alimentación de Dick había sido anormalmente difícil. Cuando tuvo la nodriza no había manifestado ningún deseo de mamar, y ese rechazo persistió. Después, se negaba a tomar el biberón. Cuando llegó el momento de darle alimentos más sólidos se negaba a morderlos y rechazaba todo lo que no tuviese la consistencia de una papilla; y hasta para esto era preciso forzarlo a que comiera. Otro efecto favorable de la influencia de la nueva niñera fue un interés un poco mayor por la comida, pero, con todo, las dificultades principales subsistieron². De manera que, si bien la niñera afectuosa había alterado ciertos aspectos de su desarrollo, los defectos fundamentales no se habían modificado. Tampoco con ella —como pasaba con los demás— había logrado establecer un contacto emocional. Así, ni su ternura ni la de la abuela habían conseguido poner en marcha la ausente relación objetal.

En el análisis de Dick descubrí que la razón de la desusada inhibición de su desarrollo era el fracaso de las etapas primitivas a que me he referido al comienzo de este artículo. Había en el yo de Dick una incapacidad completa, aparentemente constitucional, para tolerar la angustia. Lo genital había intervenido muy precozmente; esto produjo una prematura y exagerada identificación con el objeto atacado y contribuyó a la formación de una defensa igualmente prematura contra el sadismo. El yo había cesado el desarrollo de su vida de fan-

² Al finalizar el primer año se le ocurrió pensar que el niño era anormal, y un sentimiento de este tipo puede haber afectado su actitud hacia él.

tasía y su relación con la realidad. Después de un débil comienzo, la formación de símbolos se había detenido. Las primeras tentativas habían dejado su huella en un interés que, aislado y sin relación con la realidad, no podía servir de base a nuevas sublimaciones. El niño era indiferente a la mayor parte de los objetos y juguetes que veía a su alrededor, y tampoco entendía su finalidad o sentido. Pero le interesaban los trenes y las estaciones, y también las puertas, los picaportes y abrir y cerrar puertas.

El interés hacia esos objetos y acciones tenía un origen común: se relacionaba en realidad con la penetración del pene en el cuerpo materno. Las puertas y cerraduras representaban los orificios de entrada y salida del cuerpo de la madre, mientras que los picaportes representaban el pene del padre y el suyo propio. Por lo tanto, lo que había producido la detención de la actividad de formación de símbolos era el temor al castigo que recibiría (en especial por parte del pene del padre) cuando hubiese penetrado en el cuerpo de la madre. Además, sus defensas contra sus propios impulsos destructivos resultaron un impedimento fundamental de su desarrollo. Era absolutamente incapaz de cualquier agresión, y la base de dicha incapacidad estaba señalada en un período muy temprano en su rechazo a morder los alimentos. A los cuatro años, no podía manejar tijeras, cuchillos ni herramientas y era sumamente torpe en todos sus movimientos. Las defensas contra los impulsos sádicos dirigidos contra el cuerpo materno y sus contenidos —impulsos relacionados con fantasías de coito— habían tenido por consecuencia el cese de las fantasías y la detención de la formación de símbolos. El desarrollo ulterior de Dick había sido perturbado porque el niño no podía vivir en fantasías la relación sádica con el cuerpo de la madre.

La dificultad desusada con la que tuve que luchar en el análisis no fue su incapacidad de expresarse verbalmente. En la técnica del juego, que sigue las representaciones simbólicas del niño, y que da acceso a su angustia y sentimientos de culpa, podemos, en gran parte, prescindir de las asociaciones verbales. Pero esta técnica no se limita al análisis de los juegos del niño. Podemos extraer material (como tenemos que hacer en niños con inhibición del juego) del simbolismo revelado por detalles de su comportamiento en general.³ Pero en Dick el simbolismo no se había desarrollado. Esto se debía en parte a la falta de relación de afecto con las cosas de su ambiente, hacia las que era casi completamente indiferente. Prácticamente, no tenía relaciones especiales con objetos en particular, como las que solemos observar aun en niños con graves inhibiciones. Como no existía en su

³ Esto se refiere únicamente a la primera parte y a algunas otras etapas posteriores de su análisis. Una vez que tuve acceso a su inconsciente y que la angustia fue atenuada, fueron apareciendo en forma gradual las actividades del juego, las asociaciones verbales y todas las demás formas de representación, junto con un desarrollo del yo que facilitó la labor analítica.

mente ninguna relación afectiva o simbólica con los objetos, ninguno de sus actos casuales relacionados con ellos estaba coloreado por la fantasía, siendo por lo tanto imposible considerar dichos actos como representaciones simbólicas. Su falta de interés por el ambiente y las dificultades para establecer un contacto con su mente eran tan sólo el resultado de su falta de relación simbólica con las cosas —como pude percibir a través de ciertos aspectos en los que su conducta difería de la de otros niños—. El análisis tuvo, pues, que comenzar con esto, el obstáculo *fundamental* para establecer un contacto con él.

Ya dije que la primera vez que Dick vino a verme no manifestó ninguna clase de afecto cuando su niñera lo dejó conmigo. Cuando le mostré los juguetes que había ya dispuesto para él, los miró sin el más mínimo interés. Tomé entonces un tren grande, lo coloqué junto a uno más pequeño y los designé como “Tren papito” y “Tren Dick”. Entonces él tomó el tren que yo había llamado Dick, lo hizo rodar hasta la ventana y dijo: “Estación”. Expliqué: “La estación es mamita; Dick está entrando en mamita”. Dejó entonces el tren, fue corriendo hacia el espacio formado por las puertas exterior e interior del cuarto y se encerró en él diciendo: “oscuro”, y volvió a salir corriendo. Repitió esto varias veces. Le expliqué: “Dentro de mamita está oscuro. Dick está dentro de mamita oscura”. Entretanto, él tomó nuevamente el tren, pero pronto corrió otra vez al lugar entre las puertas. Mientras yo le decía que él estaba entrando en la mamita oscura, él había dicho dos veces en tono interrogativo: “¿Niñera?” Le contesté: “Niñera viene pronto”, cosa que él repitió, utilizando luego las palabras correctamente, y reteniéndolas en su mente. En la sesión siguiente se comportó de idéntica manera. Pero esta vez Dick escapó corriendo de la habitación hacia el oscuro vestíbulo. Colocó allí el tren “Dick” e insistió en dejarlo allí. Preguntaba repetidamente: “¿Viene niñera?” En la tercera hora analítica se comportó de la misma manera, sólo que además de correr al vestíbulo y entre las puertas, se escondió también detrás de la cómoda. Entonces se angustió y me llamó por primera vez. Su aprensión era evidente entonces por la forma en que preguntaba insistentemente por su niñera, y al finalizar la sesión la acogió con placer inusitado. Vemos que simultáneamente con la aparición de la angustia había surgido un sentimiento de dependencia, primero hacia mí y luego hacia la niñera, y al mismo tiempo empezó a interesarse por las palabras tranquilizadoras: “Niñera viene en seguida”, que contrariamente a su conducta habitual, había repetido y recordado. Pero también durante esa tercera sesión había observado por vez primera los juguetes con interés, en el que se evidenciaba una tendencia agresiva. Señaló un carrito de carbón y dijo: “Corta”. Le di un par de tijeras y él trató de raspar los trocitos de madera que representaban el carbón, pero no pudo manejar las tijeras. Respondiendo a una rápida mirada suya, corté los pedazos de madera del carrito, que él arrojó en seguida, junto con su contenido, dentro del cajón, diciendo: “Se fue”. Le dije que

eso significaba que Dick estaba sacando heces del cuerpo de su madre. Fue entonces corriendo al espacio entre las puertas, y las arañó un poco, expresando de este modo que identificaba el espacio entre ambas puertas con el carrito y a ambos con el cuerpo de la madre, al que estaba atacando. En seguida regresó corriendo desde el espacio entre las puertas, vio el armario y se deslizó en su interior. Al comenzar la siguiente hora analítica lloró cuando la niñera se fue, lo que era inusitado en él. Pero pronto se calmó. Esta vez evitó el espacio entre las puertas, el armario y el rincón, pero se interesó por los juguetes, examinándolos con indudable curiosidad naciente. Al hacer esto encontró el carrito que había destrozado durante la sesión anterior, y su contenido. Empujó ambos rápidamente hacia un lado y los cubrió con otros juguetes. Cuando le expliqué que el carrito roto representaba a la madre, lo buscó nuevamente, lo mismo que los pedacitos de carbón sueltos, y se los llevó al espacio entre las puertas. A medida que su análisis progresaba, se vio claramente que al arrojarlos fuera de la habitación en esa forma estaba expresando su expulsión, tanto del objeto dañado como de su propio sadismo (o de los recursos por éste utilizados), que de este modo era proyectado al mundo exterior. Dick había descubierto el lavatorio, que simbolizaba el cuerpo de su madre, y manifestaba un extraordinario temor a mojarse con agua. Cada vez que sumergía sus manos —o las mías— en el agua, se apresuraba ansiosamente a secarlas, e inmediatamente después manifestaba idéntica angustia al orinar. La orina y las heces eran para él sustancias dañinas y peligrosas⁴.

Se hizo evidente que en su fantasía las materias fecales, la orina y el pene eran los objetos con los cuales atacaba el cuerpo de la madre, representando por consiguiente un peligro también para él mismo. Estas fantasías aumentaban su temor a los contenidos del cuerpo de la madre y, en particular, el pene del padre que él imaginaba en el interior del vientre de ella. Durante el análisis de Dick llegamos a ver en muy diversas formas ese pene fantaseado así como también un sentimiento de agresividad cada vez mayor contra él, predominando especialmente los deseos de devorarlo y destruirlo. En una oportunidad, por ejemplo, Dick se llevó a la boca un hombrecito de juguete y, rechinando los dientes, dijo: “Tea Daddy”, lo cual significaba “Eat Daddy” (“Comer papito”). En seguida pidió un vaso con agua. La introyección del pene del padre demostró estar conectada a

⁴ Encontré en esto la explicación de un temor peculiar, que la madre había observado en Dick cuando éste tenía unos cinco meses, y también algunas veces en épocas posteriores. Cuando defecaba u orinaba, la expresión de su rostro revelaba gran angustia. Como las heces no eran duras, el hecho de que sufriera de prolapso anal y hemorroides no parecían justificar tal aprensividad, sobre todo porque también se manifestaba en forma idéntica cuando pedía orinar o defecar, sólo lo hacía después de largas vacilaciones y con signos inconfundibles de la angustia más profunda y lágrimas en los ojos. Una vez analizada esta angustia, su actitud con respecto a ambas funciones se modificó considerablemente y es hoy casi normal.

la vez con dos temores: el temor al pene como superyó primitivo y dañino, por un lado y, por el otro, el temor al castigo por la madre así robada, es decir, el temor al objeto externo y al objeto introyectado. En este punto apareció en primer plano lo ya mencionado —y que había sido un factor determinante en el desarrollo de Dick—: que la fase genital había comenzado prematuramente. Esto se reveló con claridad en el hecho de que representaciones del tipo de la que acabo de citar desencadenasen no sólo angustia, sino remordimiento, lástima y la sensación de que tenía que reparar. Por esa razón, Dick volvía a depositar sobre mi falda o en mis manos el hombrecito de juguete, guardaba todo otra vez en el cajón, etc. La temprana actuación de las reacciones provenientes del plano genital era el resultado de un desarrollo prematuro del yo; no obstante, sólo había conseguido inhibir el desarrollo ulterior del yo. Esta temprana identificación con el objeto no podía ser aún relacionada con la realidad. Una vez, por ejemplo, Dick vio sobre mi falda algunos recortes de madera de lápiz y dijo: "Pobre Sra. Klein". Pero en otra ocasión similar dijo, en el mismo tono: "Pobre cortina". Simultáneamente con su incapacidad para tolerar la angustia, su prematura *empatía* había sido un factor decisivo en la represión de sus impulsos destructivos. Dick había roto sus lazos con la realidad y había detenido su vida de fantasía, refugiándose en las fantasías del cuerpo oscuro y vacío de su madre. De este modo había logrado, también, apartar su atención de los diversos objetos del mundo externo que representaban el contenido del cuerpo de la madre, el pene del padre, heces y niños. Porque eran peligrosos y agresivos, tenía que deshacerse (o negar) de su propio pene —órgano del sadismo— y de sus excrementos.

En el análisis de Dick pude llegar hasta su inconsciente a través de los rudimentos de vida de fantasía y de formaciones simbólicas que manifestaba. El resultado obtenido fue una disminución de la angustia latente, de modo que cierto monto de angustia quedó manifiesta. Pero esto implicaba que la elaboración de dicha angustia comenzaba con el establecimiento de una relación simbólica con cosas y objetos, y al mismo tiempo se movilizaban impulsos epistemofílicos y agresivos. Todo progreso era seguido por la liberación de nuevas cantidades de angustia, y lo llevaba a apartarse en cierta medida de las cosas con las que había establecido ya relaciones afectivas, y que, por consiguiente, se habían convertido en objetos de angustia. Al apartarse de ellos, se dirigía hacia nuevos objetos, y éstos también llegaban a convertirse en el objetivo de sus impulsos epistemofílicos y agresivos. Así, por ejemplo, durante algún tiempo Dick evitó totalmente el armario, pero en cambio se ocupó de investigar a fondo el lavatorio y la estufa eléctrica, examinándolos con toda minuciosidad y manifestando una vez más impulsos destructivos contra dichos objetos. Luego transfirió su interés a cosas nuevas y también a otras con las cuales ya había llegado a familiarizarse anteriormente, y que había luego abandonado. Volvió a demostrar interés por el armario, pero

esta vez su interés iba acompañado por una actividad y curiosidad mucho mayor y por tendencias agresivas mucho más intensas de todo tipo. Golpeaba el armario con una cuchara, lo rayaba o le hundía un cuchillo, y le arrojaba agua. Examinaba con vivacidad las bisagras de la puerta, la forma en que ésta se abría y se cerraba, y la cerradura, etc., se trepaba en el interior del armario preguntando cómo se llamaban sus diferentes partes, etc. De este modo, a medida que iban aumentando sus intereses, fue enriqueciendo simultáneamente su vocabulario, porque había comenzado a demostrar un interés cada vez mayor no sólo por las cosas en sí, sino también por sus nombres. Palabras que antes había oído sin ningún interés, las recordaba y aplicaba ahora correctamente.

Junto con el aumento de intereses y el establecimiento de una transferencia cada vez más intensa hacia mí, había aparecido la relación de objeto que hasta entonces faltaba. Durante estos meses su actitud hacia la madre y la niñera se ha tornado afectuosa y normal. Desea ahora su presencia, quiere que ellas le presten atención y se entristece cuando lo dejan. También con su padre su relación muestra indicios cada vez más claros de una actitud edípica normal, y, en general, existe una relación mucho más firme con todos los objetos. El deseo de hacerse inteligible, antes nulo, está actualmente en plena actividad. Dick trata de hacerse entender por medio de su vocabulario, todavía pobre, pero en constante aumento, y que él mismo se empeña en enriquecer. Existen además muchos otros indicios de que ha comenzado a establecer relación con la realidad.

Han transcurrido hasta ahora seis meses desde que comenzó su análisis y la evolución que durante este período se ha iniciado en aspectos fundamentales justifica un pronóstico favorable. Muchos de los problemas peculiares que se presentaron en este caso han resultado solucionables. Con la ayuda de muy pocas palabras fue posible llegar a establecer contacto con él. Ha sido posible también movilizar la angustia en un niño que carecía de intereses y afectos; a la vez, fue posible luego resolver y regular gradualmente la angustia liberada. Quisiera subrayar que en el caso de Dick he modificado mi técnica habitual. En general, no interpreto el material hasta tanto éste no ha sido expresado a través de varias representaciones, pero en este caso, en que la capacidad de expresión por medio de representaciones casi no existía, me vi obligada a interpretar sobre la base de mis conocimientos generales, pues en la conducta de Dick las representaciones eran relativamente vagas. Al lograr por este medio acceso a su inconsciente, pude movilizar angustia y otros afectos. Las representaciones se tornaron entonces más completas y pronto conseguí bases más sólidas para el análisis, pudiendo entonces pasar paulatinamente a la técnica que utilizo generalmente en el análisis de niños pequeños.

Ya he explicado cómo logré que la angustia se hiciese manifiesta, y que se atenuara así la que existía en estado latente. Una vez que la angustia se hizo manifiesta pude resolverla, en parte, gracias a la in-

interpretación, aunque fue también posible elaborarla mejor, o sea distribuirla sobre nuevas cosas e intereses; así fue mitigada de tal modo que el yo pudo tolerarla. Si regular así cantidades de angustia permitirá al yo tolerar y elaborar montos normales, es cosa que sólo podrá indicar el curso posterior del análisis. En el caso de Dick el problema consiste, por lo tanto, en modificar mediante el análisis, un factor fundamental de su desarrollo.

En el análisis de este niño, que era absolutamente incapaz de hacerse inteligible y cuyo yo no era accesible a ninguna influencia, lo único que se podía hacer era tratar de llegar hasta su inconsciente, y disminuyendo las dificultades inconscientes, abrir camino para el desarrollo del yo. Naturalmente, en este caso —lo mismo que en cualquier otro— el acceso al inconsciente debió lograrse a través del yo. Los hechos han demostrado, por consiguiente, que aun aquel yo tan poco desarrollado bastaba para permitir el establecimiento de una vinculación con el inconsciente. Creo que, desde el punto de vista teórico, es importante advertir que aun en este caso se logró hacer evolucionar a la vez al yo y a la libido, sólo por el análisis de los conflictos inconscientes, y sin que fuese necesario imponer al yo ninguna influencia educacional. Es evidente que si el yo tan escasamente desarrollado de un niño que carecía de todo contacto con la realidad, fue capaz de tolerar la supresión de represiones por el análisis sin que se sintiera abrumado por el ello, está claro que en niños neuróticos (es decir, en casos mucho menos extremos) no tenemos ninguna razón para temer que el yo pueda sucumbir al ello. Es también interesante advertir el hecho de que la influencia educacional que anteriormente habían ejercido sobre el niño las personas de su ambiente, había resbalado sobre Dick sin dejar ninguna huella. En cambio hoy, que su yo se encuentra, gracias al análisis, en plena evolución, el niño se muestra cada vez más dócil a dicha influencia, la que ha podido adaptarse al ritmo de los impulsos instintivos movilizados por el análisis y que basta para manejarlos.

Queda todavía sin aclarar la cuestión del diagnóstico. El doctor Forsyth había diagnosticado demencia precoz, y pensó que valía la pena intentar el análisis. Dicho diagnóstico parecía ser corroborado por el hecho de que el cuadro clínico coincidía, en muchos aspectos importantes, con el de la demencia precoz avanzada de los adultos. Resumiéndolo una vez más: se trataba de un caso caracterizado por una ausencia casi total de afectividad y de angustia, gran alejamiento de la realidad y falta de accesibilidad, así como de *rapport* emocional, conducta negativista alternando con indicios de obediencia automática, indiferencia ante el dolor, perseveración —síntomas todos característicos de la demencia precoz—. Además, este diagnóstico estaba también confirmado por el hecho de que pudo excluirse con seguridad la presencia de cualquier enfermedad orgánica, en primer término, porque así lo reveló el examen efectuado por el doctor Forsyth, y, en segundo lugar, porque el caso demostró ser tratable

psicológicamente. El análisis me demostró que la idea de una psicosis neurosis podía ser también definitivamente descartada.

En contra del diagnóstico de demencia precoz existe el hecho de que el rasgo fundamental en el caso de Dick era una inhibición del desarrollo, y no una regresión. Además, la demencia precoz es muy poco frecuente en la primera infancia, por lo que muchos psiquiatras sostienen que no existe en este período.

No quiero adelantar un diagnóstico desde esta perspectiva de psiquiatría clínica, pero mi experiencia general en el análisis de niños me permite hacer algunas observaciones de índole general sobre las psicosis infantiles. He llegado al convencimiento de que la esquizofrenia infantil es mucho más común de lo que generalmente se admite. Daré algunas razones por las que no se la reconoce. 1) Los padres, especialmente en las clases más pobres, en general sólo consultan al psiquiatra cuando el caso es desesperado, es decir, cuando ellos mismos no pueden hacer nada con el niño. Por esta razón, un gran número de casos jamás llega a la observación médica. 2) En los pacientes que el médico alcanza a ver, suele ser imposible para él, en un rápido y único examen, establecer la presencia de esquizofrenia. Por consiguiente, muchos casos son clasificados bajo diversas denominaciones, tales como “detención del desarrollo”, “deficiencia mental”, “predisposición psicopática”, “tendencias asociales”, etc. 3) La esquizofrenia en los niños es menos evidente y llamativa que en los adultos. Rasgos típicos de esta enfermedad son menos llamativos en un niño porque en menor grado son naturales en el desarrollo de niños normales. Síntomas tales como alejamiento de la realidad, falta de *rapport* emocional, incapacidad para concentrarse en cualquier ocupación, conducta tonta y charla sin sentido, no nos llaman tanto la atención en un niño, a quien no juzgamos con el mismo criterio con que juzgaríamos a un adulto. Excesiva movilidad, tanto como movimientos estereotipados en los niños son sumamente comunes y solamente difieren en grado de la hiperkinesia y estereotipia de los esquizofrénicos. La obediencia automática tiene que ser realmente muy llamativa para que los padres la consideren como otra cosa que “docilidad”. La conducta negativa es considerada a menudo como “traviesa” y la disociación es en el niño un fenómeno que la mayoría de las veces escapa a toda observación. La angustia fóbica de los niños contiene a menudo ideas de persecución de carácter paranoide⁵ y los temores hipocondríacos son hechos que requieren una observación muy profunda y que a menudo sólo pueden llegar a descubrirse mediante el análisis. 4) Más frecuentes incluso que las verdaderas psicosis son, en los niños, los rasgos psicóticos que, en circunstancias desfavorables, pueden desencadenar enfermedades posteriores.

Creo que la esquizofrenia, y, en particular la presencia de rasgos esquizofrénicos en los niños, es un fenómeno muchísimo más fre-

⁵ Véase mi artículo sobre “La personificación en el juego de los niños” (1929).

cuenta de lo que en general se supone. He llegado a la conclusión —por razones que explicaré en otro lugar— de que el concepto de esquizofrenia en particular y de psicosis en general, tales como se presentan en la infancia, debe ser ampliado y creo que una de las tareas fundamentales del psicoanálisis de niños consiste en descubrir y curar las psicosis infantiles. El conocimiento teórico adquirido en esta forma sería sin duda una valiosa contribución para nuestra comprensión de la estructura de la psicosis, y nos permitiría, al mismo tiempo, establecer diagnósticos más exactos entre las distintas enfermedades.

Si ampliamos, pues, el uso del término en la forma propuesta, creo que se justifica mi clasificación de la enfermedad de Dick como esquizofrenia. Es verdad que difiere de la esquizofrenia típica de los niños en el hecho de que el trastorno era en este caso una inhibición del desarrollo, mientras que en la mayoría de estos casos se trata de una regresión después que el niño ha superado con éxito cierta etapa de su desarrollo⁶. Además, a la naturaleza poco común del cuadro clínico se sumaba, en Dick, la gravedad del caso. No obstante, tengo mis razones para pensar que no es éste un caso aislado, puesto que recientemente han llegado a mi conocimiento otros dos casos análogos en niños de alrededor de la misma edad de Dick. Pienso, por lo tanto, que si estuviéramos en condiciones de hacer observaciones más penetrantes, encontraríamos muchos más casos similares.

Resumiré ahora mis conclusiones teóricas, obtenidas no sólo de mis observaciones en el caso de Dick sino también de otros casos menos extremos de esquizofrenia en niños entre cinco y trece años de edad, y también de mi experiencia analítica general.

Los estadios tempranos del complejo de Edipo están dominados por el sadismo. Tienen lugar durante una etapa del desarrollo que se inicia con el sadismo oral (al que se suman el sadismo uretral, muscular y anal) y termina cuando la predominancia del sadismo anal llega a su fin.

Es sólo en los estadios posteriores del conflicto edípico cuando aparece la defensa contra los impulsos libidinales; en los estadios tempranos es contra los impulsos *destructivos* asociados contra lo que se dirige la defensa. La primera defensa erigida por el yo va dirigida contra el propio sadismo del sujeto y contra el objeto atacado, ya que ambos son considerados como fuentes de peligro. Esta defensa tiene carácter violento y difiere de los mecanismos de represión. En el varón, esta poderosa defensa se dirige también contra su propio pene, como el órgano ejecutor de su sadismo, y es una de las

⁶ Sin embargo, el hecho de que el análisis permitiera establecer un contacto con la mente de Dick y que se haya obtenido algún resultado en un período de tiempo relativamente breve, hace pensar en la existencia de cierto desarrollo latente, además del escaso desarrollo manifiesto. Pero aun así, el grado total de desarrollo era tan anormalmente escaso, que la hipótesis de una regresión desde una etapa ya superada me parece difícilmente admisible en este caso.

causas más frecuentes de todas las perturbaciones de la potencia sexual.

Estas son mis hipótesis sobre la evolución de personas normales y neuróticas. Veamos ahora la génesis de la psicosis.

El período inicial de la fase de sadismo máximo es aquel en que los ataques son concebidos como de un carácter violento. He encontrado en este período el punto de fijación de la demencia precoz. En la segunda parte de esta fase los ataques fantaseados son imaginados como envenenamientos, y predominan los impulsos sádicos uretrales y anales. Creo que éste es el punto de fijación de la paranoia⁷. Quiero recordar aquí que Abraham sostuvo que en la paranoia la libido hace una regresión a la primera fase anal. Mis conclusiones coinciden con las hipótesis de Freud, según las cuales los puntos de fijación de la demencia precoz y de la paranoia deben buscarse en la etapa narcisista, los de la demencia precoz precederán a los de la paranoia.

Una excesiva y prematura defensa del yo contra el sadismo impide el establecimiento de la relación con la realidad y el desarrollo de la vida de fantasía. La posesión y exploración sádica del cuerpo materno y del mundo exterior (el cuerpo de la madre por extensión), quedan detenidas y esto produce la suspensión más o menos completa de la relación simbólica con cosas y objetos que representan el cuerpo de la madre y, por ende, del contacto del sujeto con su ambiente y con la realidad en general. Este retraimiento forma la base de la falta de afecto y angustia, que es uno de los síntomas de la demencia precoz. En esta enfermedad, entonces, la regresión iría directamente a la fase temprana del desarrollo en que la apropiación y destrucción sádica del interior de la madre —tal como lo concibe el sujeto en sus fantasías— y el establecimiento de una relación con la realidad han sido impedidos o refrenados debido a la angustia.

⁷ En otro trabajo me referiré al material en que se apoyan estas opiniones y daré entonces argumentos más detallados a favor de las mismas. (Véase mi *El psicoanálisis de niños*, O. C. M. K., tomo 2.)

de robar al cuerpo de su madre) podemos comprender por qué estaba bajo la constante obligación de repetir sus intentos y cómo esta obligación es en parte responsable del carácter compulsivo de su conducta.

En el presente caso ya hemos visto cómo en la proporción en que disminuyó la influencia del feroz y fantástico superyó del niño —en última instancia, su propio sadismo— perdieron su eficacia los mecanismos que hemos reconocido como psicóticos y que originaron sus inhibiciones intelectuales. Me parece que una disminución de este tipo en la severidad del superyó debilita los mecanismos de la inhibición intelectual que son también del tipo neurótico obsesivo. Si esto es así, entonces demostraría que la presencia de situaciones tempranas de angustia excesivamente fuertes y la predominancia de un superyó amenazador proveniente de los primeros estadios de su formación son factores fundamentales, no sólo en la génesis de la psicosis⁸ sino también en la producción de perturbaciones del desarrollo e inhibiciones intelectuales.

⁸ Para una exposición de esta teoría, véanse mis artículos "La personificación en el juego de los niños" y "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", y también mi libro *El psicoanálisis de niños*.

15. EL DESARROLLO TEMPRANO DE LA CONCIENCIA EN EL NIÑO

(1933)

Una de las más importantes contribuciones de la investigación psicoanalítica ha sido el descubrimiento de los procesos mentales que subyacen al desarrollo de la conciencia del individuo. En su tarea de sacar a la superficie las tendencias instintivas inconscientes, Freud ha reconocido también la existencia de las fuerzas que sirven de defensa contra ellas. Según sus hallazgos, que la práctica psicoanalítica ha confirmado en cada caso, la conciencia de la persona es un precipitado o representante de sus primeras relaciones con los padres. En cierto modo, ha incorporado sus padres a sí, los ha puesto en su interior. Y entonces ellos se convierten en una parte diferenciada de su yo —su superyó—, en un agente que presenta, contra el resto del yo, ciertas exigencias, reproches y admoniciones, y que se opone a sus impulsos instintivos.

Freud ha demostrado que el funcionamiento de ese superyó no se limita a la mente consciente, no es sólo lo que se entiende por conciencia, sino que ejerce también una influencia inconsciente y a menudo sumamente opresiva, influencia que constituye un importante factor, tanto en las enfermedades mentales como en el desarrollo de la personalidad normal. Este nuevo descubrimiento ha hecho que la investigación psicoanalítica enfoque cada vez más el estudio del superyó y de sus orígenes.

En el curso de mis análisis de niños pequeños, mientras comenzaba a adquirir conocimiento directo de los cimientos sobre los que estaba construida su personalidad, me topé con ciertos hechos que parecían admitir una ampliación, en determinadas direcciones, de la teoría de Freud al respecto. No podía haber duda alguna de que un su-

peryo había estado en plena actividad, durante cierto tiempo, en mis pequeños pacientes de entre dos años y nueve meses, y cuatro años de edad, en tanto que, según la concepción aceptada, el superyó no comenzaba a funcionar hasta que había desaparecido el complejo de Edipo, es decir, aproximadamente en el quinto año de vida. Más aun, mis datos demostraban que este primer superyó era inconmensurablemente más riguroso y cruel que el del niño mayor o el del adulto, y que, literalmente, aplastaba el débil yo del niño pequeño.

Es verdad que en el adulto encontramos en funciones un superyó más severo de lo que fueron en realidad los padres del sujeto, y que en modo alguno es idéntico a éstos.¹ Esto no obstante, se les aproxima más o menos. Pero en el niño pequeño encontramos un superyó de características altamente increíbles y fantásticas. Y cuanto más pequeño es el niño, o cuanto más profundo el plano mental en que penetramos, tanto más sucede eso. Llegamos a considerar que el temor del niño a ser devorado, o cortado o despedazado, o su terror a ser rodeado y perseguido por figuras amenazadoras, es un componente regular de su vida mental; y sabemos que el lobo comedor de hombres, el dragón vomitador de fuego y todos los monstruos malignos surgidos de los mitos y los cuentos de hadas florecen y ejercen su influencia inconsciente en la fantasía de cada niño, que se siente perseguido y amenazado por esas formas adversas. No me queda ninguna duda, gracias a mis observaciones analíticas, de que las identidades que se ocultan detrás de esas figuras imaginarias, aterradoras, son las de los padres del propio niño, ni de que, de uno u otro modo, esas terroríficas formas reflejan características del padre y la madre del chiquillo, por deformada y fantástica que pueda parecer la semejanza.

Si aceptamos estos hechos de las primeras observaciones analíticas y admitimos que las cosas que el niño teme son esos monstruos y animales salvajes que ha internalizado en sí y que iguala a sus padres, nos vemos arrastrados a las siguientes conclusiones: 1) El superyó del niño no coincide con el cuadro presentado por sus padres reales, sino que es creado con elementos imaginarios de ellos, o *imago*s, que ha incorporado a sí. 2) Su temor a los objetos reales —su ansiedad fóbica— se basa en su temor a su yo irrealista y a los objetos que son reales en sí mismos, pero que él contempla bajo una luz fantástica debido a la influencia de su superyó.

Esto nos trae al problema que para mí es el central en toda la cuestión de la formación del superyó. ¿Cómo se lleva a cabo la creación, por parte del niño, de una imagen tan fantástica de sus padres, una imagen tan alejada de la realidad? La respuesta se en-

¹ En "Symposium on Child Analysis" (1927) fueron presentadas opiniones similares, basadas en el análisis de adultos y vistas desde ángulos un tanto distintos, por Ernest Jones, Joan Riviere, Edward Glover y Nina Searl. La opinión de Nina Searl también fue confirmada por su experiencia en análisis infantiles.

contrará en los hechos descubiertos en los análisis infantiles. Al penetrar en las capas más profundas de la mente del niño y descubrir esas enormes cantidades de ansiedad —esos temores hacia objetos imaginarios y esos terrores a ser atacado de todos los modos posibles—, dejamos también al desnudo una cantidad correspondiente de impulsos de agresión reprimidos, y podemos observar la relación causal que existe entre los temores del niño y sus tendencias agresivas.

En su libro *Más allá del principio del placer*, Freud formuló una teoría según la cual, al comienzo de la vida en el organismo humano, el instinto de agresión, o instinto de muerte, es opuesto y contenido por la libido o instinto de vida, el Eros. A continuación se produce una fusión de los dos instintos, que da nacimiento al sadismo. A fin de evitar ser destruido por su propio instinto de muerte, el organismo emplea su libido narcisista o de autoconservación para expulsar a aquél hacia afuera y dirigirlo contra sus objetos. Freud considera que este proceso es fundamental para las relaciones sádicas de la persona con sus objetos. Y yo diría, más aun, que paralelamente a esa desviación hacia afuera del instinto de muerte, contra los objetos, se produce una reacción intrapsíquica de defensa contra la parte del instinto que no ha podido ser exteriorizada de tal modo. Porque el peligro de ser destruido por ese instinto de agresión provoca, creo, una excesiva tensión en el yo, que es sentida por éste como una ansiedad,² de modo que se ve, en el comienzo mismo de su desarrollo, ante la tarea de movilizar la libido contra su instinto de muerte. Sin embargo, sólo puede llevar a cabo en forma imperfecta esa misión, ya que, debido a la fusión de los dos instintos, no puede ya, como lo sabemos, efectuar una separación entre los mismos. Se produce una división en el ello, o en los planos instintivos de la psique, debido a la cual una parte de los impulsos instintivos es dirigida contra la otra.

Esta medida defensiva por parte del yo, aparentemente la primera, constituye, creo, la piedra fundamental del desarrollo del superyó, cuya excesiva violencia en esa primera etapa quedaría así explicada por el hecho de que es un producto de intensísimos instintos destructivos y de que contiene, juntamente con cierta proporción de impulsos libidinales, cantidades sumamente grandes de impulsos agresivos.³

Este punto de vista hace que resulte menos difícil entender por qué el niño forma imágenes monstruosas y fantásticas de sus padres. Porque percibe que su ansiedad surge de sus instintos agresivos, co-

² Esta tensión, es verdad, es sentida asimismo como una tensión libidinal, puesto que los instintos destructivo y libidinal se funden; pero su efecto de causar ansiedad es referible, en mi opinión, a sus componentes destructivos.

³ Freud dice: "... que la severidad original del superyó no representa —o no representa en tan gran proporción— la severidad que ha sido experimentada o anticipada del objeto, sino la agresividad del niño hacia dicho objeto". *El malestar en la cultura*, O.C., 21.

mo temor hacia un objeto externo, porque ha hecho de dicho objeto su meta, de tal modo que parecen iniciarse contra él mismo desde ese terreno.⁴

De esa manera, desplaza la fuente de su ansiedad hacia afuera y convierte sus objetos en objetos peligrosos; pero, en definitiva, ese peligro pertenece a sus propios instintos agresivos. Por ese motivo, su temor hacia los objetos será siempre proporcionado al grado de sus impulsos sádicos.

Sin embargo, no se trata simplemente de una cuestión de convertir una cantidad dada de sadismo en una cantidad correspondiente de ansiedad. La relación es también una relación de contenido. El temor del niño hacia su objeto y hacia los ataques imaginarios que sufrirá de éste se ajusta en todos los detalles a los particulares impulsos agresivos y fantasías que experimenta con respecto a su ambiente. De ese modo, cada niño crea *imagos* de sus padres que le son peculiares; aunque en cada caso esas *imagos* serán de un carácter irreal y terrorífico.

Según mis observaciones, la formación del superyó comienza al mismo tiempo que el niño efectúa la primera introyección oral de sus objetos.⁵ Puesto que las primeras *imagos* que de tal modo forma son dotadas de todos los atributos del intenso sadismo correspondiente a este estadio de su desarrollo, y puesto que serán proyectadas una vez más sobre objetos del mundo exterior, el chiquillo es dominado por el temor de sufrir ataques inimaginablemente crueles, tanto de sus objetos reales como de su superyó. Su ansiedad sirve para aumentar sus impulsos sádicos, al acicatearle a destruir dichos objetos hostiles a fin de escapar a sus embestidas. El círculo vicioso que de tal modo queda establecido y en el que la ansiedad del niño le impulsa a destruir su objeto, produce un aumento de su propia ansiedad, cosa que, a su vez, le lanza contra su objeto y constituye un mecanismo psicológico que, en mi opinión, se encuentra en el fondo de las tendencias asociales y criminales del individuo. Así, debemos suponer que la responsable de la conducta de las personas asociales y criminales es la excesiva severidad y la aplastante crueldad del superyó, y no la debilidad o la falta de dicha severidad, como se cree habitualmente.

En una etapa un tanto posterior del desarrollo, el temor al superyó hará que el yo se aparte del objeto provocador de la ansiedad. Es-

⁴ Incidentalmente, el niño tiene motivos reales para temer a su madre, puesto que cobra cada vez más conciencia de que ella tiene el poder de concederle o negarle la satisfacción de sus necesidades.

⁵ Este punto de vista está también basado en mi creencia de que las tendencias edípicas del niño, asimismo comienzan mucho antes de lo que se creía hasta ahora, a saber, mientras todavía se encuentra en su etapa de lactancia, mucho antes de que sus impulsos genitales hayan adquirido primacía. En mi opinión, el niño incorpora sus objetos edípicos durante la etapa oral-sádica, y en ese momento empieza a desarrollarse su superyó, en estrecha relación con sus primeros impulsos edípicos.

te mecanismo de defensa puede crear una defectuosa o menoscabada relación del niño con los objetos.

Como lo sabemos, cuando aparece la etapa genital, los instintos sádicos del niño han sido normalmente superados, y sus relaciones con los objetos han adquirido un carácter positivo. Tal avance en su desarrollo acompaña a alteraciones producidas en la naturaleza de su superyó e interactúa con ellas. Porque cuanto más se aminora el sadismo del niño, tanto más se retira hacia el fondo la influencia de sus irreales y terroríficas *imagos*, puesto que éstas son producto de sus propias tendencias agresivas. Y a medida que sus impulsos genitales crecen en energía, surgen *imagos* benéficas y útiles, basadas en sus fijaciones —en la etapa oral de succión— en su generosa y bondadosa madre, que se aproximan más estrechamente a los objetos reales; y su superyó, que era una fuerza amenazadora, despótica, que emitía órdenes insensatas y contradictorias que el yo era totalmente incapaz de cumplir, comienza a ejercer un gobierno más suave y más persuasivo y a presentar exigencias posibles de cumplir. En rigor, se transforma gradualmente en conciencia moral, en el verdadero sentido de la palabra.

Más aun: a medida que varía el carácter del superyó, del mismo modo varía su efecto sobre el yo y sobre el mecanismo defensivo que éste pone en movimiento. Sabemos, por Freud, que la piedad es una reacción a la crueldad. Pero las reacciones de esa especie no se establecen hasta que el niño ha adquirido cierto grado de relaciones positivas con los objetos; hasta que, en otras palabras, su organización genital pasa al frente. Si colocamos este hecho junto a los concernientes a la formación del superyó, tales como yo los veo, podremos llegar a las siguientes conclusiones: mientras la función del superyó sea principalmente la de provocar ansiedad, estimulará los violentos mecanismos defensivos que hemos descrito antes y cuya naturaleza es aética y asocial. Pero en cuanto disminuye el sadismo del niño, y cambian las funciones y el carácter del superyó, provocando menos ansiedad y más sentimiento de culpabilidad, son activados los mecanismos defensivos que forman la base de una actitud moral y ética y el niño comienza a sentir consideración hacia sus objetos y a responder a los sentimientos sociales.⁶

Numerosos análisis de niños de todas las edades han confirmado esta opinión. En el análisis de los juegos podemos seguir el curso de las fantasías de nuestros pacientes, tales como están representadas por sus juegos y pasatiempos, y establecer una conexión entre dichas fantasías y su ansiedad. Cuando analizamos el contenido de la an-

⁶ En el análisis de adultos, sólo atraían la atención, en su mayor parte, estas últimas funciones y atributos del superyó. En consecuencia, los analistas mostraban inclinación a considerarlos como constituyentes del carácter específico del superyó; y, en verdad, reconocían el superyó únicamente en la medida en que aparecía con tal carácter.

siedad, vemos que las tendencias agresivas y las fantasías que dan nacimiento a aquélla surgen a la superficie cada vez más y crecen hasta alcanzar enormes proporciones, tanto en cantidad como en intensidad. El yo del niño corre peligro de ser aplastado por la fuerza elemental de esas tendencias y fantasías, y por la gigantesca extensión de las mismas, y sostiene una perpetua lucha para mantenerse contra ellas, con la ayuda de sus impulsos libidinales, ya sea conteniéndolas o tornándolas inocuas.

Este cuadro ejemplifica la tesis de Freud sobre los instintos de vida (Eros) en combate contra los instintos de muerte, o instintos de agresión. Pero también reconocemos que existe la más íntima unión e interacción entre las dos fuerzas, en todo momento, de modo que el análisis podrá descubrir en todos sus detalles las fantasías agresivas del niño —para así disminuir el efecto de las mismas—, sólo en la medida en que pueda seguir también el curso de las fantasías libidinales y descubrir sus primeras fuentes, y viceversa.

En relación con el contenido y los objetivos reales de esas fantasías, sabemos, por Freud y Abraham, que en etapas primeras, pregenitales, de la organización libidinal, en las que tiene lugar esa fusión de libido e instintos destructivos, los impulsos sádicos del niño tienen primerísima importancia. Como lo demuestra el análisis de toda persona mayor, en la etapa oral-sádica que sigue a la oral de succión, el niño pasa por una fase canibalística a la que está asociada una pléthora de fantasías canibalistas. Estas fantasías, aunque todavía se concentran en torno al hecho de devorar el pecho de la madre, o la madre entera, no están interesadas solamente en la satisfacción de un deseo primitivo de alimentación. Sirven también para satisfacer los impulsos destructores del niño. La fase sádica que sigue a ésta —la fase anal-sádica— se caracteriza por un interés dominante en los procesos excretorios, en las heces y el ano; y también este interés está estrechamente aliado a tendencias destructivas extraordinariamente fuertes.⁷

Sabemos que la eyección de las heces simboliza una enérgica expulsión del objeto incorporado, y que es acompañada de sentimientos de hostilidad y crueldad y de deseos destructivos de distintas clases, en los que se asigna importancia a las asentaderas como objeto de esas actividades. Sin embargo, en mi opinión, las tendencias anal-sádicas tienen fines y objetos aun más profundos y hondamente reprimidos. Los datos que me ha sido posible reunir en primeros análisis demuestran que entre las tendencias oral-sádicas se inserta una etapa en que se hacen sentir tendencias uretral-sádicas, y que las tendencias anal y uretral son una continuación directa de las oral-sádicas, en cuanto a fin específico y objeto de ataque. En sus fanta-

⁷ Aparte de Freud, Jones, Abraham y Ferenczi han sido los principales contribuyentes a nuestro conocimiento de la influencia que esa alianza ha ejercido sobre la formación del carácter y la neurosis del individuo.

sías oral-sádicas, el niño ataca el pecho de su madre, y los medios que emplea son los dientes y las mandíbulas. En sus fantasías uretral y anal trata de destruir el interior del cuerpo de su madre, y para este propósito emplea la orina y las heces. En este segundo grupo de fantasías, los excrementos son considerados como sustancias ardientes y corrosivas, como animales salvajes, armas de toda clase, etc.; y el niño entra en una fase en que dirige todos los instrumentos de su sadismo hacia el único fin de destruir el cuerpo de su madre y lo que ese cuerpo contiene.

En lo que atañe a su elección objetal, los impulsos oral-sádicos del niño son aún el factor subyacente, de tal manera que piensa en succionar y devorar el interior del cuerpo de su madre como si se tratase de un pecho. Pero esos impulsos son ampliados por las primeras teorías sexuales del niño, que se desarrollan durante esa fase. Ya sabemos que cuando despertaron sus instintos genitales comenzó a tener teorías inconscientes sobre la copulación entre sus padres, el nacimiento de los niños, etc. Pero el análisis temprano ha demostrado que desarrolla tales teorías mucho antes, en momentos en que sus impulsos genitales, aún ocultos, tienen mucho que decir en la cuestión. Esas teorías dicen que, en la copulación, la madre se incorpora continuamente el pene del padre por vía bucal, de manera que su cuerpo está colmado de muchísimos penes y niños. Y el niño desea comer y destruir todo eso.

En consecuencia, al atacar el interior del cuerpo de su madre, el niño ataca una gran cantidad de objetos y se embarca en una conducta preñada de sucesos. Primeramente, la matriz representa al mundo; y al comienzo el niño se aproxima a ese mundo con deseos de atacarlo y destruirlo; por lo tanto, está preparado desde un principio para ver el mundo real, externo, como más o menos hostil hacia él y poblado de objetos listos para atacarlo.⁸ Su convicción de que al atacar de tal modo el cuerpo de su madre ha atacado también el cuerpo de su padre y el de sus hermanos y hermanas, y, en un sentido más amplio, a todo el mundo, constituye, en mi experiencia, una de las causas subyacentes de su sentimiento de culpa y del desarrollo de sus sentimientos sociales y morales en general.⁹ Porque cuando la excesiva severidad del superyó ha aminorado un tanto, sus apariciones en el yo, debido a aquellos ataques imaginarios, producen sentimientos de culpa que provocan fuertes tendencias, en el niño, a poner en práctica el daño imaginario que ha inferido a sus objetos. Y entonces el contenido individual y los detalles de sus fantasías destructoras

⁸ La excesiva fuerza de esas primeras situaciones de ansiedad es, en mi opinión, un factor fundamental para la producción de perturbaciones psicóticas.

⁹ Debido a la creencia que el niño sustenta acerca de la omnipotencia de los pensamientos (véanse Freud, *Tótem y tabú*; Ferenczi, "Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad") —creencia que data de una anterior etapa de desarrollo—, confunde sus ataques imaginarios con ataques reales; y las consecuencias de ello todavía pueden verse actuar en la vida adulta.

ayudan a determinar el desarrollo de sus sublimaciones, que, indirectamente, sirven a sus tendencias sustitutivas,¹⁰ o para producir deseos aun más directos de ayudar a otras personas.

El análisis de los juegos demuestra que cuando los instintos agresivos del niño se encuentran en su apogeo, éste jamás se cansa de rasgar o cortar, de romper, mojar y quemar toda clase de cosas, como papel, fósforos, cajas, juguetes, todo lo cual representa a sus padres, hermanos y hermanas y el cuerpo y los pechos de su madre, y que esta furia de destrucción alterna con accesos de ansiedad y un sentimiento de culpabilidad. Pero cuando, en el curso del análisis, la ansiedad va disminuyendo lentamente, sus tendencias constructivas comienzan a adquirir predominio.¹¹ Por ejemplo, un niño que antes no hacía otra cosa que romper en pedazos trozos de madera, comienza a intentar convertir esos pedazos en un lápiz. Toma porciones de mina sacadas de lápices que ha cortado, las inserta en una hendidura de la madera y luego cose un trozo de tela en torno de la tosca madera para darle un aspecto más bonito. Que este lápiz de fabricación casera representa al pene de su padre, que él ha destruido en su fantasía, y el suyo propio, cuya destrucción teme como medida retaliatoria, se torna más evidente por el contexto general del material que el chiquillo presenta y por las asociaciones que le asigna.

Cuando en el curso del análisis, el niño empieza a mostrar tendencias constructivas más enérgicas, en todas las formas posibles, en sus juegos y sublimaciones —cuando pinta o escribe o dibuja cosas, en lugar de mancharlo todo con cenizas; cuando cose o diseña, en tanto que antes cortaba o desgarraba—, exhibe también cambios en sus relaciones con su padre o su madre, o con sus hermanos y hermanas; y estos cambios marcan el comienzo de una relación mejorada con los objetos en general y un crecimiento del sentimiento social. Qué vías de sublimación se abrirán para el niño, cuán potentes serán sus impulsos a ofrecer compensaciones y qué formas asumirán éstas, todo esto queda determinado, no sólo por el grado de tendencias agresivas primarias, sino por la interacción de una cantidad de otros factores que no tenemos espacio para analizar en estas páginas. Pero nuestro conocimiento del análisis infantil nos permite decir lo siguiente: que el análisis de las capas más profundas del superyó conduce invariablemente a un considerable mejoramiento de las relaciones del niño con los objetos, de su capacidad para la sublimación y de sus poderes de adaptación social. Mejoramiento que hace que el

¹⁰ En mi artículo "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador", he afirmado que el sentido de culpabilidad de la persona y su deseo de reparar el objeto dañado constituyen un factor universal y fundamental en el desarrollo de sus sublimaciones. Ella Sharpe, en su trabajo "Certain aspects of sublimation and delusion", ha llegado a la misma conclusión.

¹¹ En el análisis, la descomposición de la ansiedad es efectuada gradual y parejamente, de modo que tanto ella como los instintos agresivos quedan liberados en proporciones debidamente prorrateadas.

niño no sólo sea mucho más feliz y más sano en sí, sino también más capaz de sentimientos sociales y éticos.

Esto nos lleva a considerar una objeción sumamente notoria que puede ser presentada contra el análisis infantil. Podría preguntarse: ¿una reducción demasiado grande de la severidad del superyó —una reducción por debajo de cierto nivel favorable—, no daría un resultado opuesto, conduciendo a la abolición, en el niño, de los sentimientos éticos y sociales? La respuesta a esto es, en primer lugar, que, hasta donde yo sé, jamás se ha dado en los hechos una disminución tan grande; y un segundo lugar, que existen razones teóricas para creer que jamás podrá ocurrir. Por lo que hace a la experiencia real, sabemos que, al analizar las fijaciones libidinales pregenitales, sólo podemos convertir en libido genital cierta proporción de las cantidades libidinales involucradas, aun en circunstancias favorables, y que el resto —un resto no poco importante— continúa funcionando como libido pregenital y como sadismo; aunque, ya que el plano genital ha establecido más firmemente su supremacía, puede ser manejado por el yo, ora recibiendo satisfacción, ora siendo contenido, ora sufriendo modificaciones o siendo sublimado. Del mismo modo, el análisis no puede nunca eliminar el núcleo de sadismo que se ha formado bajo la primacía de los planos genitales; pero puede mitigarlos aumentando la fuerza del plano genital, de modo que el yo, entonces más potente, puede enfrentar al superyó, como lo hace con sus impulsos instintivos, en una forma más satisfactoria para el individuo mismo y para el mundo que lo rodea.

Hasta este momento nos hemos ocupado de establecer el hecho de que los sentimientos sociales y morales de una persona se desarrollan a partir de un superyó de características más suaves, gobernado por el plano genital. Ahora debemos considerar lo que se puede inferir de esto. Cuanto más profundamente penetra el análisis en los planos inferiores de la mente del niño, tanto más éxito tendrá en suavizar la severidad del superyó al disminuir el funcionamiento de sus constituyentes sádicos, que surgen en las primeras etapas del desarrollo. Al hacerlo, el análisis prepara el terreno, no sólo para la consecución de la adaptabilidad social del niño, sino también para el desarrollo de normas morales y éticas en el adulto. Porque un desarrollo de esa clase depende de que el superyó y la sexualidad lleguen satisfactoriamente a un plano genital, al comienzo de la expansión de la vida sexual del niño,¹² de manera que el superyó haya alcanzado el carácter y función de los que se deriva el sentimiento de culpabilidad de la persona —es decir, su conciencia—, en la medida en que la persona sea socialmente valiosa.

La experiencia ha dejado demostrado ya, desde hace algún tiempo, que el psicoanálisis, aunque originariamente proyectado por

¹² Es decir, cuando se indica el período de latencia, aproximadamente entre las edades de cinco y seis años.

18. EL DESTETE

(1936)

Uno de los descubrimientos fundamentales y de más largo alcance con respecto a la historia del hombre es el realizado por Freud y que postula la existencia de una parte inconsciente de la mente cuyo núcleo se desarrolla en la más temprana infancia. Los sentimientos y fantasías infantiles dejan sus huellas en la mente, huellas que no desaparecen sino que se almacenan, permanecen activas y ejercen una continua y poderosa influencia sobre la vida emocional e intelectual del individuo adulto. Los tempranos sentimientos se experimentan en relación a estímulos externos e internos. La primera satisfacción que el niño tiene proviene del mundo externo y consiste en ser alimentado. El análisis ha demostrado que sólo una parte de la satisfacción deriva del hecho de aliviar su hambre; otra parte, no menos importante, proviene del placer que experimenta el bebé cuando su boca es estimulada al succionar el pecho de su madre. Este aspecto es una parte esencial de la sexualidad del niño. También se experimenta placer cuando el flujo tibio de la leche desciende por la garganta y llena el estómago.

El bebé reacciona a los estímulos displacenteros y a la frustración de su placer, con sentimientos de odio y agresión. Estos sentimientos se dirigen hacia los mismos objetos que proveen el placer: los pechos de la madre.

El trabajo analítico ha probado que aun niños de pocos meses de edad construyen fantasías. Creo que ésta es la actividad mental más primitiva y que estas fantasías existen en la mente de los bebés prácticamente desde el nacimiento. Parecería que, a cada estímulo que recibe, el bebé responde con fantasías; a los estímulos displacenteros,

aun la mera frustración, con fantasías agresivas y a los estímulos gratificantes con fantasías placenteras.

Como afirmé previamente, el objeto de todas estas fantasías es el pecho materno. Parecerá curioso que el interés del bebé se limite sólo a una parte de la persona y no a toda la persona; pero debemos tener presente que en esta etapa su percepción, tanto física como mental, es muy limitada y además que sólo se preocupa del hecho fundamental de satisfacerse de inmediato, o bien de que no está siendo satisfecho, lo que Freud denominó el "principio del placer-displacer". Es de este modo como el pecho de la madre, que gratifica o priva de la gratificación, se torna en la mente del bebé en "bueno" o "malo". Lo que denominamos pecho "bueno" se convierte en el prototipo de lo que a lo largo de la vida será beneficioso y bueno, mientras que el pecho "malo" representa todo lo malo y lo persecutorio. Esto podemos explicarlo considerando que cuando el niño dirige su odio contra el pecho frustrador o "malo" le atribuye todo su propio odio activo mediante un proceso denominado *proyección*.

Pero existe, al mismo tiempo, otro proceso de gran importancia, el proceso de introyección. Este último significa la actividad mental del bebé mediante la cual, en su fantasía, toma en sí mismo aquello que percibe en el mundo externo. Sabemos que en esta etapa el niño recibe sus mayores satisfacciones a través de la boca, la que se convierte en la vía principal por la cual no sólo ingiere el alimento sino que, mediante la fantasía, introduce el mundo externo. No sólo la boca lleva a cabo este proceso de "introducir", sino en cierto modo todo el cuerpo con sus sentidos y funciones, como por ejemplo cuando el bebé inspira o introduce a través de los ojos, los oídos, mediante el tacto, etc. Al principio el pecho materno es el objeto de su constante deseo y por consiguiente es lo primero en ser introyectado. En su fantasía, el niño succiona el pecho dentro de sí, lo mastica y lo traga; de ese modo siente que lo tiene dentro y que posee el pecho materno tanto en sus aspectos buenos como malos.

Este enfoque y ligamen a una parte de la persona es característico de esta temprana etapa del desarrollo, y da cuenta en gran parte de la naturaleza fantaseada e irreal de su relación con muchas cosas, por ejemplo con partes de su cuerpo, personas y objetos inanimados, todos los cuales al comienzo sólo son percibidos tenuemente. En los primeros dos o tres meses de vida se puede describir el mundo objetual del lactante como formado por partes o porciones del mundo real gratificantes o bien hostiles y persecutorias. Es aproximadamente en esta edad cuando comienza a percibir a su madre y a otros de su entorno como "personas totales". Gradualmente conecta su rostro, o los rostros que lo miran, con la mano que lo acaricia y con el pecho que lo satisface; es entonces cuando se afirma su capacidad de percibir "totalidades" (cuando se reasegura y adquiere confianza en el placer brindado por "personas totales") y puede ampliar su percepción totalizadora al mundo externo.

En esta época se llevan a cabo también otros cambios en el bebé. Cuando tiene unas pocas semanas de vida se puede observar que disfruta períodos de su vigilia; a juzgar por las apariencias, se siente muy feliz. Parece ser que en ese momento disminuyen los estímulos demasiado intensos (hasta la defecación, por ejemplo, es sentida al comienzo como displacentera) y se va logrando una mejor coordinación de las funciones corporales. Esto lleva a una mejor adaptación no sólo física sino también mental, a los estímulos externos e internos. Se puede inferir que estímulos que al comienzo eran dolorosos ya no lo son, y hasta algunos se tornan placenteros. El hecho de que la falta de estímulos pueda experimentarse ahora como placentera muestra que ya no depende tanto ni es tan conmovido por estímulos dolorosos ni está ávido de estímulos placenteros vinculados a la gratificación inmediata de la alimentación, puesto que su mejor adaptación permite que su necesidad sea menos urgente.¹

He explicado cómo las tempranas fantasías y temores de persecución están conectadas con los pechos hostiles y he desarrollado cómo se despliegan las fantásticas relaciones objetales del bebé. Las primeras experiencias con estímulos displacenteros externos e internos sientan la base para las fantasías sobre objetos hostiles externos e internos y contribuyen en gran parte a la construcción de dichas fantasías.² En las primeras etapas del desarrollo mental todo estímulo displacentero aparentemente está ligado a las fantasías del bebé de un pecho "hostil" o frustrante, y por otra parte todo estímulo placentero está relacionado con el pecho "bueno" gratificante.

Nos encontramos, pues, con dos círculos, uno benevolente y el otro malvado, ambos basados en el interjuego de factores externos o ambientales y factores psíquicos internos; es decir, que toda disminución en la cantidad o la intensidad de estímulos dolorosos, o bien todo incremento en la capacidad de adaptarse a ellos, ayudará a disminuir la fuerza de fantasías de naturaleza terrorífica. A su vez, la disminución de estas fantasías permitirá que el niño progrese en su adaptación a la realidad, lo que a su vez disminuirá aun más las fantasías aterradoras.

Para un adecuado desarrollo de la mente del bebé, es importante que caiga bajo la influencia del círculo benevolente descripto; cuando lo hace, logra formarse una idea de su madre como persona, y esto a su vez implica cambios muy importantes en su desarrollo emocional e intelectual.

Ya he mencionado que fantasías y sentimientos de naturaleza erótica, sean agresivos o gratificantes, fusionados en gran parte (fu-

¹ En relación con esto recuerdo un comentario que hizo recientemente el Dr. Edward Glover, quien dijo que el cambio abrupto entre sensaciones placenteras y dolorosas puede ser experimentado como doloroso en sí mismo.

² La doctora Susan Isaacs enfatizó la importancia de este punto en un trabajo presentado en 1934 a la Sociedad Psicoanalítica Británica.

sión que se denomina sadismo), desempeñan un papel dominante en la temprana vida del bebé. Al principio están centrados en los pechos de la madre, pero gradualmente se extienden a todo su cuerpo. Fantasías y sentimientos ávidos, eróticos y destructivos toman como objeto el interior del cuerpo materno y, en su imaginación, el bebé lo ataca, roba todos sus contenidos y los come.

Al comienzo, las fantasías destructivas son de succión. Algo de esto se evidencia en el modo vigoroso con que maman algunos bebés, aun cuando la leche sea abundante. A medida que se acerca la dentición, las fantasías van adquiriendo un contenido que implica morder, rasgar, masticar y así destruir el objeto. Muchas madres observan que mucho antes de la dentición aparecen estas tendencias, las que, según lo prueba la experiencia psicoanalítica, se acompañan de fantasías indudablemente canibalísticas. La naturaleza destructiva de estas fantasías y sentimientos alcanza toda su magnitud cuando el niño percibe a su madre como persona total, como lo prueba el análisis de niños pequeños.

Al mismo tiempo, experimenta un cambio en su actitud emocional hacia la madre. El lazo placentero con el pecho se transforma en sentimientos hacia la madre como persona. De ese modo se experimentan sentimientos amorosos y destructivos hacia la misma persona, lo que provoca profundos y perturbadores conflictos en la mente infantil.

Creo que es muy importante para el futuro del niño que pueda progresar desde sus tempranos temores persecutorios y la relación objetal fantaseada, a la relación con la madre como persona total y amorosa. Cuando lo logra, surgen sin embargo sentimientos de culpa respecto de sus impulsos destructivos que teme sean peligrosos para su objeto amado.

El hecho de que en esta etapa del desarrollo el niño no pueda controlar su sadismo, que se alimenta de cualquier frustración, agrava aun su conflicto y su preocupación por su amada madre. Una vez más es muy importante que el niño pueda manejar satisfactoriamente estos sentimientos conflictivos de amor, odio y culpa, que surgen en esta nueva situación. Si los conflictos son insoportables, el niño no puede establecer una relación feliz con su madre y queda abierta una brecha para futuros fracasos en su desarrollo. Deseo mencionar la existencia de depresiones anormales o inesperadas en los bebés, cuya fuente profunda considero que es el fracaso en manejar satisfactoriamente esos conflictos tempranos.

Pero veamos ahora qué sucede cuando los sentimientos de culpa y el miedo a que su madre muera (temor que surge como resultado de sus deseos inconscientes de muerte) pueden ser adecuadamente tolerados por el bebé. Creo que esos sentimientos tienen alcances muy extensos en lo que respecta al futuro bienestar mental del niño, su capacidad de amar y su desarrollo social. De ellos deriva *el deseo de reparar* que se expresa en numerosas fantasías de salvar a la madre y

ofrecerle todo tipo de desagrazos. He descubierto en el análisis de niños que esas tendencias a la reparación constituyen las fuerzas impulsoras de todas las actividades constructivas y del desarrollo social. Las encontramos en las primeras actividades lúdicas y en el fundamento de la satisfacción del niño en todos sus logros, aun los más simples, como por ejemplo colocar un bloque sobre otro, o levantarlo si se ha caído. Esto se debe en parte a que esos logros se derivan de la fantasía inconsciente de reparar a alguna persona o personas a quienes ha dañado en su fantasía. Pero aun más tempranamente, logros tales como jugar con sus dedos, encontrar algo que se ha alejado de él, ponerse de pie y toda clase de movimientos voluntarios están ligados, según mi opinión, con fantasías en las que el elemento reparatorio ya está presente.

El psicoanálisis de niños muy pequeños (he analizado niños entre uno y dos años) demuestra que bebés de meses conectan sus heces y orines con fantasías en las que simbolizan regalos, y no sólo regalos como muestra de afecto a sus madres, sino que tienen la propiedad de reparar. Por otra parte, cuando predominan los sentimientos destructivos, el niño en su fantasía defecará y orinará con odio y utilizará esos elementos como agentes hostiles. Por consiguiente, los excrementos producidos con sentimientos afectuosos son utilizados en la fantasía para reparar las injurias inferidas por ellos mismos en momentos de enojo.

Es imposible en este trabajo exponer adecuadamente la conexión entre las fantasías agresivas, el miedo, los sentimientos de culpa y el deseo de reparar; sin embargo, he tocado este tópico porque deseo señalar que los sentimientos agresivos, que tanto perturban la mentalidad infantil, son al mismo tiempo muy importantes para su desarrollo.

Ya he mencionado que el niño introduce dentro de sí, es decir, introyecta mentalmente, el mundo externo tal como lo percibe. Primero introyecta el pecho bueno y malo y luego gradualmente la madre total, también concebida como madre buena y mala. Conjuntamente introyecta además al padre y a otras personas del ambiente en menor grado; pero del mismo modo que la madre, a medida que pasa el tiempo estas figuras van adquiriendo mayor importancia e independencia en la mente del niño. Si el niño logra implantar dentro de sí una madre afectuosa y que lo ayuda, esta madre internalizada será una influencia muy beneficiosa a lo largo de su vida. Aunque normalmente esta influencia cambiará de carácter a medida que se desarrolle su mente, se la puede comparar en importancia con el lugar que ocupa la madre real para la vida del recién nacido. No quiero significar con esto que los padres buenos "internalizados" serán así experimentados de manera consciente (aun el sentimiento del bebé de poseer la madre dentro de sí es profundamente inconsciente), sino tan sólo que algo dentro de la personalidad es sabio y bondadoso; esto fomenta la confianza en uno mismo y ayuda a combatir y superar

los temores de tener dentro de sí figuras malas y de estar gobernado por un odio incontrolable, más aun, enseña a confiar en las personas más allá del círculo familiar.

Como ya he señalado, el niño experimenta toda frustración de modo muy agudo y si bien simultáneamente se lleva a cabo una progresiva adaptación a la realidad, la vida emocional del niño está dominada por el ciclo de gratificación-frustración, siendo los sentimientos de frustración de naturaleza muy compleja. El doctor Ernest Jones sostiene que la frustración siempre se experimenta como privación; si el bebé no obtiene lo que desea siente que la madre mala que tiene poder sobre él lo retiene.

Respecto del tema principal de trabajo podemos ahora decir que cuando el bebé desea el pecho y éste no está es como si lo hubiese perdido para siempre. Puesto que la concepción del pecho se extiende a la madre, el sentimiento de haber perdido el pecho lleva al temor de haber perdido a la madre amada y esto significa no sólo la madre real sino también la madre buena internalizada. Según mi experiencia, este temor a la pérdida total del objeto bueno (internalizado y externo), se mezcla con sentimientos de culpa de haberla destruido (haberla comido) y entonces el bebé siente su pérdida como un castigo por su horrible acción. De ese modo se asocian a la frustración sentimientos dolorosos y conflictivos que a su vez convierten una simple frustración en algo tan punzante. La experiencia del destete refuerza enormemente estos sentimientos dolorosos y mantiene esos temores. En la medida en que el niño nunca posee el pecho en forma ininterrumpida y cada tanto experimenta su pérdida, podríamos decir que en un cierto sentido es constantemente destetado o está en una situación que lleva al destete. Sin embargo, el momento crucial es aquel en que la pérdida del pecho o del biberón es total e irrevocable.

Citaré un caso observado por mí en el cual los sentimientos vinculados a esta pérdida se muestran con claridad. Cuando Rita, que tenía dos años y nueve meses, vino al análisis, era una niña muy neurótica con toda clase de miedos y grandes dificultades para venir; tenía depresiones y sentimientos de culpa nada infantiles y muy notorios. Estaba muy apegada a su madre, evidenciando a veces un amor exagerado y otras un gran antagonismo. Cuando vino a verme todavía tomaba un biberón a la noche y la madre me informó que debió continuar dándoselo pues la niña se mostraba muy perturbada cuando intentaba suspenderlo. El destete de Rita había sido muy difícil, fue amamantada unos meses y luego, con gran dificultad, se le dio biberón, que al comienzo no quiso aceptar. Luego se había acostumbrado y una vez más tuvo grandes dificultades al tener que reemplazarlo por comida sólida.

Cuando durante el análisis se le suspendió ese último biberón, se desesperó. Perdió el apetito, no quería comer, se apegó más y más a la madre, preguntando constantemente si la quería, si se había porta-

do mal, etc. No era un problema de dieta, puesto que la leche sólo era una parte de lo que comía y ahora el cambio consistía en que se la ofrecían en vaso. Yo había aconsejado a la madre que fuese ella misma quien le diera la leche con una o dos galletitas, junto a su cama o bien teniéndola en la falda. Pero la niña se negaba a tomarla. Su análisis reveló que su desesperación se debía al temor de que la madre se muriese o al temor de que la madre la castigase cruelmente por su maldad. Lo que consideraba su "maldad" eran sus deseos inconscientes pasados y presentes de que la madre se muriese. Estaba abrumada por la angustia de haber destruido, especialmente de haber comido, a su madre; y la pérdida del biberón era vivida como una confirmación. El mirar a la madre no aliviaba sus temores, hasta que éstos fueron resueltos mediante el análisis. En este caso, los tempranos temores persecutorios no fueron superados y por consiguiente no se estableció una relación personal con la madre. Su fracaso se debía en parte a su incapacidad de resolver sus conflictos, y por otra parte a la conducta de su madre, que era sumamente neurótica (y esto último también formaba parte del conflicto interno).

Es evidente que una buena relación entre el niño y la madre es de gran valor cuando surgen estos conflictos básicos y durante su elaboración. Debemos tener presente que, en el momento crítico del destete, el bebé pierde su objeto "bueno", es decir, lo que más ama. Todo lo que haga menos dolorosa la pérdida de un objeto "bueno" externo, y disminuya el temor a ser castigado ayudará a que el niño preserve la confianza en su objeto bueno interno. Al mismo tiempo prepara el camino para que el niño, pese a la frustración, conserve una feliz relación con su madre real y establezca relaciones placenteras con otras personas. Logrará entonces satisfacciones que reemplazarán la que perdió.

¿Qué podemos hacer para ayudar al niño en esta difícil tarea? Las medidas comienzan desde el nacimiento. Desde el principio la madre debe hacer todo lo posible por establecer una relación feliz con el niño. Frecuentemente observamos madres que se preocupan por todo lo vinculado con la condición física del bebé, se concentran en ese aspecto como si el niño, más que un ser humano, fuera una máquina que necesita constantes cuidados. También es la actitud de muchos pediatras, que sólo se interesan por las reacciones emocionales en la medida en que indican algo en relación con el estado físico o intelectual del bebé. Muchas madres no se dan cuenta de que el pequeño bebé ya es un ser humano cuyo desarrollo emocional es de enorme importancia.

El buen contacto entre madre y bebé puede peligrar en la primera o primeras mamadas si la madre no sabe cómo ofrecer y hacer que el bebé acepte el pezón. Si en lugar de ser paciente con las dificultades que surgen, empuja bruscamente el pezón dentro de la boca del bebé, éste puede no desarrollar un lazo adecuado con el pecho y el pezón, y tener dificultades para la alimentación. Por el contrario, podemos

también comprobar cómo bebés que tienen dificultades al comienzo, con una ayuda paciente se convierten en buenos comensales, tanto como los que no tuvieron ninguna.³

Además del amamantamiento, hay muchas otras ocasiones en las que el bebé podrá sentir y registrar inconscientemente el amor, la paciencia y la comprensión de la madre, o todo lo opuesto. Como ya he señalado, los primeros sentimientos se experimentan en relación con los estímulos externos e internos, placenteros o displacientes y se enlazan a fantasías. La manera como se trata al bebé, aun desde el parto, deja impresiones en su mente. Aunque en este temprano estadio de su desarrollo él no relacione sus sentimientos placenteros, que el cuidado y la paciencia de su madre despiertan en él, con ella como "persona total", es de vital importancia que experimente esas sensaciones de placer y confianza. Todo lo que contribuya a que se sienta rodeado de objetos amistosos (concebidos por el bebé en su mayor parte como "pechos buenos") prepara el terreno y colabora para una feliz relación con la madre y luego con otras personas.

Se debe mantener un equilibrio entre las necesidades físicas y psicológicas. La regularidad en el amamantamiento ha probado ser de gran valor para el bienestar físico del niño y esto influye a su vez en su desarrollo psíquico, pero hay muchos bebés que en la primera época no soportan intervalos muy largos entre mamadas. En estos casos es mejor no ceñirse de un modo estricto a las reglas y alimentar al bebé cada tres horas o menos, y aun, si es necesario, darle un poco de agua azucarada entre mamaderas. Creo que el uso del chupete es útil. Si bien es cierto que tiene sus desventajas —no las de índole higiénica, pues éstas pueden superarse— sino de naturaleza psicológica, específicamente la desilusión de no recibir la leche cuando succiona, por lo menos tiene la gratificación parcial de poder succionar. Si no se le permite el chupete succionará probablemente sus dedos y es más fácil desacostumbrarlo del chupete que de chuparse los dedos. Se puede comenzar el destete gradualmente y darle luego de mamar sólo antes de ir a dormir o si no se siente bien.

En lo que respecta a desacostumbrarlo de chuparse el pulgar, la doctora Middlemore (1936) expresa la opinión de que en general no se le debe prohibir. Creo que debo sostener dicha opinión. Se debe evitar causar frustraciones innecesarias. Además, está el hecho de que frustraciones orales muy intensas pueden llevar a una necesidad intensificada de placer genital, por ejemplo masturbación compulsiva, y que muchas frustraciones intrínsecamente orales se trasladan a lo genital.

Pero hay además otros aspectos que debemos considerar. El chupeteo incontrolado del pulgar o del chupete tiene el riesgo de fomentar una fijación oral (con esto quiero decir que se impide el movi-

³ Debo agradecer al doctor D. Winnicott por muchos detalles esclarecedores respecto de este tema.

miento natural de la libido de la boca a los genitales), mientras que una ligera frustración oral tiene el efecto deseable de distribuir los impulsos sexuales.

Una succión continua puede inhibir el desarrollo del lenguaje; más aun, con el chupeteo del pulgar, si es excesivo, puede lastimarse el dedo y experimentar dolor. Esto no sólo es molesto, sino que la conexión entre el placer de succionar y el dolor en sus dedos es desventajosa psicológicamente.

En lo que respecta a la masturbación, afirmo categóricamente que no se debe interferir, que el niño debe ser librado a su propio manejo.⁴ En lo que se refiere a la succión del pulgar, debo decir que en muchos casos puede ser reemplazada sin presionar, de modo parcial y gradualmente, con otras gratificaciones orales, tales como caramelos, frutas y en especial los alimentos favoritos. Estos deben ser provistos a voluntad del niño y al mismo tiempo, con la ayuda del chupete, suavizar el proceso del destete.

Otro punto que quiero remarcar es el error de intentar la educación de los esfínteres muy tempranamente. Algunas madres se enorgullecen de haberlo logrado, pero no se dan cuenta del daño psicológico que pueden provocar. Esto no significa que se cause daño si de vez en cuando se sienta al bebé en un orinal para que se vaya acostumbrando. Lo que debe subrayarse es que la madre no debe mostrarse muy ansiosa ni tratar de evitar que el niño se ensucie o se moje. El bebé percibe esa actitud hacia sus excrementos y se siente perturbado, puesto que experimenta un intenso placer sexual al cumplir con sus funciones excretorias y además gusta de sus excrementos como parte y producto de su cuerpo. Por otra parte, como ya he señalado, siente que sus heces y su orina son agentes hostiles cuando las produce con sentimientos de odio. Si la madre le impide ansiosamente tomar contacto del todo con ellos, siente esa conducta como una confirmación de que sus excrementos son malignos y de que su madre les teme, así la angustia de la madre incrementa la del bebé. Esta actitud frente a sus propios excrementos es dañina psicológicamente y tiene un papel importante en muchas neurosis.

Por supuesto que esto no significa que se deba permitir que el niño esté sucio indefinidamente; lo que pienso es que debe evitarse que su limpieza sea una cuestión fundamental, pues el niño siente enton-

⁴ Si tanto la masturbación como el chupeteo del pulgar se llevan a cabo excesiva o prolongadamente, puede ser que algo ande mal en la relación del niño con su ambiente. Por ejemplo, puede tener miedo de su niñera sin que sus padres lo sepan. Puede sentirse mal en la escuela porque se siente atrasado o porque se lleva mal con algún maestro o teme a otros niños. Se descubre en análisis que estas situaciones motivan una gran tensión mental que se alivia mediante la gratificación sexual compulsiva. Naturalmente, la remoción de los sectores externos no siempre alivia su tensión, pero, con dichos niños, una reprimenda por su excesiva masturbación sólo incrementa las dificultades subyacentes. Cuando éstas son muy grandes, sólo se puede solucionarlas con tratamiento psicológico.

ces cuán ansiosa está la madre al respecto. La limpieza debe llevarse a cabo con soltura, evitándose señales de desaprobación o disgusto cuando se asea al bebé. Pienso que un entrenamiento *sistemático* debe llevarse a cabo sólo después del destete. Esta educación es un verdadero esfuerzo, tanto mental como físico, para el bebé y no se le debe imponer mientras está lidiando con el destete. Aun más tarde, debe llevarse a cabo sin rigidez, como lo muestra la doctora Susan Isaacs en su trabajo "Hábitos" (Isaacs, 1936).

Un elemento de gran significación para la futura relación entre madre e hijo es si la madre puede o no amamantar naturalmente al bebé. Si las circunstancias lo impiden, aun puede establecer un fuerte lazo si es capaz de comprender la mentalidad del niño.

El bebé goza de la presencia de su madre de muchas maneras, juega con su pecho luego de mamar, disfruta cuando ella lo mira y le sonríe, cuando le habla y juega con él aunque no entienda el significado de las palabras. Se acostumbrará a su voz, su canto permanecerá como un recuerdo placentero y estimulante en su inconsciente. ¡Cuántas veces puede calmarlo y evitar su tensión o un estado mental displaciente permitiéndole dormir tranquilo en lugar de agotarse llorando!

Sólo puede establecerse una relación feliz madre-hijo cuando la alimentación no se convierte en un deber sino en un verdadero placer para la madre. Si disfruta de ella, el niño inconscientemente se dará cuenta y esta felicidad recíproca promoverá una comprensión emocional plena entre ambos. Sin embargo, la madre debe tener presente que el bebé no es su extensión, y que aunque es muy pequeño y dependiente, es una entidad por sí mismo y debe ser tratado como un individuo; no debe ligarlo demasiado a sí y debe ayudarlo a crecer independientemente. Cuanto antes adopte esta actitud será mejor: no sólo ayudará al niño sino que se protegerá de futuros desencantos.

No se debe interferir el desarrollo del niño; una cosa es gozar y comprender su crecimiento, otra es tratar de acelerarlo. Debe permitírsele que crezca tranquilamente a su ritmo propio. Como dijo Ella F. Sharpe (1936), el deseo de imponer un ritmo de crecimiento acorde con un plan prefijado es perjudicial para la relación madre-hijo. Dicho deseo a menudo se debe a la angustia, que es una de las causas principales de perturbaciones en dicha relación.

Otra actitud de gran trascendencia es la postura de la madre respecto del desarrollo sexual del niño, es decir, sus experiencias y sensaciones corporales y los sentimientos y deseos anexos. No siempre se tiene en cuenta que el bebé desde el nacimiento tiene fuertes sensaciones sexuales, las que al principio se ponen de manifiesto por el placer de sus actividades orales y excretorias, pero que muy pronto se conectan con los genitales (masturbación). Tampoco es sabido habitualmente que esas sensaciones sexuales son esenciales para un adecuado desarrollo, tanto de su personalidad y carácter como de una sexualidad adulta satisfactoria. Ya he opinado que no se debe inter-

ferir en la masturbación del bebé ni ejercer presión para desacostumbrarlo de chuparse el pulgar, así como también se debe ser comprensiva respecto del placer que siente en sus funciones excretorias. Pero todo eso no es suficiente; la madre debe tener además una actitud amistosa hacia esas manifestaciones de sexualidad. Con frecuencia se suele mostrar disgusto, dureza o burla, que son humillantes y perjudiciales para el niño. Puesto que todas las tendencias eróticas del niño se dirigen inicialmente hacia los padres, sus reacciones influirán todo su desarrollo.

Por otra parte, tampoco es aconsejable mostrar excesiva indulgencia, en especial en lo que respecta a tomarse demasiadas libertades con la madre. En ese aspecto ella debe restringir al bebé, suave pero firmemente, sin participar de su sexualidad. El límite del rol materno es aceptar la sexualidad del niño amistosamente. Las necesidades eróticas de la madre en lo que al bebé respecta deben ser controladas, evitando el excitado apasionamiento por las actividades del cuidado del bebé. Cuando lo baña, seca y entalca deberá limitar sus gestos, en particular en lo que se refiere a los genitales del bebé. La falta de control será vivenciada por el bebé como seducción y esto complicará su desarrollo. Pero tampoco debe privarlo de su amor, por cierto puede y debe acariciarlo y besarlo, tenerlo en brazos todo lo que sea necesario.

Es esencial que el niño no duerma en el dormitorio de los padres ni presencia las relaciones sexuales. Mucha gente cree que esto no es dañino para el bebé, porque no se dan cuenta de sus sentimientos sexuales. Su agresión y sus temores se incrementan a causa de esa experiencia, puesto que lo que parece no comprender intelectualmente, lo incorpora inconscientemente. A menudo, cuando los padres creen que duerme, está despierto o semidormido, y aun dormido puede percibir lo que sucede. Todo es sentido de un modo nebuloso, pero en su mente inconsciente permanece activo un recuerdo, distorsionado pero vívido, que tiene efectos perjudiciales para su desarrollo. Esencialmente perjudicial resulta cuando esta experiencia coincide con otras, como por ejemplo una enfermedad, operación o bien, volviendo al tema principal, con el destete.

En cuanto al proceso del destete, me parece de gran importancia que éste se lleve a cabo lenta y suavemente. Si se debe destetar al bebé, por ejemplo a los ocho o nueve meses, edad que me parece adecuada, ya a los cinco o seis meses debe sustituirse una mamada por el biberón, una vez por día. A continuación debe introducirse una mamadera por mes reemplazando al pecho. Al mismo tiempo se le empezará a dar comida sólida, para comenzar a suprimirle el biberón, que será reemplazado en parte con leche en vaso y en parte con alimento sólido. Se facilitará el destete si además se tiene paciencia y gentileza para acostumbrarlo a la nueva comida. No debe hacerse comer más de lo que desea ni comida que no le guste; por el contra-

rio, debe dársele en abundancia lo que prefiere, sin enseñarlo a "portarse bien en la mesa" en este momento.

He señalado la gran importancia que le atribuyo al amamantamiento natural; diré ahora algunas palabras con respecto a las situaciones en que no es posible hacerlo. El biberón es un sustituto del pecho materno, puesto que permite al bebé el placer de succionar y de ese modo establecer, en cierto grado, la relación pecho-madre en conexión con el biberón brindado por la madre o nifera. La experiencia nos demuestra que, a menudo, niños alimentados con biberón se desarrollan muy bien⁵. Sin embargo, en análisis siempre se descubre en dichos niños un profundo anhelo por el pecho nunca satisfecho, y aunque la relación madre-pecho ha sido establecida en alguna medida, hace una diferencia al desarrollo psíquico el hecho de que la temprana y fundamental gratificación haya sido obtenida de un sustituto y no del objeto real deseado. Puede decirse que aunque los niños alimentados con biberón se pueden desarrollar bien, el desarrollo sería distinto y mejor en uno u otro sentido si se los hubiese podido amamantar naturalmente. Además, mi experiencia establece que niños cuyo desarrollo se ve perturbado aun cuando fueron amamantados naturalmente, hubieran sido mucho peores de no haber sido alimentados así. Sintetizando: el amamantamiento natural es una ventaja para el desarrollo, aunque algunos niños que no tienen esta favorable experiencia se desarrollan bien sin ella.

He expuesto en este trabajo los métodos con los cuales hacer del amamantamiento y del destete una experiencia exitosa. Sin embargo, debo añadir que lo que parece ser un éxito no siempre es total. Aunque algunos niños aparentan pasar muy bien por el destete y por un tiempo progresan satisfactoriamente, en lo profundo no han podido superar las dificultades que surgen de esa situación y sólo se han adaptado externamente. Dicha adaptación se debe al deseo de complacer a aquellos de quienes tanto dependen, y a su necesidad de estar en buenos términos con ellos. Aun en este temprano período de la vida pueden observarse esas tendencias, puesto que, según creo, los bebés tienen mucha mayor capacidad intelectual que la que se presume. Existe también otra razón para esa adaptación exterior, la que sirve de escape de profundos conflictos internos que no pueden resolver. En ciertos casos hay signos más obvios del fracaso de una verdadera adaptación, por ejemplo defectos de carácter tales como celos, avidez y resentimiento. Al respecto mencionaré los trabajos del doctor Karl Abraham sobre la relación entre las dificultades tempranas y la formación del carácter.

Todos conocemos personas que viven quejándose constantemente

⁵ Más aun; niños que han sobrellevado experiencias muy difíciles en una etapa temprana, como enfermedades, destete brusco o una operación, a menudo se desarrollan satisfactoriamente, aunque dichas experiencias de un modo u otro constituyan una desventaja y deban ser evitadas en lo posible.

te. Por ejemplo, consideran el mal tiempo como algo que el destino les depara. Hay otros que se alejan de toda gratificación si no la obtienen de inmediato cuando la desean; como dice una vieja canción popular: "Deseo lo que quiero cuando lo quiero, si no no lo quiero" (*I want what I want when I want it, or I don't want it at all*).

He tratado de mostrarles que al bebé le resulta muy difícil tolerar la frustración debido a los profundos conflictos internos que con ella se enlazan. Un destete verdaderamente exitoso implica que el bebé no sólo se ha acostumbrado a la nueva comida, sino que ha dado los primeros y fundamentales pasos para superar sus temores y conflictos, y que por consiguiente se adapta a la frustración verdaderamente. Si esa adaptación se ha llevado a cabo, entonces podemos aplicar al destete su antiguo significado. Creo que en el inglés antiguo la palabra *weaning* (destetar) se utilizaba no sólo en el sentido de *weaning from* (destetar de algo) sino también como *weaning to* (destetar hacia algo). Aplicando los dos sentidos podemos decir que, cuando se ha llevado a cabo una verdadera adaptación a la frustración, el bebé no sólo es destetado *del* pecho de su madre, sino *hacia* otros sustitutos, todas las fuentes de gratificación y satisfacción necesarias para llevar adelante una vida plena y feliz.

*Post Scriptum*⁶

Las recientes investigaciones sobre los tempranos estadios de la infancia, en especial los primeros tres o cuatro meses de vida, han ampliado nuestro conocimiento y es por ello que creo necesario hacer esta adición.

Como describí en detalle en mi trabajo sobre el destete, las emociones del lactante son particularmente poderosas y dominadas por los extremos. Hay procesos vigorosos de disociación entre los dos aspectos (buenos y malos) de su primero y más importante objeto, la madre, y entre sus emociones (amor y odio) hacia ella. Esta división le permite dominar sus temores. Los tempranos temores surgen de sus impulsos agresivos que se despiertan fácilmente por cualquier frustración o incomodidad, y toman la forma de sentirse abandonados, dañados, atacados, es decir, intensamente perseguidos. Estos temores persecutorios se centran en la madre y prevalecen hasta que desarrollan una relación más integrada con ella (y en consecuencia con otras personas), lo que implica también una integración de su yo.

Se ha descubierto que el clivaje entre el amor y el odio, habitualmente descrito como disociación de emociones, varía en su forma e intensidad. Estas variaciones están ligadas a la intensidad de los temores persecutorios del lactante. Si la disociación es excesiva, la fun-

damental relación con la madre no puede lograrse con seguridad y se perturba el progreso normal hacia la integración del yo. Esto puede dar como resultado, más tarde, enfermedad mental. Otra consecuencia posible es la inhibición del desarrollo intelectual, que puede contribuir al retardo mental y, en casos extremos, a deficiencias mentales. Aun en el desarrollo normal hay perturbaciones temporales en relación con la madre, a las que se deben estados de alejamiento de la madre y de las emociones. Estos estados pueden ser frecuentes y prolongados, en ese caso deben considerarse como indicaciones de un desarrollo anormal.

Si las dificultades de la primera fase son superadas normalmente, el bebé supera los sentimientos depresivos que surgen en el crucial estado que aparece luego entre los cuatro y los seis meses.

Los hallazgos teóricos respecto del primer año de vida que derivan del análisis de niños pequeños (en general de dos años en adelante) se han visto confirmados en los análisis de niños mayores y adultos. Ellos fueron aplicados cada vez más a la observación de la conducta infantil, ampliándose el campo hasta incluir bebés muy pequeños. Desde que apareció este trabajo, se han reconocido sentimientos depresivos en niños muy pequeños de un modo más general y en cierto grado también se observaron algunos de los fenómenos descritos en los bebés de tres y cuatro meses. Por ejemplo, los estados de alejamiento mediante los cuales el niño se aísla de sus emociones implican una ausencia de respuesta al ambiente. En esos estados el bebé aparece apático, sin interés en su ambiente, situación que es pasada por alto más fácilmente que perturbaciones tales como llanto excesivo, inquietud o inapetencia.

La creciente comprensión de las angustias del bebé hará posible a todos los que lo cuidan encontrar la manera de aliviar sus dificultades. Las frustraciones son inevitables y las angustias que he descrito no pueden ser erradicadas totalmente. Sin embargo, una mejor comprensión de las necesidades emocionales del bebé puede influir favorablemente en nuestra actitud hacia el problema y ayudarlo en su camino hacia la estabilidad. Al expresar esta esperanza resumo el principal propósito de este estudio.

⁶ Agregado en 1952.

19. AMOR, CULPA Y REPARACION

(1937)

Las dos partes de este libro* tratan aspectos muy diferentes de las emociones humanas. La primera, *Odio, voracidad y agresión*, considera los poderosos impulsos de odio que constituyen una parte fundamental de la naturaleza humana. La segunda, en la que intento describir las fuerzas igualmente poderosas del amor y el impulso de reparación, complementa la primera, pues la aparente división implícita en este método de exponerlas en realidad no existe en la mente humana. Al separar así nuestro enfoque tal vez no logremos transmitir una idea clara de la constante "interacción" de amor y odio, pero se impone la división en este vasto tema, pues el modo como los sentimientos de amor y las tendencias de reparación se desarrollan en conexión con los impulsos agresivos y a pesar de ellos, sólo podrá demostrarse cuando se haya tenido en cuenta el papel que aquellas fuerzas destructivas desempeñan en la interacción de odio y amor.

El artículo de Joan Riviere demostró que estas emociones aparecen por primera vez en la temprana relación del niño con el seno materno y que se dirigen fundamentalmente hacia la persona deseada. Es necesario retomar la vida mental del niño para estudiar la interacción de las diferentes fuerzas que se congregan en el más complejo de todos los sentimientos humanos: el que llamamos amor.

La situación emocional del lactante

El primer objeto de amor y odio del lactante, su madre, es deseado y odiado a la vez con toda la fuerza e intensidad características de las tempranas necesidades del niño. Al principio ama a su madre

* *Amor, odio y reparación* (véase la nota aclaratoria de págs. 440-441).

cuando ésta satisface sus necesidades de nutrición, calmando sus sensaciones de hambre y proporcionándole placer sensual mediante el estímulo que experimenta su boca al succionar el pecho. Esta gratificación forma parte esencial de su sexualidad, de la que en realidad constituye la primera expresión. Pero cuando el niño tiene hambre y no se lo gratifica, o cuando siente molestias o dolor físico, la situación cambia bruscamente. Se despierta su odio y su agresión y lo dominan impulsos de destruir a la misma persona que es objeto de sus deseos y que en su mente está vinculada a todas sus experiencias, buenas y malas. Además, como lo ha señalado Joan Riviere, el odio y los sentimientos agresivos del lactante dan origen a los más penosos estados, como la sofocación, el ahogo y otras sensaciones similares que, al ser sentidas como destructivas para su propio cuerpo, aumentan nuevamente la agresión, la desdicha y los temores.

El medio primario e inmediato de aliviar al lactante de la dolorosa situación de hambre, odio, tensión y temor es la satisfacción de sus deseos por la madre. La temporaria seguridad obtenida al recibir gratificación incrementa grandemente la gratificación en sí; de este modo la seguridad se transforma en un importante componente de la satisfacción de recibir amor. Esto se aplica a las formas de amor más simples y a sus manifestaciones elaboradas, tanto al niño como al adulto. Nuestra madre desempeña un papel duradero en nuestra mente porque ella fue la que primero satisfizo todas nuestras necesidades de autopreservación y nuestros deseos sensuales, proporcionándonos seguridad, aunque los diversos modos en que esta influencia actúa y las formas que a veces toma no resulten muy obvios en una etapa ulterior. Por ejemplo: una mujer puede aparentemente haberse apartado de su madre, y sin embargo buscar inconscientemente algunos aspectos de aquel primer vínculo en su relación con el marido o con el hombre que ama. La parte importante que desempeña el padre en la vida emocional del niño influye también en todas las relaciones de amor posteriores y en todas las asociaciones humanas. Pero el primer lazo infantil con él, como figura gratificante, amistosa y protectora, está parcialmente basado en la relación con la madre.

El lactante, para quien la madre es primariamente sólo un objeto que satisface todos sus deseos, un pecho bueno,¹ pronto comienza a

¹ Con el objeto de simplificar la descripción de los fenómenos complicados y poco conocidos que presento en este artículo, al hablar de la alimentación del lactante me referiré sólo a la lactancia de pecho. Mucho de lo que expongo y deduzco en relación con la lactancia, se aplica también a la alimentación con biberón, aunque con algunas diferencias. En relación con esto, citaré un pasaje de mi artículo sobre "El destete" (1936): "El biberón es un sustituto del seno materno, pues permite al lactante el placer de succionar y establecer así cierto grado de relación con el biberón dado por la madre o la nifera. La experiencia nos enseña que, muy a menudo, los niños que no han sido amamantados se desarrollan muy bien. Sin embargo, descubrimos en el análisis que tales personas sienten por el seno un profundo anhelo que nunca ha sido satisfecho, y

responder a sus gratificaciones y cuidados desarrollando sentimientos de amor hacia ella como persona. Pero este primer amor se encuentra ya perturbado en su raíz por impulsos destructivos. Amor y odio luchan en su mente y, en cierto grado, esta lucha persiste durante toda la vida, pudiendo constituirse en fuente de peligro en las relaciones humanas.

Los impulsos y sentimientos del lactante se acompañan de un tipo de actividad mental que considero como la más primitiva: es la elaboración de la fantasía, o más familiarmente, el pensamiento imaginativo. Por ejemplo, el niño que anhela el pecho materno, al no tenerlo imagina que lo tiene, es decir, evoca la satisfacción que deriva de él. Este primitivo fantasear es la forma inicial de una capacidad cuyo desarrollo posterior se observa en los trabajos más elaborados de la imaginación.

Las fantasías tempranas que acompañan los sentimientos del lactante son variadas. En la que acabamos de mencionar imagina la gratificación que le falta. Con todo, las fantasías placenteras también coexisten con la satisfacción real, y las destructivas vienen con la frustración y los sentimientos de odio que ésta despierta. Cuando se siente frustrado por el pecho lo ataca en sus fantasías, pero si el pecho lo gratifica lo ama y fantasea agradablemente con él. En sus fantasías agresivas desea morder y destrozar a la madre y a sus pechos, y destruirla también en otras formas.

Un rasgo muy importante de la fantasía destructiva, equivalente al deseo de muerte, es el del lactante que cree que sus deseos fantaseados tienen efecto real, es decir, que siente que sus impulsos destructivos han destruido realmente al objeto y seguirán destruyéndolo; esto tiene consecuencias sumamente importantes para su desarrollo mental. Se defiende de tales temores mediante fantasías omnipotentes de tipo reparador, lo que también influye grandemente en su desarrollo. Si en sus fantasías agresivas el niño ha dañado a su madre mordiéndola y destrozándola, pronto puede fantasear que une de nuevo sus pedazos para repararla². Sin embargo, ello no aplaca del todo su recelo de haber destruido al objeto que, ya lo sabemos, es el que más ama y necesita, del que depende enteramente. En mi opi-

aunque la relación con el pecho de la madre se ha establecido en cierto grado, es enorme la diferencia en el desarrollo psíquico si la gratificación primera y fundamental se obtuvo por medio de un sustituto en lugar de la cosa real deseada. Podemos decir que, aunque los niños se desarrollen bien sin ser amamantados, el desarrollo hubiera sido mejor y diferente si hubieran tenido una lactancia satisfactoria al pecho. Por otra parte, deduzco de mi experiencia que los niños amamantados, aun cuando se desarrollen mal, hubieran estado peor sin la lactancia de pecho”.

² El psicoanálisis de los niños pequeños, que me permitió también llegar a conclusiones en lo que se refiere al trabajo de la mente en una primera etapa, me ha convencido de que tales fantasías se encuentran activas ya en los lactantes. El psicoanálisis de adultos me ha demostrado que los efectos de estas fantasías primitivas son duraderos e influyen profundamente en la mente inconsciente de éstos.

nión estos conflictos básicos actúan profundamente sobre el curso y la fuerza de la vida afectiva de los adultos.

Sentimiento inconsciente de culpa

Todos sabemos que al captar en nosotros impulsos de odio hacia la persona amada nos sentimos afligidos y culpables. Como dice Coleridge:

*...El enojo contra el ser amado
tortura al seso como la demencia.*

Como los sentimientos de culpa son muy dolorosos, solemos relegarlos muy al fondo de la mente. Sin embargo, se expresan disfrazados en distintas formas y constituyen una fuente de perturbación en nuestras relaciones personales. Ciertas personas, por ejemplo, se desazonan muy pronto cuando notan falta de aprecio, aun en quienes poco signifiquen para ellas; la razón es que en su inconsciente consideran que no merecen la atención de nadie, y una actitud fría les confirma la sospecha de no ser dignos. Otras están insatisfechas de sí mismas (sin base objetiva) en las más variadas formas, sea en relación con su apariencia, su trabajo o su capacidad en general. Algunas de estas manifestaciones son comúnmente reconocidas y suelen ser llamadas vulgarmente “complejo de inferioridad”.

Las investigaciones psicoanalíticas demuestran que las actitudes de esta naturaleza tienen raíces mucho más profundas de lo que habitualmente se supone y siempre están relacionadas con sentimientos inconscientes de culpa. Muchas personas tienen intensa necesidad de alabanza y aprobación general, precisamente porque necesitan la prueba de que son dignas de ser amadas. Esto se origina en su temor inconsciente de ser incapaces de brindar amor suficiente y genuino y, en particular, de no poder dominar los impulsos agresivos hacia los demás; temen ser un peligro para los que aman.

El amor y los conflictos en relación con los padres

La lucha entre el amor y el odio, con todos los conflictos a que da lugar, aparece, como he tratado de demostrar, en la primera infancia y opera activamente durante toda la vida. Comienza en la relación del niño con ambos padres. En el vínculo del lactante con su madre ya están presentes los sentimientos sensuales, que se expresan a través de sensaciones placenteras en la boca durante la succión. Pronto aparecen sensaciones genitales y el anhelo por el pecho materno disminuye. No desaparece del todo, sin embargo, sino que permanece activo en el inconsciente y también, en parte, en la mente consciente. En el caso de la niña, su atracción hacia el pecho materno se trans-

forma en interés, en gran parte inconsciente, por el genital paterno, el cual se convierte en el objeto de sus deseos y fantasías libidinales. A medida que prosigue el desarrollo, la niña desea al padre más que a la madre y tiene fantasías conscientes e inconscientes de ocupar el lugar de ésta, conquistándolo y transformándose en su esposa. Cela también a los niños de su madre y quisiera tener hijos con el padre. Estos sentimientos, deseos y fantasías provocan rivalidad, agresión y odio contra la madre y vienen a agregarse a anteriores agravios originados en las primeras frustraciones causadas por el pecho. No obstante, los deseos y fantasías sexuales hacia la madre permanecen activos en la mente de la niña. Bajo esa influencia, quisiera también reemplazar al padre en su relación con la madre; en ciertos casos este anhelo puede incluso ser más intenso que los que siente hacia él. De ese modo, su amor por los padres coexiste con sentimientos de rivalidad hacia ambos, y esta mezcla afectiva incluye también a los hermanos y hermanas. Los deseos y fantasías vinculados a la madre y a las hermanas constituyen la base de futuras relaciones homosexuales directas, ya sea como sentimientos homosexuales que se expresarán indirectamente en forma de amistad y afecto entre mujeres. En el desarrollo normal de las cosas, los deseos homosexuales quedan relegados al segundo plano, se modifican y subliman, y predomina la atracción hacia el otro sexo.

Una evolución similar ocurre en el niño, que pronto experimenta deseos genitales hacia su madre y odio hacia el padre rival. Pero también en él se desarrollan deseos genitales hacia el padre, y ésta es la raíz de la homosexualidad masculina. Estas situaciones suscitan conflictos: la niña, aunque odie a su madre, también la ama y el niño ama al padre y querría evitarle el peligro que emana de sus impulsos agresivos. Además, el principal objeto de todos los deseos sexuales —para la niña, el padre, para el niño, la madre— también despierta odio y rencor, porque defrauda estos deseos.

El niño cela intensamente a sus hermanos y hermanas, porque son sus rivales en el amor de los padres. Sin embargo, también los ama, y aquí de nuevo surgen fuertes conflictos entre los impulsos agresivos y los sentimientos de amor. Esto provoca culpa y origina nuevos deseos de hacer reparaciones, mezcla los sentimientos que tienen gran influencia no sólo en la relación entre hermanos sino también, ya que las relaciones humanas obedecen al mismo patrón, en la actitud social, el amor, la culpa y los futuros deseos de reparar.

Amor, culpa y reparación

Como lo expresé antes, los sentimientos de amor y gratitud surgen directa y espontáneamente en el niño, como respuesta al amor y cuidado de su madre. El poder del amor, que es la manifestación de las fuerzas tendientes a preservar la vida, está presente en el niño, así

como los impulsos destructivos, y encuentra su primera expresión fundamental en el vínculo con el pecho de la madre; al evolucionar, se transforma en amor por ella como persona. Mi labor psicoanalítica me ha convencido de que se produce una etapa muy importante en el desarrollo cuando surgen en la mente infantil los conflictos de amor y odio y se activa el temor de perder al ser amado. Los sentimientos de culpa y congoja entran en acción como un nuevo elemento de amor, del que forma parte integrante, influyendo profundamente sobre su cualidad y cantidad.

Hasta en el niño pequeño se observa cierta preocupación por el ser amado, que no es, como podía pensarse, tan sólo un signo de su dependencia del adulto benévolo y útil. Junto con los impulsos destructivos existe en el inconsciente del niño y del adulto una profunda necesidad de hacer sacrificios para reparar a las personas amadas que, en la fantasía, han sufrido daño o destrucción. En las profundidades de la mente el deseo de brindar felicidad a los demás se halla ligado a un fuerte sentimiento de responsabilidad e interés por ellos, que se manifiesta en forma de genuina simpatía y de capacidad de comprenderlos tales como son.

Identificación y labor de reparación

La simpatía genuina consiste en poder colocarse en el lugar del otro, esto es, de "identificarse" con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general, y una condición del amor intenso y auténtico. Sólo si tenemos capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos. Puesto que al identificarnos con otro ser compartimos la ayuda o la satisfacción que le proporcionamos, recuperamos por una vía lo que sacrificamos por otra.³ Los sacrificios por la persona

³ Como he dicho al comienzo, es constante en todos nosotros la interacción de amor y odio. No obstante, el tema que enfoco es el modo como los sentimientos de amor se desarrollan, se consolidan y estabilizan. Puesto que no trataré la agresión, debo, de todos modos, declarar que ella permanece activa aun en las personas que poseen gran capacidad de amor. En general en éstas, la agresión y el odio (disminuido éste y parcialmente contrarrestado por la capacidad de amar), se encauzan en gran parte hacia fines constructivos, lo que llamamos "sublimación". En realidad, no hay actividad constructiva en la que no entre algo de agresión, en una u otra forma. Tomemos, por ejemplo, el trabajo del ama de casa: la limpieza y demás menesteres atestiguan su deseo de crear un ambiente grato para sí y para los demás, lo que constituye una manifestación de amor hacia los seres y objetos que cuida. Al mismo tiempo, libera su agresión contra el enemigo, o sea la suciedad, que para su inconsciente representa las cosas "malas". El odio y la agresión originales, provenientes de las fuentes más tempranas, pueden resurgir en las mujeres para quienes la limpieza se vuelve obsesiva. Todos conocen al tipo de mujer que amarga la vida de la familia con su constante "manía de limpieza": en estos casos, el odio se vuelca precisamente contra las perso-

amada y la identificación con ella nos colocan en el papel de un padre bueno, y nos comportamos con ella como nuestros padres a veces lo han hecho con nosotros, o como hemos deseado que lo hicieran. A la vez desempeñamos el papel del niño bueno hacia sus padres, realizando en el presente lo que hubiéramos querido hacer en el pasado. Así, al invertir la situación, es decir, al actuar hacia otros como padres bondadosos, nos recreamos y gozamos en la fantasía del amor y la bondad que anhelamos en nuestros padres. Esto puede también constituir un modo de manejar los sufrimientos y frustraciones del pasado. Mediante la fantasía retrospectiva de desempeñar simultáneamente el papel del buen hijo y del buen padre eliminamos parte de nuestros motivos de odio, logrando así neutralizar las quejas contra los padres frustradores, el furor vindicativo que ellos nos han provocado y los sentimientos de culpa y desesperación provenientes de este odio que dañaba a los que eran al mismo tiempo objeto de nuestro amor. A la vez, en el inconsciente reparamos nuestros agravios fantaseados (producto de nuestra fantasía) que nos causaban aún gran dosis de culpa. Este mecanismo de "reparación" es, a mi juicio, un elemento fundamental en el amor y en todas las relaciones humanas; lo mencionaré, pues, a menudo en las páginas siguientes.

Una relación amorosa feliz

Teniendo presente lo que expuse sobre los orígenes del amor, consideraremos ahora algunas relaciones adultas, tomando como primer ejemplo una relación de amor estable y satisfactoria entre hombre y mujer, como la que puede existir en un matrimonio feliz. Involucra un vínculo profundo y capacidad para el sacrificio mutuo y para compartir tanto el dolor como el placer, tanto los intereses co-

nas que ama y cuida. Odiar a los seres y cosas que se consideran odiosas, ya sean personas que nos disgusten o principios (políticos, artísticos, religiosos o morales) que se oponen a los nuestros, es una manera general de desahogar sentimientos de odio, agresión, desdén y desprecio en forma permitida e incluso, a veces, muy constructiva, si no se la lleva a extremos. Si bien utilizadas en forma adulta, éstas son, en el fondo las emociones de nuestra infancia cuando odiábamos a las personas que eran al mismo tiempo, objeto de nuestro amor: los padres. Aun entonces intentábamos dirigir el amor hacia ellos y volcar el odio hacia otros seres y cosas, proceso que resultará más afortunado cuando hayamos desarrollado y estabilizado nuestra capacidad de amor, así bien como extendido nuestro ámbito de intereses, amores y odios en la vida adulta. Daré otro ejemplo: el trabajo de los abogados, políticos y críticos involucra enfrentar contrincantes, pero de modo tal que resulta permisible y útil. Aquí vuelven a aplicarse las conclusiones que preceden. Una de las muchas maneras en que la agresión puede expresarse legítima y loablemente, es en los juegos en que se ataca al adversario temporalmente —y esta transitoriedad ayuda a disminuir la culpa— con sentimientos que, otra vez, derivan de las primeras emociones infantiles. Existen, pues, varias formas sublimadas y directas, en que las personas cordiales y capaces de amar pueden expresar su odio y agresión.

mo los goces sexuales. Una relación de esta índole abre un extenso ámbito para las más diversas manifestaciones del amor.⁴ Si la actitud de la mujer hacia el hombre es maternal, satisface, en la medida posible, los tempranos deseos de él de recibir gratificaciones de su propia madre. En el pasado esos anhelos nunca fueron completamente satisfechos, y tampoco han sido abandonados del todo. Es como si él ahora tuviese a su madre para sí, con sentimientos de culpa relativamente escasos (cuya razón se detallará más adelante). Si la mujer tiene una vida emocional ricamente desarrollada, además de abrigar sentimientos maternos, conservará algo de su actitud infantil hacia su padre, y ciertas características de la antigua relación matizarán su vínculo con el marido. Por ejemplo, le brindará admiración y confianza, viéndolo en él una figura protectora y útil, tal como antes lo fuera su padre. Estos sentimientos forman la base de una relación que permitirá la plena satisfacción de los deseos y necesidades de la mujer como persona adulta. A su vez, esta actitud de la mujer proporciona al hombre la oportunidad de protegerla y cuidarla de mil maneras, es decir, de desempeñar hacia su madre, en su inconsciente, el papel de un buen marido.

Cuando una mujer es capaz de amar intensamente a su marido y a sus hijos podemos deducir que muy probablemente su relación infantil con sus padres y hermanos ha sido buena, o sea, que pudo manejar en forma satisfactoria sus tempranos impulsos de odio y venganza contra ellos. He mencionado anteriormente la importancia del deseo inconsciente de la niña de tener un hijo con su padre, y los impulsos sexuales involucrados en tal deseo. La frustración sexual que le inflige el padre suscita intensas fantasías agresivas, que tendrán gran influencia sobre su capacidad de obtener gratificación sexual en la vida adulta. En la niña pequeña las fantasías sexuales están, pues, conectadas con el odio que, específicamente, va dirigido contra el pene del padre, pues este órgano le niega la gratificación que proporciona a la madre. Su odio y sus celos la llevan a desear que el pene sea algo peligroso y malo que tampoco pueda gratificar a su madre; así en su fantasía el pene adquiere cualidades destructivas. A causa de sus deseos inconscientes, centrados alrededor de las gratificaciones sexuales de los padres, algunas de sus fantasías atribuyen a los órganos y placeres genitales un carácter peligroso y dañino. Estas fantasías agresivas son de nuevo neutralizadas en su mente por el deseo de reparar: más específicamente, de curar el genital paterno, al que mentalmente ha dañado o investido de maldad. También las fanta-

⁴ Al considerar las emociones y las relaciones adultas me referiré en este artículo principalmente a la influencia que tienen sobre las manifestaciones posteriores del amor, los primeros impulsos, sentimientos inconscientes y fantasías del niño. Esto lleva necesariamente a una presentación algo unilateral y esquemática, pues no me permite hacer justicia a los múltiples factores que ejercen durante toda la vida una interacción entre las influencias del mundo externo y las fuerzas internas del individuo y que actúan conjuntamente para elaborar una relación adulta.

sias de índole restauradora están conectadas con sentimientos y deseos sexuales. Todo este fantasear inconsciente tendrá gran influencia sobre los sentimientos de la mujer hacia su marido. Si éste la ama y además la gratifica sexualmente, sus fantasías sádicas inconscientes se debilitarán. Pero, aunque en la mujer normal nunca alcancen un grado que inhiba la tendencia a mezclarlas con impulsos eróticos más positivos o amistosos, estas fantasías jamás desaparecen del todo, sino que estimulan a las otras de naturaleza reparadora; vuelve así a actuar el impulso de reparación. Las gratificaciones sexuales no sólo le proporcionan placer, sino que también la apaciguan y protegen contra los temores y sentimientos de culpa derivados de sus primeros deseos sádicos. A su vez, el apaciguamiento acrecienta su gratificación sexual y despierta en ella gratitud y ternura, al mismo tiempo que acentúa su amor. Debido a que en las profundidades de su mente perdura la idea de que su genital es peligroso y podría dañar el del marido —noción que proviene de sus fantasías agresivas contra su padre— parte de la satisfacción que obtiene deriva del hecho de comprobar que sus genitales son buenos, puesto que proporcionan a su marido placer y felicidad.

Las fantasías de la niña pequeña sobre la peligrosidad de los genitales paternos conservan cierta vigencia en el inconsciente de la mujer. Pero si tiene con su marido una relación feliz y sexualmente gratificadora siente que los genitales de aquél son buenos, lo cual disipa su miedo. La gratificación sexual actúa así como doble garantía: de su propia bondad y de la de su marido, y la seguridad que esto le brinda incrementa a su vez el goce sexual, ampliando el círculo propicio a la paz íntima. Los celos y odios tempranos de la mujer hacia su madre considerada como rival en el amor del padre, han desempeñado un papel importante en sus fantasías agresivas. La felicidad mutua proveniente de la gratificación sexual y de la relación feliz y amorosa con su marido será parcialmente interpretada como indicio de que sus deseos sádicos contra la madre han sido inoperantes o anulados por la reparación.

También la actitud emocional y la sexualidad del hombre en su relación con la mujer sufren por supuesto la influencia de su pasado. La frustración de sus deseos genitales por su madre, en la niñez, despertó en él la fantasía de que su pene se transformaba en un instrumento capaz de herirla y dañarla. También contra su padre alentó fantasías sádicas a raíz de los celos y el odio que sentía contra ese rival en el amor materno. En la relación sexual con su compañera entran en juego, en cierto grado, sus tempranas fantasías agresivas, que lo llevaron a temer la destructividad de su pene. Y, por una transmutación de naturaleza similar a la que se produce en la mujer, el impulso sádico, cuando no es excesivo, estimula las fantasías de reparación. Sentirá entonces que su pene es un órgano bueno y curativo, que proporciona placer a la mujer, repara su genital dañado y le da hijos. Una relación feliz y sexualmente gratificadora le prueba la

bondad de su pene y también, inconscientemente, el éxito de sus intentos de reparación. Esto no sólo aumenta su placer sexual, su amor y ternura por la mujer, sino que propicia sentimientos de gratitud y seguridad, los que a su vez incrementan sus poderes creadores en otros campos e influyen favorablemente sobre su capacidad para el trabajo y otras actividades. Al compartir sus intereses (así como su amor y su placer sexual), la mujer le prueba el valor de su trabajo. Su primitivo deseo de ser capaz de hacer por su madre lo que su padre hacía en el terreno sexual y en otros de recibir de ella lo que él recibía, con ella produce también el efecto de disminuir su agresión contra el padre, intensamente estimulada por su fracaso en obtener a la madre como esposa. Esto le tranquiliza en cuanto a las consecuencias de sus prolongadas tendencias sádicas contra el padre.

Puesto que su odio y su rencor contra el padre han matizado sus sentimientos hacia los hombres que lo representan y los resentimientos contra su madre han igualmente afectado su relación con las mujeres que la simbolizan, una experiencia amorosa satisfactoria cambia su perspectiva vital y su actitud hacia la gente y las actividades en general. El amor y el aprecio de su esposa le dan el sentimiento de haber alcanzado plena madurez y de ser igual a su padre. Se atenúa la rivalidad hostil y agresiva contra éste, cediendo el lugar a una competencia más amistosa con él —o más bien con símbolos paternos admirados— en las realizaciones y tareas productivas y es muy probable que aumente o mejore su creatividad.

Del mismo modo, una mujer que establece una relación amorosa feliz con un hombre se siente inconscientemente a la altura del lugar que la madre ocupaba junto a "su" marido y capaz de obtener las satisfacciones de que aquélla disfrutaba y que le fueron negadas en su niñez. Puede entonces equipararse a su madre y gozar de la misma felicidad, derechos y privilegios, pero sin dañarla ni robarla. Los efectos sobre su actitud y el desarrollo de su personalidad son análogos a los cambios producidos en el hombre cuando, mediante un matrimonio feliz, se considera igual a su padre.

De esta manera ambos cónyuges experimentan la relación de amor y gratificación sexual mutua como una feliz recreación de sus primeros años familiares. Muchos deseos y fantasías nunca pueden ser satisfechos en la niñez,⁵ no sólo porque son irrazonables sino

⁵ Cuando se trata de un niño, por ejemplo, éste desea tener a la madre para sí las veinticuatro horas del día, tener con ella relaciones sexuales, darle hijos, matar al padre del que está celoso, despojar a sus hermanos y hermanas de todo lo que poseen y apartarlos si se interponen en su camino. Es obvio que si estos deseos imposibles se cumplieran, le causarían un profundo sentimiento de culpa. Hasta la admisión de deseos destructivos de mucho menor alcance le despierta conflictos agudos. Por ejemplo, muchos niños se sentirán culpables al ser favoritos de la madre, porque su padre y hermanos quedarán perjudicados. Esto es lo que quiero dar a entender cuando menciono deseos simultáneos contradictorios en el inconsciente. Los deseos del niño son ilimitados, lo mismo que sus impulsos destructivos en relación con éstos, pero al mismo tiempo tiene también, inconscientes y conscientemente, tendencias opuestas;

también porque en el inconsciente coexisten simultáneamente deseos contradictorios. Parece una paradoja, pero en cierta forma el cumplimiento de muchos deseos infantiles sólo es posible cuando el individuo ha crecido. En la relación feliz entre adultos el temprano deseo de tener a la madre o al padre para sí permanece aún inconscientemente activo. Por supuesto, la realidad no permite que la gente se case con su madre o con su padre; si ello fuera factible, los sentimientos de culpa hacia terceros interferirían en la gratificación. Pero sólo quien en el inconsciente pudo fantasear tales relaciones y, hasta cierto punto, vencer los sentimientos de culpa inherentes a estas fantasías y gradualmente logró desprenderse de los padres a la vez que permanecer vinculado a ellos, estará capacitado para transferir sus deseos a personas que representarán los anhelados objetos del pasado, sin ser idénticos a ellos. Es decir, que sólo el individuo que ha "crecido", en el verdadero sentido de la palabra, podrá realizar sus fantasías infantiles en la vida adulta; y por añadidura, con el alivio de la culpa sentida antaño por sus deseos infantiles. En efecto, una situación fantaseada en la niñez se ha hecho ahora real, pero lícita y en forma tal que le demuestra que los diversos males que su fantasía asociaba con dicha situación en realidad no han ocurrido. Una relación adulta feliz como la que he descrito puede significar, según lo expresé antes, una recreación de la temprana situación familiar, que será ahora más completa, ampliando el ámbito de apaciguamiento y seguridad mediante la relación del hombre y la mujer con los hijos. Esto nos lleva al tema de la paternidad.

Los padres: ser madre

Consideraremos primero una auténtica relación de afecto entre la madre y el hijo, tal como la que se desarrolla si la mujer ha alcanzado una personalidad plenamente maternal. Muchos lazos vinculan la relación de una madre con su hijo a la que en la niñez mantuvo con

desea también dar amor y reparar. En realidad, quiere que los adultos que lo rodean repriman sus agresiones y egoísmos, porque si les diera rienda suelta, sufrirá el dolor del remordimiento y del desprecio; cuenta con esta ayuda de los adultos, como con cualquier otra que necesite. En consecuencia, es psicológicamente inadecuado intentar solucionar las dificultades de los niños mediante el sistema de no frustrarlos de ninguna manera. Naturalmente, la frustración que es en realidad innecesaria o arbitraria y que no demuestra sino falta de amor y comprensión, es muy perjudicial. Es importante darse cuenta de que el desarrollo del niño depende, y hasta cierto punto está formado, de su capacidad de encontrar medios de soportar las frustraciones inevitables y necesarias y los conflictos de amor y odio que son en parte ocasionados por ellas: es decir, manejarse entre el odio que aumenta con las frustraciones, y el amor y el deseo de reparación impulsado por el dolor del remordimiento. El modo como el niño se adapta a estos problemas de su mente constituirá la base de todas sus relaciones sociales posteriores, su capacidad adulta para amar y su desarrollo cultural. Puede ser inmensamente ayudado en la niñez por el amor y la comprensión de los que lo rodean, pero estos profundos problemas no pueden ser solucionados ni eliminados.

su propia madre. En todos los niños existe un fuerte deseo consciente e inconsciente de tener hijos. En las fantasías inconscientes de la niña el cuerpo de su madre está lleno de hijos; se imagina que han sido puestos allí por el pene del padre, que para ella es símbolo de toda creatividad, poder y bondad. Su actitud predominantemente admirativa hacia su padre y sus órganos sexuales como creadores y capaces de dar vida se acompaña de un intenso deseo de poseer hijos propios y tenerlos dentro de sí como la posesión más preciosa.

La observación cotidiana nos muestra que las niñas pequeñas juegan con las muñecas como si éstas fueran sus hijos. A menudo hacen alarde de apasionada devoción, tratando a esos juguetes como a niños reales, compañeros, amigos que forman parte de su vida. No sólo no dejan las muñecas sino que constantemente se ocupan de ellas desde que comienza el día y presentan dificultad en abandonarlas cuando deben hacer otra cosa. Estos deseos de la niñez persisten hacia la edad adulta y contribuyen a cimentar la fuerza del amor que una mujer embarazada siente por el hijo que crece en sus entrañas y luego por el que ha dado a luz. La gratificación de tenerlo al fin alivia el dolor de su frustración infantil, cuando deseaba un hijo de su padre y no podía tenerlo. El cumplimiento de un deseo tan importante y largamente postergado tiende a disminuir su agresión y aumentar su capacidad de amor hacia su hijo. Además, el desamparo del niño y su gran necesidad de cuidados maternos demanda más amor que el que puede proporcionarse a cualquier otra persona, brindando así un cauce a todas las tendencias afectuosas y constructivas de la madre. Nadie ignora que algunas madres sacan partido de esta relación para gratificar sus propios deseos, es decir, su sentido posesivo y la satisfacción de tener quien dependa de ellas. Tales mujeres quieren conservar a sus hijos adheridos a ellas y detestan la idea de verlos crecer y adquirir personalidad. En otras, el desamparo del niño hace aflorar todos sus fuertes deseos de reparación, que derivan de varias fuentes y pueden ahora aplicarse al hijo largamente deseado, que representa el cumplimiento de sus tempranas aspiraciones. La gratitud hacia el niño que le proporciona el goce de poder amarlo aumenta estos sentimientos y puede conducirla a subordinar su propia gratificación al bienestar de su hijo, que se constituirá en su interés primordial.

La naturaleza de las relaciones de la madre con sus hijos cambia, por supuesto, a medida que ellos crecen. Su actitud hacia los hijos mayores estará más o menos bajo la influencia de la actitud que tuvo en el pasado hacia sus hermanos, hermanas, primos, etc. Ciertas dificultades en las relaciones pasadas pueden interferir en sus sentimientos hacia su propio hijo, especialmente si éste revela reacciones y rasgos que tienden a reactivar en ella los antiguos problemas. Los celos y la rivalidad fraterna le han despertado deseos de muerte y fantasías agresivas, y en su mente creyó dañar y destruir a sus hermanos. Si los sentimientos de culpa y conflictos derivados de estas fan-

tasias no son demasiado fuertes, la posibilidad de reparar gana así mayor alcance y sus afectos maternos pueden manifestarse de un modo más completo.

Uno de los elementos de esta actitud materna parece ser la capacidad de ponerse en el lugar del niño y ver la situación desde su punto de vista. El ser capaz de hacerlo con amor y simpatía está íntimamente asociado, como lo hemos visto, con los sentimientos de culpa y el impulso de reparación. Sin embargo, si la culpa es muy fuerte esta identificación puede llevar a una actitud extremada de autosacrificio, sumamente desventajosa para el niño. Es bien sabido que un niño educado por una madre que lo inunda de amor y no le pide nada a cambio, a menudo se transforma en una persona egoísta. La falta de capacidad de amor y consideración en un niño es en cierta medida un velo que encubre sentimientos de culpa excesivos. La indulgencia materna exagerada tiende a fomentar un clima de quietud y, además, no da campo suficiente para el ejercicio del impulso infantil de hacer reparación, sacrificios a veces, y desarrollar una verdadera consideración hacia los demás.⁶

Con todo, si la madre no está demasiado envuelta en los sentimientos del niño ni excesivamente identificada con él, puede hacer uso de su sensatez para guiar al hijo del modo más provechoso. Disfrutará entonces plenamente de la posibilidad de fomentar su desarrollo, satisfacción ésta que se refuerza con las fantasías de hacer por su hijo lo que logró o deseó que su madre hiciera por ella. Salda así su deuda y repara los daños que en su fantasía hizo a los hijos de su madre, lo cual contribuye a aplacar sus sentimientos de culpa. La capacidad materna de amar y comprender a sus hijos se pone a prueba especialmente cuando éstos llegan a la adolescencia. En este período los chicos tienden normalmente a separarse de sus padres y a liberarse en cierta medida de sus antiguos vínculos con ellos. Sus esfuerzos para abrirse camino hacia nuevos objetos de amor crean situaciones que quizá resulten muy dolorosas para los padres. La madre que tiene fuertes sentimientos maternos puede permanecer firme en su amor, ser paciente y comprensiva, proporcionar ayuda y consejo cuando sean necesarios y permitir, con todo, que los hijos elaboren sus propios problemas, todo ello sin pedir mucho. Sin embargo, esto sólo es posible si su capacidad de amar se ha desarrollado en forma tal que le permita una doble identificación, con su hijo y con la madre sensata que su mente evoca.

La relación de la madre con sus hijos volverá a cambiar de carácter, y su amor buscará nuevas formas de manifestarse cuando ellos

⁶ Un efecto similarmente perjudicial (aunque esto sucede en forma diferente) es causado por la rudeza o por falta de amor de los padres. Esto se relaciona con el importante problema de cómo el ambiente influye en el desarrollo emocional del niño de un modo favorable o desfavorable, pero esto está más allá del objeto del presente artículo.

hayan crecido y tengan su propia vida, liberados ya de sus antiguos lazos. La madre advierte ahora que no desempeña un papel muy amplio en sus vidas. Pero puede experimentar cierta satisfacción al conservar disponible su amor para cuando sus hijos lo necesiten. Inconscientemente siente que les proporciona seguridad: sigue siendo la madre de antes, cuyo seno les dio gratificación plena y que satisfizo sus necesidades y deseos. En esta situación se identifica completamente con su propia madre protectora, cuya influencia benigna jamás se ha desvanecido en su mente. Al mismo tiempo se identifica con sus propios hijos. En su fantasía vuelve, por así decirlo, a la niñez y comparte con ellos la posesión de una madre buena y protectora. El inconsciente de los niños a menudo responde al de la madre y, al margen del grado en que utilice el acopio de amor que le está destinado, frecuentemente derivan un gran aliento y apoyo interior del hecho de que este amor exista.

Los padres: ser padre

Aunque los hijos no signifiquen tanto para el hombre como para la mujer, desempeñan en su vida un papel importante, especialmente si él y su mujer viven en armonía. Para remontarnos a los orígenes profundos de esta relación reitero lo que ya expuse sobre la gratificación que obtiene el hombre al proporcionar un hijo a su mujer, en la medida en que esto representa una compensación de sus deseos sádicos hacia su madre y una reparación de ello. Este mecanismo aumenta la satisfacción real de crear un hijo y de realizar los deseos de su esposa. La gratificación de sus deseos femeninos al compartir el goce maternal de su mujer constituye una fuente adicional del placer. En la niñez deseó intensamente tener hijos con su madre y estos deseos incrementaron sus impulsos de robarle sus niños. Como hombre, "puede" dar hijos a su mujer, verla feliz con ellos; puede ahora, sin sentimientos de culpa, identificarse con ella en el parto y el amantamiento, así como en la relación con los hijos mayores.

De todos modos, el ser un "buen padre" para sus hijos da al hombre muchas satisfacciones. Todos sus impulsos protectores, que han sido estimulados por sentimientos de culpa en relación con su temprana vida familiar infantil, encuentran ahora expresión plena. Además, se produce una identificación con un padre bueno, ya sea su padre real o un padre idealizado. Otro elemento más en la relación con sus hijos será su identificación con ellos, pues en su mente comparte sus goces. Asimismo, al ayudarles en sus dificultades y promover su desarrollo reedita su propia niñez de una manera más satisfactoria. Mucho de lo expuesto sobre la relación de la madre con sus hijos en las diferentes etapas se aplica también al padre. Si bien desempeña un papel distinto del de ella, las actitudes de ambos se complementan mutuamente. Si (como lo damos por sentado en este capítulo

lo) la vida matrimonial se apoya en el amor y la comprensión, el marido también disfruta de la relación de su mujer con los hijos, mientras ella siente placer de la comprensión y ayuda que el marido les presta.

Dificultades en las relaciones familiares.

Sabemos que una vida familiar plenamente armoniosa como la que he descrito no es un caso corriente. Depende de una feliz coincidencia de circunstancias, de factores psicológicos y, primordialmente, de una capacidad de amor bien desarrollada en ambos cónyuges. Pueden acaecer dificultades de todo tipo en la relación entre marido y mujer, y en la de éstos con sus hijos; daré algunos ejemplos.

La individualidad del niño tal vez no corresponda a lo que los padres desearían. Cada uno de ellos pudo inconscientemente haber querido que el hijo se pareciera a uno de sus propios hermanos; y naturalmente, uno de los dos será defraudado, si no ambos. Asimismo, si ha habido en ellos una fuerte rivalidad e intensos celos en relación con los hermanos y hermanas, esta situación puede repetirse ante el desarrollo y las realizaciones de sus hijos. Otro problema se produce cuando los padres son muy ambiciosos y utilizan los logros de sus hijos para obtener seguridad y disminuir sus propios temores. Hay además mujeres incapaces de amar y de gozar el hecho de tener hijos porque se sienten, en la fantasía, demasiado culpables de ocupar el lugar de sus propias madres. Una mujer de este tipo tal vez no pueda atender a sus hijos, debiendo entregarlos al cuidado de niñeras o de otras personas que, en su inconsciente, representan a su madre. De este modo le devuelve los hijos que deseó quitarle. Este temor de amar al hijo, que naturalmente perturba la relación con él, puede ocurrir también en los hombres y es muy probable que afecte las relaciones mutuas entre marido y mujer.

He dicho que los sentimientos de culpa y el impulso de reparación están íntimamente ligados a la emoción amorosa. Sin embargo, si el primitivo conflicto entre amor y odio no ha sido satisfactoriamente resuelto, o si la culpa es demasiado fuerte, puede producirse una reacción de alejamiento ante el ser amado, e incluso de rechazo hacia él. En último análisis, el temor de que la persona amada —originalmente la madre— pueda morir a causa de los agravios que en la fantasía se le han infligido, torna intolerable el depender de ella. Podemos observar la satisfacción de los niños pequeños ante sus primeras realizaciones y todo lo que aumente su independencia. Ello se debe a muchas razones obvias, pero, según mi experiencia, hay una muy importante y profunda: el niño se siente impulsado a debilitar sus lazos con la persona más importante, su madre. Originariamente ella preservó su vida, satisfizo todas sus necesidades, le brindó protección y

seguridad; en consecuencia, es para él fuente de toda bondad y vida. En su fantasía inconsciente, ella forma parte inseparable de sí mismo y, por lo tanto, su muerte implicaría también la del niño. Si tales sentimientos y fantasías son muy intensos, el apego a las personas amadas puede llegar a ser una carga abrumadora.

Muchas personas buscan solución a estas dificultades mediante el recurso de reducir su capacidad de amor, "negándola" o suprimiéndola, y evitando toda emoción fuerte. Otras escapan a los peligros del amor desplazándola predominantemente de las personas a los objetos. El desplazamiento del amor a las cosas e intereses (que he tratado en relación con el explorador y el hombre que lucha contra las fuerzas de la naturaleza) forma parte del crecimiento normal. Pero en algunos, se transforma en el método principal para manejar los conflictos, o mejor, para evitarlos. Todos conocemos al individuo que se rodea de animales, al coleccionista apasionado, al científico, al artista y otros seres capaces de un gran amor y hasta de sacrificios por los objetos de su devoción o por su tarea favorita, pero que escatiman su interés y amor hacia los demás seres humanos.

Una evolución muy distinta se produce en los que pasan a depender enteramente de las personas con quienes establecen vínculos intensos. El miedo inconsciente a la muerte del ser amado fomenta esa dependencia excesiva. Los temores de esa naturaleza incrementan la voracidad, que viene a constituir uno de los elementos de tal actitud y se expresa a través de la utilización exagerada de la persona de quien se depende. El eludir responsabilidades es otro componente de la dependencia excesiva; el otro se hace responsable de nuestros actos y a veces hasta de nuestras opiniones y pensamientos. (Esta es una de las razones de la adopción indiscriminada de las ideas de un líder y de la obediencia ciega a sus mandatos). Para los que son tan dependientes, el amor se hace sumamente necesario como apoyo contra el sentimiento de culpa y los distintos temores. El ser amado debe probarles, con manifestaciones de afecto siempre reiteradas, que no son malos ni agresivos y que sus impulsos destructivos no se han hecho efectivos.

Estas ligaduras extremadas son especialmente perturbadoras en la relación de la madre con su hijo. Como lo he señalado antes, la actitud materna ante el hijo tiene mucho en común con los primeros sentimientos de la niña hacia su propia madre. Ya sabemos que esta primera relación se caracteriza por el conflicto entre amor y odio. Al tener un hijo, la mujer transfiere sobre él los deseos inconscientes de muerte que de niña sintió hacia su madre.

Los problemas afectivos entre hermanos y hermanas en la niñez, intensifican estos sentimientos. Si a causa del conflicto no resuelto en el pasado, la madre se siente demasiado culpable en relación con el hijo, puede necesitar su amor tan intensamente que utilizará varios recursos para mantenerlo estrechamente ligado a ella y dependiente;

o quizá se dedique a él hasta el punto de transformarlo en eje de toda su vida.

Consideremos ahora, aunque sólo desde un aspecto básico, una actitud mental muy diferente: la infidelidad. Las múltiples manifestaciones y formas de infidelidad (resultado de los más variados modos de desarrollo y expresión: en algunas personas, principalmente de amor; en otras, de odio, con todos los matices intermedios), tienen un fenómeno en común: el repetido alejamiento de una persona (amada) motivado en parte por el temor a la dependencia. He descubierto que, en las profundidades de la mente, el típico Don Juan se siente acosado por el miedo a la muerte de sus amadas, el que se abriría paso y provocaría depresión y grandes sufrimientos mentales, si no fuera por su defensa específica: la infidelidad. Por este medio se está probando constantemente a sí mismo que su objeto, "uno" y muy amado (originariamente su madre, cuya muerte temía porque su amor hacia ella era voraz y destructivo), no le es, después de todo, indispensable, ya que siempre podrá volcar en otra mujer sentimientos apasionados, aunque superficiales. En contraste con los que por temor a la muerte del ser amado, lo rechazan, o bien sofocan y niegan el amor, el Don Juan, por varias razones, toma el camino opuesto. Pero su actitud con las mujeres involucra una transacción inconsciente. Al abandonar y rechazar a algunas mujeres se aleja inconscientemente de su madre salvándola de sus deseos peligrosos y liberándose de su penosa dependencia, mientras que al buscar a otras y proporcionarles placer y amor, en su inconsciente retiene a la madre amada o vuelve a re-crearla.

En realidad se siente impulsado hacia una y otra porque pronto todas ellas se transforman en imagen de su madre. Su objeto original de amor es así reemplazado por una sucesión de objetos diversos. En la fantasía inconsciente, recrea o repara a su madre por medio de gratificaciones sexuales (que realmente brinda a otras mujeres), pues sólo en un aspecto siente su sexualidad como peligrosa; en otro, la siente reparadora y susceptible de hacerla feliz. Esta doble actitud forma parte de la transacción inconsciente que origina la infidelidad y es condición de ese tipo particular de desarrollo.

Esto me lleva a considerar otra clase de dificultad en las relaciones amorosas. A veces un hombre vuelca sus sentimientos afectuosos, tiernos y protectores en una mujer, quizá su esposa, pero es incapaz de obtener goce sexual con ella y debe reprimir sus deseos sexuales o satisfacerlos con otra. Los temores de que su sexualidad sea de naturaleza destructiva, el miedo al padre como rival y los resultantes sentimientos de culpa son otras tantas razones profundas de la separación entre los afectos tiernos y los específicamente sexuales. La mujer amada y altamente valorizada, que se erige como su madre, tiene que ser preservada de su sexualidad, que en la fantasía siente como peligrosa.

Elección del compañero de amor

El psicoanálisis nos muestra que profundos motivos inconscientes participan en la elección de la pareja y determinan la atracción sexual y el placer de la mutua compañía. Los sentimientos de un hombre hacia una mujer sufren la influencia de su vínculo temprano con la madre. Pero tal situación puede ser más o menos inconsciente y presentar manifestaciones muy enmascaradas. Quizás un hombre elija como compañera a una mujer que tenga algunas características completamente opuestas a las de su madre: tal vez la apariencia de la amada sea muy distinta, pero su voz o ciertos rasgos de su personalidad que le resultan especialmente atractivos, concordarán con las primeras impresiones que él recibió de su madre. O tal vez, precisamente con el propósito de desligarse de un vínculo demasiado fuerte con la madre, venga a elegir una compañera que presente un contraste absoluto con aquélla.

Muy a menudo, a medida que se produce el desarrollo del niño, una hermana o una prima ocupan el lugar de la madre en sus fantasías sexuales y en su amor. Es obvio que la actitud basada en estos sentimientos será distinta de la del hombre que busca fundamentalmente rasgos maternos en la mujer. Con todo, la elección resultante de sentimientos experimentados hacia una hermana, puede tender también a la búsqueda de aspectos de índole maternal en la compañera. La temprana influencia que sobre el niño ejercen las personas de su ambiente, crea una gran variedad de posibilidades: una niñera, una tía, una abuela, pueden desempeñar un papel muy importante. Naturalmente, al considerar la influencia de las primeras relaciones sobre la elección posterior, no debemos olvidar que lo que el hombre desea recrear en sus relaciones amorosas es su impresión infantil ante la persona amada y las fantasías que tuvo con ella. Además, el inconsciente establece asociaciones sobre bases muy distintas de las que rigen en la mente consciente. Toda suerte de impresiones completamente olvidadas —reprimidas— contribuye así para que una persona resulte para determinado individuo, más atractiva que las demás, en el terreno sexual y en otros.

Factores similares actúan en la elección femenina. Las impresiones que conserva de su padre, sus sentimientos hacia él —admiración, confianza, etc.—, pueden desempeñar un papel predominante en la elección del compañero. Pero quizá su temprano amor hacia su padre haya sufrido serias alteraciones. Tal vez se haya alejado de él muy pronto debido a fuertes conflictos o graves decepciones. En este caso, un hermano, un primo o un compañero de juegos puede haber asumido gran importancia, tornándose en el receptáculo de sus deseos y fantasías sexuales, así como de sus sentimientos maternos. Buscará entonces un amante o un marido que configure la imagen de ese hermano, de preferencia el que tenga cualidades de tipo paterno. En una relación de amor feliz el inconsciente de la pareja se corres-

ponde. En el caso de la mujer que tiene marcados sentimientos maternales, las fantasías y los deseos del hombre que busca una mujer predominantemente maternal corresponderán a los suyos. Si permanece muy ligada a su padre, inconscientemente buscará a un hombre que necesite desempeñar ante la mujer el papel de un buen padre.

Aunque los vínculos amorosos de la vida adulta están fundados en las primeras relaciones emocionales con los padres, hermanos y hermanas, los nuevos lazos no son necesariamente meras repeticiones de la temprana situación familiar. Los recuerdos, sentimientos y fantasías inconscientes entran en la nueva ligazón de amor y amistad en formas completamente disfrazadas. Pero además de las primeras influencias, muchos otros factores actúan en los complicados procesos que cimentan una relación amorosa o amistosa. Las relaciones normales adultas siempre contienen nuevos elementos derivados de la nueva situación: las circunstancias, la personalidad del otro, y su respuesta a las necesidades emocionales y a los intereses prácticos del adulto.

Logro de independencia

Hasta aquí me he referido principalmente a las relaciones íntimas entre los seres. Entraremos ahora en las manifestaciones más generales del amor y las formas en que éste participa de intereses y actividades de todo tipo. El vínculo primario del niño con el pecho y la leche de su madre constituye la base de todas las relaciones de amor en la vida. Pero si consideráramos la leche materna simplemente como un alimento saludable y adecuado, concluiríamos que sería fácil reemplazarlo por otro igualmente conveniente. Sin embargo, la leche de la madre, la primera que aplaca los tormentos del hambre en el niño y que proviene del pecho que llega a amar cada vez más, adquiere para él un inestimable valor emocional. El pecho y su producto, primeras gratificaciones de su instinto de autopreservación y de sus deseos sexuales, se erigen en su mente en símbolos de amor, placer y seguridad. Es por lo tanto de suprema importancia el saber hasta qué punto puede "psicológicamente" reemplazar este primer alimento por otros. La madre logra, con mayor o menor dificultad, que el niño se acostumbre a ingerir otras sustancias. Con todo, quizás él no abandone su intenso deseo del alimento primitivo; quizá no olvide sus quejas y su odio por haber sido privado de él, ni se adapte, en el verdadero sentido, a esta frustración; y si ello ocurriera, no podrá adaptarse a ninguna frustración de su vida futura.

Si llegamos a comprender, mediante la exploración del inconsciente, la fuerza y profundidad del primer apego a la madre y a su alimento así como la intensidad con que éste persiste en el inconsciente del adulto, nos sorprenderá ver que el niño logre paulatinamente desprenderse de ella y conquistar independencia. Es cierto que ya en el lactante existe un agudo interés por lo que ocurre a su alrede-

dor, una creciente curiosidad y placer en aumentar su ámbito de personas, cosas y realizaciones, todo lo cual parece facilitarle nuevos objetos de amor y de interés. Pero esto no basta para explicar su posibilidad de desligarse de la madre con quien tiene un vínculo inconsciente tan fuerte. La índole misma de este intenso apego lo impulsa a separarse de ella porque (dada la inevitabilidad de la avidez frustrada y del odio) despierta en él el miedo de perder a esta persona tan importante y, por lo tanto, el temor a depender de ella. Existe así, en el inconsciente, la tendencia a abandonarla, contrarrestada por el apremiante deseo de tenerla para siempre. Estos sentimientos contradictorios, juntamente con el crecimiento emocional e intelectual del niño, que le permite encontrar otros objetos de interés y placer, conducen a la capacidad de transferir el amor, reemplazando al ser amado por otras personas y cosas. Precisamente la cantidad de amor que el niño experimenta hacia su madre le proporciona una gran disponibilidad para sus vínculos futuros. El proceso de desplazar amor es de suma importancia para el desarrollo de la personalidad y para las relaciones humanas y podríamos decir, incluso, para el desarrollo de la cultura y de la civilización.

Junto con el proceso de desplazar el amor (y el odio) de la madre a otras personas y cosas, distribuyendo así estas emociones en un círculo más amplio, hay otra manera de manejar los primitivos impulsos. Las sensaciones sensuales que el niño experimenta en relación con el pecho materno se transforman en amor hacia la madre como persona integral; los sentimientos de amor se funden desde el comienzo con los deseos sexuales. El psicoanálisis ha subrayado el hecho de que los impulsos sexuales hacia los padres, hermanos y hermanas no sólo existen, sino que pueden ser observados en cierta medida en los niños muy pequeños. Con todo, sólo la exploración del inconsciente permite aquilatar su fuerza y su enorme importancia.

Ya hemos visto que los deseos sexuales están íntimamente ligados a impulsos y fantasías agresivas, a la culpa y al temor de que mueran las personas queridas. Todo ello impulsa al niño a disminuir su apego hacia los padres. El tiene, además, tendencia a reprimir estos sentimientos sexuales, que se vuelven inconscientes y quedan enterrados en las profundidades de la mente. Los impulsos sexuales se deslizan también de los primeros objetos de amor y el niño adquiere así la capacidad de amar a otros de modo predominantemente afectuoso.

El proceso descrito arriba, consistente en reemplazar a la persona amada por otras, en disociar parcialmente la sexualidad y la ternura y reprimir los impulsos y deseos sexuales, viene a integrar la capacidad del niño para establecer relaciones más amplias. No obstante, para lograr un desarrollo total exitoso es esencial que la represión de los deseos sexuales hacia los primeros seres queridos no sea demasiado fuerte,⁷ ni demasiado completo el desplazamiento de los senti-

⁷ Las fantasías y los deseos sexuales permanecen activos en el inconsciente y tam-

mientos de los padres a otras personas. Si el niño conserva bastante amor para los que se hallan próximos, si sus deseos sexuales hacia ellos no están muy reprimidos, amor y deseo sexual podrán, más tarde en la vida, revivir, unirse y desempeñar una parte vital en sus relaciones amorosas. En una personalidad realmente bien desarrollada, el amor por los padres subsiste, pero se le sumará el amor por otros seres y objetos, no como mera extensión del primero, sino, como lo he señalado, mediante una difusión de las emociones que disminuye el peso de los conflictos y de la culpa derivada del apego y dependencia en relación con las primeras personas que ama.

Al volcar sus conflictos en otras personas, el niño no los suprime, sino que los transfiere en forma menos intensa: de los primeros y más importantes, a nuevos objetos de amor (y odio) que parcialmente representan a los antiguos. Como sus sentimientos hacia estas nuevas personas no son tan fuertes, sus impulsos de reparación, que una culpa excesiva hubiera obstaculizado, pueden manifestarse ahora más plenamente.

Es bien sabido que la existencia de hermanos y hermanas favorece el desarrollo. El crecer juntos ayuda al niño a desprenderse más de los padres y elaborar con sus hermanos un nuevo tipo de relación. Sabemos, con todo, que no sólo los ama, sino que también tiene hacia ellos fuertes sentimientos de rivalidad, odio y celos. Por esta razón las relaciones con los primos, compañeros de juego y otros niños más alejados de la situación familiar permiten nuevas alternativas a la relación fraterna, variaciones éstas que son de gran importancia como fundamento de los futuros vínculos sociales.

Relaciones en la vida escolar

La escuela brinda la oportunidad de desarrollar la experiencia ya adquirida en materia de relaciones humanas y proporciona campo propicio para nuevos experimentos en este terreno. Entre un gran número de chicos el niño puede congeniar con uno, dos o varios mejor que con sus hermanos. Estas nuevas amistades le dan, entre otras satisfacciones, la posibilidad de corregir y mejorar, por así decirlo, las primeras relaciones con aquéllos, que tal vez hayan sido insatisfactorias. El niño puede haber sido realmente agresivo con un hermano más débil o menor; o quizá su sentimiento inconsciente de culpa debido al odio y a los celos fuera la causa principal que perturbó la relación, con trastornos susceptibles de persistir en la vida adulta. Este desagradable estado de cosas puede ejercer más adelante una

bién se expresan hasta cierto punto en el comportamiento, en los juegos y otras actividades del niño. Si la represión es demasiado fuerte, si las fantasías y deseos permanecen profundamente enterrados y no encuentran expresión, no solamente se inhiben en forma drástica las elaboraciones de su imaginación (y las actividades de toda clase) sino que también la futura vida sexual del individuo quedará seriamente obstaculizada.

profunda influencia sobre sus actitudes emocionales respecto de la gente en general. Sabemos que hay niños incapaces de hacerse de amigos en la escuela. Esto ocurre porque trasladan al nuevo ambiente sus primitivos conflictos. Entre los que logran liberarse suficientemente de sus primeras dificultades afectivas y hacer amistades entre los compañeros de escuela se observa a menudo una mejoría en la relación con sus hermanos. El nuevo compañero prueba al niño que es capaz de amar y ser amado y que el amor y la bondad "existen", lo que también inconscientemente significa que puede reparar el daño que en su imaginación o de hecho ha infligido a otros. Así las nuevas amistades colaboran para la solución de las primeras dificultades emocionales, sin que se tenga conocimiento de la naturaleza exacta de los primitivos trastornos o del modo como van siendo allanados. Todos estos medios proporcionan otras tantas válvulas a las tendencias de reparación, el sentimiento de culpa disminuye, y aumenta la confianza propia y en los demás.

La vida escolar también da oportunidad de establecer entre el odio y el amor una separación mayor que lo que es posible en el pequeño círculo familiar. En la escuela algunos niños son detestados o simplemente no gozan de simpatía, mientras que otros son queridos. En esta forma las emociones de amor y odio, reprimidas debido al conflicto que surge al odiar a la persona amada, pueden encontrar plena expresión en cauces más o menos aceptados socialmente. Los niños se unen de varias maneras y desarrollan ciertas normas que regulan hasta dónde pueden llevar sus manifestaciones de odio o disgusto por los demás. Los juegos y el espíritu de compañerismo implícito en ellos constituyen un factor moderador en estas alianzas y en el despliegue de la agresión.

Aunque los celos y la rivalidad por el amor y el aprecio del maestro pueden ser muy fuertes, se desarrollan en un marco distinto al de la vida de hogar. Los maestros están más alejados de los sentimientos del niño, aportan a la situación menos emoción que los padres y además reparten sus afectos entre varios niños.

Relaciones en la adolescencia

A medida que el niño avanza hacia la adolescencia, su tendencia al culto del héroe frecuentemente se expresa a través de sus relaciones con algunos maestros, mientras que otros le inspiran aversión, odio o desprecio. Aquí de nuevo se manifiesta el proceso de separar el odio del amor que proporciona alivio, porque permite preservar a la persona "buena" y brinda además la satisfacción de odiar a alguien que a nuestro juicio se lo merece. El padre amado y odiado, la madre odiada y amada son originariamente, como ya lo he expuesto, los objetos tanto de admiración como de odio y desvalorización. Pero estos sentimientos que mezclados resultan, como sabemos, dema-

siado contradictorios y gravosos para la mente del niño y son, por lo tanto, probablemente soterrados, encuentran expresión parcial en las relaciones con otras personas: niñeras, tíos y parientes en general. Más tarde, en la adolescencia, la mayoría de los niños tiende a alejarse de sus padres. Esto se debe en gran parte a que sus deseos sexuales y conflictos en relación con aquéllos están reforzándose una vez más. Los primeros sentimientos de rivalidad y odio contra el padre o la madre, según el caso, reviven y adquieren todo su vigor, aunque su origen sexual permanezca inconsciente. Los jóvenes suelen ser muy agresivos y desagradables con sus padres y con otras personas que se presten a ello, tales como sirvientes, un maestro débil o compañeros de escuela por los que sientan aversión. Pero cuando el odio ha llegado a esa intensidad, la necesidad de preservar el bien y el amor en el mundo interno y externo se hace muy urgente. El joven agresivo se siente, por lo tanto, impulsado a buscar seres a quienes pueda idealizar y reverenciar. Los maestros admirados pueden servir para ese fin y los sentimientos de amor, admiración y confianza hacia ellos le dan seguridad interior. Entre otras razones, porque para el inconsciente parecen confirmar la existencia de padres buenos con los cuales hay una relación positiva, lo que refuta así el odio intenso, la ansiedad y la culpa, que en este período se han vuelto muy fuertes. Hay, por supuesto, niños que pueden sentir amor y admiración por los propios padres mientras atraviesan estas dificultades, pero no son muy comunes. Creo que lo que se ha dicho explica en parte la posición especial que suelen ocupar en la mente las figuras idealizadas, como hombres y mujeres famosos, autores, atletas, aventureros, personajes imaginarios recogidos de la literatura, seres sobre quienes se vuelca la admiración y amor, sentimientos sin los cuales todo se matizaría de odio y desamor, lo cual se experimenta como peligroso para el yo y para los demás.

Simultáneamente con la idealización de ciertas personas se produce el odio hacia otras que son vistas bajo un cristal muy oscuro, especialmente seres imaginarios, como algunos villanos del cine o de la literatura, o bien individuos reales pero algo remotos, como los caudillos políticos del partido opositor. Odiar a la gente irreal o lejana resulta mucho menos peligroso para todos los interesados que odiar a los que nos son muy próximos. Hasta cierto punto esto es aplicable también al odio hacia algunos maestros o directores: la disciplina escolar y el conjunto de la situación interpone entre maestro y alumno una barrera mayor que la que existe entre padre e hijo.

La división entre amor y odio está dirigida hacia los menos íntimos; sirve también para salvaguardar mejor a las personas amadas, tanto en la realidad como en la mente. No sólo aquéllas se hallan físicamente lejos y son por lo tanto inaccesibles, sino que la división entre la actitud de amor y odio fomenta el sentimiento de que se puede conservar incólume el amor. El sentimiento de seguridad que proviene de la capacidad de amar está íntimamente ligado en el in-

consciente al de conservar sana y salva a la persona amada. Parecería que la creencia inconsciente rezara así: "puedo mantener intactos algunos de los seres que amo, por lo tanto no he dañado a ninguno, y los conservo a todos para siempre en mi mente". En último análisis, el inconsciente preserva la imagen de los padres amados como la posesión más preciosa, porque protege a su poseedor del dolor de la desolación total.

El desarrollo de las amistades

Las primeras amistades del niño cambian de índole durante la adolescencia. La fuerza de los afectos e impulsos, tan característica de esta etapa de la vida, favorece amistades intensas entre la gente joven, principalmente entre los del mismo sexo. Las tendencias y sentimientos homosexuales están subyacentes a estas relaciones, que frecuentemente conducen a verdaderas actividades homosexuales. Estos vínculos constituyen en parte una huida del impulso hacia el sexo opuesto, que en este período es a menudo ingobernable por varias razones internas y externas: sus deseos y fantasías se encuentran aún muy conectados con su madre y hermanas, y la lucha por alejarse de ellas y encontrar nuevos objetos de amor está en su punto culminante. Tanto las niñas como los muchachos en esta etapa sienten cargados de tantos peligros los impulsos hacia el otro sexo, que intensifican los que se dirigen hacia el mismo sexo. El amor, la admiración y la lisonja que puedan entrar en estas amistades constituyen también, como lo he señalado antes, una salvaguardia contra el odio, y por todos estos motivos los jóvenes se apegan más a tales vínculos. En este período del desarrollo las tendencias homosexuales intensificadas, sean conscientes o inconscientes, desempeñan también un papel importante en la adulación al maestro del mismo sexo. Las amistades de la adolescencia son, como sabemos, frecuentemente inestables; una de las razones es que la fuerza de los sentimientos sexuales (inconscientes y conscientes) las invaden y perturban. El adolescente aún no se ha emancipado de las fuertes ligaduras emocionales de la infancia y está todavía —más de lo que se imagina— dominado por ellas.

Las amistades de la vida adulta

Aunque en la vida adulta las tendencias homosexuales inconscientes tienen su parte en la amistad con el mismo sexo, ésta se caracteriza, a diferencia del vínculo homosexual,⁸ por la disociación par-

⁸ El tema de las relaciones de amor homosexual es amplio y muy complejo. Para tratarlo adecuadamente necesitaría más espacio del que dispongo; por lo tanto, me limito a mencionar que en estas relaciones puede haber mucho amor.

cial entre los sentimientos afectuosos y los sexuales, que pasan a segundo plano, y aunque activos en cierta medida en el inconsciente, en la práctica desaparecen. También en la separación entre sentimientos sexuales y afectivos. Pero como este amplio sector es sólo una parte de mi tema, me limitaré a hablar de las amistades entre personas del mismo sexo, y aun entonces sólo haré unas pocas observaciones generales.

Tomemos como ejemplo la amistad entre dos mujeres que no dependen demasiado una de otra. A favor de las circunstancias, una u otra puede necesitar protección o ayuda. La capacidad de dar y recibir afectivamente es esencial en la verdadera amistad. Aquí los elementos de situaciones tempranas se expresan en forma adulta. Inicialmente, protección, ayuda y consejo nos fueron proporcionados por nuestras madres. Si logramos madurez emocional y autosuficiencia, no dependeremos demasiado del apoyo y consuelo maternal, pero el deseo de recibirlos en los momentos difíciles y penosos perdura hasta la muerte. En la relación con una amiga podemos a veces recibir y dar algo del amor y cuidado de una madre. Una combinación exitosa de actitud maternal y filial parece constituir una de las condiciones de una personalidad femenina emocionalmente rica y capaz de amistad. (Una personalidad femenina completamente desarrollada involucra la capacidad de mantener buenas relaciones con los hombres en lo que concierne a sentimientos afectuosos y sexuales. Pero al hablar de la amistad entre mujeres me refiero a las tendencias y sentimientos homosexuales sublimados.). Quizás en las relaciones con nuestras hermanas hayamos tenido oportunidad de experimentar y expresar a la vez cuidados maternos y respuestas filiales. Podremos entonces fácilmente trasladarlos a la amistad adulta. Pero tal vez no existió una hermana o alguien con quien viviésemos estos sentimientos. En este caso, si llegamos a desarrollar una amistad con otra mujer, ésta traerá la realización, modificada por las necesidades adultas, de un fuerte e importante deseo de la niñez.

Con una amiga compartimos intereses y placeres, pero también somos capaces de alegrarnos por su felicidad y éxitos, aun cuando carezcamos de ellos. Los sentimientos de envidia y celos pueden permanecer soterrados si nuestra capacidad de identificarnos con ella y compartir así su felicidad es bastante fuerte. El elemento de culpa y reparación no está ausente nunca en tal identificación. Si hemos manejado con éxito nuestros odios, celos, insatisfacciones y resentimientos contra nuestra madre; si hemos logrado ser felices al verla feliz, al sentir que la hemos agraviado o que podemos reparar el daño hecho en la fantasía, seremos capaces de una verdadera identificación con otra mujer. Los sentimientos posesivos y reivindicatorios que originan grandes exigencias son elementos perturbadores de la amistad. En realidad, todas las emociones exageradamente intensas pueden socavarla. Cuando esto ocurre, la investigación psicoanalítica revela que han interferido las tempranas situaciones de deseos in-

satisfechos, rencor, voracidad o celos, o sea, que aun cuando los episodios actuales hayan desencadenado la perturbación, un conflicto infantil no resuelto desempeña un papel importante en la ruptura de una amistad. Un clima emocional equilibrado, lo cual no excluye para nada la fuerza del sentimiento, constituye la base del éxito de una amistad. No es muy probable que lo logremos si esperamos demasiado de ella, es decir, si esperamos que el amigo compense nuestras primeras privaciones. Tales exigencias son, en su mayor parte, inconscientes y, por lo tanto, no pueden ser manejadas de manera racional. Nos exponen necesariamente al desengaño, al dolor y al resentimiento. Si las exageradas demandas inconscientes ocasionan trastornos en la amistad, han acaecido repeticiones exactas —por muy distintas que sean las circunstancias— de situaciones tempranas, cuando la voracidad intensa y el odio perturbaron el amor hacia los padres, causándonos sentimientos de insatisfacción y soledad. Si el pasado no pesa demasiado sobre el presente seremos más capaces de hacer una adecuada elección de amigos y de satisfacernos con lo que ellos nos den.

Mucho de lo que he dicho sobre la amistad entre mujeres se aplica al desarrollo de las amistades entre hombres, por más que también haya desemejanzas derivadas de la diferencia entre la psicología masculina y la femenina. La separación entre los sentimientos afectuosos y los sexuales, la sublimación de las tendencias homosexuales y la identificación constituyen igualmente la base de la amistad entre hombres. Aunque los elementos y las nuevas gratificaciones que corresponden a la personalidad adulta entran renovados en la amistad masculina, también los hombres, en parte, buscan la repetición de sus relaciones con el padre o los hermanos, o tratan de hallar una nueva afinidad que satisfaga deseos pasados, o mejorar las relaciones insatisfactorias que antaño mantuvieron con quienes los rodeaban.

Aspectos más amplios del amor

El proceso por el cual desplazamos el amor de los primeros seres queridos hacia otros se extiende, desde la primera infancia en adelante, a todas las cosas. De este modo desarrollamos intereses y actividades en los que ponemos algo del amor que originariamente se dirigía a las personas. En la mente infantil una parte del cuerpo puede representar otra, y un objeto puede representar partes del cuerpo o personas. De esta manera simbólica, cualquier objeto redondeado puede en su inconsciente representar el pecho de su madre. Por un proceso gradual, todo lo que emana bondad y belleza, todo lo que causa placer y satisfacción en sentido físico o más amplio, vendría a tomar en el inconsciente el lugar de este seno generoso y el de la madre como persona total. Así, al referirnos a la patria la llamamos

“la madre tierra”, porque en el inconsciente el país natal puede simbolizar a nuestra madre, y por lo tanto, ser amado con sentimientos matizados por nuestro vínculo con ella.

Para ilustrar la forma en que la primitiva relación invade intereses que parecen serle muy ajenos tomemos el ejemplo de los exploradores que parten en busca de nuevos descubrimientos, sobrellevando las más penosas privaciones y encontrando a su paso grandes peligros y quizá la muerte. Además del estímulo de las circunstancias externas, muchos elementos psicológicos se hallan detrás del interés y el atractivo de la exploración. No mencionaré aquí más que uno o dos factores inconscientes específicos. En su voracidad el niño pequeño desea atacar el cuerpo de su madre, al que considera como una extensión de su pecho bueno. También tiene fantasías de robarle el contenido de su cuerpo, entre otras cosas, los hijos, preciosa posesión, que también ataca por celos. Estas fantasías agresivas de penetrar en su cuerpo pronto se enlazan con sus deseos genitales de tener un coito con ella. El trabajo psicoanalítico ha descubierto que las fantasías de explorar el cuerpo de la madre, que surgen de los deseos sexuales y agresivos del niño, de su voracidad, curiosidad y amor, contribuyen a fomentar el interés del adulto en explorar nuevos países.

Al discutir el desarrollo emocional del niño pequeño he señalado que sus impulsos agresivos dan lugar a fuertes sentimientos de culpa y al temor de que la persona querida muera, todo lo cual forma parte del amor, lo refuerza e intensifica. En el inconsciente del explorador, un nuevo territorio representa una nueva madre que compensará la pérdida de la madre real. Busca la “tierra prometida”, la “tierra de la que mana leche y miel”. Y hemos visto que el temor a la muerte de la persona más amada lleva al niño a alejarse de ella en cierta medida; pero al mismo tiempo lo conduce también a re-crearla y encontrarla nuevamente en cualquier tarea que emprenda. De ese modo, tanto el impulso de apartarse como el de mantener el vínculo original encuentran plena expresión. La temprana agresión del niño estimula la tendencia a restaurar y compensar, a devolver a su madre los bienes robados en su fantasía, y estos deseos de resarcimiento se unen más tarde a la vocación de explorador: encontrar una nueva tierra es dar algo al mundo en general y a algunas personas en particular. Su actividad expresa tanto su agresión como su deseo de reparar. Sabemos que al descubrir una nueva tierra la agresión se utiliza en la lucha con los elementos y con toda suerte de dificultades. Pero a veces se manifiesta más abiertamente. Ocurría en otras épocas, cuando los exploradores, que además conquistaban y colonizaban, dieron muestras de despiadada crueldad contra las poblaciones nativas. Con esta actitud concretaban los tempranos ataques fantaseados contra los niños imaginarios en el cuerpo de la madre y el odio real contra los hermanos recién nacidos. El deseo de restauración, sin embargo, encontró plena expresión al repoblar el país con ele-

mentos de su propia nacionalidad. Podemos ver cómo, a través del interés por la exploración, varios impulsos y emociones —la agresión (manifiesta o no), los sentimientos de culpa, el amor y el impulso de reparar— pueden transferirse a otra esfera, alejada de su objeto original.

La vocación de explorar no tiene que manifestarse necesariamente a través de la exploración física del mundo, sino que puede extenderse a otros campos, como cualquier tipo de pesquisa científica. Los primeros deseos y fantasías de explorar el cuerpo materno forman parte de la satisfacción que el astrónomo, por ejemplo, deriva de su trabajo. El anhelo de redescubrir a la madre de los primeros tiempos, real o afectivamente perdida, es también de gran importancia en el arte creador y en la forma de apreciarlo y disfrutar de él.

Para ilustrar algunos de los procesos que acabo de exponer transcribiré la conocida composición de Keats, *On First Looking into Chapman's Homer*⁹ (Primera ojeada al Homero de Chapman).

*Much have I travell'd in the realms of gold,
and many goodly states and kingdoms seen;
round many western islands have I been
which bards in fealty to Apollo hold.
Oft of one wide expanse had I been told
that deep-brow'd Homer ruled as his demesne:
yet did I never breathe its pure serene
till I heard Chapman speak out loud and bold:
then felt I like some watcher of the skies
when a new planet swims into his ken;
or like stout Cortez, when with eagle eyes
he stared at the Pacific — and all his men
look'd at each other with a wild surmise—
silent, upon a peak in Darien.*

Mucho viajé por comarcas de oro, y he visto países y reinos esplendentes; muchas islas recorrí del occidente donde los poetas guardan lealtad a Apolo. Frecuentemente oí de una vasta extensión donde ejerce su imperio el soñador Homero, pero jamás respiré su pura exaltación hasta escuchar de Chapman el verbo altanero. Entonces fui como un explorador del cielo inmenso cuando un nuevo planeta nada en las alturas o como el fuerte Cortés, cuyos ojos de halcón contemplaron el Pacífico, y su tripulación se miraba con salvaje conjetura sobre una cima del Darién, en profundo silencio.

⁹ Por razones de conveniencia transcribo todo el poema, a pesar de que es bien conocido.

Keats habla aquí con el enfoque del que goza ante una obra de arte. Compara la poesía con "países y reinos esplendentes" y "comarcas de oro". Al leer a Homero traducido por Chapman se siente al principio como un astrónomo que observa los cielos cuando "un nuevo planeta nada en las alturas". Pero luego se vuelve el explorador que descubre "con salvaje conjetura" nuevas tierras y mares. En este perfecto poema de Keats el mundo representa el arte, y es evidente que para él el goce y la exploración científicos y artísticos provienen de la misma fuente: del amor por las hermosas tierras, las "comarcas de oro". La exploración del inconsciente (precisamente, un continente desconocido descubierto por Freud) demuestra que, como lo he señalado antes, las hermosas tierras representan a la madre amada y el anhelo hacia ésta. Volviendo al poema, se puede sugerir, sin llegar al análisis detallado, que el "soñador Homero" que gobierna la tierra de la poesía representa al padre admirado y poderoso, cuyo ejemplo sigue el hijo (Keats) cuando penetra, él también, en el país de su deseo (arte, belleza, el mundo: en esencia, su madre).

Del mismo modo el escultor que da vida a su objeto de arte, ya sea que éste represente una figura humana o no, inconscientemente está restaurando y re-creando a las personas a quienes amó primero y a las que destruyó en su fantasía.

Sentimientos de culpa, amor y creatividad

Los sentimientos de culpa, como traté de señalar, constituyen un incentivo fundamental para la creación y el trabajo en general, aun en sus formas más simples. No obstante, si son demasiado intensos tienen el efecto de inhibir las actividades e intereses productivos. Estas complejas conexiones se tornaron claras en primer término a través del psicoanálisis de niños pequeños. En los niños los impulsos creadores que habían permanecido latentes despiertan y se expresan mediante actividades tales como el dibujo, el modelado, la construcción y la palabra cuando el psicoanálisis reduce sus diversos temas. Estos incrementan los impulsos destructivos y, por consiguiente, al disminuir los impulsos demostrativos también se debilitan. Simultáneamente con estos procesos, los sentimientos de culpa y de ansiedad por la muerte de la persona amada, que la mente infantil no pudo superar por ser demasiado abrumadores, disminuyen gradualmente, pierden intensidad, haciéndose por lo tanto más fácil su manejo. Como resultado aumenta el interés del niño por la gente, se estimula la piedad y la identificación con los demás, y así se acrece su caudal de amor. El deseo de reparar, tan íntimamente ligado al interés por el ser amado y a la ansiedad por su muerte, puede ahora expresarse en formas creadoras y constructivas. También en el psicoanálisis de adultos pueden observarse estos procesos y cambios.

He sugerido que cualquier fuente de alegría, belleza y enriquecimiento (externo o interno) representa para el inconsciente el pecho generoso y amante y el pene creador que en la fantasía posee cualidades similares: en esencia, los dos padres buenos y dadivosos. La relación con la naturaleza, que despierta fuertes sentimientos de amor, reverencia, admiración y devoción, tiene mucho en común con la relación con la madre, como siempre lo han reconocido los poetas. Los múltiples dones naturales son equiparados a los que hemos recibido de nuestra madre en los primeros tiempos de la vida. Pero no siempre nos han satisfecho. Muchas veces nos pareció mezquina y frustradora, aspectos que también se reviven en la relación con la naturaleza, que a menudo no está dispuesta a dar.

La satisfacción de las necesidades de autoconservación y la gratificación del deseo de amor permanecen eternamente ligados entre sí, ya que al principio ambas provenían de una misma fuente. La primera seguridad nos fue proporcionada por nuestra madre, que no sólo nos calmó los tormentos del hambre, sino que también nos satisfizo emocionalmente y alivió nuestra ansiedad. Por lo tanto, la seguridad derivada de la satisfacción de nuestras necesidades básicas se vincula a la seguridad afectiva, y la importancia de ambas se agranda, pues contrarrestan los primeros temores de perder a la madre amada. Tener asegurada la subsistencia en la fantasía inconsciente significa también no estar privado de amor y no haber perdido a la madre. El hombre que se queda sin trabajo y lucha por encontrar empleo tiene en mente, por sobre todo, sus necesidades materiales. No trato de subestimar los sufrimientos y penurias reales, directos e indirectos, que la pobreza provoca, pero la situación auténticamente dolorosa se hace más acerba por el infortunio y la desesperación que resurgen de tempranas experiencias emocionales, cuando lo acosaba el hambre porque la madre no satisfacía sus necesidades, y temía perderla y verse privado de amor y protección.¹⁰ La falta de trabajo le impide también expresar sus tendencias constructivas que constituyen un método fundamental de manejar temores inconscientes y sentimientos de culpa, o sea, de hacer reparación. La dureza de las circunstancias —aunque pueda ser en parte consecuencia de un sistema social insatisfactorio que justificaría que el miserable achacara a otros la culpa de su situación— tiene algo en común con la inexorabilidad

¹⁰ He descubierto frecuentemente, en el psicoanálisis de niños —en grados variables—, temores de que los echen de su casa como castigo por la agresión inconsciente (deseos de echar a otros) y por daños reales que hayan cometido. Esta ansiedad se implanta muy temprano y puede ejercer una intensa presión sobre la mente del niño. Un caso especial es el temor a ser un pobre huérfano o un pordiosero y no tener casa ni comida. Estos temores al desamparo eran en los niños que he observado, completamente independientes de la situación financiera de los padres. Posteriormente en la vida, los temores de esta naturaleza tienen el efecto de aumentar las dificultades reales que surgen de situaciones como pérdida de dinero, de una casa o del trabajo, añadiendo un elemento de desesperación amarga y profunda.

que los niños, bajo la presión de la ansiedad, atribuyen a los padres temidos. En cambio, la ayuda material o moral proporcionada a los pobres o a los desocupados, además de su valor real, inconscientemente les prueba la existencia de padres cariñosos.

Volvamos a la relación con la naturaleza. En algunas regiones del mundo la naturaleza es cruel y destructiva. Sin embargo, los habitantes no renuncian a su suelo, sino que desafían los elementos, sequías, inundaciones, heladas, calor, terremotos, plagas. Es cierto que las circunstancias externas desempeñan un papel importante, pues esta gente tenaz tal vez no pueda marcharse del lugar donde ha nacido. Sin embargo, no me parece que esto baste para explicar por qué se soportan tales penurias para conservar la tierra natal. Para los que viven en condiciones naturales tan arduas la lucha por la subsistencia sirve también para otros propósitos (inconscientes). La naturaleza representa para ellos una madre exigente y regañona cuyos dones deben serle extraídos a la fuerza, lo cual reedita las primeras fantasías violentas (aunque en forma sublimada y socialmente adaptada). Habiendo sentido culpa inconsciente por la agresión contra su madre, el hombre comprendía que ella fuera ruda con él; lo comprende aún ahora inconscientemente, en relación con la naturaleza. Este sentimiento de culpa actúa como incentivo para la reparación. La lucha contra la naturaleza se siente en parte como una lucha "para preservar la naturaleza", porque expresa también el deseo de reparar a la madre. De este modo, los que luchan contra los rigores naturales no sólo lo hacen en su propio beneficio sino que también sirven a la naturaleza. Al mantener su conexión con ella mantienen viva la imagen de la madre de antaño. En la fantasía, la protegen y se protegen permaneciendo unidos a ella. En la realidad, mediante el apego a su país. En cambio, el explorador busca en la fantasía una nueva madre para reemplazar a la real, de la que se siente apartado o que inconscientemente teme perder.

Relaciones consigo mismo y con los demás

He tratado en estos capítulos algunos aspectos del amor y de las relaciones con los demás. No puedo, con todo, concluir sin intentar echar alguna luz sobre la más complicada de todas las relaciones: la que mantenemos con nosotros mismos. Pero, ¿qué somos nosotros? Todo lo bueno y lo malo que hemos pasado desde los primeros días; todo lo que hemos recibido del mundo externo, y sentido en el mundo interno; experiencias felices y desdichadas, vínculos con la gente, actividades, intereses y pensamientos de todo tipo, es decir, todo lo que hemos vivido forma parte de nosotros y construye nuestra personalidad. Si algunas de nuestras relaciones pasadas, con todos los recuerdos que traen, con la riqueza de sentimientos que suscitan, pudieran ser súbitamente barridas de nuestra mente ¡qué pobres y va-

cios nos sentiríamos! ¡Cuánto se perdería del amor, confianza, placer, consuelo y gratitud que hemos brindado y recibido! Muchos no quisiéramos siquiera haber evitado las experiencias dolorosas, porque han contribuido al enriquecimiento de nuestra personalidad. Me he referido ya varias veces en este artículo a la influencia de nuestras primeras relaciones sobre las siguientes. Quisiera ahora demostrar la fundamental gravitación de las tempranas situaciones emocionales sobre nuestras relaciones con "nosotros mismos". Nuestra mente guarda como reliquias a los seres que amamos. En momentos difíciles sentimos a veces que ellos nos guían. De pronto se nos ocurre preguntarnos cómo habrían actuado "ellos" y si aprobarían o no nuestros actos. Por lo que he dicho podemos concluir que las personas a quienes así consideramos representan en esencia a los padres admirados y amados. Hemos visto, no obstante, que de ningún modo es fácil para el niño establecer con ellos relaciones armoniosas y que los primeros lazos de amor se ven seriamente inhibidos y perturbados por el odio y el concomitante sentimiento inconsciente de culpa. Es cierto que los padres pueden haber carecido de amor y comprensión, lo cual tendería a aumentar todas las dificultades. Los impulsos y fantasías destructivos, los temores y la desconfianza, que en cierta medida se hallan siempre activos, aun en las circunstancias más propicias, se incrementan innecesariamente si las condiciones son desfavorables y las experiencias desagradables. Además, lo que es también muy importante, es que si al niño no se le da bastante felicidad en la primera etapa de su vida, quedará perturbada su capacidad para desarrollar una actitud optimista, amor y confianza en los demás. No debe, sin embargo, deducirse que la capacidad de amar y ser feliz responde en proporción directa a la cantidad de amor que se haya recibido. En realidad, hay niños que configuran en su inconsciente imágenes paternas extremadamente duras y severas (lo que perturba su relación con los padres reales y con la gente en general) aunque hayan tenido padres buenos y cariñosos. Por otra parte, las dificultades mentales del niño no están frecuentemente en proporción con el trato desfavorable que puedan haber sufrido. Si por razones internas, que desde el principio varían en cada individuo, existe escasa capacidad para tolerar la frustración, y si la agresión, temores y sentimientos de culpa son muy intensos, la mente infantil puede exagerar y deformar grotescamente los defectos de los padres y en especial la intención que determina sus errores. De este modo, los padres y otras personas de su ambiente serán juzgados predominantemente duros y severos. Nuestro propio odio, temor y desconfianza tienden a crear en el inconsciente figuras paternas terribles y exigentes. Estos procesos se encuentran, en diverso grado, activos en todos, ya que todos tenemos que luchar, con mayor o menor intensidad y en un sentido o en otro, con sentimientos de odio y temor. Vemos así que las "cantidades" de impulsos agresivos, temores y sentimientos de culpa (que parcialmente surgen de razones internas) guardan una

relación importante con la actitud mental predominante que asumimos.

En contraste con niños que, en respuesta a un trato desfavorable, desarrollan en su inconsciente figuras paternas duras y severas, que afectan desastrosamente su perspectiva mental, en muchos otros los errores o la falta de comprensión de los padres producen consecuencias menos adversas. Los niños que, por razones internas, son desde el comienzo mucho más capaces de soportar las frustraciones (ya sean evitables o inevitables), es decir, que puedan hacerlo sin exceso de odio y sospechas, serán más tolerantes con los errores que los padres cometan al tratarlos. Podrán confiar más en sus propios sentimientos amistosos y, por lo tanto, al tener más autoseguridad serán menos susceptibles a lo que provenga del mundo externo. Ninguna mente infantil se encuentra libre de temores y sospechas, pero si la relación con los padres está basada sobre todo en la confianza y el amor, éstos podrán ser establecidos firmemente en la mente como figuras mentoras y benéficas, las que serán fuente de bienestar y armonía y prototipo de todas las relaciones amistosas de la vida futura.

He tratado de aclarar algo sobre las relaciones adultas señalando que, con ciertas personas, nos conducimos como nuestros padres lo hacían con nosotros, o bien como hubiésemos deseado que se comportasen, invirtiendo de esta manera las primeras situaciones. Asimismo, en algunos casos, nuestra actitud es la del niño afectuoso con sus padres. Esta relación recíproca niño-padre, que manifestamos frente a los demás, también *es experimentada internamente ante las figuras benéficas y mentoras que conservamos en la mente*. Inconscientemente, consideramos a los seres que forman parte de nuestro mundo interno como padres afectuosos y protectores y les retribuimos su amor; nos sentimos hacia ellos como padres. Estas relaciones fantaseadas, basadas en experiencias y recuerdos reales, integran nuestra continua y activa vida afectiva e imaginativa y contribuyen a darnos felicidad y fuerza mental. En cambio, si las figuras paternas que conservamos en los sentimientos y en el inconsciente son predominantemente duras, no lograremos estar en paz con nosotros mismos. Es harto sabido que una conciencia demasiado severa ocasiona desdicha y preocupación. Es menos sabido, pero comprobado por los descubrimientos psicoanalíticos, que la presión de las fantasías de lucha interna y los temores con ellas conectados, se hallan en el fondo de lo que reconocemos como conciencia vindicativa. Incidentalmente, estas tensiones y temores pueden expresarse en profundas perturbaciones mentales y conducir al suicidio.

He utilizado la extraña frase "relación con nosotros mismos". Quisiera ahora agregar que ésta es la relación de todo lo que apreciamos y amamos, con todo lo que odiamos en nosotros. He tratado de aclarar que la parte nuestra que apreciamos es la riqueza que hemos acumulado a través del contacto con otros seres, pues estos vínculos y las emociones que los acompañan han llegado a constituir

una posesión interna. Odiamos en nosotros las figuras duras y severas que también forman parte de nuestro mundo interno y que son en gran medida el resultado de nuestra propia agresión hacia nuestros padres. Sin embargo, en el fondo, lo que más violentamente odiamos es el odio interno en sí. Lo tememos tanto que nos vemos llevados a emplear una de nuestras más fuertes medidas de defensa, que consiste en ubicarlo en otros, o sea, proyectarlo. Pero también desplazamos amor hacia el mundo externo, y sólo podemos hacerlo genuinamente si hemos establecido buenas relaciones con figuras amistosas en nuestra mente, creando así un círculo benigno: en primer lugar brindamos amor y confianza a nuestros padres; luego los incorporamos a nosotros, por así decirlo, con todo ese caudal, y podemos de nuevo dar al mundo externo parte de esta riqueza de sentimientos positivos. El odio configura un círculo análogo pues, como hemos visto, erige figuras aterradoras en nuestra mente y entonces dotamos a los demás de cualidades desagradables y malas. Incidentalmente, esa actitud mental produce el efecto real de suscitar sospechas y desagrado en los demás, mientras que una actitud confiada y amistosa de nuestra parte tiende a provocar la confianza y la benevolencia ajenas.

Observamos que algunas personas, especialmente a medida que envejecen, se vuelven cada vez más desagradables. Otras en cambio, se suavizan y se hacen más comprensivas y tolerantes. Es bien sabido que tales variaciones no corresponden simplemente a las experiencias adversas o favorables que hayan tenido en la vida, sino que se deben a las diferencias de actitud y de carácter. De lo expuesto, podemos llegar a la conclusión de que la amargura, ya sea hacia la gente o hacia el destino —y por lo general abarca a ambos— se establece fundamentalmente en la niñez y puede reforzarse o intensificarse más tarde.

Si el amor no ha sido ahogado por el resentimiento, los pesares y el odio, sino que se ha consolidado internamente, la confianza en los demás y en nuestra propia bondad soporta como una roca los embates de la vida. Cuando surge el infortunio, la persona que se ha desarrollado de ese modo es capaz de preservar en sí a aquellos padres buenos cuyo amor constituye una ayuda infalible en la desdicha y volver a encontrar en el mundo personas que en su mente los reemplacen. La capacidad de invertir situaciones en la fantasía e identificarse con los demás —importante característica de la mente humana— permite al individuo otorgar a otros la ayuda y el amor que él mismo necesita, obteniendo de ese modo bienestar y satisfacción para sí.

Comencé por describir la situación emocional del lactante en su relación con la madre, fuente primera y fundamental de la bondad que recibe del mundo externo. Afirmé también que es un proceso extremadamente doloroso para el niño el privarse de la suprema satisfacción de ser alimentado por ella. Con todo, si su voracidad y su

resentimiento ante la frustración no son excesivos, puede éste desprenderse gradualmente de la madre y al mismo tiempo obtener satisfacción de otras fuentes. En su inconsciente los nuevos objetos de placer se eslabonan con las primeras gratificaciones recibidas de la madre. Puede por consecuencia, aceptar otros goces como sustitutos de los originales. Podría decirse que retiene la bondad primaria a la vez que la reemplaza, y cuanto más exitoso es ese proceso, menos apoyo tendrán en su mente la voracidad y el odio. Pero, como lo he señalado frecuentemente, los sentimientos inconscientes de culpa que derivan de la destrucción fantaseada del ser amado, desempeñan aquí un papel importante. Hemos visto que los sentimientos de culpa y pesar, provenientes de la fantasía agresiva y voraz de destruir a la madre, activan el impulso de curar estos daños imaginarios y repararla. Estas emociones actúan grandemente sobre el deseo y la capacidad infantiles de aceptar sustitutos maternos. Los sentimientos de culpa provocan el temor a depender de esta persona querida, cuya pérdida se recela, pues no bien surge la agresión el niño siente que está causándole daño. Este temor es un incentivo para desligarse, para volcarse en otras personas y cosas y agrandar así su círculo de intereses. Normalmente el impulso de reparar logra mantener a raya la desesperación suscitada por los sentimientos de culpa. En este caso, prevalecerá la esperanza; el amor y el deseo de reparación del niño serán inconscientemente extendidos a los nuevos objetos de amor e interés. Estos, como ya sabemos, se asocian en su mente con la primera persona amada, a quien vuelve a descubrir o crear a través de sus nuevas relaciones e intereses constructivos. En esta forma, la reparación —que es en parte inherente a la capacidad de amar— ensancha su ámbito, consolidando la posibilidad infantil de aceptar amor y de hacer suya, por varios medios, la bondad proveniente del mundo externo. Un equilibrio satisfactorio entre “dar” y “recibir” es condición primordial para la felicidad futura.

Si en nuestro temprano desarrollo hemos podido transferir interés y amor de nuestra madre a otras personas y hemos obtenido nuevas gratificaciones, entonces y sólo entonces, podremos en el futuro obtener placer de otras fuentes. Esto nos permite compensar, mediante un nuevo vínculo afectivo, los fracasos o engaños que sufrimos, bien como aceptar sustitutos para lo que no hemos logrado conseguir o conservar. Si la voracidad frustrada, el resentimiento y el odio no perturban la relación con el mundo externo, hay infinidad de modos de extraer de él belleza, bondad y amor. Al hacerlo, acrecentamos continuamente nuestro acervo de recuerdos felices y este acopio de valores nos da una seguridad difícil de vulnerar y un bienestar íntimo que aleja la amargura. Además del placer que proporcionan, estas satisfacciones tienen el efecto de mitigar las frustraciones (o mejor, el sentimiento de frustración) pasadas y presentes, incluso las primeras y fundamentales. Cuanto más satisfacción auténtica logremos, menor será nuestro resentimiento ante las privaciones y menos

nos dominarán la voracidad y el odio. Seremos entonces realmente capaces de aceptar de otros amor y bondad, de brindárselos y, en retribución, de recibir más aun. En otras palabras, la capacidad esencial de “dar y recibir” se desarrolla de tal manera que nos asegure satisfacciones y contribuye al placer, al bienestar o a la felicidad de otras personas.

Y para terminar, una buena relación consigo mismo condiciona el amor, la tolerancia y la buena disposición hacia los demás. En parte esta buena relación deriva, como intenté demostrar, de una actitud amistosa, comprensiva y afectuosa hacia los demás, o sea hacia aquellos que tanto significaron para nosotros en el pasado y cuyo vínculo con nosotros integra nuestra mente y personalidad. Si en lo más hondo del inconsciente logramos superar los rencores contra nuestros padres y perdonarles las frustraciones que debimos sufrir, podremos entonces vivir en paz con nosotros mismos y amar a otros en el verdadero sentido de la palabra.

21. EL COMPLEJO DE EDIPO A LA LUZ DE LAS ANSIEDADES TEMPRANAS

(1945)

INTRODUCCION

Tengo dos propósitos principales al presentar este artículo. Pretendo aislar algunas situaciones de ansiedades tempranas típicas y mostrar su conexión con el complejo de Edipo. Como estas ansiedades y defensas forman parte, según creo, de la posición infantil depresiva, espero con ello aclarar algo la relación entre la posición depresiva y el desarrollo libidinal. Mi segundo propósito es comparar mis conclusiones sobre el complejo de Edipo con las opiniones de Freud sobre el mismo tema.

Como ejemplo para mis argumentaciones expondré fragmentos de dos historiales clínicos. Se podrían aducir muchos más detalles de esos dos análisis, de la relación de los enfermos con su familia y de la técnica empleada. Sin embargo, me limitaré a exponer los detalles del material que considero esenciales para el tema de este artículo.

Los dos niños, cuyos historiales ilustrarán mis argumentaciones, padecían de dificultades emocionales intensas. Al emplear tal material psicoanalítico como base para fundamentar mis conclusiones sobre el curso normal del desarrollo edípico, sigo un método empleado repetidamente en psicoanálisis. Freud justificó este enfoque especial en muchos de sus artículos. Por ejemplo,¹ escribe:

“La patología, como Uds. saben, mediante el aislamiento y la exageración nos ha ayudado siempre a hacer reconocibles cosas que normalmente hubiesen quedado ocultas.”

¹ *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, O.C., 22.*

El material, en el cual me detendré para ilustrar mis conclusiones acerca del desarrollo edípico del varón, proviene del análisis de un niño de 10 años. Sus padres tuvieron que consultarme, porque algunos de sus síntomas se habían intensificado tanto que le hacían imposible concurrir a la escuela. Se asustaba mucho de los otros niños y por ello evitaba más y más salir solo. Además, desde hacía ya unos años una inhibición progresiva de sus capacidades e intereses preocupaba mucho a sus padres. Fuera de estos síntomas, que le impedían concurrir a la escuela, estaba excesivamente preocupado por su salud y padecía de frecuentes estados de ánimo depresivo. Estas dificultades se manifestaban en su aspecto físico, porque daba la impresión de estar preocupado y de ser desgraciado. Sin embargo, en ocasiones —y esto se hacía más manifiesto en sus sesiones psicoanalíticas— cesaba su depresión y de pronto la vida y la luz venían a sus ojos y le transformaban por completo la cara.

Ricardo era un niño precoz y bien dotado en muchos aspectos. Tenía talento musical, demostrándolo ya muy tempranamente. Le gustaba mucho la naturaleza, pero solamente en sus aspectos agradables. Sus dotes artísticas se manifestaban, por ejemplo, en la manera como elegía las palabras y en un cierto sentido para lo dramático que vitalizaba su conversación. No se entendía bien con los otros niños; se sentía mejor en compañía de adultos y especialmente de mujeres. A éstas trataba de impresionarlas con sus dotes de conversación y quería entrar en su favor de un modo impropio de su edad.

La lactancia de Ricardo había sido breve e insatisfactoria. Había sido un niño delicado, padeciendo resfrios y enfermedades desde su primera infancia. Había sufrido dos operaciones (circuncisión y amigdalectomía) entre sus tres y seis años. La familia vivía modestamente, aunque no sin un cierto desahogo. El ambiente del hogar no era del todo feliz. Entre los padres no existía ni cordialidad ni intereses comunes, aunque no tenían entre sí reyertas manifiestas. Ricardo era el segundo de dos hijos; su hermano era unos pocos años mayor que él. Su madre, aunque no estaba enferma en el sentido clínico, era de tipo depresivo. Le preocupaba mucho cualquier enfermedad de Ricardo y no había duda de que con su actitud había contribuido a los temores hipocondríacos del niño. Su relación con Ricardo no era satisfactoria en varios aspectos. En tanto que su hermano mayor era de los primeros en la escuela y recibía la mayor parte del amor de la madre, Ricardo era más bien un desencanto para ella. Aunque él la quería mucho, era un niño sumamente difícil de manejar. No tenía intereses, ni juegos que le ocupasen. Estaba demasiado angustiado y demasiado ligado a su madre, a la que se adhería de un modo persistente y agotador.

Su madre lo cuidaba mucho y en cierto modo lo mimaba, pero no

apreciaba realmente los aspectos más sutiles de su carácter, tales como una gran capacidad innata para el amor y la bondad. No comprendía que el niño la quería mucho y tenía poca confianza en su desarrollo futuro. Por otro lado, tenía paciencia con él cuando lo cuidaba; por ejemplo, no intentaba imponerle la compañía de otros niños, ni lo obligaba a concurrir a la escuela.

El padre de Ricardo lo quería mucho y era amable con él, pero aparentemente dejaba la responsabilidad de su educación a la madre. Como demostró el análisis, Ricardo se daba cuenta de que su padre era demasiado indulgente con él y de que ejercía demasiado poco su autoridad en el círculo familiar. La mayoría de las veces su hermano mayor le mostraba amistad y tenía paciencia con Ricardo, pero los dos niños tenían poco en común.

El desencadenamiento de la guerra aumentó mucho las dificultades de Ricardo. Fue evacuado con su madre y, para analizarse, se trasladó con ella al pueblo donde yo residía entonces, mientras que su hermano fue a otro lugar con su escuela. El separarse de su hogar trastornó a Ricardo. Además, la guerra agudizó todas sus ansiedades, angustiándolo especialmente los bombardeos aéreos. Seguía las noticias con gran atención; se interesaba mucho por los cambios de la situación bélica y esta preocupación se manifestó una y otra vez en el transcurso de su análisis.

Aunque había dificultades en la situación familiar —lo mismo que había habido dificultades en el desarrollo precoz del niño— en mi opinión la gravedad de la enfermedad de Ricardo no se podía explicar solamente por estas circunstancias. En él, como en cualquier otro caso, debemos tener en cuenta los procesos internos que resultan y actúan conjuntamente con los factores tanto constitucionales como ambientales; pero no puedo aquí tratar en detalle la acción recíproca de todos estos factores. Me limitaré a señalar la influencia de ciertas ansiedades tempranas en el desarrollo genital.

El análisis se realizaba en un pueblo no muy cercano a Londres y en una casa cuyos propietarios estaban ausentes por entonces. En dicha casa yo no disponía de un cuarto de juegos en las condiciones que me hubiese gustado, ya que no podía sacar de él algunos libros, láminas, mapas, etc. Ricardo tenía una relación especial, casi de persona a persona, con esta habitación y con la casa, a la que identificaba conmigo. Por ejemplo: a menudo hablaba cariñosamente de la casa y a la casa; se despedía de ella antes de marcharse al final de la hora, y a veces, con gran cuidado, arreglaba los muebles de un modo que, según él, “alegraría” a la habitación.

En el transcurso del análisis, Ricardo hizo varias series de dibujos.² Unas de las primeras cosas que dibujó fue una estrella de mar

² Las reproducciones en este artículo han sido sacadas de los originales y son de tamaño algo menor. Los originales fueron dibujados con lápiz negro y luego coloreados con otros de colores. En tanto que ha sido posible en las reproducciones, los diferentes colores están indicados por señales diferentes. En el *Dibujo III*, sin embargo,

rondando cerca de una planta submarina, y Ricardo me explicó que era un bebé hambriento que deseaba comerse la planta. Uno o dos días después introdujo en sus dibujos un pulpo, mucho mayor que la estrella de mar y con una cara humana. Este pulpo representaba a su padre y al órgano genital de su padre en sus aspectos peligrosos; posteriormente se equiparó con el “monstruo”, que encontraremos en seguida en su material analítico. La forma de la estrella de mar se transformó pronto en un conjunto hecho de diferentes secciones coloreadas. Los cuatro colores principales de este tipo de dibujo —negro, azul, morado y rojo— simbolizaban, en este orden, a su padre, madre, hermano y a él mismo. En uno de los primeros dibujos, en que usó estos cuatro colores, puso el negro y el rojo moviendo los lápices hacia lo dibujado con ruidos acompañadores. Explicó que el negro era su padre y acompañó el movimiento del lápiz imitando el ruido de soldados marchando. El rojo vino después, y Ricardo dijo que era él mismo, y cantó una tonada alegre mientras movía el lápiz. Cuando coloreó las secciones azules, dijo que eran su madre; y cuando llenó las secciones moradas, dijo que su hermano era bueno y que le ayudaba.

El dibujo representaba un imperio, siendo sus diferentes secciones los distintos países. Es significativo que el interés de Ricardo por los sucesos bélicos tuviesen un papel importante en sus asociaciones. A menudo miraba en el mapa los países que Hitler había subyugado y entonces se hacía evidente la conexión entre los países del mapa y sus dibujos del imperio. Los dibujos del imperio representaban a su madre, que había sido invadida y atacada. Generalmente su padre aparecía como el enemigo. Ricardo y su hermano tenían diferentes papeles en los dibujos; a veces eran aliados de la madre, otras veces del padre.

Aunque parecidos a primera vista, estos dibujos variaban mucho en los detalles; nunca hubo dos exactamente iguales. Era significativo cómo Ricardo hacía estos dibujos y también la mayoría de sus dibujos. No los empezaba con un plan preconcebido y a menudo él mismo se sorprendía al ver el aspecto del dibujo terminado.

Usaba material de juego variado; por ejemplo, los lápices negros y de colores, con los que hacía sus dibujos, en sus juegos también representaban a personas. Además trajo a mi casa su propio conjunto de barcos de juguete, dos de los cuales siempre representaban a sus padres, mientras que los otros barcos tenían diferentes papeles.

Con la finalidad de esta exposición, he limitado mi selección de material a unos pocos ejemplos, sacados principalmente de sus horas de análisis. Durante estas horas —en parte debido a circunstancias exteriores, de las que me ocuparé más adelante—, algunas de las ansiedades de Ricardo se manifestaron con mayor intensidad. Se logró

los submarinos deben ser negros, y las banderas rojas y los peces y estrellas de mar, amarillos.

disminuir las mediante interpretaciones y los cambios resultantes aclararon la influencia de las ansiedades tempranas en el desarrollo genital. Estos cambios, que fueron solamente un paso hacia una genitalidad más desarrollada y hacia una estabilidad psíquica mayor, se habían anunciado ya anteriormente en el análisis de Ricardo.

En lo referente a las interpretaciones presentadas en este artículo, no es necesario decir que he seleccionado las que se aplican mejor a su tema. Aclararé cuáles fueron las interpretaciones dadas por el paciente mismo. Además de las interpretaciones que yo di al paciente, este artículo contiene varias conclusiones sacadas del material analítico y no siempre haré una clara distinción entre estas dos categorías. Tal demarcación traería consigo mucha repetición y embarullaría los puntos principales.

Ansiedades tempranas como obstáculos al desarrollo edípico

Como punto de partida elijo la reanudación del análisis después de una interrupción de diez días. Hasta entonces el análisis había durado seis semanas. Durante esos días yo fui a Londres y Ricardo partió de vacaciones. Nunca había estado en un bombardeo y sus temores de bombardeo se centraban en Londres como el lugar más peligroso. De ahí que para él mi marcha a Londres significase el ir a la destrucción y a la muerte. Esto se añadía a la ansiedad que le causaba la interrupción del análisis.

A mi vuelta encontré a Ricardo preocupado y deprimido. Durante la primera hora apenas me miraba y alternaba entre estar sentado rígidamente en su silla, sin levantar los ojos, y caminar sin descanso a la cocina vecina y al jardín. Sin embargo, a pesar de su resistencia intensa, me hizo algunas preguntas: ¿Había visto mucho del Londres destruido? ¿Había habido un bombardeo mientras yo estaba allí? ¿Hubo muchos truenos en Londres?

Una de las primeras cosas que me dijo fue que odiaba volver al pueblo donde se realizaba el análisis, y lo llamó "pocilga" y una "pesadilla". En seguida salió al jardín, donde parecía sentirse con mayor libertad para mirar a su alrededor. Vio algunos hongos, que me señaló temblando y me dijo que eran venenosos. Volvió al cuarto, tomó un libro del estante y en él me señaló especialmente la imagen de un hombrecito que se peleaba con un "monstruo terrible".

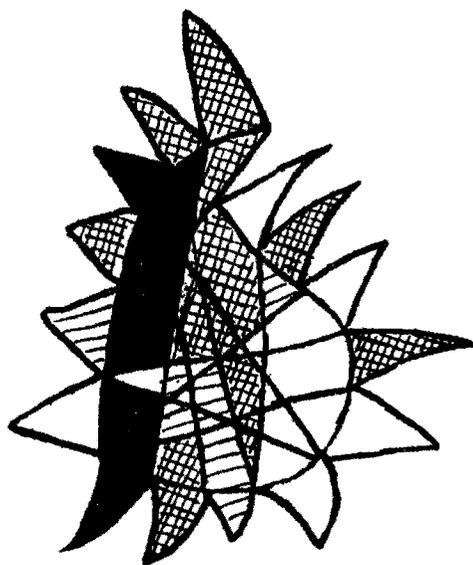
Dos días después de mi vuelta, Ricardo, con gran resistencia, me habló de una conversación que había tenido con su madre, durante mi ausencia. Había dicho a su madre que estaba muy preocupado acerca de tener él niños en el futuro y le había preguntado si le dolería mucho. Ella le contestó y le explicó lo que ya había hecho anteriormente, el papel del hombre en la reproducción. A lo que él le replicó que no le gustaría colocar su órgano genital en el genital de otra persona, porque le iba a asustar y además que todo el asunto le causaba una gran preocupación.

En mi interpretación uní este temor con el pueblo "pocilga"; el pueblo representaba, en la mente de Ricardo, mi "interior" y el "interior" de su madre, que se habían vuelto malos a causa de los truenos y de las bombas de Hitler. Estas representaban el pene "malo" de su padre, que entraba en el cuerpo de su madre y lo convertía en un lugar que corría peligro y que era peligroso. El pene "malo" dentro de su madre estaba también simbolizado por los hongos venenosos, que habían crecido en el jardín durante mi ausencia, así como por el monstruo, en contra del cual estaba luchando el hombrecito (que representaba a Ricardo). La fantasía de que su madre contenía el órgano genital destructivo de su padre explicaba en parte los temores de Ricardo al coito. Esta ansiedad se había agudizado e intensificado por mi marcha a Londres. Sus propios deseos agresivos relacionados con el coito de sus padres aumentaban mucho sus ansiedades y sentimientos de culpa.

Había una conexión íntima entre el temor de Ricardo al pene "malo" del padre dentro de la madre y su fobia a los niños. Estos dos temores estaban íntimamente unidos con sus fantasías del "interior" de su madre como un lugar peligroso, porque él sentía que había atacado y dañado a los niños por él imaginados en el "interior" del cuerpo de su madre y que ellos se habían convertido en sus enemigos. Gran parte de esta ansiedad la desplazó a su temor a los niños de su ambiente.

La primera cosa que Ricardo hizo con sus barcos durante estas horas fue que un destructor, que él llamaba "Vampiro", chocase con un acorazado, "Rodney", que para él siempre representaba a la madre. En seguida entró en resistencia y en ella Ricardo volvió rápidamente a arreglar los barcos. Me contestó, sin embargo —aunque no con agrado—, cuando le pregunté que a quién representaba el "Vampiro", diciéndome que era él mismo. La resistencia súbita, que le hizo interrumpir el juego, aclaró algo acerca de la represión de sus deseos genitales hacia la madre. En su análisis, el choque repetido de un barco contra otro simboliza el coito. Una de las causas principales de la represión de sus deseos genitales era su temor al carácter destructor del coito, porque —como lo sugiere el nombre "Vampiro"— lo consideraba como algo oral-sádico.

Ahora interpretaré el *Dibujo I*, que especifica más las situaciones angustiosas de Ricardo en esta etapa de su análisis. Como ya sabemos, en esta serie de dibujos el rojo siempre representaba a Ricardo, el negro a su padre, el morado a su hermano y el azul claro a su madre. Mientras coloreaba las secciones rojas, Ricardo me dijo: "Estos son los rusos". Aunque los rusos se habían hecho nuestros aliados, él los miraba con mucha desconfianza. Por lo tanto, al referirse al rojo (él mismo) como siendo los rusos sospechosos, me estaba dando a entender que temía su propia agresión. Era este temor el que le había hecho interrumpir su juego con los barcos, cuando se dio cuenta de que él era el "Vampiro", en su acercamiento sexual a



I

su madre. El *Dibujo I* expresaba sus ansiedades referentes al cuerpo de su madre, atacado por el Hitler-padre malo (bombas, truenos, hongos venenosos). Como veremos, cuando discutamos sus asociaciones con el *Dibujo II*, todo el imperio representaba el cuerpo de su madre, que estaba perforado por el órgano genital “malo” de Ricardo. En el *Dibujo I*, sin embargo, la perforación se hacía por tres órganos genitales, que representaban a los tres hombres de la familia: el padre, el hermano, y él mismo. Sabemos que durante esta hora Ricardo había expresado su horror al coito. O sea, que a la fantasía de la destrucción que amenazaba a la madre, causada por el padre “malo”, se añadía para ella el peligro de la agresión de Ricardo, porque se identificaba con su padre “malo”. También aparecía su hermano como atacante. En este dibujo su madre (azul claro) contiene a los hombres malos o, en último término, los órganos genitales malos de éstos, y, por lo tanto, el cuerpo de su madre corre peligro y es un lugar peligroso.

Algunas defensas tempranas

Las ansiedades de Ricardo por su agresión y sobre todo por sus tendencias oral-sádicas eran muy grandes y motivaban una lucha

aguda dentro de él en contra de su agresión. A veces esta lucha se percibía claramente. Era significativo que en los momentos de rabia rechinase sus dientes y moviera sus mandíbulas como si estuviese mordeando. Debido a la intensidad de sus impulsos oral-sádicos, Ricardo temía dañar a su madre. A menudo preguntaba a su madre o a mí misma, aun después de alguna observación sin importancia: “¿He herido tus sentimientos?” El temor y la culpa, dependientes de sus fantasías destructivas, moldeaban toda su vida emocional. Para mantener su amor hacia su madre, Ricardo procuraba una y otra vez dominar sus celos y resquemores, negando hasta los motivos más evidentes de ellos.

Pero las tentativas de Ricardo para refrenar su odio y su agresividad y para negar sus resquemores no tenían mucho éxito. La rabia, reprimida por las frustraciones sufridas en el pasado y en el presente, se manifestaba claramente en la situación transferencial: por ejemplo, en sus reacciones a la frustración impuesta por la interrupción del análisis. Sabemos ya que al ir yo a Londres, en su mente me había convertido en un objeto dañado. Sin embargo, yo no estaba dañada únicamente por haber estado expuesta al peligro de las bombas, sino también porque, al frustrarle, había suscitado su odio; en consecuencia, de un modo inconsciente, él sentía que me había agredido. Repitiendo situaciones anteriores de frustración, Ricardo se había identificado —en los ataques que fantaseaba contra mí— con el Hitler-padre bombardeador y peligroso, y temía la retaliación. Por lo tanto me convertí para él en un sujeto hostil y vengativo.

La división precoz de la imagen materna en una “madre pecho” buena y mala, como una técnica de manejar la ambivalencia, fue muy patente en Ricardo. Esta división evolucionó ulteriormente a una división en la “madre pecho” que era “buena” y la “madre genital” que era mala. En esta etapa del análisis, su madre real representaba la “madre pecho buena”, mientras que yo me había convertido en la “madre genital mala” y, por ello, despertaba en él la agresión y los temores conectados con esa imagen. Me había convertido en la madre dañada por el padre en el coito o unida con el Hitler-padre “malo”.

La actividad del interés genital de Ricardo en aquella época quedó demostrada, por ejemplo, por su conversación con su madre sobre el coito, aunque entonces Ricardo expresase sobre todo horror. Y era este horror el que le había hecho separarse de mí, viéndome como la madre “genital”, y también el que lo impulsó hacia su madre real como objeto bueno. Durante mi estancia en Londres, Ricardo fue más inseparable que nunca de su madre. Como él me expresó, era el “pollito de mamá” y “los pollitos van detrás de sus madres”. Esta huida al pecho materno, como una defensa contra la angustia ante la madre genital, no tuvo éxito, porque Ricardo añadía: “pero los pollitos tienen que arreglarse sin ellas, porque las gallinas ya no se preocupan más de ellos y no los cuidan”.

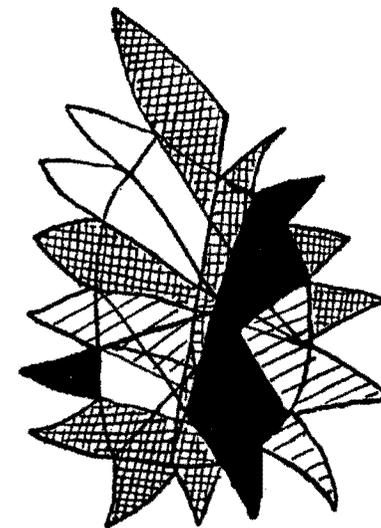
Las frustraciones, experimentadas en la situación transferencial por la interrupción del análisis, habían reavivado frustraciones y resquemores anteriores y, ante todo, la privación sufrida anteriormente por Ricardo del pecho de su madre. Por lo tanto, había fracasado su ilusión de tener una madre buena.

Inmediatamente después del choque entre “Vampiro” (él mismo) y “Rodney” (su madre), más arriba descrito, Ricardo colocó uno al lado del otro los acorazados “Rodney” y “Nelson” (su padre y su madre) y después, en una fila, algunos barcos que representaban a su hermano, a él mismo y a su perro, siguiendo —como él dijo— un orden de edad. Con esto el juego con los barcos expresaba su deseo de restaurar la armonía y la paz en la familia, al permitir a sus padres reunirse y al ceder él ante la autoridad de su padre y de su hermano. Esto implicaba la necesidad de frenar su envidia y su odio, porque sentía que sólo así podía evitar la lucha con el padre para obtener la posesión de la madre. De este modo rehuía su temor de castración y además conservaba al padre bueno y al hermano bueno. Y, sobre todo, así salvaba también a su madre de ser dañada en una lucha entre su padre y él mismo.

Así que Ricardo, no solamente estaba dominado por la necesidad de defenderse contra el temor de ser atacado por sus rivales, que eran su padre y hermano, sino también por preocupaciones acerca de sus objetos buenos. Los sentimientos de amor y la necesidad de reparar el daño que había hecho en su fantasía —daño que podía ocurrir de nuevo si se dejaba llevar por su odio y su envidia— se manifestaron con mayor intensidad.

Sin embargo, Ricardo podía conseguir la paz y la armonía en la familia, podía refrenar su envidia y su odio y conservar su objeto amado solamente si reprimía sus deseos edípicos. La represión de sus deseos edípicos implicaba una regresión parcial a la primera infancia, a ser bebé y esta regresión estaba unida a la *idealización* de la relación madre-bebé. Porque Ricardo quería convertirse en un niño libre de agresión y, sobre todo, libre de impulsos oral-sádicos. La idealización del bebé suponía una idealización correspondiente de la madre y, ante todo, de la de sus pechos. Era figurarse un pecho ideal que nunca frustrara y una madre y un hijo en una relación mutua únicamente amorosa. En su mente Ricardo alejaba el pecho malo, la madre mala, de la madre ideal.

El *Dibujo II* ilustra algunos de los procedimientos de Ricardo para manejar su ambivalencia, ansiedad y culpa. Me señaló Ricardo la sección roja “que pasa a través del imperio de mamá”, pero se corrigió en seguida, diciendo: “no es el imperio de mamá, es solamente un imperio, donde todos nosotros tenemos algunos territorios”. Le interpreté que temía darse cuenta de que había pensado que representaba el imperio de la madre, porque entonces la sección roja estaría penetrando en el interior de su madre. Entonces Ricardo miró una vez más el dibujo y manifestó que la sección roja tenía aspecto



■ Negro	▨ Morado
□ Azul claro	▩ Rojo

II

“como un genital” y señaló que dividía al imperio en dos: en el oeste había territorios que pertenecían a todo el mundo, mientras que la parte del este no contenía nada de su madre, sino solamente a él mismo, a su padre y a su hermano.

La parte izquierda del dibujo representaba a la madre buena, muy unida a Ricardo, porque allí había poco de su padre y relativamente poco de su hermano. En contraste, en el lado derecho (el “este peligroso”, que ya había surgido anteriormente en su análisis), aparecían únicamente los hombres luchadores o, más bien, sus genitales malos. Su madre había desaparecido de este lado del dibujo, porque, como lo sentía Ricardo, había sido subyugada por los hombres malos. Este dibujo expresaba la división de la madre en la madre mala, llena de peligros (la madre genital) y a la madre querida y segura (la madre pecho). Ya en el primer dibujo, del que hice uso para señalar algunas situaciones de ansiedad, podemos ver algo de los mecanismos de defensa que aparecen más claramente en el *Dibujo II*. Aunque en el *Dibujo I* la madre azul claro ocupa todo el dibujo y la división entre la madre “genital” y la madre “pecho” no resalta tan claramente como en el *Dibujo II*, una tentativa de división de esta clase puede ser vista en él si aislamos la sección de su extrema derecha.

Es significativo que en el *Dibujo II* la división se efectúe por una

sección especial puntiaguda y alargada, que Ricardo interpretó como órgano genital. De este modo él expresaba su creencia de que el genital masculino era penetrante y peligroso. Esta sección especial se parece a un diente puntiagudo y largo o a una daga y, según mi opinión, tiene ambos significados: el primero, que simboliza el peligro para el objeto amado los impulsos oral-sádicos, y el último, el peligro dependiente, según sentía Ricardo, de la función genital como tal, debido a su capacidad penetrante.

Estos temores contribuían más y más a la huida hacia la madre "pecho". Ricardo podía solamente conseguir una estabilidad relativa en un nivel predominantemente pregenital. El movimiento de su libido hacia adelante estaba dificultado, porque eran demasiado grandes su ansiedad y su culpa, y su yo no era capaz de desarrollar las defensas adecuadas. Con ello su organización genital no podía estabilizarse suficientemente,³ lo cual implicaba en él una tendencia intensa a la represión. El juego entre estos fenómenos de fijación y regresión podía ser visto en cualquier etapa del desarrollo de Ricardo.

Disminución de la represión de los deseos edípicos

El análisis de las diversas situaciones de ansiedad que he descrito, tuvo el efecto de empujar hacia adelante los deseos y las ansiedades edípicas de Ricardo. Pero su yo podía mantener estos deseos únicamente mediante el empleo intensificado de ciertas defensas (de las que trataré en esta sección). Sin embargo, estas defensas podían ser eficaces solamente porque el análisis había disminuido algo la ansiedad, lo que también implicaba una disminución de las fijaciones.

Cuando se disminuyó en cierto grado la represión de los deseos genitales de Ricardo, su temor a la castración se presentó más intensamente en el análisis y se expresó de diferentes modos, juntamente con una modificación correspondiente de sus métodos de defensa. En la tercera hora, después de mi vuelta, Ricardo salió al jardín y me habló de su deseo de escalar montañas, sobre todo Snowdon, a la que había mencionado anteriormente en el transcurso de su análisis. Mientras hablaba, se dio cuenta de que había nubes en el cielo y expresó la opinión de que se estaba formando una tormenta peligro-

³ En su artículo "La organización genital infantil" (O.C., 19), Freud describe la organización genital infantil considerándola como una "fase fálica". Una de sus razones principales para introducir ese término era su opinión de que durante la fase genital infantil el órgano genital femenino no ha sido todavía descubierto o reconocido y que todo el interés del niño o la niña está centrado en el pene. Mi experiencia no confirma este punto de vista; tampoco creo que el uso del término "fálico" designe bien al material que se discute en este artículo. Por lo tanto sigo empleando el término original de Freud de "fase genital" ("organización genital"). Expondré más detalladamente mis razones para esta elección de términos en el resumen general teórico que se encuentra más adelante en este artículo.

sa. Dijo que en tales días compadecía a las montañas, porque lo pasaban mal cuando una tormenta descargaba sobre ellas. Así expresaba su temor al padre malo, que en el material citado anteriormente estaba representado por bombas y truenos. El deseo de escalar Snowdon, que simbolizaba su deseo de coito con su madre, le provocaba inmediatamente el temor a la castración por su padre malo y, por ello, la tormenta que se descargaba era un peligro tanto para su madre como para él mismo.

En la misma hora Ricardo me dijo que iba a hacer cinco dibujos. Me mencionó que había visto un cisne con cuatro cisnes pequeños "muy ricos". Jugando con sus barcos, Ricardo hizo que un barco fuese mío y otro de él; yo me iba en mi barco en un viaje de recreo, y lo mismo hacía él. En un primer momento alejó su barco, pero pronto le dio la vuelta y lo colocó bastante cerca del mío. En el material anterior el contacto de los barcos —sobre todo en lo referente a sus padres— había simbolizado con frecuencia el coito. Por lo tanto, en este juego Ricardo expresaba sus deseos genitales, así como su confianza de tener potencia. Los cinco dibujos, que él decía que me iba a dar, lo representaban (el cisne) dándome —o más bien dando a su madre— cuatro hijos (los cisnecitos).

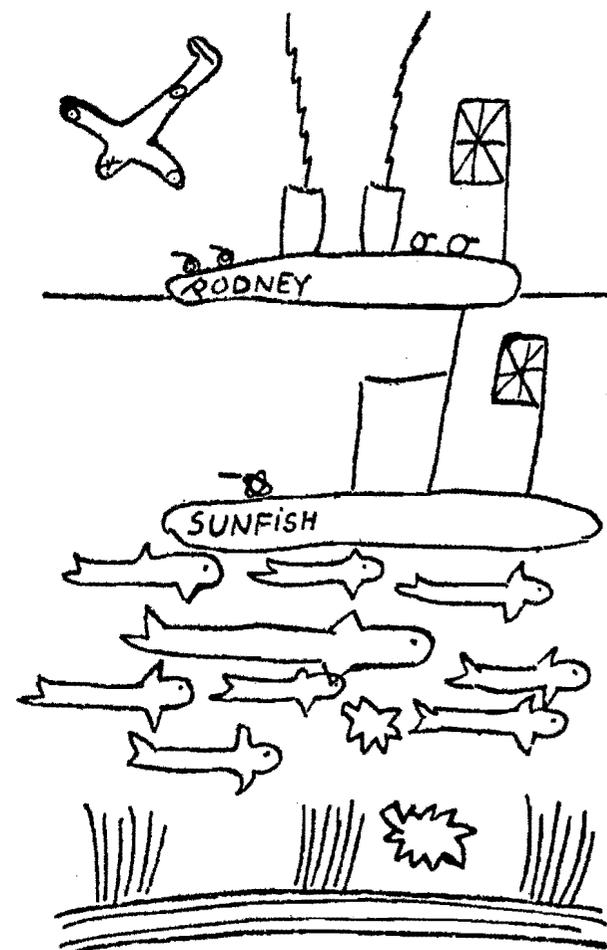
Como ya hemos visto, unos días antes había ocurrido algo similar en el juego de los barcos: "Vampiro" (Ricardo) tocaba a "Rodney" (su madre). Entonces esto trajo como consecuencia un cambio brusco en el juego, que fue provocado por el temor de Ricardo de que sus deseos genitales pudiesen estar dominados por sus impulsos oral-sádicos. Sin embargo, en los días siguientes se alivió parte de su ansiedad, disminuyó su agresión y por ello se reforzaron algunos métodos de defensa. Con lo que Ricardo pudo realizar un juego similar (su barco tocó al mío en un viaje de recreo), sin que ello le provocase ni ansiedad ni represión de los deseos genitales.

La creencia reforzada de Ricardo de que podría llegar a ser potente estaba unida a una mayor confianza de que su madre podía ser preservada de peligros. Ahora ya era capaz Ricardo de permitirse la fantasía de que ella lo iba a querer siendo él un hombre y que le permitiría ocupar el lugar del padre. Esto le hizo confiar en que ella sería su aliada y que lo iba a proteger contra todos sus rivales. Por ejemplo, Ricardo tomó el lápiz azul y el lápiz rojo (su madre y él mismo) y los colocó en la mesa levantados el uno al lado del otro. Luego movió el lápiz negro (su padre) hacia los otros y el lápiz negro fue rechazado por el rojo, mientras que el lápiz azul rechazaba al morado (su hermano). Este juego expresaba el deseo de Ricardo de que su madre, puesta de acuerdo con él, alejase a su padre y a su hermano peligrosos. Su madre, como alguien fuerte en lucha contra los hombres malos y contra los genitales peligrosos de éstos, también surgía de una asociación con el *Dibujo II*, porque Ricardo dijo que la madre azul en el oeste estaba preparándose a luchar contra el este, para reconquistar allí sus territorios. Como ya sabemos, en la parte

derecha del *Dibujo II* la madre había sido subyugada por los ataques genitales de los tres hombres que eran su padre, su hermano y él mismo. En el *Dibujo IV*, que describiré algo más adelante, Ricardo extendió el azul sobre la mayor parte del dibujo y con ello expresó su confianza en que la madre volvería a recuperar sus territorios perdidos. De este modo —restaurada y reavivada— la madre iba a ser capaz de ayudarlo y de protegerlo. Debido a su confianza en poder restaurar y reavivar a su objeto bueno, lo que implicaba su creencia de que él podría manejar mejor su agresión, Ricardo fue capaz de sentir sus deseos genitales más intensamente. Como disminuyó su ansiedad, pudo también dirigir su agresión hacia afuera y, en su fantasía, volver a la lucha con su padre y su hermano para conseguir la posesión de su madre. En su juego con los barcos, los puso en orden formando una fila larga, con el barco más pequeño delante. El significado de este juego era que él se había apropiado de los genitales de su padre y de su hermano y los había añadido al suyo propio. Sentía que con esta victoria fantaseada sobre sus rivales él se había hecho potente.

El *Dibujo III* es un conjunto de dibujos, frecuentes en el análisis de Ricardo, en los cuales figuran, en varias combinaciones, plantas, estrellas de mar, barcos y peces. Como ocurría con el tipo de dibujos que representaban el imperio, en ellos había una gran variación en los detalles, pero algunos de sus elementos siempre representaban el mismo objeto y la misma situación. Las plantas bajo el agua representaban los órganos genitales maternos; por lo común se trataba de dos plantas con un espacio en el medio. Las plantas también representaban los pechos maternos, y cuando una de las estrellas de mar estaba entre las plantas, significaba invariablemente que el niño estaba en posesión de los pechos de su madre o que realizaba un coito con ella. Los puntos salientes en el contorno de la estrella de mar representaban dientes y simbolizaban los impulsos oral-sádicos del bebé.

Al comenzar el *Dibujo III*, Ricardo primero dibujó los dos barcos, luego el pez grande y alguno de los pequeños a su alrededor. Al dibujar estos últimos, se animó más y más y llenó el espacio restante con los peces hijos. Luego me hizo notar que uno de los peces hijos estaba cubierto por una aleta de “pez-mami” y me dijo: “éste es el más joven de todos los hijos”. Este dibujo sugiere que el pececito está siendo alimentado por la madre. Le pregunté a Ricardo si él se encontraba entre los pececitos, pero me dijo que no. También me dijo que la estrella de mar situada entre las plantas era una persona adulta, y que la otra estrella de mar, más pequeña, era una persona medio desarrollada, explicándome que era su hermano; me señaló así mismo que el periscopio del “Pez solar” estaba “penetrando en Rodney”. Le sugerí que el “Pez solar” le representaba a él mismo (la palabra inglesa *sun* —sol— en lugar de *son* —hijo—) y que el peris-



III

copio penetrando en “Rodney” (la madre) representaba su coito con su madre.

La afirmación de Ricardo de que la estrella de mar entre las plantas era una persona adulta significaba que representaba al padre, mientras que Ricardo mismo estaba representado por el “Pez solar”, o sea por el barco que era de un tamaño aún mayor que “Rodney” (su madre). De este modo expresaba el cambio de los papeles en la relación padre-hijo. Al mismo tiempo el dibujo señalaba su amor hacia su padre y su deseo de reparación, porque colocaba la estrella de mar-padre entre las plantas, permitiéndole con ello estar en la posición de un niño a quien se trata bien.

El material presentado en esta sección demuestra que la situación edípica positiva y la posición genital se habían hecho más manifiestas. Como hemos visto, Ricardo lo alcanzó siguiendo varios métodos. Uno de ellos era hacer de su padre un bebé —un bebé no privado de satisfacciones y que, por lo tanto, sería “bueno”— mientras que él mismo se apropiaba del pene del padre.

Hasta entonces, Ricardo, que solía desempeñar varios papeles en esta clase de dibujos, siempre se reconocía a sí mismo en ellos, inclusive cuando hacía el papel de niño. Lo hacía, porque bajo el impacto de la ansiedad se retrotraía al papel idealizado del niño satisfecho y amante. Ahora, por vez primera, afirmaba que no estaba entre los bebés del dibujo. Esto me pareció otra indicación del refuerzo de su posición genital. Sentía ahora que podía crecer y hacerse potente sexualmente. En su fantasía, por lo tanto, podía tener niños con su madre y ya no necesitaba presentarse como si fuera un bebé.

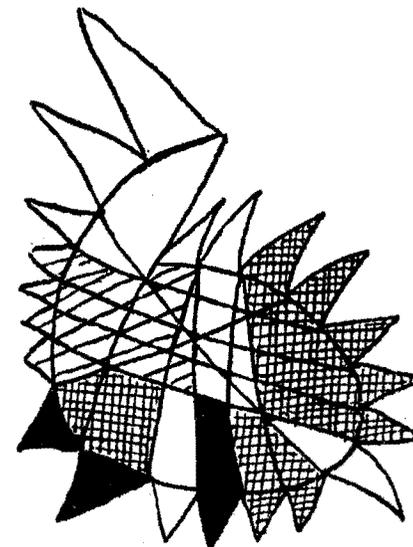
Sin embargo, estos deseos y fantasías genitales hacían surgir en él diversas ansiedades y, por ello, la tentativa de resolver sus conflictos edípicos colocándose Ricardo en el lugar del padre, sin tener que pelearse con él, sólo tuvo un éxito parcial. Al lado de esta solución relativamente pacífica, encontramos en el dibujo temores de Ricardo referentes a la sospecha de su padre acerca de sus deseos genitales hacia la madre, que por ello iba a vigilarlo de cerca y que lo iba a castrar. Porque cuando interpreté a Ricardo su cambio de la relación padre-hijo, me dijo que el aeroplano de arriba era inglés y que estaba vigilando. Se recordará que el periscopio del submarino penetrando en “Rodney” representaba el deseo de Ricardo de tener un coito con su madre. Lo cual implicaba que Ricardo intentaba desplazar a su padre y que, por lo tanto, suponía que su padre le miraba con recelo. Le interpreté que esto significaba, no solamente que su padre estaba transformado en un niño, sino también que estaba presente en el papel de superyó paterno, del padre que le vigilaba, que intentaba evitar que él tuviese un coito con la madre y que lo amenazaba con castigos (el aeroplano vigilante).

Le interpreté también que él mismo había estado “vigilando” a sus padres, porque, no solamente acechaba su vida sexual, sino que además deseaba intensamente interferir en ella y separar a sus padres.

El *Dibujo IV* ilustra el mismo material de un modo distinto. Mientras coloreaba las secciones azules, Ricardo estaba cantando el himno nacional; me explicó que su madre era la reina y que él era el rey. Es decir, que Ricardo se había convertido en el padre y que había adquirido el órgano genital potente del padre. Cuando terminó el dibujo y lo miró me dijo que allí había “mucho de mami” y de él mismo y que “en realidad podían vencer a papi”. Me señaló que había poco del padre malo en el dibujo (negro). Como el padre se había convertido en un niño indefenso, no parecía necesario vencerlo. Sin embargo, Ricardo no tenía demasiada confianza en esta solución

omnipotente, como lo demostró al decir que unido a su madre, si fuese necesario, él podría vencer al padre. O sea, que la disminución de la ansiedad le permitía enfrentar su rivalidad con el padre y hasta luchar con él.

Mientras coloreaba la sección morada, Ricardo cantaba los himnos noruego y belga y dijo: “él está bien”. La pequeñez de las secciones moradas (en comparación con las azules y rojas) señalaba que su hermano también había sido convertido en un bebé. El cantar los himnos nacionales de los dos pequeños países aliados me señaló que “él está bien” se refería a la vez a su padre y a su hermano, que se habían convertido en niños inofensivos. En esta etapa del análisis se había hecho más manifiesto el amor reprimido de Ricardo hacia su padre.⁴ Sin embargo, Ricardo percibía que no podía eliminar a su padre en sus aspectos peligrosos. Más aun, sus propias heces —en tanto que inconscientemente estaban equiparadas con el padre negro— le parecían una fuente de peligro y tampoco podían ser eliminadas. El reconocimiento de su realidad psíquica se demostró en el



 Negro	 Morado
 Azul claro	 Rojo

IV

⁴ Es significativo que al mismo tiempo el deseo libidinal por el pene de su padre, que había estado fuertemente reprimido, también apareció, y en su forma más primaria. Mirando de nuevo la lámina del monstruo, en contra del cual el hombrecito estaba peleando, Ricardo dijo: “Es horrible mirar al monstruo, pero es posible que su carne sea deliciosa para comer”.

hecho de que el negro no dejó de incluirse en el dibujo, aunque Ricardo se tranquilizó diciendo que en él solamente había un poco de padre-Hitler.

En los diferentes comportamientos que ayudaron a reforzar la posición genital de Ricardo, vemos algunas de las transacciones entre las exigencias del superyó y del ello, que el yo trata de realizar. Mientras Ricardo satisfacía los impulsos de coito con su madre, esquivaba el impulso de matar a su padre; por lo tanto, con ello conseguía disminuir los reproches del superyó. Sin embargo, las exigencias del superyó se satisfacían sólo parcialmente, porque, aunque el padre no sufriese, era separado de su posición junto a la madre.

Tales transacciones son componentes esenciales en cada etapa del desarrollo normal del niño. Siempre que hay grandes fluctuaciones entre las posiciones libidinales, las defensas se trastornan y es necesario encontrar nuevas transacciones. Por ejemplo, en la sección anterior he señalado que al disminuir las ansiedades orales de Ricardo, él intentó solucionar el conflicto entre sus temores y deseos colocándose, en la fantasía, en el papel de un bebé ideal que no ocasionaría disturbios en la paz familiar. Sin embargo, cuando se reforzó la posición genital y Ricardo pudo enfrentar bastante más su temor a la castración, resultó otra transacción. Ricardo mantuvo sus deseos genitales, pero evitó la culpa transformando a su padre y hermano en bebés que él tendría con su madre. Transacciones de este tipo, en cualquier etapa del desarrollo, solamente pueden conducir a una estabilidad relativa, si la cantidad de ansiedad y culpa no es excesiva en relación con la fortaleza del yo.

He tratado con tanto detalle la influencia de la ansiedad y las defensas en el desarrollo genital, porque me parece que no es posible comprender completamente el desarrollo sexual, sin tener en cuenta las fluctuaciones entre los diferentes estadios de la organización libidinal y las ansiedades y defensas especiales que caracterizan estos estadios.

Ansiedades relacionadas con los padres internalizados

Los *Dibujos V y VI* necesitan una introducción. La noche anterior Ricardo había tenido un ligero dolor de garganta y algo de temperatura, pero a pesar de ello acudió al análisis, ya que el tiempo era bueno. Ya he señalado anteriormente que los dolores de garganta y los resfrios se contaban entre sus síntomas, y que aun cuando eran leves, le producían una gran ansiedad hipocondríaca. En el comienzo de la sesión, en la que hizo los *Dibujos V y VI*, Ricardo estaba muy angustiado y preocupado. Me dijo que sentía muy caliente la garganta y que tenía veneno detrás de la nariz. La asociación siguiente, que me comunicó con gran resistencia, fue su temor a que sus alimentos pudiesen estar envenenados. Era un temor que Ricardo había tenido consciente durante años, aunque en esta ocasión, lo mismo que en

ocasiones anteriores, solamente lo pudo relatar en el análisis con dificultades.

Durante esta sesión Ricardo miraba con frecuencia a través de la ventana, como si sospechase de algo. Cuando vio a dos hombres conversando, me dijo que lo estaban espiando, lo cual constituía una de las repetidas indicaciones de sus temores paranoides referentes a su padre y su hermano, vigilantes y perseguidores, pero centrados sobre todo en sus padres en alianza secreta y hostil en contra de él. En mi interpretación, asocié su sospecha con su temor de tener perseguidores internos, que le espiaban y se complotaban en contra de él —una ansiedad que se había presentado anteriormente en su análisis. Un poco después, Ricardo, de repente, se introdujo todo lo que pudo el dedo en la garganta y pareció estar muy preocupado. Me dijo que estaba buscando gérmenes. Le interpreté que los gérmenes representaban a los germanos (al padre-Hitler negro en unión conmigo misma) y que, en su mente, ellos estaban relacionados con los dos hombres que lo espiaban y, en último término, con sus padres. O sea, que su temor a los gérmenes estaba íntimamente unido a su temor a ser envenado, lo que él hacía depender de sus padres inconscientemente, aunque conscientemente no le fueran sospechosos. Su resfrío había removido estos temores paranoides.

En esta sesión Ricardo había hecho los *Dibujos V y VI*, y la sola asociación que conseguí en ese día fue que *VI* era el mismo imperio que *V*. Ello coincidía con que los dos dibujos habían sido hechos en la misma hoja de papel. Al día siguiente Ricardo estaba bien del todo de su dolor de garganta y acudió con un estado de ánimo diferente. Me describió con animación cómo le había gustado su desayuno, sobre todo el cereal, y me demostró cómo lo había masticado. (Había comido muy poco los dos días anteriores.) Me dijo que hasta antes de tomar su desayuno había tenido el estómago muy pequeño, delgado y recogido, y que “los huesos grandes en él” “sobresalían”. Estos “huesos grandes” representaban a su padre internalizado —o al órgano genital de su padre—, presentado en el material anterior unas veces como el monstruo y otras como el pulpo. Los “huesos grandes” significaban los aspectos malos del pene de su padre, mientras que “la carne deliciosa” del monstruo eran los aspectos atrayentes del mismo. Le interpreté que el cereal representaba a la madre buena (el pecho y la leche buenos), ya que en una ocasión anterior lo había comparado con un nido de pájaro. Como su creencia en la madre buena internalizada había aumentado, Ricardo estaba menos asustado de los perseguidores internos (los huesos y el monstruo).

El análisis del significado inconsciente del dolor de garganta lo llevó a una disminución de sus ansiedades, con un cambio correlativo en los métodos de defensa. En esta sesión el estado de ánimo de Ricardo y sus asociaciones expresaban claramente este cambio. De repente el mundo se le convirtió en algo hermoso: admiraba el paisa-

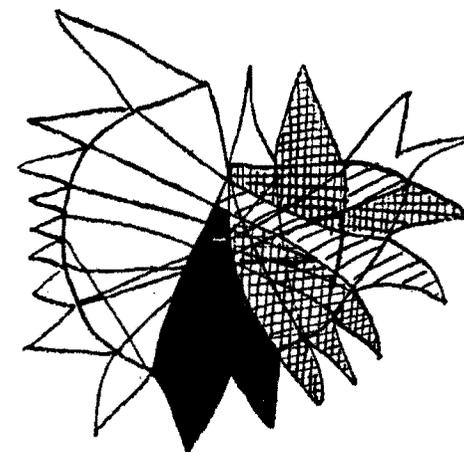
je, mi vestido, mis zapatos y me dijo que yo estaba bonita. También me habló de su madre con gran amor y admiración. De este modo, al disminuir sus temores de los perseguidores internos, el mundo exterior le parecía mejorado y podía confiar más en él, incrementándose su capacidad de disfrutarlo. Al mismo tiempo podía observarse que su depresión había dado lugar a un estado de ánimo hipomaniaco, en el cual negaba sus temores de persecución. En realidad era la disminución de la ansiedad lo que había permitido que se manifestase la defensa maniaca contra la depresión. Claro es que el estado de ánimo hipomaniaco de Ricardo no persistió, y en el curso ulterior de su análisis la depresión y la ansiedad reaparecieron una y otra vez.

Hasta ahora me he referido principalmente a la relación de Ricardo con su madre considerada como un objeto externo. Sin embargo, en su análisis, anteriormente, se había hecho evidente que el papel que ella tenía como objeto externo estaba constantemente mezclado con su papel como objeto interno. Con la finalidad de ser clara, he dejado este punto para ser ilustrado mediante los *Dibujos V y VI*, que exponen vivamente el papel de los padres internalizados en la vida mental de Ricardo.

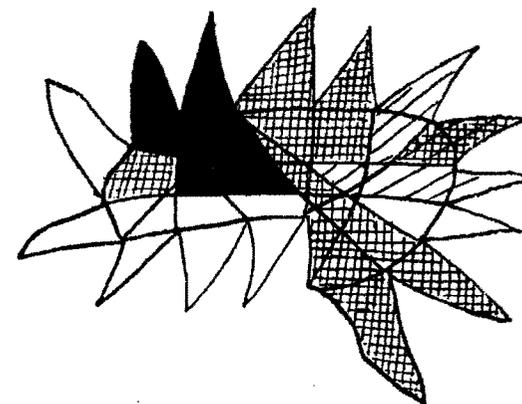
En esta sesión Ricardo tomó los *Dibujos V y VI*, hechos el día anterior, y asoció libremente con ellos. Disminuidas sus ansiedades depresivas e hipocondríacas, él era ahora capaz de enfrentar las ansiedades subyacentes a su depresión. Me señaló que el *Dibujo V* parecía un pájaro y un pájaro "muy, muy horrible". Según él, el azul claro de arriba era una corona, el trozo morado era el ojo, y el pico estaba "completamente abierto". Este pico, como puede verse, estaba formado por las secciones rojas y moradas a la derecha, es decir, por los colores que siempre los habían representado a él y a su hermano.

Le interpreté que la corona azul claro indicaba que el pájaro era su madre —la reina, la madre ideal del material anterior—, que ahora tenía un aspecto hambriento y destructor. El hecho de que su pico estuviese formado por las secciones rojas y moradas expresaba la proyección de Ricardo en su madre de sus propios impulsos oral-sádicos (y también de los de su hermano).

Este material parece demostrar que Ricardo había hecho importantes progresos hacia el enfrentamiento de su realidad psíquica, porque en él había sido capaz de expresar la proyección sobre su madre de sus impulsos oral-sádicos y canibalísticos. Además, como lo demuestra el *Dibujo V*, había permitido que se reuniesen más íntimamente los aspectos "buenos" y "malos" de su madre. Los prototipos de estos dos aspectos, que ordinariamente se mantienen muy apartados el uno del otro, eran el pecho bueno querido y el pecho malo odiado. Estas defensas, mediante la división y el aislamiento, podían ser vistas también en dicho dibujo, porque su parte izquierda era completamente azul. Sin embargo, en la parte derecha del *Dibujo V*, la madre aparecía simultáneamente como un pájaro "horrible"



V



 Negro	 Morado
 Azul claro	 Rojo

VI

(pico abierto) y como reina (corona azul claro). Con la disminución de la negación de su realidad psíquica, Ricardo se había hecho también más capaz de enfrentar la realidad externa, porque le había sido posible reconocer el hecho de que su madre realmente le había frustrado y de que, por lo tanto, había provocado que la odiase.

Siguiendo mis interpretaciones del *Dibujo V*, Ricardo repetía enfáticamente que el pájaro parecía "horrible", y me dio algunas aso-

ciaciones referentes al *Dibujo VI*. Me dijo que parecía asimismo un pájaro, pero sin cabeza, y que lo negro de abajo era "lo mayor" que caía de él. Me dijo que todo era "muy horrible".

En mi interpretación del *Dibujo V* recordé que me había dicho el día anterior que los dos imperios eran el mismo imperio. Le sugerí que el *Dibujo VI* lo representaba a él y que, como él había internalizado al "pájaro horrible" (*Dibujo V*), sentía que se había convertido en uno igual a éste. El pico abierto representaba la boca hambrienta de su madre, pero también expresaba los propios deseos de Ricardo de devorarla, porque los colores, con los cuales estaba formado el pico, los representaban a él y a su hermano (los bebés hambrientos). En su mente, Ricardo había devorado a su madre, siendo ella un objeto destructor y devorador. Cuando, al tomar el desayuno, internalizó a la madre buena, sintió que ella lo estaba protegiendo contra el padre malo internalizado, es decir, contra los "huesos de su estómago". Cuando internalizó a la madre pájaro "horrible", sintió que ella se había unido con el padre monstruo, y que en su mente esta imagen terrorífica de padres unidos lo estaba atacando desde dentro y lo estaba devorando, así como lo atacaba desde fuera y lo castraba.⁵

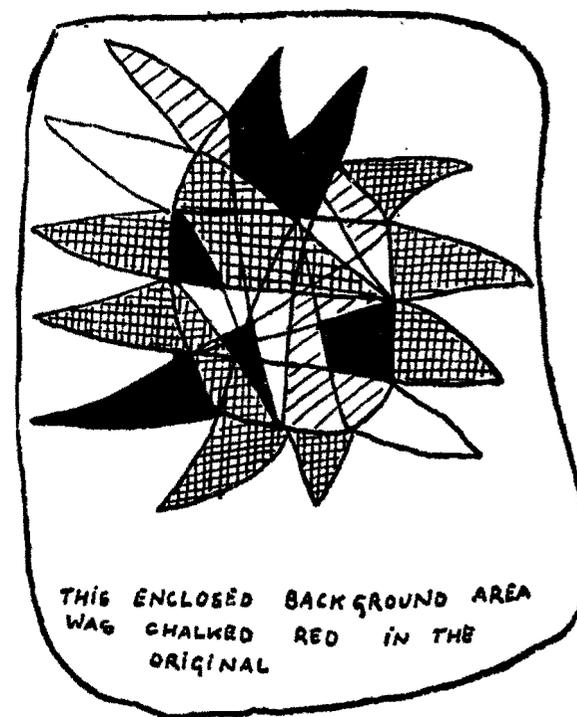
Así Ricardo se sentía mutilado y castrado por los padres malos internos y externos, que le devolvían sus ataques contra ellos; expresaba estos temores en el *Dibujo VI*, porque en él el pájaro aparecía sin cabeza. Como un resultado de sus impulsos oral-sádicos hacia sus padres en el proceso de internalizarlos, ellos, en su mente, se habían convertido en enemigos tan hambrientos y destructivos como él. Además, como sentía que devorando a sus padres los había cambiado en monstruo y en pájaro, experimentaba no sólo temor de estos perseguidores internalizados, sino también culpa, tanto mayor cuanto que temía que había sido él mismo quien había expuesto a la madre buena interna a los ataques del monstruo interno. Su culpa también dependía de sus ataques anales contra los padres externos e internos, lo que él había expresado por "lo mayor horrible" que caía del pájaro.⁶

En la hora precedente había estado tan sometido Ricardo a su ansiedad al hacer estos dibujos, que no los habría podido asociar; cierta disminución de la ansiedad le permitía asociar ahora.

Un dibujo anterior (*VII*), que expresa la internalización de sus objetos aun más claramente que los dibujos *V* y *VI*, es de interés en este aspecto. Cuando Ricardo terminó dicho dibujo, hizo una línea a su alrededor y llenó su fondo con color rojo. Me di cuenta de que es-

⁵ Es importante mencionar aquí que le habían hecho la circuncisión a la edad de tres años y que desde entonces siempre había tenido un intenso miedo consciente a los médicos y a las operaciones.

⁶ Tan importantes como las ya citadas eran, siguiendo sus fantasías, sus impulsos y ansiedades uretrales, aunque específicamente no formasen parte de este material.



■ Negro
□ Azul claro

▨ Morado
▤ Rojo

VII

to representaba el "interior" de Ricardo, el que contenía a su padre, madre, hermano y a él mismo, relacionados los unos con los otros. En sus asociaciones a este dibujo, expresó su satisfacción por el aumento de las secciones azul claro, o sea por las que eran su madre. También me refirió su confianza en que su hermano se aliase a él. Los celos de este hermano hacían que a menudo le mirase con desconfianza y que le temiese como rival. Pero en este momento insistía en la alianza con su hermano. Además me señaló que una de las secciones estaba completamente rodeada por su madre, por su hermano y por él mismo. Lo cual quería decir que él estaba aliado con la madre querida interna en contra del padre peligroso interno.⁷

⁷ Este dibujo representaba también el "interior" de la madre, en el que ocurría la misma lucha. Ricardo y su hermano aparecían en el papel de protectores internos de ella, y su padre como objeto peligroso interno de ella.

A la luz del material presentado en esta sesión parece ser que la parte que tenía en la vida emocional de Ricardo la madre buena, tan a menudo idealizada, se refería tanto a la madre interna como a la madre externa. Por ejemplo, cuando Ricardo expresó su confianza en que la madre azul en el oeste iba a extender su territorio (véase *Dibujo II*), esta confianza se refería tanto a su mundo interno como al mundo externo. Su creencia en la madre buena interna era su punto de apoyo mayor. Siempre que se le fortificaba esta creencia, sentía esperanza y confianza y le venía un sentimiento de seguridad más intenso. Cuando esta sensación de confianza no era tan firme, por una enfermedad o por otras causas, entonces aumentaba su depresión.⁸

Además cuando aumentaban los temores de Ricardo hacia sus perseguidores, que eran la madre mala y el padre malo, él sentía también que no podía proteger a sus objetos queridos internos del peligro de la destrucción y de la muerte, y que esta muerte de ellos traería inevitablemente consigo su propia muerte. Aquí hemos llegado a la ansiedad básica del individuo depresivo que, según mi experiencia, proviene de la posición depresiva infantil.

Un detalle significativo de su análisis ilustra el temor de Ricardo a la muerte de sus objetos externos e internos. Como ya he dicho anteriormente, su relación casi de persona a persona con el cuarto de juegos era uno de los rasgos característicos de su situación transfereencial. Después de mi viaje a Londres, que había aumentado intensamente el temor de Ricardo a los bombardeos aéreos y a la muerte, ocurrió en varias sesiones analíticas que Ricardo no soportase tener que apagar la estufa eléctrica hasta el momento mismo en que salíamos de la casa. En una de las sesiones, que he descrito en conexión con los análisis de los *Dibujos III y IV*, tal obsesión desapareció. En esas sesiones, juntamente con el fortalecimiento de sus deseos genitales y con la disminución de su ansiedad y su depresión, intervino más y más en sus asociaciones la fantasía de que él sería capaz de darnos bebés "buenos" a mí y a su madre, y también su amor por los bebés. Su insistencia obsesiva de mantener encendida la estufa en el cuarto todo el tiempo posible era un indicio de su depresión.⁹

Resumen del historial del niño

La incapacidad de Ricardo para afianzar su posición genital provenía en gran parte de su incapacidad para elaborar su ansiedad en la etapa previa de su desarrollo. El papel importante que el pecho malo tenía en la vida emocional de Ricardo dependía de su lactancia satis-

⁸ No hay duda de que a su vez tales ansiedades son capaces de provocar resfrios u otras enfermedades físicas y, por lo menos, de disminuir la resistencia a ellos. Lo que significa que aquí tenemos que enfrentarnos con un círculo vicioso, porque a su vez estas enfermedades reforzaban todos los temores de Ricardo.

⁹ Mantener la estufa encendida tenía también el significado inconsciente de demostrarse a sí mismo que ni él ni su padre estaban castrados.

factoria, que había estimulado fuertes impulsos y fantasías orales, uretrales y anal-sádicos. Los temores de Ricardo al pecho malo estaban contrarrestados hasta un cierto límite por la idealización del pecho bueno; así podía mantener parte de su amor hacia su madre. Las cualidades malas del pecho y los impulsos oral-sádicos de Ricardo contra él las transfería en gran parte al pene de su padre. Además Ricardo sentía intensos impulsos oral-sádicos hacia el pene de su padre, que provenían de los celos y del odio existentes en la temprana situación edípica positiva. Por ello el órgano genital de su padre, en su fantasía, se convertía en un objeto peligroso que muerde y envenena. El temor al pene, como perseguidor externo e interno, era tan intenso que Ricardo no podía llegar a confiar en las cualidades buenas y productoras del pene. Así la posición femenina temprana de Ricardo era trastornada en su raíz por temores de persecución. Estas dificultades, que él experimentaba en su situación edípica invertida, se mezclaban con el temor a la castración, que era estimulado por sus deseos genitales hacia su madre. El odio a su padre, que acompañaba a estos deseos genitales y que se manifestaba en el impulso de arrancar mordiendo el pene del padre, le llevaba al temor de que lo castrasen, siguiendo el mismo procedimiento, y, con ello, ese odio incrementaba la represión de sus deseos genitales.

Una de las características de la enfermedad de Ricardo era una inhibición creciente de todas sus actividades e intereses. Ello se unía a la represión intensa de sus tendencias agresivas, patente sobre todo en relación con su madre. En relación con su padre y con otros hombres reprimía menos la agresión, aunque ésta estaba muy restringida por temor. La actitud más frecuente de Ricardo hacia los hombres era la de pacificar a quienes podían ser atacantes y perseguidores.

Con otros niños la agresividad de Ricardo estaba menos inhibida, aunque él temía mucho expresarla directamente. Su odio a los niños, así como su temor a ellos, derivaba en parte de su actitud hacia el pene del padre. En su mente estaban muy unidos y relacionados el pene destructor y el niño destructor y hambriento que iban a agotar a la madre y finalmente a destruirla. Lo cual era debido a que Ricardo, inconscientemente, mantenía la equiparación "pene-niño" con gran intensidad. También sentía que el pene malo podía producir solamente niños malos.

Otro factor determinante de su fobia a los niños eran sus celos a su hermano y a cualquier otro niño que su madre pudiese tener en el futuro. Sus ataques sádicos inconscientes a los niños dentro del cuerpo de la madre estaban unidos a su odio al pene del padre dentro de la madre. Solamente en una situación podía manifestar a veces su amor a los niños: en su actitud amistosa hacia los bebés.

Ya sabemos que Ricardo sólo podía mantener su capacidad de amor si idealizaba la relación madre-bebé. Pero, debido a su temor y culpa inconscientes por sus propios impulsos oral-sádicos, conside-

raba a los niños ante todo como seres oral-sádicos. Era ésta una de las razones que hacían que él no pudiese llevar a cabo, en su fantasía, su deseo de dar niños a su madre. Aún era más importante su angustia oral, que desde el comienzo de su desarrollo había aumentado su temor de los aspectos agresivos de la función genital y de su propio pene. El temor de Ricardo a que sus impulsos oral-sádicos dominasen sus deseos genitales y a que su pene fuese un órgano destructor, era una de las causas principales de la represión de sus deseos genitales. Por ello le resultaba importante considerar la genitalidad como uno de los medios imprescindibles para hacer feliz a su madre y para hacer una reparación por los bebés que él creía que había destruido. De todos estos distintos modos, los impulsos, fantasías y temores oral-sádicos de Ricardo interferían una y otra vez con su desarrollo genital.

En las secciones precedentes me he referido repetidamente a la regresión a un estadio oral como defensa contra las nuevas ansiedades que surgen en la posición genital; sin embargo, es importante no descuidar el papel que tiene la fijación en estos procesos. Como las ansiedades orales, uretrales y anal-sádicas de Ricardo eran excesivas, su fijación a estos niveles libidinales era muy intensa; en consecuencia, su organización genital era débil y era fuerte su tendencia a la regresión. Sin embargo, a pesar de sus inhibiciones, Ricardo había desarrollado algunas tendencias genitales sublimadas. Más aun, en tanto que sus deseos estaban dirigidos predominantemente hacia su madre y sus sentimientos de celos y odio hacia su padre, él había alcanzado algunos de los componentes del desarrollo heterosexual. Sin embargo, este cuadro era decepcionante en cierto modo, porque el amor de Ricardo a su madre solamente podía ser mantenido mediante el refuerzo de los elementos orales de su relación con ella y mediante la idealización de la madre "pecho". Ya hemos visto en sus dibujos que las secciones azules representaban siempre a su madre; esta elección de color, asociada con su atracción por el cielo azul y sin nubes, expresaba su anhelo por un pecho ideal, completamente bondadoso, que no lo frustraría jamás.

El hecho de que de este modo Ricardo fuese capaz, hasta cierto punto, de mantener su amor por su madre, le había dado la pequeña estabilidad psíquica que él poseía y que le había permitido también desarrollar hasta cierto límite sus tendencias heterosexuales. Era patente que la ansiedad y los sentimientos de culpabilidad formaban parte amplia de su fijación a su madre. Ricardo la quería, pero de un modo más bien infantil. No toleraba separarse de ella, ni dejar de verla, aunque en él existían pocos rasgos de una relación independiente y masculina hacia la madre. Su conexión con otras mujeres —aunque muy lejana de ser verdaderamente masculina e independiente— expresaba un contraste llamativo con el gran amor y hasta la admiración ciega mostrados por su madre. Con las otras mujeres tenía una conducta inadecuada para su edad y en cierto modo pareci-

da a la de un don Juan adulto. Trataba de congraciarse con las mujeres de distintos modos, hasta adulándolas falsamente. Al mismo tiempo a menudo las criticaba y se disgustaba con ellas, y se divertía si podía engañarlas con sus adulaciones.

Aquí vemos dos actitudes contrapuestas en relación con las mujeres, lo que recuerda algunas conclusiones hechas por Freud. Hablando de la "separación entre las corrientes sexuales y cariñosas del sentimiento erótico" existente en algunos hombres que sufren —como Freud lo formula—, de "impotencia psíquica", es decir, que sólo pueden ser potentes en ciertas circunstancias, Freud escribe: "la vida erótica de esas personas permanece disociada y dividida en dos corrientes, en las mismas dos que aparecen personificadas en el arte como amor celestial y amor terrestre (o animal). Cuando esos hombres aman, no tienen deseo sexual, y cuando desean, no pueden amar".¹⁰

Hay alguna analogía entre la descripción de Freud y la actitud de Ricardo hacia la madre. Temía y odiaba éste a la madre "genital", mientras que daba su amor y cariño a la madre "pecho". Esta división siguiendo las dos corrientes se hacía aparente en el contraste entre su actitud hacia su madre y hacia las otras mujeres. Mientras sus deseos genitales hacia su madre estaban reprimidos fuertemente y, por lo tanto, ella seguía siendo para él un objeto de amor y admiración, estos deseos podían ser activos, hasta un cierto grado, hacia otras mujeres que no fuesen su madre. Pero, al ocurrir así, estas mujeres eran objeto de sus críticas y de su desagrado. Representaban a la madre "genital" y se tenía la impresión de que el horror de Ricardo por la genitalidad y su necesidad de reprimirla se reflejaban en su desagrado hacia los objetos que despertaban en él deseos genitales.

Entre las ansiedades de Ricardo, que traían consigo su fijación y su regresión hacia la madre "pecho", era predominante el temor al "interior" de su madre, considerado un lugar lleno de perseguidores. Porque la madre "genital", que era para él la madre cohabitando con el padre, según él contenía también el órgano genital "malo" del padre —o mejor dicho una gran cantidad de genitales del padre—, lo que originaba una alianza peligrosa de la madre con el padre en contra del hijo; la madre también contenía los bebés hostiles. Además, en Ricardo había la ansiedad de considerar a su propio pene como un órgano peligroso que iba a herir y a dañar a su madre amada.

Las ansiedades mostradas, que obstaculizaban su desarrollo genital, estaban muy conectadas con la relación de Ricardo con sus padres como imágenes internalizadas. A la visión que él se formaba del "interior" de su madre visto como un lugar peligroso, correspondía lo que él sentía acerca de su propio "interior". En las sesiones anteriores hemos visto que la madre buena (es decir, el alimento

¹⁰ "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", *O.C.*, 11.

bueno del desayuno) lo protegía internamente del padre, o sea, de los "huesos largos salientes" en su estómago. Esta visión de la madre protegiéndolo del padre internalizado, tenía como paralelo una imagen materna, a la cual Ricardo se consideraba impulsado a proteger del padre malo: la imagen de una madre dañada por los ataques orales y genitales del monstruo interno. Sin embargo, últimamente él también la percibía como dañada por sus propios ataques oral-sádicos en contra de ella. El *Dibujo II* muestra a los hombres malos (a su padre, a su hermano y a él mismo), que subyugan y se tragan a su madre. Aquel temor a haber dañado a la madre provenía del sentimiento de culpabilidad básico de Ricardo de haber destruido (devorado) a su madre y los pechos maternos, mediante sus ataques oral-sádicos en el proceso de internalizarla.

Además de esto expresaba su culpabilidad por sus ataques anal-sádicos en el *Dibujo VI*, ya que señalaba lo "mayor horrible" que caía del pájaro. La equiparación entre sus propias heces y el padre-Hitler negro se ha visto ya antes de su análisis, cuando empezaba a hacer los dibujos del imperio; en el primer dibujo Ricardo empezaba con el color negro como representante de sí mismo, pero pronto decidía que el rojo lo representase a él y el negro a su padre, manteniendo luego esto en el transcurso de todos sus dibujos. Esta equiparación quedó más aclarada mediante unas asociaciones con los *Dibujos V* y *VI*. En el *Dibujo V* la sección negra representaba al padre malo, en el *Dibujo VI* representaba lo "mayor horrible" que caía del pájaro mutilado.

El temor de Ricardo a su propia destructividad estaba relacionado con su temor hacia su madre como un objeto peligroso y represivo. El "pájaro horrible" con el pico abierto era una proyección en su madre de sus propios impulsos oral-sádicos. Las experiencias reales de Ricardo, de haber sido frustrado por su madre, no podían explicar por sí mismas que él se formase una imagen psíquica terrorífica de una madre que lo devoraba interiormente. Se hace patente en el *Dibujo VI* lo peligroso que él sentía que era el horrible madre-pájaro, porque el pájaro sin cabeza del dibujo lo representaba a él mismo y provenía de su temor a la castración efectuada por su madre peligrosa en unión con el padre monstruo, ambos considerados como enemigos externos.

Además Ricardo se sentía internamente amenazado por la alianza de la madre-pájaro "horrible" con el padre monstruo internalizados. Estas situaciones internas de peligro eran la causa principal de sus temores hipocondríacos y persecutorios.

Cuando durante su análisis Ricardo fue capaz de enfrentar el hecho psicológico de que su objeto querido era también su objeto odiado y de que la madre azul claro, es decir, la reina con la corona, estaba unida en su mente con el pájaro picudo horrible, pudo asentar más firmemente su amor hacia su madre. Sus sentimientos de amor se unieron más íntimamente a los de odio y sus vivencias felices con

la madre ya no se alejaron tanto de las frustradoras. Por ello Ricardo ya no se sintió impulsado a idealizar tan intensamente a la madre buena, ni a formarse una imagen tan terrorífica de la madre mala. Cuando se permitió reunir los dos aspectos de la madre, esto trajo consigo que el aspecto malo fuera atenuado por el bueno. Entonces esta madre buena, más asentada en él, podía protegerla contra el padre "monstruo". Lo que a su vez implicaba que en esos momentos no la sintiese dañada, sin remisión, por su avidez oral y por el padre malo, lo que también significaba que sentía que él y su padre se habían vuelto menos peligrosos. Una vez más la madre buena revivía y con ello desaparecía la depresión de Ricardo.

Su mayor confianza en poder conservar vivos al analista y a su madre, como objetos internos y externos, dependía del esfuerzo de su posición genital y de una mayor capacidad de experimentar los deseos edípicos. Ahora, en su fantasía, le era más posible la reproducción, o sea, la creación de bebés buenos, que inconscientemente consideraba como el medio más importante para combatir a la muerte y al temor a la muerte. Por asustarse menos de estar dominado por sus impulsos sádicos, Ricardo creía que iba a ser capaz de crear bebés buenos, debido a que el aspecto creador y productor del órgano genital masculino (tanto del de su padre como del suyo propio) se le había hecho más manifiesto. Esto aumentó su confianza en sus tendencias constructoras y reparadoras, así como en sus objetos internos y externos. Se le reforzó la confianza, no solamente en la madre buena, sino también en el padre bueno. Su padre ya no era un enemigo tan terrible como para que no pudiese enfrentar la lucha con él cuando lo consideraba como un rival odioso. De este modo dio un paso importante hacia el refuerzo de su posición genital y hacia el enfrentamiento de los conflictos y temores dependientes de sus deseos genitales.

EXTRACTOS DE UN HISTORIAL QUE ILUSTRAN EL DESARROLLO EDÍPICO DE LA NIÑA

He expuesto algunas de las ansiedades que trastornan el desarrollo genital del niño. Ahora voy a exponer parte del historial de una niña, al que he descrito ya en publicaciones anteriores desde diferentes puntos de vista.¹¹

Para su presentación este material tiene algunas ventajas, como la de ser sencillo y claro. La mayor parte de este caso ha sido publicado anteriormente. Sin embargo, añadiré algunos detalles hasta ahora no publicados, así como algunas interpretaciones nuevas que no hubiese podido hacer entonces, pero que retrospectivamente parecen confirmarse en el material.

¹¹ Véase la lista de pacientes al final de este tomo y también la que figura en el tomo 2 de estas *Obras completas*.

Mi paciente, Rita, tenía dos años y nueve meses al comienzo de su análisis. Era una niña muy difícilmente educable. Sufría de ansiedades de diferentes clases, de incapacidad de tolerar frustraciones y de frecuentes estados de tristeza. Demostraba rasgos obsesivos que se fueron incrementando en los últimos tiempos. También persistía en ceremoniales obsesivos complicados. Su conducta alternaba entre "bondad" exagerada y remordimientos y estados de "maldad", en los que intentaba dominar a todas las personas de su ambiente. También tenía dificultades en la alimentación; era "caprichosa" en sus gustos y a menudo no tenía apetito. Aunque era una niña muy inteligente, el desarrollo y la integración de su personalidad estaban detenidos por la fuerza de su neurosis.

Lloraba con frecuencia, aparentemente sin causa alguna, y cuando su madre le preguntaba por qué lloraba, contestaba: "Porque estoy tan triste". A la pregunta: "¿Por qué estás tan triste?", contestaba: "Porque estoy llorando". Su sentimiento de culpabilidad se expresaba en insistentes preguntas a su madre: "¿Soy buena?", "¿Me quieres?" No podía tolerar ningún reproche y si se la reñía empezaba a llorar o se mostraba hostil. Sus sentimientos de inseguridad en relación con sus padres se manifestaron, por ejemplo, en el siguiente incidente que ocurrió en su segundo año de vida. Me dijeron que una vez empezó a llorar porque su padre, jugando, amenazó a la figura de un oso de su libro con el cual ella se había identificado aparentemente.

Rita sufría de una intensa inhibición para jugar. Por ejemplo, lo único que podía hacer con sus muñecas era lavarlas y cambiarles los vestidos de un modo compulsivo. Tan pronto introducía en el juego alguna fantasía, se angustiaba y dejaba de jugar.

Lo que viene a continuación son algunos puntos cruciales de su desarrollo. Rita había sido amamantada durante unos pocos meses; después se le dio biberón, que no aceptó bien en un primer momento. También fue difícil destetarla del biberón para darle alimentos sólidos. Se le daba todavía un biberón por la noche y su madre me dijo que había tenido que renunciar a suprimírselo porque cada una de estas tentativas había provocado en la niña grandes complicaciones. En cuanto al control de esfínteres de Rita, conseguido ya a poco de tener un año, creo con fundamento que su madre se había preocupado demasiado. La neurosis obsesiva de Rita demostraba estar íntimamente conectada con su control de esfínteres precoz.

Rita compartió el dormitorio de los padres hasta casi los dos años, siendo a menudo testigo de los coitos de los padres. Cuando tuvo dos años, nació su hermano y entonces su neurosis se manifestó en toda su intensidad. Otra circunstancia coadyuvante fue el hecho de que su madre fuera también neurótica y tuviera una ambivalencia clara hacia Rita.

Sus padres me dijeron que hasta el final del primer año Rita quería mucho más a su madre que a su padre. Al comienzo de su se-

gundo año había desarrollado una preferencia clara por el padre, juntamente con celos intensos de su madre. A los quince meses Rita, cuando estaba sentada en las rodillas de su padre, expresó repetidamente y de un modo que no dejaba lugar a dudas su deseo de quedarse a solas con él en el cuarto. Es algo que no pudo decir con palabras. Cuando tuvo sus dieciocho meses, hubo un cambio notable, que se manifestó en modificaciones de su relación con ambos progenitores así como también en varios síntomas del tipo de terrores nocturnos y fobia a los animales (sobre todo a los perros). Su madre volvió a ser su favorita, aunque la relación con ella mostraba una ambivalencia intensa. Se adhería tanto a su madre que casi no podía dejar de verla. Esto iba acompañado con tentativas de dominarla y con un odio contra ella que a menudo no disimulaba. Al mismo tiempo Rita desarrolló un desagrado manifiesto contra su padre.

Estos hechos fueron observados claramente cuando ocurrieron y sus padres me los comunicaron. En el caso de niños mayores los informes de los padres acerca de lo ocurrido en los primeros años son menos de fiar, ya que con el transcurso del tiempo los hechos se falsifican más fácilmente en la memoria. En el caso de Rita, los detalles de aquellos sucesos todavía permanecían vivos en la mente de los padres y el análisis confirmó completamente lo esencial de sus informes.

Relaciones tempranas con los padres

Al comienzo del segundo año de Rita eran patentes algunos elementos importantes de su situación edípica, como su preferencia por el padre y sus celos de la madre y hasta el deseo de sustituir a la madre con el padre. Al estudiar el desarrollo edípico de Rita en su segundo año, tenemos que considerar algunos factores externos importantes. La niña compartía el dormitorio con sus padres, teniendo amplia oportunidad de ser testigo del coito entre ellos. Por lo tanto, había un estímulo constante para tener deseos libidinales y celos, odio y ansiedad. Cuando Rita cumplió quince meses, su madre quedó embarazada, comprendiendo la niña inconscientemente el estado de su madre. De este modo se reforzó fuertemente el deseo de Rita de recibir un bebé de su padre, así como su rivalidad con su madre. Como consecuencia de ello su agresividad y los sentimientos de culpabilidad y ansiedad, que la agresividad le provocaba, se incrementaron tanto que no pudo mantener sus deseos edípicos.

Sin embargo, las dificultades en el desarrollo de Rita no pueden ser explicadas solamente por estos últimos estímulos externos. Muchos niños están expuestos a vivencias similares, y hasta a otras mucho más desfavorables, sin que enfermen seriamente como consecuencia de ello. Por lo tanto, tenemos que tener en cuenta los factores internos, los cuales, interactuando con las influencias exteriores,

condujeron a la enfermedad de Rita y al trastorno de su desarrollo sexual.

Como reveló el análisis, los impulsos oral-sádicos de Rita eran realmente fuertes y ella tenía poca capacidad para tolerar tensiones de cualquier clase. Estas eran algunas de las características constitucionales de Rita, y determinaron el aspecto de sus reacciones a las frustraciones tempranas que ella sufrió. Estas reacciones afectaron intensamente, ya desde un comienzo, su relación con su madre. Cuando, al final del primer año, se manifestaron los deseos edípicos positivos esta nueva posición frente a sus progenitores reforzó los sentimientos de Rita de frustración, de odio y de agresividad, con sus afectos concomitantes de ansiedad y culpabilidad. La niña fue entonces incapaz de elaborar estos diferentes conflictos y por ello no pudo mantener sus deseos genitales.

La relación de Rita con su madre estaba dominada por dos grandes fuentes de ansiedad: temor persecutorio y ansiedad depresiva. Por un lado su madre era para ella una figura terrorífica y vengativa y por otro lado era su objeto bueno, querido e indispensable. Rita percibía su propia agresión como un peligro para esta madre querida y, por lo tanto, estaba aterrada por el temor a perderla. Fueron la intensidad de estas ansiedades tempranas y los sentimientos de culpabilidad los que en gran parte determinaron la incapacidad de Rita de tolerar otra ansiedad más y la culpa proveniente de los sentimientos edípicos: la rivalidad y el odio en contra de su madre. Como defensa reprimió su odio y lo sobrecompensó con un amor excesivo, lo que necesariamente traía consigo una regresión a estadios más tempranos de su libido. También fue influida básicamente por estos factores la relación de Rita con su padre. Parte del resentimiento que sentía hacia su madre fue desplazado hacia su padre, reforzando así contra él el odio que provenía de la frustración de sus deseos edípicos y que, al comienzo del segundo año, había suplantado su amor al padre. Su fracaso en establecer una relación satisfactoria con su madre se repitió en la relación oral y genital con su padre. Se hicieron patentes en su psicoanálisis unos deseos intensos de castrarlo (en parte derivados de frustraciones en su posición femenina y en parte de su envidia al pene proveniente de su posición masculina).

De este modo las fantasías sádicas de Rita estaban íntimamente unidas con los resentimientos derivados de frustraciones en diferentes posiciones libidinales que ella vivenciaba tanto en su situación edípica invertida como en la positiva. El coito entre los padres tenía un papel importante en sus fantasías sádicas y en la mente de la niña fue algo peligroso y terrorífico, donde su madre aparecía como víctima de la crueldad extrema del padre. Como consecuencia de ella se imaginaba al padre, no solamente como alguien peligroso para la madre sino también para ella misma, en la medida en que sus deseos edípicos se mantenían en identificación con la madre. La fobia de Rita a los perros, provenía del temor al pene peligroso del padre, que le

iba a morder, en venganza a sus propios impulsos de castrarlo. Todo su contacto afectivo con el padre estaba profundamente trastornado, porque Rita lo había convertido en un "hombre malo". Lo odiaba tanto más, porque corporizaba sus propios deseos sádicos en contra de su madre.

El episodio siguiente, que me comunicó la madre, ilustra este último punto. Al comienzo de su tercer año Rita había salido a pasear con su madre y vio a un cochero fustigando cruelmente a sus caballos. La madre se indignó mucho y la niña también expresó una indignación intensa. El mismo día, algo más tarde, Rita sorprendió a su madre, diciéndole: "¿Cuándo vamos a salir de nuevo para ver al hombre malo pegando a los caballos?" Reveló así que había tenido un placer sádico con aquella crueldad y que deseaba su repetición. En su inconsciente el cochero representaba al padre, y los caballos a su madre; su padre realizaba en el coito las fantasías sádicas de la niña dirigidas contra la madre. El temor al genital malo del padre, juntamente con la fantasía de su madre dañada y destruida por el odio de Rita y por el padre malo —el cochero—, interfería a la vez en sus deseos edípicos positivos y en los invertidos. Rita no podía identificarse con una madre tan destruida, ni tampoco permitirse sustituir al padre adoptando la posición homosexual. Por ello en estos estadios tempranos ella no pudo afianzar satisfactoriamente ninguna de las dos posiciones.

Algunos ejemplos del material analítico

Las ansiedades experimentadas por Rita al ser testigo de la escena primaria se observan en el siguiente material.

Durante su análisis en una ocasión puso un ladrillo triangular de juguete sobre uno de sus lados, y me dijo: "Esta es una mujercita". Luego tomó un "martillito", como ella llamaba a un ladrillito oblongo, y con él golpeó fuertemente la caja de ladrillos, diciéndome: "Cuando el martillo pegaba fuerte, la mujercita se asustaba mucho". El ladrillito triangular la representaba a ella misma, el "martillo" al pene del padre y la caja a su madre. Toda la situación la representaba siendo ella testigo de la escena primaria. Es significativo que Rita golpeará la caja exactamente en un lugar donde tenía únicamente papel, de modo que le hizo un agujero. Esta fue una de las veces en que Rita me demostró simbólicamente su conocimiento inconsciente de la vagina y el papel que tenía en sus teorías sexuales.

Los dos ejemplos siguientes se refieren a su complejo de castración y a su envidia del pene. Rita estaba jugando a que viajaba con su osito de juguete a la casa de una mujer "buena", donde se le daría "un trato maravilloso". Sin embargo, este viaje no se hizo tranquilamente. Rita se deshizo del maquinista, colocándose en su lugar, pero el maquinista volvía una y otra vez y la amenazaba, provocándole una gran ansiedad. Un objeto de disputa entre él y ella era su osito,

que para ella era algo esencial para el éxito del viaje. En este juego el osito representaba el pene del padre y la rivalidad de Rita con el padre estaba expresada en la lucha por el pene. Se lo había robado al padre, en parte con sentimientos de envidia, odio y venganza y en parte para sustituirle con la madre y —mediante el pene potente del padre— reparar los daños que había hecho a su madre en la fantasía.

El próximo ejemplo está relacionado con el ritual de Rita al acostarse. Este se había hecho más y más complicado y compulsivo en el transcurso del tiempo; tenía también otro ceremonial relacionado con el anterior pero con sus muñecas. El punto principal de este ceremonial era que ella (y también su muñeca) tenía que estar bien envuelta en las mantas y sábanas porque de otro modo —como ella decía— un ratón o un “Butzen” (una palabra que ella inventó) iba a entrar por la ventana y le arrancaría, mordiéndoselo, su propio “Butzen”. El “Butzen” representaba a la vez el órgano genital de su padre y el suyo propio: el pene de su padre le iba a arrancar, mordiéndoselo, su propio pene imaginario, exactamente del mismo modo que ella deseaba castrarlo a él. Como me doy cuenta ahora, el temor a que su madre atacase el “interior de su cuerpo” contribuía también a originar su temor de que alguien penetrase por la ventana. La habitación representaba también al cuerpo de Rita y el asaltante era su madre, que se vengaba de los ataques de la niña hacia ella. La necesidad obsesiva de que le envolviesen bien y con tantos cuidados con las mantas y sábanas era una defensa contra estos temores.

Desarrollo del superyó

Las ansiedades y los sentimientos de culpa descritos en las dos últimas secciones se encontraban en el desarrollo del superyó de Rita.

Encontré en ella un superyó cruel e inflexible, tal como se encuentra en las neurosis obsesivas severas de los adultos.

En el análisis pude encontrar el origen de este desarrollo en el comienzo de su segundo año. A la luz de mi experiencia posterior he llegado a la conclusión de que los comienzos del superyó de Rita se encontraban en los primeros meses de su vida.

En el juego del viaje, que he descrito, el maquinista representaba a su superyó además de su padre real. También vemos la actividad de su superyó en el juego obsesivo de Rita con su muñeca, cuando hacía un ritual parecido al ceremonial antes de dormirse, y hacía dormir a su muñeca tapándola cuidadosamente con las mantas. Una vez, durante el análisis, Rita colocó un elefante al lado de la cama de la muñeca. Me explicó que el elefante estaba allí para evitar que la “niña” (muñeca) se levantara, porque si no la “niña” entraría en el dormitorio de sus padres y “les haría daño o les quitaría algo”. El elefante representaba su superyó (su padre, su madre), y las agresiones a sus padres, que debía impedir, eran la expresión de los propios impulsos sádicos de Rita referentes al coito y al embarazo de su madre. El su-

peryó tenía la función de evitar que la niña robara a la madre su bebé, dañara o destruyera el cuerpo de la madre o castrara al padre.

Un detalle significativo de su historial es que al principio de su tercer año Rita declaraba repetidamente al jugar con sus muñecas que ella *no era la madre de la muñeca*. En el análisis se pudo ver que ella no podía permitirse ser la madre de la muñeca porque la muñeca representaba a su hermanito, a quien ella deseaba pero a la vez temía quitar a su madre.

Su culpabilidad también provenía de las fantasías agresivas tenidas durante el embarazo de su madre. Cuando Rita no podía asumir en los juegos el papel de la madre de su muñeca, esta inhibición provenía de sus sentimientos de culpa y además de su temor de una figura materna cruel, muchísimo más severa que su madre real.

Rita no solamente veía a su madre *real* en esta forma distorsionada, sino que sentía además un peligro constante frente a una figura materna terrorífica *interna*. Me he referido a los ataques fantaseados de Rita al cuerpo de su madre, y a la angustia correspondiente de que su madre la atacase y le robase sus bebés imaginarios, y además de su terror de ser atacada y castrada por su padre. Profundizando en mis interpretaciones, considero que a los ataques fantaseados a su cuerpo por sus padres como figuras externas, correspondía el temor de ataques internos por las figuras paternas perseguidoras internalizadas, que formaban la parte cruel de su superyó.¹²

La rudeza del superyó de Rita se demostró a menudo en sus juegos durante el análisis. Por ejemplo, solía castigar cruelmente a su muñeca, lo que iba seguido de un estallido de rabia y de temor. En ello se identificaba a la vez con los padres rudos, que infligen un castigo intenso, y con el niño castigado cruelmente que estalla de rabia. Esto era visible, no solamente en sus juegos, sino también en toda su conducta. En ciertos momentos, Rita parecía ser el portavoz de una madre severa e inaccesible y en otros el de un niño que no se domina y que está lleno de aidez y destructividad.

Se tenía la impresión de que existía muy poco de su propio yo para unir estos dos extremos y que sirviera para modificar la intensidad del conflicto. Con ello estaba perturbado el proceso gradual de la integración del superyó, no pudiendo Rita desarrollar su propia personalidad.

Ansiedades persecutorias y depresivas que interfieren en el desarrollo edípico

Los sentimientos depresivos de Rita eran un rasgo llamativo de su neurosis. Sus estados de tristeza y sus llantos sin causa alguna, las preguntas constantes a su madre sobre si la quería, eran señales de

¹² Algo más adelante, en mi resumen general teórico, me refiero al desarrollo del superyó en la niña y a la parte esencial que desempeña en él el padre. Este aspecto de la

sus ansiedades depresivas. Estas ansiedades tenían sus raíces en su relación con el pecho de la madre. A consecuencia de sus fantasías sádicas, en las que atacaba al pecho materno y a toda su madre, Rita estaba sometida a temores que influenciaban profundamente su relación con ésta. Por un lado quería a su madre, sintiéndola como un objeto bueno e indispensable, y se sentía culpable porque la había dañado con sus fantasías agresivas; por otro lado, la odiaba y la temía, viéndola como madre mala y perseguidora (en primer lugar como el pecho malo). Estos temores y sentimientos complicados, relacionados con la madre, sentida como objeto externo e interno, constituían su posición depresiva infantil. Rita no podía elaborar esta angustia y era incapaz de vencer su posición depresiva.

En este contexto es significativo cierto material del comienzo de su análisis.¹³ Rita trazó unos garabatos en un trozo de papel y lo ennegreció enérgicamente. Luego lo rompió y tiró los pedazos a un vaso de agua, que llevó a su boca como para beberse. En ese momento se interrumpió y dijo para sí misma: "Mujer muerta". Este material, con las mismas palabras, se repitió en otra ocasión.

El trozo de papel ennegrecido, roto y echado al agua representaba a su madre destruida por procedimientos orales, anales y uretrales, y esta imagen de la madre muerta se refería, no solamente a su madre externa en los momentos en que no podía verla, sino también a su madre interna. Rita tuvo que renunciar a su rivalidad con su madre en la situación edípica, porque su temor inconsciente a la pérdida del objeto interno y externo actuaba como una barrera contra cualquier deseo que pudiese incrementar su odio a la madre, y por lo tanto causarle la muerte. Estas ansiedades, que provenían de la posición oral, eran las que provocaban la depresión intensa que desarrolló Rita como reacción a las tentativas de su madre de privarle del último biberón. Rita no quiso beber la leche de una taza. Se sumió en un estado de desesperación; perdió el apetito, rechazó los alimentos y se adhirió más que nunca a su madre, preguntándole una y otra vez que si la quería, que si ella se había conducido mal, y otras preguntas por el estilo. Su análisis reveló que el destete o la supresión del biberón era para ella como un castigo cruel a causa de sus deseos agresivos y de muerte contra su madre. Como no tener más el biberón le representaba la pérdida definitiva del pecho, al privársele el biberón, Rita sentía que ella realmente había destruido a su madre. La misma presencia de ésta sólo servía para aliviar temporalmente estos temores, lo que lleva a pensar que mientras el biberón retirado le

formación del superyó no había aparecido en el análisis de Rita; sin embargo se manifestaba un desarrollo en esta dirección por la mejor relación con su padre hacia el fin del análisis. Considero que la angustia y la culpabilidad relacionada con su madre dominaban de tal manera su vida emocional, que tanto la relación con el padre externo como con la figura paterna internalizada estaban trastornadas.

¹³ Esta parte del material no ha sido publicada anteriormente.

representaba el pecho perdido, la taza de leche, que Rita rechazaba en su estado de depresión consecutivo a la privación del biberón, le representaba a la madre destruida y muerta, análogamente como el vaso de agua con el papel roto le había representado a la "mujer muerta".

Como ya he dado a entender, las ansiedades depresivas de Rita, referentes a la muerte de su madre, estaban unidas a temores persecutorios referentes a agresiones contra su propio cuerpo hechas por una madre vengativa. En realidad, a una niña tales agresiones siempre le parecen ser, no solamente un peligro para su cuerpo, sino también un daño hecho a todo lo valioso que ella se imagina que contiene su "interior", es decir, a sus posibles niños, a la madre buena y al padre bueno.

La incapacidad de proteger estos objetos amados en contra de perseguidores externos e internos es una parte fundamental de las ansiedades de la niña.¹⁴

La relación de Rita con su padre en gran parte estaba determinada por las situaciones de ansiedad centradas en su madre. Gran parte de su odio y de su temor al pecho malo fue transferido al pene de su padre. La culpabilidad excesiva y el temor de pérdida relacionados con la madre también habían sido transferidos al padre. Todo esto —juntamente con la frustración sufrida directamente del padre— había interferido con el desarrollo de su complejo edípico positivo.

El odio a su padre estaba reforzado por la envidia al pene y por la rivalidad con él en la situación edípica invertida. Su tentativa de vencer la envidia del pene le condujo a una creencia reforzada en su pene imaginario. Sin embargo, creía que este pene había sido dañado por un padre malo que la iba a castrar como venganza contra sus propios deseos de castrarlo a él. Cuando Rita temía que el "Butzen" del padre penetrase en su habitación y le arrancase su propio "Butzen" de un mordisco esto era una muestra de su temor de castración.

Sus deseos de apoderarse del pene del padre y de desempeñar el papel paterno con la madre eran indicaciones claras de su envidia del pene. Esto fue ilustrado en el material de juego que ya he citado: Viajaba con su osito de juguete, que representaba su pene, a casa de una "mujer buena", que le iba a ofrecer un "agasajo maravilloso". Sin embargo, su deseo de poseer un pene propio era reforzado fuertemente —como me lo demostró su análisis— por ansiedades y sentimientos de culpabilidad relacionados con la muerte de su madre querida. Estas ansiedades, que ya anteriormente habían dañado su relación con la madre, contribuyeron mucho al fracaso de su evolución edípica positiva. Tuvieron también la consecuencia de reforzar

¹⁴ Esta situación de ansiedad en cierto modo formaba parte del análisis de Rita, pero entonces yo no percibí totalmente la importancia de tales ansiedades ni su conexión íntima con la depresión. Esto se me hizo más patente a la luz de mi experiencia ulterior.

los deseos de Rita de poseer un pene, porque sentía que únicamente podía reparar el daño hecho a su madre y reponer los niños, que en su fantasía ella le había robado, poseyendo un pene propio, con el cual satisficiera a su madre y le diese niños. Las dificultades excesivas de Rita para manejar su complejo de Edipo invertido y positivo estaban, por lo tanto, arraigadas en su posición depresiva. Juntamente con la disminución de estas ansiedades, se hizo Rita más capaz de tolerar sus deseos edípicos y de alcanzar más intensamente una actitud femenina y maternal. Hacia el final de su análisis, que se interrumpió prematuramente por circunstancias externas, la relación de Rita con ambos progenitores, así como con sus hermanos, había mejorado. Su aversión hacia el padre, que hasta entonces había sido muy patente, fue sustituida por cariño hacia él; la ambivalencia hacia su madre disminuyó, desarrollándose una relación más amistosa y estable entre ambas.

El cambio de actitud de Rita hacia su osito y su muñeca reflejaba cuánto había progresado su desarrollo libidinal y todo lo que habían sido reducidas sus dificultades neuróticas y la severidad de su super-yó. Una vez, hacia el final de su análisis, mientras estaba besando su osito y abrazándolo y dándole nombres cariñosos, dijo: "Ahora no me siento desgraciada, porque ahora tengo un bebé a quien quiero mucho". Ahora Rita podía permitirse a sí misma ser la madre de su hijo imaginario. Este cambio no era una evolución totalmente nueva, sino, en cierto modo, un retorno a una posición libidinal anterior. En su segundo año, los deseos de Rita de recibir el pene del padre y de tener un hijo con él, habían sido perturbados por la ansiedad y la culpabilidad relacionadas con su madre; con ello su desarrollo edípico positivo fracasó y consecutivamente sufrió una agravación clara en su neurosis. Cuando Rita afirmó, con énfasis, que no era la madre su muñeca, expresó claramente su lucha en contra de sus deseos de tener un bebé. Bajo el agobio de su ansiedad y de su culpa, no pudo mantener su posición femenina, siendo por ello empujada a reforzar su posición masculina. De este modo el osito llegó a representar predominantemente el pene que ella deseaba. Rita no pudo permitirse el deseo de tener un niño de su padre, ni identificarse con su madre en la situación edípica, hasta que le disminuyeron las ansiedades y la culpabilidad relacionadas con sus progenitores.

RESUMEN GENERAL TEORICO

a) *Estadios tempranos del complejo de Edipo en los dos sexos*

El cuadro clínico de los dos casos presentados en este artículo, difiere en muchos aspectos. Sin embargo, los dos casos tenían importantes rasgos comunes como eran los fuertes impulsos oral-sádicos, la ansiedad y la culpabilidad excesivas y la poca capacidad del yo pa-

ra tolerar cualquier clase de tensión. En mi experiencia, éstos son algunos de los factores que, en combinación con circunstancias externas, impiden al yo ir construyendo gradualmente defensas adecuadas contra la ansiedad. Como consecuencia, la elaboración de situaciones de ansiedad temprana queda empeorada y sufre el desarrollo emotivo libidinal y del yo del niño. Debido al predominio de la ansiedad y de la culpabilidad, hay una fijación exagerada en los estadios tempranos de la organización libidinal y, actuando con esto mutuamente, una tendencia excesiva a regresar a aquellos estadios tempranos. En consecuencia, el desarrollo edípico queda dificultado y la organización genital no puede establecerse firmemente. En los dos casos tratados en este artículo, así como en otros casos, el complejo de Edipo empezó a desarrollarse por cauces normales al disminuir las ansiedades tempranas.

La actuación de la ansiedad y de la culpabilidad en el curso del desarrollo edípico hasta un cierto grado han sido ilustradas por los dos breves historiales que he citado. Sin embargo, la revisión que viene a continuación de mis conclusiones teóricas sobre ciertos aspectos del desarrollo edípico, está basada en toda mi actuación analítica con casos de niños y adultos, que comprenden desde la normalidad hasta las neurosis más graves.

Una descripción completa del desarrollo edípico debería incluir una valorización de los influjos externos de las vivencias en cada estadio, además de la descripción de la manera como actúan éstas a través de toda la infancia. He sacrificado deliberadamente la descripción exhaustiva de los factores externos a la necesidad de aclarar los resultados más importantes de la evolución.¹⁵

Mi experiencia me ha llevado a creer que, en el principio de la vida, la libido está combinada con agresividad y que el desarrollo de la libido en cualquier estadio está afectado vitalmente por la ansiedad proveniente de esta agresividad. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos empujan a veces a la libido a nuevas fuentes de satisfacción, y otras veces frenan el desarrollo de la libido reforzando su fijación en un objeto y finalidades anteriores.

Comparándola con el desarrollo ulterior del complejo de Edipo, la imagen de sus primeros estadios es necesariamente más oscura porque el yo del niño es inmaduro y se halla totalmente bajo el influjo de las fantasías inconscientes; también su vida instintiva está en su fase más polimorfa. Estos estadios tempranos están caracterizados por fluctuaciones rápidas entre diferentes objetos y finalidades, con

¹⁵ En este resumen mi propósito principal es el presentar claramente mis puntos de vista sobre ciertos aspectos del complejo edípico. También intento comparar mis conclusiones con ciertas afirmaciones de Freud sobre este tema. Por lo tanto, considero imposible ocuparme también de citar otros autores o de hacer referencias a la copiosa bibliografía que trata de este asunto. Sin embargo, en lo que se refiere al complejo edípico de la niña, remito al lector al capítulo 11 de mi libro *El psicoanálisis de niñas* (1932), en el cual he señalado los puntos de vista de varios autores.

las correspondientes fluctuaciones en cuanto a las defensas. En mi opinión, el complejo de Edipo comienza en el primer año de vida y en ambos sexos. inicia su desarrollo siguiendo caminos similares. La relación con el pecho materno es uno de los factores esenciales que influye en todo el desarrollo emotivo y sexual del niño, por lo tanto, en la siguiente descripción de los comienzos del complejo de Edipo en los dos sexos, parto de la relación con el pecho.

Parece ser que la búsqueda de nuevas fuentes de satisfacción es inherente al movimiento progresivo de la libido. La satisfacción experimentada con el pecho materno permite al niño dirigir sus deseos hacia nuevos objetos y ante todo hacia el pene de su padre. Sin embargo, es dado a este nuevo deseo un empuje especial por las frustraciones sufridas con el pecho materno. Es importante recordar que las frustraciones dependen tanto de factores internos como de experiencias reales. Y cierta frustración con el pecho es inevitable, aun bajo las circunstancias más favorables, porque lo que el niño realmente desea son satisfacciones *ilimitadas*. Las frustraciones experimentadas con el pecho materno impulsan tanto al niño como a la niña a abandonarlo y estimulan en ellos el deseo de una satisfacción oral a través del pene del padre. Por lo tanto, el pecho y el pene son los objetos primarios de los deseos orales del niño.¹⁶

Desde un comienzo, la frustración y la satisfacción moldean la relación del niño con el pecho bueno querido y con el pecho malo odiado. La necesidad de manejar la frustración y la agresión resultante es uno de los factores que conducen a idealizar el pecho bueno y la madre buena y consecutivamente a intensificar el odio y los temores al pecho y a la madre malos, que se convierten en el prototipo de todos los objetos perseguidores asustadores.

Estas dos relaciones en conflicto con el pecho de la madre son trasladadas a la relación ulterior con el pene del padre. La frustración sufrida en la relación anterior con el pecho aumenta las exigencias y confianzas en la nueva fuente de satisfacción estimulando el amor hacia el nuevo objeto. El desengaño inevitable refuerza la regresión hacia el primer objeto y todo esto contribuye a la fragilidad y a la fluidez de las actitudes emocionales y de los estadios de la organización libidinal.

Además, los impulsos agresivos estimulados y reforzados por la frustración hacen que el niño, en su imaginación, convierta a las víctimas de sus fantasías en figuras dañadas y vengativas, que le amenazan con los mismos ataques sádicos que él realiza en su fantasía en

¹⁶ Al tratar de la relación fundamental del niño con el pecho de la madre, con el pene del padre y de las situaciones de ansiedad y las defensas resultantes, yo pienso en algo más que en una relación con objetos parciales. En realidad ya desde un comienzo el niño asocia estos objetos parciales con su padre y con su madre. Las vivencias diarias con sus padres y la relación inconsciente que se va desarrollando con ellos como objetos internos más y más se concentran alrededor de estos objetos parciales primarios y se suman a su importancia primordial en el inconsciente del niño.

contra de sus padres.¹⁷ Consecutivamente el niño siente una necesidad aumentada hacia un objeto amado y amante —un objeto ideal perfecto— para satisfacer en él su anhelo de recibir auxilio y seguridad.

Por lo tanto, según las ocasiones, cada objeto puede convertirse en bueno o malo. Esta oscilación entre los diferentes aspectos de las *imago*s primarias significa una interacción íntima entre los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo.

Ya que durante el predominio de la libido oral, el niño introyecta sus objetos desde un comienzo, las *imago*s primarias tienen su contrapartida en su mundo interior. Las *imago*s del pecho de su madre y del pene de su padre se establecen dentro de su yo y forman el núcleo de su superyó. A la introyección del pene bueno y malo y de la madre corresponde la introyección del pene bueno y malo y del padre. Ellos se hacen así los primeros representantes, por un lado, de las imágenes internas protectoras y auxiliadoras, y por otro lado de las imágenes internas vengativas y perseguidoras, constituyendo las primeras identificaciones que desarrolla el yo.

La relación del niño con sus imágenes internas se entremezcla diversamente con la relación ambivalente del niño con sus dos progenitores, percibidos por él como objetos externos. Porque juntamente con la introyección de los objetos externos existe en cada momento la proyección de las imágenes internas en el mundo externo, y a esta interacción de introyección y proyección están sometidos tanto la relación del niño con los padres reales como el desarrollo de su superyó. A consecuencia de esta interacción, que supone una orientación hacia afuera y hacia adentro, hay una fluctuación constante entre los objetos y las situaciones internas y externas. Estas fluctuaciones son dependientes del movimiento de la libido entre las diferentes finalidades y objetos; de este modo el curso del complejo de Edipo está íntimamente unido al desarrollo del superyó.

Aunque todavía recubiertos por la libido real, uretral y anal, los deseos genitales se unen pronto a los impulsos orales del niño. Los deseos genitales tempranos, así como los orales, van dirigidos hacia la madre y el padre. Según supongo, hay en los dos sexos un conocimiento inconsciente referente a la existencia del pene así como a la vagina. En el niño varón las sensaciones genitales constituyen la base para su idea de que el padre posee un pene, que el niño desea siguiendo la ecuación "pecho = pene". Al mismo tiempo, sus sensaciones genitales e impulsos también implican la búsqueda de una abertura

¹⁷ Debe ser tenida en cuenta la gran dificultad de expresar, en lenguaje adulto, las fantasías y los sentimientos de un niño pequeño. Todas las descripciones de las fantasías inconscientes tempranas —y también de todas las fantasías inconscientes en general— pueden ser consideradas únicamente como señaladores de los contenidos, más bien que señaladores de las formas de tales fantasías.

en la cual introducir su pene, es decir, son impulsos dirigidos hacia la madre. De un modo similar, las sensaciones genitales de la niña preparan el deseo de recibir el pene de su padre en su vagina. Por lo tanto, parece ser que los deseos genitales hacia el pene del padre, que se unen con los deseos orales, forman la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo de la niña y del complejo de Edipo invertido del varón.

En cada estadio el curso del desarrollo libidinal está influido por sentimientos de ansiedad, de culpa y de depresión. En los dos artículos precedentes me he referido repetidamente a la posición depresiva infantil, señalándola como la posición central en el desarrollo temprano. Ahora sugeriría la siguiente formulación: el núcleo de los sentimientos depresivos infantiles, o sea, el temor del niño a la pérdida de sus objetos queridos, como consecuencia de su odio y de su agresión, entra desde un comienzo en sus relaciones de objeto y su complejo edípico.

Un corolario esencial de los sentimientos de ansiedad, de culpa y de depresión es la necesidad de reparación. Sometido a su culpa, el niño se siente impulsado a deshacer, mediante procedimientos libidinales, las consecuencias de sus impulsos sádicos. De este modo, los sentimientos de amor, que coexisten con los impulsos agresivos, están reforzados por la tendencia a la reparación. Las fantasías de reparaciones representan a menudo, aun en los detalles mínimos, lo contrario de las fantasías sádicas, correspondiendo al sentimiento de omnipotencia sádica el sentimiento de omnipotencia reparadora. Por ejemplo, la orina y las heces representan medios de destrucción cuando el niño odia, y regalos cuando el niño quiere; pero cuando se siente culpable e impulsado a hacer una reparación, los excrementos "buenos" se convierten en su mente en los medios por los cuales puede curar el daño hecho con sus excrementos "peligrosos". Igualmente, tanto el varón como la niña, aunque a través de caminos diferentes, sienten que el pene, que en sus fantasías sádicas ha dañado y destruido a la madre, se convierte el medio de restaurarla y curarla en las fantasías de reparación. Con esto, el deseo de dar y de recibir satisfacciones libidinales está aumentado por el impulso a la reparación, porque el niño siente que de este modo el objeto dañado puede ser restaurado y también que se ha disminuido el poder de sus impulsos agresivos, que sus impulsos de amor tienen curso libre y que su culpabilidad está tranquilizada.

Así, en cada etapa el curso del desarrollo libidinal está estimulado y reforzado por el impulso a la reparación y, en último término, por el sentimiento de culpa. Por otro lado, la culpa que origina el impulso de reparación también inhibe los deseos libidinales, porque cuando el niño siente que predomina su agresividad, los deseos libidinales le parecen un peligro para sus objetos amados, y, por lo tanto, los tiene que reprimir.

b) *El desarrollo edípico del niño varón*

Hasta ahora he delineado los estadios tempranos del complejo de Edipo en ambos sexos. Ahora trataré especialmente el desarrollo del varón. Su posición femenina —que influye de un modo vital en su actitud hacia los dos sexos— llega a constituirse bajo el dominio de impulsos y fantasías orales, uretrales y anales, y está íntimamente unida a su relación con los pechos de su madre. Si el niño puede desplazar una parte de sus deseos tiernos y libidinales del pecho de la madre al pene del padre, y al mismo tiempo sigue considerando al pecho como un objeto bueno, entonces imaginará el pene de su padre como un órgano bueno y creador que le causará una satisfacción libidinal y también que le dará niños, como se los da a su madre. Estos deseos femeninos constituyen siempre un rasgo inherente al desarrollo del varón. Constituyen la raíz de su complejo edípico invertido y forman la primera posición homosexual. La imagen tranquilizadora del pene paterno, como un órgano bueno y creador, es también una condición previa para la capacidad del varón de desarrollar sus deseos edípicos positivos. Porque solamente cuando tiene una creencia suficientemente intensa en la "bondad" del genital masculino —tanto de su padre como del suyo propio— puede permitirse el niño experimentar sus deseos genitales hacia la madre. Cuando su temor del padre castrador está mitigado por su confianza en el padre bueno, puede entonces enfrentar su odio y rivalidad edípicos. Así se desarrollan simultáneamente las tendencias edípicas invertidas y positivas y hay una interacción íntima entre ambas.

Existen bases firmes para suponer que, tan pronto como se tienen sensaciones genitales, se activa el temor a la castración. Según la definición de Freud, el temor a la castración en el varón es el temor de tener el órgano genital atacado, dañado o quitado. Yo creo que este temor se vivencia bajo el predominio de la libido oral. Los impulsos oral-sádicos del niño varón hacia el pecho de su madre se transfieren al pene de su padre, y sumándose a esto la rivalidad y el odio de la situación edípica temprana encuentra su expresión en el deseo del varón de arrancar, mordidiéndolo, el pene de su padre, lo cual despierta en él el temor a que su propio órgano genital vaya a ser arrancado de un mordisco por su padre, que se venga así de sus deseos. Hay varias ansiedades tempranas que provienen de diferentes fuentes y que constituyen el temor de la castración. Los deseos genitales del niño hacia su madre están conectados desde el principio con peligros fantásticos, a causa de sus fantasías de ataque al cuerpo materno, de contenidos orales, uretrales y anales. El varón siente que el "interior materno" está dañado, envenenado y que es venenoso; que también contiene, según sus fantasías, el pene del padre, el cual, debido a sus propios ataques sádicos contra él, es sentido como un objeto hostil y castrador que amenaza a su propio pene con la destrucción.

A esta imagen asustadora del "interior" de su madre —que co-

existe con la imagen de su madre como fuente de todo lo bueno y gratificador— corresponden los temores acerca del interior de su propio cuerpo. Predomina entre ellos el temor del niño a un ataque interno realizado por unas imágenes peligrosas que son ya maternas, ya paternas, ya de ambos unidos, en venganza a sus propios impulsos agresivos. Esos temores de persecución influyen decisivamente en las ansiedades del varón acerca de su propio pene, debido a que cada ataque en contra de su “interior” por los perseguidores internalizados implica también para él un ataque contra su propio pene, que él teme que pueda ser mutilado, envenenado o devorado desde dentro. Pero no es solamente el pene, lo que el niño siente que debe preservar, sino también los buenos contenidos de su cuerpo, las heces y orina buenas, los bebés que él desea tener en la posición femenina y los bebés que —identificándose con el padre bueno y creador— desea producir, siguiendo su posición masculina. Al mismo tiempo se siente impulsado a proteger y preservar los objetos amados que el niño había internalizado simultáneamente con las imágenes perseguidoras. De este modo su temor a los ataques internos en contra de sus objetos amados está íntimamente unido con el temor a la castración, reforzándolo.

Otra ansiedad que contribuye a su temor de castración procede de fantasías sádicas, según las cuales sus excrementos se han convertido en venenosos y peligrosos. También su propio pene, que es equiparado en su mente a estas heces peligrosas, está lleno de orina mala y, por lo tanto, en sus fantasías de coito se convierte en un órgano de destrucción. Este temor está incrementado por la creencia de que él contiene el pene malo de su padre, o sea, por una identificación con su padre malo. Cuando este tipo especial de identificación se hace intenso, se percibe como una alianza con el padre interno malo en contra de la madre. Consecutivamente, disminuye la creencia del niño varón en la capacidad productora y reparadora de su propio órgano genital; siente que sus propios impulsos agresivos se refuerzan y que el coito con su madre sería cruel y destructivo. Las ansiedades de este tipo tienen un papel importante en sus temores de castración y en la represión de sus deseos genitales, así como en la regresión a estadios anteriores. Si estos temores diversos son demasiado intensos y la necesidad de reprimir los deseos genitales es demasiado fuerte, posteriormente se presentan dificultades en la potencia. En el varón, tales temores están normalmente contrarrestados por una imagen del cuerpo de su madre como fuente de toda bondad (leche y bebés buenos), así como por su introyección de objetos amados. Cuando predominan sus impulsos de amor, los productos y contenidos de su cuerpo adquieren el significado de regalos; su pene se convierte en un medio de gratificación y de dar bebés a su madre, así como reparación.

También, si predomina la sensación de tener el pecho bueno de la madre y el pene bueno del padre, la confianza del niño en sí mismo

aumenta, lo que le permite liberar sus impulsos y deseos. En una unión e identificación con su padre bueno, el niño percibe que su pene adquiere cualidades reparadoras y creadoras. Todas estas emociones y fantasías le permiten enfrentar su temor a la castración y establecer de un modo firme su posición genital. Son también la condición previa para una potencia sublimada, que interviene fuertemente en las actividades e intereses del niño; al mismo tiempo se crea así la base para adquirir potencia en años venideros.

c) *El desarrollo edípico de la niña*

Ya he descrito los estadios tempranos del desarrollo edípico de la niña, en tanto que coinciden con el desarrollo del niño. Ahora señalaré ciertos rasgos esenciales que son específicos del complejo edípico de la niña.

A la niña se le presenta el deseo de recibir el pene cuando, dada la naturaleza receptiva de sus órganos genitales, se le refuerzan las sensaciones correspondientes.¹⁸

Al mismo tiempo tiene un conocimiento inconsciente de que su cuerpo contiene bebés en potencia, lo que siente ser su más valiosa posesión. El pene de su padre como el objeto que da los bebés, y que está equiparado con los bebés, se convierte en objeto fuertemente deseado y admirado por la niña. Esta relación con el pene, como fuente de felicidad y de dones buenos, está incrementada por la relación de amor y de agradecimiento con el pecho bueno.

Unidas a su conocimiento inconsciente de que en potencia ella contiene bebés, la niña tiene dudas intensas acerca de su capacidad de poder tener niños. En diferentes aspectos, se siente en una posición de desventaja al compararse con su madre. Según el inconsciente de la niña, la madre está dotada de un poder mágico, porque todo lo bueno procede de su pecho y porque la madre también contiene el pene del padre y los bebés. En contraste con el niño varón, cuya confianza de tener potencia se refuerza por la posesión de un pene, que puede ser comparado con el pene del padre, la niña no tiene medios de tranquilizarse en lo referente a su fertilidad futura. Además, sus dudas se incrementan por todas las ansiedades referentes a los contenidos de su cuerpo. Estas ansiedades intensifican los impulsos de robar el cuerpo de la madre, de sus niños y también del pene paterno, intensificando esto a su vez el temor de que su propio interior pueda ser atacado y robado, privándole de sus contenidos “buenos”, por una madre vengativa externa e interna.

Algunos de estos elementos actúan también en el niño, pero los

¹⁸ El análisis de niños pequeños no deja lugar a duda respecto al hecho de que la vagina está representada en el inconsciente del niño. La masturbación vaginal real en la primera infancia es mucho más frecuente de lo que se ha creído, lo cual está señalado por varios autores.

rasgos esenciales del desarrollo de la niña lo constituyen el hecho de que su desarrollo genital esté centrado en el deseo femenino de recibir el pene paterno y que su preocupación inconsciente principal sea la referente a sus bebés imaginados. Consecuentemente, sus fantasías y emociones se hacen predominantemente alrededor de su mundo y objetos interiores; su rivalidad edípica se expresa esencialmente en el impulso de robar a su madre el pene del padre y los bebés. El temor de que su cuerpo sea atacado y sus objetos internos buenos dañados o sacados de ella por una madre mala y vengativa, tiene un papel prominente y persistente en sus ansiedades. Según me parece, ésta es la situación de ansiedad predominante en la niña.

Además, así como en el niño la envidia de su madre (de la que cree que contiene el pene del padre y los bebés) es un elemento en su complejo edípico invertido, en la niña esta envidia forma parte de su situación edípica positiva, constituye un factor esencial a lo largo de su desarrollo sexual y emocional y tiene un efecto importante en su identificación con su madre, en su relación sexual con su padre, así como en su futuro papel de madre.

El deseo de la niña de poseer un pene y de ser varón es una expresión de su bisexualidad, y este rasgo es tan inherente en las niñas, como lo es en el niño el deseo de ser mujer. Su deseo de tener un pene propio es secundario a su deseo de recibir el pene, y está muy incrementado por las frustraciones en su posición femenina y por la ansiedad y culpa experimentadas en la situación edípica positiva. La envidia que la niña profesa al pene, encubre en cierta medida el deseo frustrado de tomar el lugar de la madre en la relación con el padre y de recibir niños de él.

Aquí sólo puedo referirme rápidamente a los factores específicos en los cuales descansa la formación del superyó en la niña. Debido a la gran importancia que tiene el mundo interior de la niña en su vida emocional, siente ella un fuerte impulso a llenar este mundo interior con objetos buenos. Esto contribuye a la intensidad de sus procesos introyectivos, que también están reforzados por la naturaleza receptiva de su órgano genital. El admirado pene del padre internalizado forma una parte intrínseca de su superyó. La niña se identifica a sí misma con su padre en la posición masculina, pero esta identificación se basa en la posesión de un pene imaginario. Su identificación principal con el padre está vivenciada en relación con el pene internalizado de su padre, estando basada esta relación tanto en la posición femenina como en la masculina. En la posición femenina, la niña está impulsada a internalizar el pene paterno por sus deseos sexuales y por su anhelo de tener bebés. Es capaz de una sumisión completa a este padre admirado internalizado, mientras que en la posición masculina desea imitar todas sus aspiraciones y sublimaciones masculinas. De este modo su identificación masculina con el padre está mezclada con su actitud femenina, siendo esta combinación la que caracteriza al superyó femenino.

En la formación del superyó de la niña el admirado padre bueno coexiste, hasta un cierto grado, con el padre malo y castrador. Empero, el objeto de su mayor ansiedad es la madre perseguidora. Si la internalización de una madre buena, con cuya actitud maternal ella puede identificarse, equilibra este temor persecutorio, su relación con el padre bueno internalizado se refuerza por su propia actitud maternal hacia él.

A pesar de la preeminencia del mundo interior en su vida emotiva, la necesidad de amor de la niña pequeña y su relación real con las personas indican una gran dependencia del mundo exterior. Sin embargo, esta contradicción es solamente aparente ya que su dependencia del mundo exterior está reforzada por su necesidad de reasegurarse en lo referente a su mundo interior.

d) *Algunas comparaciones con el concepto clásico*

Compararé aquí mis puntos de vista con los de Freud, en cuanto se refiere a ciertos aspectos del complejo de Edipo, así como aclarar algunas divergencias, a las cuales me ha conducido mi experiencia. Muchos aspectos del complejo de Edipo, en los cuales mi trabajo confirma completamente los descubrimientos de Freud, en cierto modo han sido ya expuestos implícitamente en mi descripción de la situación edípica. Sin embargo, la magnitud del tema hace necesario que al discutir el detalle de estos aspectos, tenga que limitarme a aclarar algunas de las divergencias. El resumen siguiente presenta, en mi opinión, lo esencial de las conclusiones de Freud sobre ciertos rasgos fundamentales en el desarrollo edípico.¹⁹

Según Freud, surgen los deseos genitales y hay una elección definida de objeto en la fase fálica, que se extiende entre los tres y cinco años y que coincide con el complejo de Edipo. En esta fase "solamente una clase de órgano genital cuenta: el órgano masculino". La primacía que, por lo tanto, se alcanza, no es una primacía del *órgano genital* sino del *falo*.²⁰

En el varón "el estadio fálico de la organización genital sucumbe a la amenaza de castración".²¹ Además, su superyó, el heredero del complejo de Edipo, se forma por la internalización de la autoridad paterna. La culpabilidad es la expresión de tensión entre el yo y el superyó. El uso de la palabra culpabilidad se justifica únicamente cuando el superyó está desarrollado. Freud considera que la autoridad internalizada del padre predomina en el superyó del niño; y aun-

¹⁹ Este resumen proviene en su mayor parte de las siguientes obras de Freud: *El yo y el ello*, "La organización genital infantil", "El sepultamiento del complejo de Edipo", "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", "Sobre la sexualidad femenina" y *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*.

²⁰ "La organización genital infantil."

²¹ "El sepultamiento del complejo de Edipo."

que reconoce hasta cierto punto la identificación con la madre como un factor en la formación del superyó del varón, no ha expresado en detalle sus puntos de vista acerca de este aspecto del superyó.

En lo que se refiere a la niña, según la opinión de Freud, se presenta su "apegamiento preedípico" a la madre en el periodo anterior al desarrollo de la situación edípica. Freud también caracteriza este periodo como "la fase del apegamiento exclusivo a la madre", lo que puede ser llamado "la fase preedípica".²² Por lo tanto, durante su fase fálica el deseo fundamental de la niña, en relación con su madre, mantenido con la mayor intensidad, se centra en el deseo de recibir un pene de ella. En la mente de la niña el clítoris representa el pene, y la masturbación clitoridiana es la expresión de sus deseos fálicos. Todavía no ha descubierto la vagina, que solamente empieza a intervenir en su pubertad. Cuando la niña descubre que no posee un pene, entonces se presenta su complejo de castración. En este momento se rompe su apegamiento a su madre, con resentimiento y odio, porque su madre no le ha dado un pene. Descubre también que hasta su misma madre carece de pene, y esto contribuye a que se desvíe de la madre y busque al padre. Primeramente se vuelve hacia el padre con el deseo de recibir un pene de él, y sólo secundariamente con el deseo de que le dé un niño: el niño sustituyendo al pene de acuerdo con la vieja ecuación simbólica.²³ De este modo su complejo edípico está empujado por su complejo de castración. La situación principal de ansiedad en la niña es la de pérdida de amor, y Freud conecta este temor con su temor a la muerte de su madre. El desarrollo del superyó de la niña difiere en distintos aspectos del del niño, pero tiene en común un rasgo esencial, que es que el superyó y el sentimiento de culpabilidad son secuelas del complejo de Edipo.

Freud señala que los sentimientos maternos de la niña derivan de la relación temprana con la madre en la fase preedípica; se refiere también a la identificación de la niña con la madre derivada de su complejo de Edipo. Pero no ha unido entre sí estas dos actitudes, ni tampoco ha señalado cómo la identificación femenina con su madre, en la situación edípica, afecta el curso del complejo de Edipo en la niña. Según su opinión, en tanto que la organización genital de la niña está conformándose, ella considera a su madre predominantemente en su aspecto fálico.

Ahora resumiré mis propios puntos de vista acerca de estos desarrollos especiales. Tal como yo lo veo, el desarrollo sexual y emocional del niño y de la niña incluyen desde la primera infancia sensaciones y rasgos genitales que constituyen los primeros estadios del complejo de Edipo invertido y positivo. Son sentidos bajo la primacía de la libido oral y se entremezclan con deseos y fantasías uretrales

²² "Sobre la sexualidad femenina."

²³ Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.

y anales. Los estadios libidinales existen simultáneamente, sobreponiéndose los unos a los otros desde los primeros meses de vida. Desde un comienzo, las tendencias positivas e invertidas edípicas están en interacción mutua. Y es en el estadio de la primacía genital cuando la situación edípica positiva alcanza su punto culminante.

En mi opinión, tanto el niño como la niña experimentan deseos genitales dirigidos hacia la madre y el padre, y tienen un conocimiento inconsciente tanto de la vagina como del pene.²⁴ Por esta razón, la palabra primera de Freud, "fase genital", me parece más adecuada que su concepto ulterior de "fase fálica".

El superyó se inicia en la fase oral en ambos sexos. Con el influjo de la vida de fantasías y de emociones en conflicto, el niño en cada estadio de su organización libidinal, introyecta sus objetos —ante todo a sus padres— y crea el superyó de estos objetos. Por esta razón, aunque el superyó corresponde de varios modos a las personas reales en el mundo del niño pequeño, tiene varios componentes y rasgos que reflejan las imágenes fantásticas existentes en su mente. Todos los factores que intervienen en algo en sus relaciones de objeto, cumplen un papel desde el comienzo en la formación de su superyó.

El primer objeto introyectado, el pecho materno, forma la base del superyó. Así como la relación con el pecho materno precede e influye fuertemente en la relación con el pene del padre, la relación con la madre introyectada afecta de diferentes formas a todo el curso del desarrollo del superyó. Algunos de los rasgos más importantes del superyó, ya sea amante y protector o destructivo o devorador, provienen de estos componentes tempranos maternos del superyó. Los primeros sentimientos de culpabilidad en los dos sexos provienen de los deseos oral-sádicos de devorar a la madre y, ante todo, sus pechos (Abraham). Es, por lo tanto, en la primera infancia cuando se originan los sentimientos de culpabilidad. La culpabilidad no se presenta cuando se está terminando el complejo de Edipo, sino que más bien es uno de los factores que desde un comienzo moldean su curso y afectan su desenvolvimiento final.

Ahora me voy a ocupar específicamente del desarrollo del niño varón. En mi opinión, el temor a la castración se inicia en la infancia tan pronto como se tienen sensaciones genitales. Los primeros impulsos del niño varón de castrar a su padre toman el aspecto de arrancarle el pene mordiéndoselo, y, por lo tanto, el temor a la castración es sentido por el niño varón primeramente como un temor a que su pene pueda ser arrancado de un mordisco. Estos temores de castración tempranos, en un comienzo están encubiertos con ansiedades que proceden de otras muchas fuentes, entre las cuales

²⁴ Este conocimiento coexiste en el inconsciente del niño, y también, hasta cierto punto, en la conciencia, con el conocimiento de la existencia del ano, cuyo papel se puede observar más frecuentemente que el de la vagina en las teorías sexuales infantiles.

tienen un papel predominante las situaciones de peligro interno. Cuanto más se aproxima el desarrollo a la primacía genital, tanto más se hace presente la angustia de castración. Así como estoy de acuerdo con Freud en que la *angustia de castración es la situación de ansiedad predominante en el varón*, no estoy conforme con su descripción de que es el *único factor* que determina la represión del complejo de Edipo. A todo lo largo del desarrollo, las ansiedades tempranas de diferentes orígenes cumplen un papel al lado del papel predominante que cumple la angustia de castración en el momento álgido de la situación edípica. Además, el varón experimenta dolor y pena en relación con su padre, como un objeto querido, provocando sus impulsos de castrarlo y de matarlo, porque en sus buenos aspectos el padre es una fuente indispensable de fortaleza, es un amigo y un ideal al cual el varón se dirige buscando protección y guía, y al cual, por lo tanto, el niño se siente impulsado a preservar. Sus sentimientos de culpabilidad, en relación con los impulsos agresivos hacia el padre, le incrementan la tendencia a reprimir sus deseos genitales. Una y otra vez he encontrado en el análisis de varones que los sentimientos de culpabilidad en relación con el padre querido constituyen un elemento integrante importante del complejo de Edipo, influyendo de un modo vital en el desarrollo de este complejo. El sentimiento de que también la madre está en peligro por la rivalidad del hijo con el padre y que la muerte del padre sería una pérdida irreparable para ella, contribuyen a la intensidad del sentimiento de culpabilidad del niño y, por lo tanto, a la represión de sus deseos edípicos.

Como ya sabemos, Freud llegó a la conclusión teórica de que tanto el padre como la madre son objetos de deseos libidinales de Edipo. (Véase su concepto del complejo de Edipo invertido.) Además, Freud, en algunas de sus obras (entre sus historiales, especialmente en el "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", 1909), ha tenido en cuenta el papel que desempeña el amor hacia el padre en el complejo de Edipo positivo del niño varón. Sin embargo, no ha insistido suficientemente en el papel fundamental de estos sentimientos de amor, tanto en el desarrollo del complejo de Edipo como en su superación. Según mi experiencia, la situación edípica pierde fuerza, no solamente porque el niño teme la destrucción de su órgano genital por un padre vengativo, sino porque, por sentimientos de amor o de culpabilidad, se siente empujado a preservar y proteger a su padre tanto como una imagen interna como externa.

Ahora voy a exponer brevemente mis conclusiones sobre el complejo de Edipo en la niña. La fase en la cual, según Freud, la niña está exclusivamente unida a su madre, según mi opinión incluye también los deseos dirigidos hacia el padre, así como los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo. Aunque considero esta fase como un período de fluctuación entre los deseos dirigidos hacia la madre y hacia el padre en todas las posiciones libidinales, a mi parecer no hay duda acerca de la influencia profunda, de al-

cance largo y permanente, de cada aspecto de la relación con la madre en relación con el padre.

La envidia del pene y el complejo de castración juegan un papel esencial en el desarrollo de la niña; pero están muy reforzados por la frustración de los deseos edípicos positivos. Aunque la niña, en uno de sus estadios, supone que su madre posee un pene, como un atributo masculino, este concepto no desempeña en su desarrollo un papel tan importante como sugiere Freud. Según mi experiencia, la teoría inconsciente de que la madre contiene el pene admirado y deseado del padre, es posterior a muchos de los fenómenos que Freud ha descrito referentes a la relación de la niña con la madre fálica. Los deseos de la niña del pene paterno se mezclan con sus primeros deseos genitales de recibir dicho pene. Estos deseos genitales implican también el deseo de recibir un niño del padre, lo que asimismo está contenido en la ecuación "pene-niño". El deseo femenino de internalizar el pene y de recibir un niño de su padre precede invariablemente al deseo de poseer un pene propio.

Aunque estoy de acuerdo con Freud acerca de la preeminencia, entre las ansiedades de la niña, del temor a la pérdida del amor y a la muerte de la madre, yo mantengo que el temor a que su cuerpo sea atacado y sus objetos queridos internos destruidos contribuye esencialmente a su situación principal de ansiedad.

OBSERVACIONES FINALES

A través de toda mi descripción del complejo de Edipo he intentado demostrar la interdependencia de ciertos aspectos predominantes de su desarrollo. El desarrollo sexual del niño está unido de un modo intrínseco a sus relaciones de objeto y a todas las emociones que desde un primer momento moldean su actitud hacia la madre y el padre. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos son los elementos intrínsecos de la vida emocional del niño y, por ello, penetran en las relaciones tempranas del niño con sus objetos, consistentes en relaciones con personas reales, así como con sus representantes en su mundo interior. A partir de estas figuras introyectadas —las identificaciones del niño— se desarrolla el superyó, que a su vez influye en la relación con ambos progenitores y en todo el desarrollo sexual. Así, el desarrollo emocional y sexual, las relaciones de objeto y desarrollo del superyó actúan los unos sobre los otros desde un comienzo.

La vida emocional del niño, las defensas tempranas construidas bajo la tensión de conflictos entre amor, odio y culpabilidad, y las vicisitudes de las identificaciones del niño, son tópicos que es muy posible que ocupen la investigación psicoanalítica en tiempos venideros. Una mayor investigación en estas direcciones nos conducirá a una mejor comprensión de la personalidad, lo que implica una mejor comprensión del complejo de Edipo y del desarrollo sexual.

NOTAS ACLARATORIAS ¹

EL DESARROLLO DE UN NIÑO (1921)

Melanie Klein leyó su primer trabajo, titulado "El desarrollo de un niño", en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, en 1919. Dos años después presentó su segundo trabajo, "La resistencia del niño al esclarecimiento sexual", en la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Estos dos trabajos constituyen la parte I y la parte II, respectivamente, del que se incluye en este tomo con el título "El desarrollo de un niño". Ambas partes se complementan: la primera demuestra que la falta de esclarecimiento en materia sexual puede causar represión indebida en la mente de un niño, y la segunda demuestra que la mente de un niño tiene de por sí una fuerte tendencia a la represión.

Ambos hechos, por supuesto, ya se conocían con anterioridad, pero lo nuevo es que se los explora por medio del estudio directo de un niño, estudio que en este trabajo Melanie Klein no califica de tratamiento sino de "educación con rasgos psicoanalíticos". Sin embargo, cuando unos treinta y cinco años más tarde analizó retrospectivamente su obra en "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado", entendió que este caso —y no su labor de los años 1922-1923, como expresa en su Prefacio de 1948 a *El psicoanálisis de niños*— marcaba el origen de su técnica psicoanalítica del juego.

El artículo presenta ya los rasgos que distinguen la obra kleiniana: la autora acepta sin reservas los descubrimientos de Freud, cree en la vasta influencia del inconsciente y de las fantasías inconscientes, y adhiere al principio de la continuidad psíquica y al

¹ Véanse el Prefacio, pág. 9, y la Introducción, pág. 11

de la doble determinación del desarrollo por la constitución y el ambiente. También es característica su firme convicción de que el habla, el juego, la acción y los sueños son todos medios, a menudo intercambiables, por los que se expresa el inconsciente; así como la detallada y abundante información que proporciona acerca de la charla y los juegos del niño.

En éste y en otros trabajos de la primera época manifiesta la esperanza de que el análisis de niños logrará prevenir y curar la enfermedad mental. Diez años después, en el Apéndice a *El psicoanálisis de niños*, su optimismo se ha atemperado, y en una obra muy posterior, *Envidia y gratitud*, es más limitado aun.

INHIBICIONES Y DIFICULTADES EN LA PUBERTAD (1922)

Melanie Klein se desentendió de este trabajo después de su publicación; no lo tradujo al inglés ni lo incluyó entre los que fueron compilados y publicados en forma de libro. Las razones de este proceder se desconocen, pero lo cierto es que el artículo no contiene ningún aporte personal ni se advierte en él la densidad de pensamiento que caracteriza su producción de este período.

EL PAPEL DE LA ESCUELA EN EL DESARROLLO LIBIDINAL DEL NIÑO (1923)

"El desarrollo de un niño" (1921), este trabajo y "Análisis infantil" (1923) están estrechamente relacionados. El primero se ocupa del niño en su hogar, el segundo lo observa en la escuela y el último se refiere al vínculo entre la niñez y la vida adulta. En los tres artículos, pero especialmente en el que ahora nos ocupa, se enfatiza la continuidad psíquica en la vida humana, idea de permanente vigencia en la obra de Melanie Klein.

La manera en que enfoca el tema de la inhibición intelectual —que, por lo demás, ya había abordado en la parte I de "El desarrollo de un niño" —resulta de interés. El concepto central es el de libido, y en torno de él se ordenan el de progreso y el de inhibición a través de la angustia de castración; la agresión nunca es gratuita y el significado simbólico es siempre de índole sexual. Al mismo tiempo, los casos que presenta indican, respecto de su labor clínica, que ya en esta época Melanie Klein analizaba el efecto inhibitorio de las fantasías de agresión. En 1931, cuando escribió "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual", el sadismo, y ya no la libido, es la base de una nueva explicación de la inhibición intelectual.

De este trabajo surge también que la técnica del juego, que venía utilizando desde algún tiempo atrás, le proporcionaba abundante material analítico ilustrativo de las fantasías infantiles y del significado simbólico de cada uno de los aspectos de la vida escolar, lo que, por cierto, inspiró a Melanie Klein la conclusión general de que *todas* las actividades tienen significado simbólico.

ANÁLISIS INFANTIL (1923)

Este trabajo, cuyo título en la versión alemana original podría traducirse más ajustadamente como "Análisis temprano", es de índole compleja. Tal vez ello se deba en parte al hecho de que está basado en tres comunicaciones inéditas: "El desarrollo y la inhibición de las capacidades", "La ansiedad infantil y su significado para el desarrollo de la personalidad" y "Sobre la inhibición y el desarrollo de la capacidad de orientarse". Además, Melanie Klein se esfuerza por dominar varios conceptos básicos: ansiedad, inhibición, síntomas, formación de símbolos y sublimación. Según su parecer, el artículo era un aporte a la teoría de la sublimación.

Sin embargo, Melanie Klein enuncia en él por primera vez lo que llegó a ser uno de sus principios fundamentales, a saber, que es el cese de la angustia lo que determina el progreso, tanto en el análisis como en el desarrollo mental. En un intento por explicar la angustia presente en los episodios de terror nocturno del niño pequeño, se ve llevada a ubicar el comienzo del complejo de Edipo entre los dos y los tres años de edad; es ésta la primera de una serie de estimaciones que fueron situando ese comienzo a edades cada vez más tempranas. Tres años después, en "Principios psicológicos del análisis infantil", da del terror nocturno una explicación muy distinta de la ofrecida en este trabajo, explicación que señala el comienzo de sus investigaciones sobre el vínculo entre ansiedad y agresión.

Sus ideas sobre el simbolismo, que culminan en "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930), también evolucionan con rapidez. Meses antes, en "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño", había sostenido que todas las actividades tienen significación simbólica. En el trabajo que aquí comentamos, Melanie Klein dice además que es a causa de su significado simbólico que las actividades resultan placenteras y, también, que son inhibidas. Postula asimismo que la formación de símbolos es precedida por una etapa de identificación en la que, como lo señaló Ferenczi, el niño pequeño identifica ciertos objetos con sus propios órganos y actividades. Más tarde este tipo de identificación pasó a formar parte de su concepto de identificación proyectiva, que expuso en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

UNA CONTRIBUCIÓN A LA PSICOGENESIS DE LOS TICS (1925)

Este estudio de un niño de trece años que presentaba un tic y otros problemas conexos, difiere en forma marcada del tortuoso artículo precedente. Con una precisión que no había mostrado hasta entonces, Melanie Klein investiga el tic en el análisis y lo explica sobre la base de identificaciones y fantasías masturbatorias. Es la primera vez que considera la identificación con un objeto, en este caso los padres en el momento del coito, como un fenómeno central; y de aquí en más concederá siempre la máxima importancia a las identificaciones en el mundo interior. Por cierto que en su trabajo siguiente presenta nuevas elucubraciones sobre una de las identificaciones más importantes: el superyó. Aunque nunca trató específicamente el tema de las fantasías masturbatorias, está en claro que lo consideraba fundamental: así lo afirma en una nota al pie de su siguiente trabajo (pág. 144), y bien se advierte a todo lo largo de *El psicoanálisis de niños*.

En esta época, Melanie Klein acepta sin reservas la concepción freudiana de una fase de narcisismo primario; pero en el caso concreto de los tics, no comparte la opinión de Ferenczi de que se trata de símbolos narcisistas primarios no analizables, y sostiene, a semejanza de Abraham, que para poder analizar un tic es necesario desentrañar las relaciones de objeto en que se basa. Este primer señalamiento de relaciones objetales tras un fenómeno en apariencia narcisista preanuncia la dirección que tomará su obra en materia de psicosis y de relaciones objetales primarias. Las razones por las que más tarde rechazó globalmente el concepto de una fase de narcisismo primario fueron expuestas en "Los orígenes de la transferencia" (1952).

Este artículo proporciona un ejemplo del modo empírico con que Melanie Klein abordaba la técnica del análisis de niños, ya que, contrariamente a lo que era habitual en ella, obstaculizó y prohibió dos relaciones de su paciente; dos años más tarde, en "Simposium sobre análisis infantil", presentó fuertes argumentos contra este tipo de prácticas directivas.

PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS DEL ANÁLISIS INFANTIL (1926)

En este trabajo se menciona por primera vez uno de los descubrimientos más importantes que realizó Melanie Klein en esta etapa de su carrera: el de que el superyó está presente en el niño mucho antes de lo que Freud suponía. Este primer superyó —cuyo descubrimiento, según Melanie Klein, fue bastante inesperado— se compone de

múltiples identificaciones, es más cruel que el que lo sustituye después y representa una pesada carga para el débil yo del niño pequeño. Estos descubrimientos plantean dificultades a la concepción freudiana del superyó como resultado del complejo de Edipo. Melanie Klein busca entonces conciliar sus ideas con las de Freud. Traslada —aunque para esto tiene también otras razones— el surgimiento del complejo de Edipo a los comienzos del segundo año de vida y postula que “en cuanto surge el complejo de Edipo, [los niños pequeños] empiezan a elaborarlo y de ahí a desarrollar el superyó”. Tiempo después se aparta de la teoría freudiana y ya no intenta vincular los comienzos del superyó con el complejo de Edipo. El tema del superyó, por otra parte, aparece reiteradamente en su obra; en la nota aclaratoria a “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño” (1933) se examinan los principales artículos en que se lo trata.

Melanie Klein había estado usando su técnica psicoanalítica del juego durante seis o siete años. En este artículo enuncia el principio rector de esa técnica: la situación analítica y el enfoque del tratamiento son los mismos que en el caso de los adultos, aunque adaptados al modo de comunicación que es propio de los niños: el juego. La cuestión fue tratada más extensamente y en un tono más polémico en su siguiente trabajo, “Simposium sobre análisis infantil”.

SIMPOSIUM SOBRE ANALISIS INFANTIL (1927)

En sus escritos anteriores, Melanie Klein se había limitado a dar cuenta de su labor. En este simposio, en el que también participó Anna Freud, su tono cambia y defiende enérgicamente sus puntos de vista. Sólo en este trabajo y en la Introducción a *El psicoanálisis de niños* se refiere Melanie Klein a sus discrepancias con Anna Freud.

El punto en litigio es la naturaleza del análisis de niños. ¿Hay equivalencia entre éste y el análisis de adultos? Melanie Klein sostiene, como ya lo había hecho un año antes en “Principios psicológicos del análisis infantil”, que la analogía es perfecta: el niño desarrolla una neurosis de transferencia y con sus juegos brinda al analista lo mismo que el adulto le brinda con sus asociaciones libres; la única función del analista es interpretar tan acabadamente como le sea posible todo cuanto le aporta su pequeño paciente. Anna Freud sustentaba entonces puntos de vista diferentes sobre todas estas cuestiones; el desacuerdo entre ambas se basaba en que tenían concepciones divergentes sobre la mente infantil y sobre la naturaleza del vínculo que une al niño con sus padres.

De pareja importancia es su exposición sobre el superyó. En un artículo previo, Melanie Klein delineó su concepción de que el super-

yó se origina a edad temprana con características de extrema crueldad y que luego evoluciona lentamente hasta convertirse en una conciencia más normal. Aquí explica la razón de que el primer superyó sea tan riguroso. Según ella, la índole desmedida, punitiva e irreal del superyó proviene de los impulsos sádicos y canibalísticos del propio niño, punto de vista que Freud aprobó en una nota al pie en *El malestar en la cultura*, siendo ésta una de las pocas ocasiones en que menciona a Melanie Klein en su obra.

Melanie Klein extrae además una consecuencia relativa a la terapia. La finalidad del análisis de niños no es fortalecer un superyó débil, como sostiene Anna Freud, sino, por el contrario, disminuir la excesiva fortaleza del primer superyó. Destaca asimismo, a lo largo de todo el artículo, la primordial importancia que tiene el análisis de la ansiedad y la culpa. En la nota aclaratoria a “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño” (1933) se detallan los artículos en los que se refiere al superyó.

Por ese entonces Melanie Klein llevaba ya ocho años analizando niños, y en el simposio comunicó sus descubrimientos sobre la técnica, ampliando lo que había expuesto en su trabajo anterior. Señaló que era necesario analizar no sólo la transferencia positiva sino también la negativa, tanto en beneficio del análisis como para proteger a los padres de actitudes negativas no analizadas. Se refirió a los modos de comunicarse que tienen los niños, a la abundancia del material que producen y a la relación del analista con los padres de los jóvenes pacientes. También hizo constar su opinión acerca de los métodos que consideraba desaconsejables. En especial, evaluó los efectos adversos del análisis incompleto del material y el empleo de técnicas introductorias no analíticas y de procedimientos educacionales y directivos.

En lo que respecta a su propia técnica, *El psicoanálisis de niños* contiene la descripción más completa, en tanto que “La técnica psicoanalítica del juego” (1955) relata su historia, y las notas clínicas diarias de *Relato del psicoanálisis de un niño* (1961) muestran a Melanie Klein en acción.

El trabajo que aquí comentamos da cuenta, además, de nuevos descubrimientos sobre el complejo de Edipo. En un artículo anterior (véase pág. 138) Melanie Klein había señalado en una nota al pie que la madre, al destetar y al inculcar hábitos de higiene a su hijo, da lugar a que éste se vuelva hacia el padre. Aquí afirma explícitamente en el texto que el complejo de Edipo, y por lo tanto también la formación del superyó, comienzan con el destete. También sitúa el cenit del complejo en un momento que no coincide, como en la concepción freudiana, con el fin de la edad preescolar y el acercamiento de la latencia; para Melanie Klein, un niño de tres años ha completado ya la parte más importante de su evolución edípica. Una relación de los trabajos de Melanie Klein en los que se trata el tema del complejo de

Edipo se hallará en la nota aclaratoria a "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945).

TENDENCIAS CRIMINALES EN NIÑOS NORMALES (1927)

Este trabajo desarrolla una tesis expuesta brevemente por Freud en "El delincuente por sentimiento de culpabilidad" (en "Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica"), tesis según la cual no es el delito lo que origina el sentimiento de culpa, sino el sentimiento de culpa lo que lleva al delito.

Melanie Klein relaciona aquí ese sentimiento preexistente de culpa con su reciente descubrimiento del primer superyó. Su tesis, tan opuesta como la de Freud a la creencia común, es que el delincuente no carece de conciencia moral; tiene, por el contrario, una conciencia demasiado cruel: un superyó primitivo incólume que obra de distinto modo que el superyó normal y que lo lleva a cometer delitos bajo el acoso del temor y la culpa.

El artículo se refiere tanto al temor como a la culpa, pero sin distinguir sus modos de operar en el superyó. En 1932, en *El psicoanálisis de niños*, Melanie Klein describe las diferencias entre el superyó primitivo y el desarrollado. Sostiene que el primero se experimenta en la psique como ansiedad o temor, y que es el segundo el que despierta el sentimiento de culpabilidad, punto de vista que expone muy claramente en "El desarrollo temprano de la conciencia en el niño" (1933). En otro trabajo suyo, "Sobre la criminalidad", escrito apresuradamente en 1934, reitera las conclusiones del que aquí comentamos, pero dando cabida a la distinción entre ambos tipos de superyó, y vinculando asimismo la delincuencia con la psicosis.

Melanie Klein consideraba que fue en 1927, es decir, en el año en que escribió este trabajo, cuando comprendió la importancia de la agresión. En su otro artículo de 1927, "Simposium sobre análisis infantil", atribuye a los impulsos agresivos del niño la crueldad de su primer superyó. Y "Tendencias criminales..." contiene una importante tesis adicional sobre el delito. Vincula los actos criminales con las tendencias delictivas de los niños normales y demuestra que en los delitos se concretan en todos sus detalles fantasías sádicas tempranas que forman parte del desarrollo normal. Ciertamente, Melanie Klein pone al descubierto las múltiples fantasías sádicas orales y anales de los niños normales, que vienen a sumarse a los dos crímenes inconsistentes —el incesto y el parricidio cometidos durante el complejo de Edipo genital— mencionados por Freud en relación con el sentimiento interno de culpabilidad. También afirma que, experiencias traumáticas aparte, son las fantasías sádicas las que dan origen a las concepciones falsas y atemorizantes del acto sexual. En su trabajo si-

guiente, "Estadios tempranos del conflicto edípico", describe en detalle algunas de esas fantasías sádicas.

Por último, a todo lo largo de este trabajo, cuyo tema es el conflicto entre el superyó y el ello, el lector percibirá el interés de Melanie Klein por otro conflicto: el que se desarrolla entre el amor y el odio, y que más tarde se convirtió en la idea rectora más general de su obra. Al respecto merece destacarse su convicción de que, pese a las apariencias en contrario, todas las personas, incluso todos los delincuentes, son capaces de amar.

ESTADIOS TEMPRANOS DEL CONFLICTO EDIPICO (1928)

Es éste uno de los trabajos más importantes de Melanie Klein. Años antes había señalado que el complejo de Edipo comienza a una edad más temprana de lo que Freud suponía; en "Análisis infantil" (1923) sugirió que el complejo comienza cuando el niño tiene entre dos y tres años; en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926) dio a entender, en una nota al pie, que comienza mucho antes —en el primer año de vida, a raíz del destete—; y esto mismo es lo que afirma, ya de manera explícita, en "Simposium sobre análisis infantil" (1927). Pero sus descubrimientos, derivados del análisis de niños pequeños, abarcan más que una fecha de comienzo; en este artículo, relativamente breve, presenta nada menos que una nueva concepción del complejo de Edipo.

A su juicio, el complejo de Edipo se inicia con el destete, en una situación lábil y confusa de impulsos entremezclados. Aunque las sensaciones genitales comienzan a surgir, lo que prevalece en un principio son los impulsos sádicos orales y anales; los impulsos genitales dominan la escena sólo más tarde, cuando el niño alcanza la situación edípica descrita por Freud. El complejo de Edipo positivo y el invertido interactúan estrechamente, resultando afectados tanto el mundo interior como el mundo externo del niño. Además, el comienzo del complejo de Edipo a edad temprana significa que surge en un momento en que el yo está escasamente desarrollado, y que lo hace, como lo atestiguan las investigaciones de Melanie Klein sobre el superyó, en presencia de un severo superyó primitivo. Ambos hechos tienen importantes consecuencias. El niño es acometido por impulsos sexuales y sádicos contradictorios, así como por la curiosidad sexual, cuando es aún incapaz de comprender y de hablar; Melanie Klein destaca el dolor, el odio y la angustia que provoca esta situación, y su influencia sobre el desarrollo sexual y epistemofílico. Además, la presencia del superyó implica que los sentimientos de culpa relativos a los impulsos pregenitales no surgen retrospectivamente en un superyó formado en el nivel genital, sino que proceden directamente del severo superyó primitivo.

Para Melanie Klein, el temprano conocimiento, por parte del niño, del cuerpo de su madre y de sus contenidos, es muy importante. También lo es la fase de feminidad. Aunque nunca vinculó este concepto con otros posteriores, nunca dejó de considerarlos importantes; algunos aspectos de esta relación con la madre —la envidia, el deseo de apropiarse de los contenidos de su cuerpo— fueron investigados en *Envidia y gratitud* (1957), y la identificación proyectiva fue propuesta como el mecanismo básico de la fase de feminidad.

En el artículo que comentamos señala las sucesivas identificaciones propias de las relaciones edípicas iniciales; su exposición tiene puntos de contacto con la de Freud en *El yo y el ello*, si bien se refiere a una edad más temprana. Describe el desarrollo sexual del varón y de la niña, y aunque no está de acuerdo con Freud respecto de la angustia que predomina en cada sexo, considera que su obra no es sino un desarrollo de la concepción de la angustia que Freud había expuesto poco antes en *Inhibición, síntoma y angustia*. El año siguiente, en "Situaciones infantiles de angustia reflejadas..." (1929), proporciona ejemplos de las situaciones de angustia básica descritas en el presente trabajo. A su juicio, en ambos sexos la angustia más profunda es la que deriva de una imago que se forma a través de los ataques al cuerpo de la madre, imagen de una madre hostil que contiene un pene hostil, figura de los padres combinados, como la llamará más tarde. Sostiene que la angustia de castración del varón proviene de esta angustia más primitiva, y que, en la niña, el temor a la pérdida del amor deriva de su angustia ante los ataques contra el interior de su cuerpo por una madre hostil. También explica de distinto modo que Freud la angustia de castración y la envidia del pene en la niña, y aunque, movida por un deseo manifiesto de no contradecir a Freud, habla de la fase fálica, no deja de señalar que existe en la niña una conciencia temprana de la vagina.

Estos son pues los nuevos descubrimientos de Melanie Klein sobre el complejo de Edipo. Debe recordarse que en esta época la angustia es para ella un concepto genérico —no la ha diferenciado aún en persecutoria y depresiva—, y también, lo que es más importante, que su investigación se centra principalmente en el odio. En "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas", escrito en 1945, cuando ya había hecho esa distinción entre las dos formas de angustia y había dado al impulso amoroso el lugar que le corresponde junto al odio, da muestras de haber cambiado de opinión sobre ciertos puntos. A estos y otros aspectos nos referimos en la nota aclaratoria al artículo de 1945.

LA PERSONIFICACION EN EL JUEGO DE LOS NIÑOS (1929)

El propósito de Melanie Klein es mostrar que los papeles o personificaciones de los juegos infantiles se originan, por escisión y pro-

yección, a partir de imagos internas. En el artículo sostiene que la escisión y proyección es también una defensa contra la ansiedad; y el año siguiente, en "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", estudia esta importante defensa en calidad de tal. En el trabajo que aquí comentamos da también una nueva explicación de la transferencia como escisión y proyección en el analista de figuras internas.

Desde 1926 Melanie Klein concebía el superyó como una estructura sujeta a cambios; aquí se refiere por primera vez a sus sucesivas etapas. Pero su breve exposición es una mezcolanza de ideas diversas, y sólo en 1935, con su teoría de la posición depresiva, logra una clara perspectiva del cambio psíquico. También sugiere en este trabajo que la ansiedad más intensa procede del superyó más primitivo, y que es este superyó el que predomina en la psicosis: descubrimiento comparable al expuesto en "Tendencias criminales en niños normales" (1927), de que el superyó primitivo domina la mente de los criminales.

SITUACIONES INFANTILES DE ANGUSTIA REFLEJADAS EN UNA OBRA DE ARTE Y EN EL IMPULSO CREADOR (1929)

Este es el primero de los tres artículos que Melanie Klein dedicó al análisis de material literario; los otros dos son "Sobre la identificación" (1955) y "Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*" (1963). Aquí utiliza el libreto (escrito por Colette) de la ópera *La palabra mágica*, de Ravel, y un artículo titulado "El espacio vacío", de Karin Michaelis, para ilustrar las situaciones de ansiedad que había descrito el año anterior en "Estadios tempranos del conflicto edípico".

Por primera vez Melanie Klein vincula la creatividad con las profundas ansiedades tempranas; considera que el impulso creador procede del impulso a restaurar y reparar el objeto dañado por un ataque destructivo. Algunos años después esta idea pasó a ocupar un lugar importante en su teoría de la posición depresiva, y sin duda en este artículo están prefiguradas varias formulaciones futuras. He aquí un ejemplo: la afirmación, que se lee en la pág. 223, de que con el desarrollo el temor que siente la niña hacia una madre capaz de agredirla es sustituido por el temor de perder a su madre real que la ama, preanuncia lo que Melanie Klein expresará más tarde acerca del diferente contenido de la ansiedad en la posición esquizo-paranoide y en la posición depresiva.

En una obra posterior, *Envidia y gratitud* (1957), Melanie Klein aborda una vez más el problema de la creatividad, si bien desde un

ángulo diferente. Sostiene que el primer objeto que se experimenta como creativo es el pecho que alimenta, y describe el efecto perjudicial de la envidia excesiva sobre la creatividad.

LA IMPORTANCIA DE LA FORMACION DE SIMBOLOS EN EL DESARROLLO DEL YO (1930)

Por el material clínico que contiene, este trabajo señala el comienzo de una nueva era. Históricamente, es el primer informe que se haya publicado sobre el análisis de un niño psicótico, y demuestra que es posible establecer contacto psicoanalítico y poner en marcha el desarrollo aun en el caso de un niño que no habla ni manifiesta ninguna emoción y cuyo simbolismo es rudimentario. Desde hacia varios años, Melanie Klein estaba convencida de que podía haber niños psicóticos. En algunos pasajes de sus trabajos anteriores describe la forma que adopta la esquizofrenia en los niños, las características del juego de los niños psicóticos y la naturaleza del superyó en la psicosis. En este artículo trata en general el problema de la psicosis en la niñez y realiza su primer intento de precisar el origen de la esquizofrenia. Sostiene que el yo se defiende de la intensa ansiedad mediante una expulsión excesiva de su sadismo, por lo que no subsiste ninguna experiencia de ansiedad, exploración del mundo ni formación de símbolos, interrumpiéndose el desarrollo normal. La evolución de las ideas kleinianas sobre la esquizofrenia se examina en detalle en la nota aclaratoria a "Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" (1960).

En este trabajo cristalizan varias ideas. En un comienzo Melanie Klein veía en la ansiedad principalmente un factor de inhibición de la capacidad. Muy pronto, en "Análisis infantil" (1923), sostuvo que los progresos en el desarrollo dependían de la resolución de la ansiedad. En "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte...", publicado, al igual que este artículo, en 1930, fue más allá, presentando la ansiedad como estímulo de la creatividad. Aquí, a partir del análisis de procesos psicóticos en pacientes de corta edad, demuestra que la ansiedad y su elaboración son la precondition del desarrollo, idea que constituye el núcleo de sus teorías posteriores. Además, ciertas concepciones que en definitiva fueron integradas en su teoría de la posición esquizo-paranoide con el nombre de identificación proyectiva, se originaron verdaderamente en lo que aquí se expresa sobre la formación de símbolos y sobre la primera forma de defensa yoica. Melanie Klein demuestra que las primeras formas de la formación de símbolos, las ecuaciones simbólicas y las identificaciones son el fundamento de la relación con el mundo exterior. Tam-

bién describe lo que, a su juicio, es el primer modo de defensa del yo: un mecanismo expulsivo, previo a la represión y esencialmente distinto de ella. Se trata de una defensa contra la agresión y contra la ansiedad que ésta suscita: el sadismo es percibido como peligroso para el sí-mismo y se teme que los objetos atacados tomen represalias, lo cual induce al yo a expulsar su sadismo hacia el objeto, tanto para protegerse como para destruir el objeto. La aplicación que hizo más tarde Melanie Klein de estas ideas se describe en la nota aclaratoria a "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

LA PSICOTERAPIA DE LAS PSICOSIS (1930)

Melanie Klein presentó este breve trabajo en un simposio sobre el papel de la psicoterapia en las psicosis. Es un resumen de algunos de sus descubrimientos sobre la esquizofrenia infantil y sobre las situaciones de ansiedad características de las psicosis. Se basa en su artículo "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", del que reproduce literalmente algunos párrafos.

UNA CONTRIBUCION A LA TEORIA DE LA INHIBICION INTELECTUAL (1931)

La inhibición intelectual fue uno de los primeros temas que atrajeron la atención de Melanie Klein. Tanto en "El desarrollo de un niño" (1921) como en "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923) adopta la concepción de Freud, según la cual la capacidad intelectual es una sublimación libidinal que puede ser inhibida por la angustia de castración. Sin embargo, ya en el segundo de los artículos citados resulta obvio, si se considera el material clínico aportado, que Melanie Klein es consciente del efecto inhibitor de las fantasías de agresión; y en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928) sostiene que lo que da origen a la pulsión epistemofílica no es la libido sino el sadismo, el sadismo temprano con que el niño ataca, y al mismo tiempo llega a conocer, el cuerpo de la madre. El cuerpo de la madre es por lo tanto el primer objeto de conocimiento. En "La importancia de la formación de símbolos..." (1930) expone un nuevo descubrimiento: el de que una defensa masiva contra el sadismo, como la que tiene lugar en la demencia precoz, causa una inhibición epistemofílica general.

El trabajo que comentamos es el único que tiene específicamente como tema la inhibición intelectual. Expone de manera más completa los puntos de vista expresados en 1928 y 1930 e incluye nuevos descubrimientos. Melanie Klein examina dos conjuntos de ansiedades opuestas que suceden a los ataques sádicos e inhiben el funcionamiento intelectual. Las ansiedades relacionadas con la peligrosidad del cuerpo materno y, por extensión, de la realidad exterior, interfieren con la libre exploración del mundo externo, en tanto que el temor a los peligros en el sí mismo, en especial la amenazadora presencia del sádico superyó primitivo, impide la autoexploración. Se demuestra, además, que las defensas contra el sadismo pueden determinar no sólo una inhibición epistemofílica generalizada sino también inhibiciones intelectuales específicas.

Hasta 1931, la contribución original de Melanie Klein al problema de la inhibición intelectual se basó en el estudio del sadismo y de sus consecuencias. El año siguiente, sin embargo, después de haber aceptado la teoría freudiana de los instintos de vida y los instintos de muerte como principio fundamental, no se ocupa ya del sadismo aisladamente sino de la interacción del amor y el odio. Para expresarlo de acuerdo con el distinguo que hizo más tarde entre ansiedades persecutorias y depresivas, diremos que las ansiedades investigadas hasta 1931 en conexión con la inhibición intelectual eran ansiedades persecutorias. En "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935) se refiere al otro grupo de ansiedades, las depresivas, y muestra que la capacidad para el aprendizaje y el trabajo puede disminuir bajo la influencia de la depresión y la desesperanza relacionadas con los objetos dañados.

El lector que compare este trabajo con las primeras contribuciones, hechas unos diez años antes, al tema de la inhibición intelectual, advertirá grandes cambios. Era un momento oportuno para que Melanie Klein presentara en forma de libro las concepciones que había venido elaborando en ese período, y así lo hizo, en efecto, el año siguiente, con la publicación de *EL psicoanálisis de niños*.

EL DESARROLLO TEMPRANO DE LA CONCIENCIA EN EL NIÑO (1933)

La obra clásica de Freud sobre el superyó, *El yo y el ello*, apareció en 1923. Poco después Melanie Klein comenzó a exponer sus descubrimientos, fruto, en gran medida, del análisis de niños. Su labor de analista la puso frente a un hecho inesperado: la presencia de sentimientos de culpa en niños muy pequeños. Esto la llevó a postular, en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926), que la existencia del superyó comienza mucho antes de lo que suponía Freud:

su formación no coincide con el final sino con el comienzo del complejo de Edipo, del cual, por consiguiente, no es el heredero; por otra parte, fijó el comienzo del complejo de Edipo en una época mucho más temprana que Freud: concretamente, en el momento del destete. En el mismo artículo, Melanie Klein da su primera descripción del primer superyó: formado a partir de la introyección de figuras edípicas tempranas, se compone de múltiples identificaciones y da muestras de una intensa crueldad y primitivismo que se mitigarán más tarde. En "Simposium sobre análisis infantil" (1927), y con más detalle en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928), ofrece una explicación de la crueldad del primer superyó, que tan largamente excede la severidad de los padres reales: afirma que los introyectos edípicos que forman el superyó son falseados y convertidos en figuras terroríficas por los impulsos sádicos del niño. En "Estadios tempranos del conflicto edípico" enuncia un importante corolario de la teoría de que el superyó se forma al comienzo y no al final del complejo de Edipo: el de que tanto el desarrollo sexual en su totalidad como el desarrollo yoico y la formación del carácter tienen lugar en presencia de un superyó. En "Tendencias criminales en niños normales" (1927) y en "La personificación en el juego de los niños" (1929) demuestra el dominio terrorífico y deformante que el primer superyó ejerce sobre la mente de los criminales y de los psicóticos; y en "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual" (1931) da cuenta de la función que cumple el superyó temprano en la inhibición intelectual. En "La personificación en el juego de los niños" sostiene además que el primer superyó es la mayor fuente de ansiedad para la psique.

Ya en 1927 Melanie Klein veía en el miedo y la culpa dos fuerzas distintas, emanadas del superyó. Sin embargo, no fue consecuente en mantener esta distinción hasta que, en *El psicoanálisis de niños* (1932), la confirmó y explicó que la ansiedad, que caracteriza al primer superyó, deja paso a la culpabilidad, propia de la conciencia desarrollada. En la misma obra, si bien insiste en vincular la formación del superyó con el comienzo del complejo de Edipo (que, como sabemos, sitúa en el momento del destete), de algún modo se contradice, ya que en una breve declaración sobre la formación del superyó da a entender que éste es una estructura más antigua que el complejo de Edipo. Sugiere, en efecto (pág. 256), que en el proceso de incorporación (que comienza con el nacimiento) el objeto incorporado asume instantáneamente las funciones del superyó.

Estas son las principales etapas previas en la evolución de las ideas de Melanie Klein sobre el superyó. En el artículo que aquí comentamos, claramente redactado, presenta esas ideas, destacando la importancia que tiene para la sociedad y para el individuo la transformación del terrorífico superyó primitivo en una conciencia real moral benigna. Merece señalarse que, aunque ya en 1927 había relacionado la crueldad del primer superyó con los impulsos sádicos del

niño, nunca había usado antes el término "proyección" para referirse a este hecho: invocaba en cambio la ley del talión o se valía de giros como el de que las imagos tempranas "llevan la marca" de los impulsos sádicos del niño. Pero, aquí dice que el niño proyecta sus impulsos agresivos sobre sus objetos, y en adelante siempre lo expresará de este modo, o bien por referencia al concepto, que elaboró posteriormente, de identificación proyectiva. También repite, aunque arropiándolos, sus postulados de 1932 acerca de la formación del superyó: sostiene que éste se origina en una división del ello que responde a una medida defensiva del yo, y que tal cosa ocurre cuando el niño realiza sus primeras introyecciones orales. Con esto se está afirmando claramente que la formación del superyó es anterior a la del complejo de Edipo; sin embargo, hay en la pág. 256 una nota contradictoria, según la cual el comienzo del superyó estaría en estrecha relación con impulsos edípicos tempranos; no parece sino que Melanie Klein se resistiera a prescindir de un principio fundamental de la teoría freudiana que establece un vínculo entre el origen del superyó y el complejo de Edipo. Pero dos años más tarde, en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos", la formación originaria del superyó se emancipa finalmente por completo del complejo de Edipo.

La teorización kleiniana sobre el superyó plantea en forma particularmente aguda el problema del cambio psíquico. ¿Cómo se transforma el primer superyó, experimentado como ansiedad y asocial en sus efectos, en la conciencia evolucionada, sentida como culpa y moral en perspectiva? Melanie Klein se ocupó a menudo de este problema: su artículo "La personificación en el juego de los niños" contiene un análisis muy interesante de un aspecto de la tarea evolutiva, a saber, la síntesis de las identificaciones polarizadas que componen el superyó. Sin embargo, la dinámica de este cambio permaneció en gran medida inexplicada hasta que, en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos", la distinción entre el temor y la culpa, que anteriormente sólo había tenido un valor descriptivo, se convierte en una diferenciación nodal en el marco de una nueva teoría. Entonces la síntesis de las figuras polarizadas, la creciente asimilación del superyó por el yo y el paso del temor a la culpa pueden ser explicados y entendidos en función de los procesos de la posición depresiva. Una exposición breve y desprovista de tecnicismo sobre la evolución del superyó se hallará en "Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario" (1942), al final del tercer volumen de estas *Obras completas*, bajo la rúbrica "Contribuciones breves". Posteriormente, en "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (1948), Melanie Klein rectifica su aseveración de que los sentimientos de culpa sólo se encuentran en la posición depresiva, y admite que pueden experimentarse aun antes, en forma transitoria. En *Envidia y gratitud* (1957) describe el superyó envidioso y también la culpa prematura que se origina en la envidia.

Sus últimas reflexiones acerca del superyó están contenidas en "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental" (1958). Melanie Klein abandona bruscamente la teoría, que sostuvo durante cuarenta años, de que las figuras más terroríficas y extremas constituyen la base del superyó. Afirma, en cambio, que esas figuras no forman parte del superyó sino que ocupan una región que les es propia, dividida del resto de la mente. Esta reclasificación radical de las figuras internas se trata con más amplitud en la nota aclaratoria a "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental".

SOBRE LA CRIMINALIDAD (1934)

Melanie Klein contribuyó con este trabajo a un simposio sobre el delito, accediendo a un pedido que le fue formulado con muy escasa anticipación. En él reproduce brevemente sus conclusiones de "Tendencias criminales en niños normales" (1927), en términos en los que se advierte la influencia de sus descubrimientos posteriores. También atribuye —por primera vez— una base común a la delincuencia y a la psicosis.

CONTRIBUCION A LA PSICOGENESIS DE LOS ESTADOS MANIACO-DEPRESIVOS (1935)

Este trabajo marca el comienzo de un período en el que Melanie Klein erigió una nueva estructura teórica. Su obra anterior había preparado el terreno. A lo largo de unos quince años fue realizando una serie de descubrimientos que no sólo modificaron su concepción del complejo de Edipo y del superyó, sino que también determinaron un cambio conceptual paulatino y fundamental. Las nociones de ansiedad, objeto interno, fantasía inconsciente, agresión, introyección y proyección comenzaron a sobresalir, pero de un modo no sistemático. Así, en *El psicoanálisis de niños*, publicado tres años antes que el artículo que comentamos, Melanie Klein acepta la teoría clásica según la cual el desarrollo es la progresión a través de etapas psicosexuales, pero al mismo tiempo emplea una terminología y describe fenómenos que requerirían un enfoque diferente, por ejemplo, las cambiantes relaciones del yo con sus objetos internalizados y externos, y las fluctuaciones de las ansiedades psicóticas tempranas. Las razones por las que esta situación de transición dio paso a una nueva

teoría son dos. En primer lugar, Melanie Klein adoptó plenamente el principio de interacción de los instintos de vida y de muerte, representados por el amor y el odio; de esta manera no sólo corrigió su relativo desinterés previo por el amor y el énfasis excesivo que ponía en la agresión, sino que obtuvo una buena base para la sistematización. Y en segundo lugar, este trabajo cumple con la condición sin la cual no es posible hablar de nueva teoría: el aporte de concepciones científicas novedosas. El trabajo abunda, por cierto, en importantes ideas nuevas, que sirven de base a dos teorías interconectadas: una sobre el desarrollo temprano y otra sobre el origen de la enfermedad maniaco-depresiva.

En síntesis, la primera de estas teorías afirma que durante el primer año de vida, aproximadamente entre el cuarto y el quinto mes, se produce un cambio significativo en las relaciones objetales infantiles: la relación con un objeto parcial se convierte en relación con un objeto completo. Tal cambio sitúa al yo en una nueva posición desde la cual es capaz de identificarse con su objeto; de este modo el niño, que antes experimentaba ansiedades de tipo paranoico relacionadas con la conservación de su yo, pasa a experimentar un conjunto más complejo de sentimientos ambivalentes y ansiedades depresivas relacionadas con la condición de su objeto. Siente temor de perder a su amado objeto bueno, y a sus ansiedades persecutorias se suma un sentimiento de culpa por haber agredido a su objeto, y un impulso, inspirado en el amor, de reparar el daño. Sus defensas cambian en consonancia: recurre a defensas maníacas para aniquilar a sus perseguidores y para hacer frente a la culpa y la desesperación que ahora lo acosan. A esta conjunción particular de relaciones objetales, ansiedades y defensas, Melanie Klein le dio el nombre de posición depresiva.

En esta teoría Melanie Klein distingue por primera vez entre dos formas de ansiedad: la paranoica (o persecutoria, como la llamará más tarde en otros trabajos) y la depresiva. Se trata de una distinción fundamental; aporta orden y claridad y permite ubicar sin esfuerzo otros conceptos en el lugar que corresponde. En cuanto a las relaciones objetales, la innovación de la teoría consiste en oponer la relación con un objeto parcial a la relación con un objeto total. De suma importancia es el concepto de posición, que viene a ocupar el lugar de la fase o el estadio como unidad del desarrollo.

En cuanto a las razones que tuvo para adoptar el término "posición", Melanie Klein menciona una de ellas en el Prefacio de 1948 a la tercera edición de *El psicoanálisis de niños*, y otra al final de la nota 4 (Nota del capítulo) en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952). El lector advertirá que el término posición forma parte de muchas expresiones en este trabajo: además de una posición depresiva, hay una posición maníaca, una posición obsesiva y una posición paranoica. Las posiciones maníaca y obsesiva no vuelven a ser mencionadas después de 1940, y en "Notas sobre

algunos mecanismos esquizoides" (1946), el trabajo que completa su teoría del desarrollo temprano, Melanie Klein cambia el nombre de la posición paranoica por el de posición esquizo-paranoide. La reparación, mencionada por primera vez en "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929), es aquí un concepto clave. Además, el curso y el resultado del desarrollo ya no se expresan en función de sucesivas etapas libidinales, sino en función de relaciones objetales internas.

El desenlace normal de la posición depresiva —a la que Melanie Klein considera la posición más importante en el desarrollo infantil, de la que dependen tanto la salud mental como la capacidad de amar— es la internalización estable del objeto bueno. Cuando así no ocurre es porque se da en el niño una situación anormal, que constituye el marco psíquico de la enfermedad depresiva. Esta es la segunda teoría expuesta en el trabajo que comentamos. Según Melanie Klein, los sufrimientos y las ansiedades psicóticas de la enfermedad maniaco-depresiva reproducen las luchas de la posición depresiva infantil.

En la década de 1920 Melanie Klein había descubierto las ansiedades infantiles de tipo paranoide; aquí demuestra la existencia de otra categoría de ansiedades psicóticas infantiles, las ansiedades depresivas. Ciertamente, su artículo constituye una destacada contribución a la teoría general de la psicosis. Aunque su tema principal es la posición depresiva infantil, aclara por contraste la índole general de la posición paranoica previa, caracterizada por la ansiedad paranoide, las relaciones con objetos parciales y la división de objetos y emociones. Melanie Klein compara detalladamente la paranoia y la depresión, y su teoría de que la posición paranoica infantil es seguida por la posición depresiva infantil le permite explicar la relación clínica observada entre ambas enfermedades, a partir de su continuidad e interacción originales en la infancia. Explica la enfermedad maniaco-depresiva como basada en el terror de contener objetos muertos o moribundos. Enuncia su concepción de las defensas maníacas, destacando la omnipotencia y la renegación; demuestra la conexión entre las defensas maníacas y obsesivas, así como el hecho de que las defensas maníacas no se emplean solamente contra la depresión sino también contra las ansiedades paranoicas. Por supuesto, el artículo no aborda todas las implicaciones de la teoría. En "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos", publicado cinco años después, se continúa su desarrollo y se examina otro importante proceso de la posición depresiva: el duelo por el objeto perdido. También se profundiza lo expuesto sobre las defensas maníacas, la reparación y los procesos de integración en el yo, y se señala que la unificación de los objetos —y no la reiterada división en planos más próximos a la realidad, como se sostenía en el artículo que comentamos— es el proceso de máxima importancia en la posición depresiva. La relación entre la posición depresiva y el complejo de Edipo se tra-

ta en "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945); otras consideraciones se añaden en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952). En este último artículo, Melanie Klein sugiere también que en la posición depresiva el niño recurre a una división entre un objeto vivo e indemne y un objeto dañado y moribundo, como defensa contra la ansiedad depresiva. Una modificación de las consideraciones que se hacen sobre la culpa en el artículo que aquí comentamos se hallará en "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (1948) y en las referencias a la depresión en "Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" (1960).

EL DESTETE (1936)

Este trabajo constituye el aporte de Melanie Klein a un ciclo de conferencias de divulgación brindadas por psicoanalistas. Las conferencias fueron recogidas en un pequeño libro, *On the Bringing Up of Children*, que en su segunda edición, de 1952, incluyó también un prólogo y un *proscriptum* de Melanie Klein.

En artículos anteriores, por ejemplo en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926), Melanie Klein describía el destete como un trauma que determina el comienzo del complejo de Edipo: la frustración infligida por la madre nutricia mueve al niño a alejarse de ella y a orientarse hacia el padre. Sin embargo, en su teoría posterior sobre la posición depresiva infantil, expuesta en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), presenta el destete bajo una luz diferente: lo considera como la pérdida total del primer objeto bueno externo del niño, pérdida que lleva las emociones y conflictos de la posición depresiva a su punto más alto. Pero por otra parte, cuando el destete es exitoso constituye un incentivo para la aceptación de sustitutos y el descubrimiento de otras fuentes de gratificación.

En el trabajo que aquí comentamos, Melanie Klein expone estos puntos de vista más recientes en un lenguaje ágil y libre de tecnicismos, y como conviene a un manual práctico sobre la crianza de niños, incluye asesoramiento psicológico sobre los problemas que pueden presentarse. Hace una breve comparación entre la alimentación al pecho y con biberón, tema que examina más a fondo en la nota 1 (Nota del capítulo) de "Observando la conducta de bebés" (1952). En la nota 2 (al capítulo) de ese mismo trabajo vuelve a referirse al destete.

AMOR, CULPA Y REPARACIÓN (1937)

En 1936, Melanie Klein y Joan Riviere pronunciaron una serie de

conferencias de divulgación sobre el tema "La vida emocional de los hombres y mujeres civilizados"; esas conferencias sirvieron de base a un pequeño libro, *Amor, odio y reparación*, editado al año siguiente. Joan Riviere expuso sobre "Odio, voracidad y agresión", y Melanie Klein sobre "Amor, culpa y reparación". Melanie Klein desarrolla los temas de su reciente teoría de la posición depresiva, que había formulado apenas dos años antes. Esta exposición interesa por su carácter no técnico, y en particular, por el examen que se hace en ella de una amplia gama de situaciones humanas, en mayor medida que en cualquiera de sus otros trabajos.

Hay un punto respecto del cual su opinión varió más tarde. En este trabajo, la carga de reparar el objeto dañado por el odio se hace pesar sobre el niño desde el comienzo. Sin embargo, según su teoría posterior de la posición esquizo-paranoide, en los primeros meses de vida predomina la división, y la necesidad de reparar surge sólo más tarde, en los estadios más integrados de la posición depresiva.

EL DUELO Y SU RELACION CON LOS ESTADOS MANIACO-DEPRESIVOS (1940)

Al igual que "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), cuya línea de pensamiento continúa, es éste un trabajo de primer nivel. Incluye al duelo entre los fenómenos de la posición depresiva. Esto permite a Melanie Klein aclarar la naturaleza del duelo, así como vincularlo con su teoría de los estados maniaco-depresivos. Su hipótesis principal es que la pérdida de una persona amada reactiva la posición depresiva infantil, y que la capacidad en la vida posterior para hacer el duelo y para recobrase del duelo depende de la resolución de la posición depresiva en la niñez.

Melanie Klein pone al descubierto varios procesos de los que se ignoraba hasta entonces que formaran parte del duelo; el más importante es el sentimiento inconsciente de haber perdido también el objeto bueno interno, que experimenta quien ha perdido un objeto bueno externo. Esto significa que los sufrimientos del doliente y la tarea que debe enfrentar son mayores de lo que se creía; lo aflige el dolor por la pérdida interna, no sólo por la pérdida externa, y queda expuesto a la persecución de los objetos malos; es decir, resurgen las ansiedades persecutorias y depresivas tempranas de la posición depresiva. Melanie Klein señala también la importancia de la reparación en la superación de los estados de duelo.

En todo el artículo relaciona su concepción con la de Freud. Sin embargo, no concuerda con él en cuanto al vínculo entre el duelo y los estados maniaco-depresivos. Para Melanie Klein, el duelo adulto

normal incluye estados maníacos y depresivos, los que, como lo demostró en 1935, se encuentran normalmente en la posición depresiva. También se ocupa de las defensas maníacas, sobre todo en el ámbito del triunfo maníaco, y muestra cómo la movilización excesiva de dichas defensas interfiere con el firme restablecimiento interno del objeto bueno.

Desde el punto de vista de su teoría general del desarrollo, el artículo completa la descripción de la posición depresiva, comenzada en 1935. Se señala que la posición depresiva incluye procesos de duelo, se aclara el papel que desempeña la reparación como medio de superar esa posición, y por primera vez se examinan dos formas contraproducentes de reparación: la reparación obsesiva y la maníaca. Este trabajo, como ya se indicó, amplía considerablemente el aporte de 1935 sobre las defensas maníacas. Además, aunque Melanie Klein no lo menciona explícitamente, hay un punto que enfoca de distinto modo que en 1935; entonces afirmaba (pág. 294, citado también en pág. 351) la importancia, en la posición depresiva, de la renovada división de las imagos, según planos cada vez más realistas, después de cada paso que da el niño hacia la unificación de esas imagos. Aquí sostiene, en una nota al pie (pág. 351, nota 11), que la unificación de los aspectos opuestos del objeto es "el proceso más importante". En sus trabajos posteriores pone en claro que el proceso de unificación depende de una división más realista del objeto. También menciona por primera vez en este trabajo que en la posición depresiva el odio es mitigado por el amor.

EL COMPLEJO DE EDIPO A LA LUZ DE LAS ANSIEDADES TEMPRANAS (1945)

Es ésta la última exposición importante de Melanie Klein sobre el complejo de Edipo. Antes había publicado sobre el tema —citamos sólo los trabajos principales— "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928) y *El psicoanálisis de niños* (1932). Desde entonces modificó sus concepciones en dos aspectos muy significativos, general el uno y más específico el otro. El general es su aceptación de la interacción del amor y el odio como base del funcionamiento mental. (En realidad ya había aceptado tal principio cuando escribió *El psicoanálisis de niños*, pero apenas comenzaba a aplicarlo y no se refleja en la parte que trata del complejo de Edipo). El aspecto más específico está representado por su teoría, formulada en "Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos" (1935), de la posición depresiva como punto crítico del desarrollo en el primer año de vida. El trabajo que aquí comentamos es un análisis del complejo de Edipo, revisado y ampliado a la luz de ambos cambios.

Su concepción del complejo de Edipo es la misma de 1928: hay etapas tempranas (pregenitales) del complejo, además de la situación edípica descubierta por Freud; las fantasías tempranas acerca de que el cuerpo de la madre contiene el pene del padre y acerca de los órganos internos del propio niño forman parte de la situación edípica; y la culpa no es sólo el resultado del complejo: por el contrario, está presente desde que éste comienza y afecta permanentemente su evolución. La teoría que expone en *El psicoanálisis de niños* sobre el desarrollo sexual del varón y de la niña también subsiste. Pero adopta en cambio una nueva postura en cuanto al comienzo del Edipo y la causa de su declinación, y tiene cosas nuevas que decir acerca de la naturaleza del complejo.

Su suposición de esta época de que el sadismo no va en aumento sino que disminuye a lo largo de los primeros seis meses de vida, juntamente con su punto de vista de que las relaciones objetales están presentes desde el nacimiento, significa que su aserto (de 1932) de que el complejo de Edipo comienza en la fase narcisista, o el de que comienza cuando el sadismo está en su apogeo, son incorrectos y quedan desestimados. Melanie Klein ya no piensa que lo que desencadena los impulsos edípicos es la frustración oral del destete ni, para decirlo con los términos que alguna vez empleó, que el Edipo comienza principalmente a impulsos del odio. Por el contrario, ahora sostiene que el comienzo del complejo es coincidente con el de la posición depresiva, cuando la ansiedad persecutoria disminuye y los sentimientos de amor surgen vigorosamente, y si bien las privaciones que sufre el niño pueden ser en parte la causa de que se aleje del pecho, esto es secundario en relación con el amor, que lo impulsa hacia adelante, y con la búsqueda inherente de nuevos objetos por la libido. Con respecto a la declinación del complejo de Edipo, en 1932 pensaba que el principal factor era la culpa; ahora sostiene que las emociones positivas, el amor del niño por sus padres y su deseo de conservarlos, también influyen en el debilitamiento del complejo.

Cuando en 1935, en "Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos", Melanie Klein vinculó el complejo de Edipo con la posición depresiva, no fue más allá de afirmar que el dolor y la preocupación que en dicha posición experimenta el niño ante la pérdida temida de los objetos buenos era la fuente de los más penosos conflictos edípicos. En el artículo que aquí comentamos examina el entrelazamiento de los deseos edípicos con las ansiedades depresivas mientras el niño lucha por integrar su amor y su odio, y demuestra que los impulsos sexuales adquieren una nueva dimensión como medio de reparar los efectos de la agresión. Esto determina el surgimiento de fantasías sexuales reparadoras, de gran importancia para la futura sexualidad. Este cuadro más complejo de la situación edípica es ilustrado con material de dos pacientes: Ricardo, el varón cuyo análisis se transcribe en extenso en *Relato del psicoanálisis de*

un niño (1961), y Rita, una niña pequeña cuyo material ya había sido utilizado en buena medida en trabajos anteriores.

En este artículo Melanie Klein señala cuáles son los puntos en que discrepa con Freud acerca del complejo de Edipo. En realidad, si se exceptúan las opiniones que derivan específicamente de la vinculación postulada entre el complejo de Edipo y la posición depresiva, todas las divergencias que se mencionan existían ya en el trabajo de 1928; sólo que entonces ella no deseaba, en apariencia, llamar la atención sobre sus diferencias con Freud.

Resulta evidente la clarificación de sus opiniones sobre los primeros meses de vida del niño. Un año después publicó "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides", donde sugiere que en sus primeros meses el niño se halla en la posición esquizo-paranoide; lo cual no afecta, sin embargo, los puntos de vista que expresa en el trabajo que comentamos. Una breve declaración de la misma Melanie Klein acerca de los cambios operados a partir de 1932 en su concepción del complejo de Edipo se hallará en el Prefacio a la tercera edición de *El psicoanálisis de niños*.

Melanie Klein hizo nuevos aportes a su teoría del complejo de Edipo en dos trabajos posteriores. En el bosquejo del Edipo que incluye en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952), describe la relación recíproca y benéfica entre el complejo de Edipo y la posición depresiva. Por último, en *Envidia y gratitud* (1957) se refiere al efecto perjudicial de la envidia sobre la situación edípica.

En resumen, Melanie Klein contribuyó a la comprensión del complejo de Edipo de dos maneras: primero, al descubrir las etapas tempranas del complejo, y segundo, al relacionar el complejo de Edipo —que según Freud es el complejo nuclear de las neurosis— con la posición depresiva, que es para ella la posición central del desarrollo infantil.

BIBLIOGRAFIA

- Abraham, K. (1914): "Un fundamento constitucional de la ansiedad motriz", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- (1920): "Manifestaciones del complejo de castración femenino", *ibíd.*
- (1921): "Contribución a una discusión sobre el tic", *ibíd.*
- (1921-25): "Psycho-Analytical Studies on Character Formation", en *Selected Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth, 1926. (Hay versión castellana en *Psicoanálisis clínico*, caps. 23-25.)
- (1923): "Dos contribuciones al estudio de los símbolos", en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*, Buenos Aires, Hormé, 1961.
- (1924): "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- Alexander, F. (1923): "El complejo de castración en la formación del carácter", en M. Klein y otros, *La sexualidad en el hombre contemporáneo*, Buenos Aires, Hormé, 1968.
- Boehm, F. (1922): "Beiträge zur Psychologie der Homosexualität: ein Traum eines Homosexuellen", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 8.
- Chadwick, M. (1925): "Über die Wurzel der Wissbegierde", *Int. Z. f. Psychoanal.*, II. Resumen en *Int. J. Psycho-Anal.*, 6.
- Deutsch, H. (1925): "La psicología de la mujer y su relación con la función reproductora", en R. Fliess (comp.), *Escritos psicoanalíticos fundamentales*, Barcelona, Paidós, 1981.
- (1933): "Zur Psychologie der manisch-depressiven Zustände", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 19.
- Fenichel, O. (1928): "Über organilibrinöse Begleiterscheinungen der Triebabwehr", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 14.

- Ferenczi, S. (1912a): "Construcciones transitorias de síntomas durante el análisis", en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- (1912b): "La representación simbólica de los principios del placer y de la realidad en el mito de Edipo", *ibíd.*
- (1913): "Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad", *ibíd.*
- (1921a): "El simbolismo del puente", en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- (1921b): "Observaciones psicoanalíticas sobre el tic", *ibíd.*
- (1924): *Thalassa: A Theory of Genitality*, Nueva York, Psychoanalytic Quarterly, Inc., 1938.
- Freud, A. (1927): *Psicoanálisis del niño*, Buenos Aires, Hormé, 1965.
- Freud, S. (Las referencias son a *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 24 vols., 1976-1985.)
- (1900): *La interpretación de los sueños*, 4-5.
- (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, 7.
- (1908): "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", 9.
- (1909a): "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", 10.
- (1909b): "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", 10.
- (1910): *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, 11.
- (1911): "Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico", 12.
- (1912): "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", 11.
- (1913): *Tótem y tabú*, 13.
- (1914): "Introducción del narcisismo", 14.
- (1915a): "La represión", 14.
- (1915b): "Lo inconciente", 14.
- (1915c): "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", 14.
- (1916-17): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, 15-16.
- (1917): "Duelo y melancolía", 14.
- (1918): "De la historia de una neurosis infantil", 17.
- (1920): *Más allá del principio del placer*, 18.
- (1923): *El yo y el ello*, 19.
- (1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo", 19.
- (1925): "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", 19.
- (1926a): *Inhibición, síntoma y angustia*, 20.
- (1926b): *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, 20.
- (1930): *El malestar en la cultura*, 21.
- (1931): "Sobre la sexualidad femenina", 21.

- (1933): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 22.
- Glover, E. (1932): "A Psycho-Analytic Approach to the Classification of Mental Disorders", en *On the Early Development of Mind*, Londres, Baillière, 1956.
- Groddeck, G. (1922): "Der Symbolisierungszwang", *Imago*, 8.
- Gross, O. (1902): *Die Cerebrale Sekundärfunktion*.
- Hárnik, J. (1928): "Die ökonomischen Beziehungen zwischen dem Schuldgefühl und dem weiblichen Narzissmus", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 14.
- Hollós, I. (1922): "Über das Zeitgefühl", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 8.
- Hug-Hellmuth, H. von (1921): "On the Technique of Child Analysis", *Int. J. Psycho-Anal.*, 2.
- Isaac, S. (1934): "Anxiety in the First Year of Life", trabajo inédito leído en la Brit. Psycho-Anal. Soc.
- (1936): "Habit" en *On the Bringing up of Children*, comp. por J. Rickman, Londres, Kegan Paul.
- Jokl, R. (1922): "Zur Psychogenese des Schreibkrampfes", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 8.
- Jones, E. (1916): "The Theory of Symbolism", en *Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Baillière, 2ª ed. 1918 - 5ª ed. 1948.
- Klein, M. [Se indican, para cada trabajo, los datos correspondientes a la primera publicación, y a continuación, entre corchetes, el tomo de estas *Obras completas* en que ha sido reproducido.]
- (1921): "El desarrollo de un niño", *Imago*, 7. [I]
- (1922): "Inhibiciones y dificultades en la pubertad", *Die neue Erziehung*, 4 [I]
- (1923a): "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 9 [I]
- (1923b): "Análisis infantil", *Imago*, 9 [I].
- (1925): "Una contribución a la psicogénesis de los tics", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 11, [I]
- (1926): "Principios psicológicos del análisis infantil", *Int. J. Psycho-Anal.*, 7. [I].
- (1927a): "Simposium sobre análisis infantil", *Int. J. Psycho-Anal.*, 8. [I]
- (1927b): "Tendencias criminales en niños normales", *Brit. J. med. Psychol.*, 7. [I].
- (1928): "Estadios tempranos del conflicto edípico", *Int. J. Psycho-Anal.*, 9. [I]
- (1929a): "La personificación en el juego de los niños", *Int. J. Psycho-Anal.*, 10. [I].
- (1929b): "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador", *Int. J. Psycho-Anal.*, 10, [I].
- (1930a): "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", *Int. J. Psycho-Anal.*, 11, [I].

- (1930b): “La psicoterapia de las psicosis”, *Brit. J. med. Psychol.*, 10. [I].
- (1931): “Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 12. [I].
- (1932): *El psicoanálisis de niños*, Londres, Hogarth. [II].
- (1933): “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño”, en S. Lorand (comp.), *Psychoanalysis Today*, Nueva York, Covici-Friede. [I].
- (1934): “Sobre la criminalidad”, *Brit. J. med. Psychol.*, 14 [I].
- (1935): “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 16 [I].
- (1936): “El destete”, en J. Rickman (comp.), *On the Bringing Up of Children*, Londres, Kegan Paul. [I].
- (1937): “Amor, culpa y reparación”, en *Amor, odio y reparación*, con J. Riviere, Londres, Hogarth. [I].
- (1940): “El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 21. [I].
- (1945): “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 26. [I].
- (1946): “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 27. [III].
- (1948a): *Contribuciones al psicoanálisis*, Londres, Hogarth. [I].
- (1948b): “Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 29. [III].
- (1950): “Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 31. [III].
- (1952a): “Los orígenes de la transferencia”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 33. [III].
- (1952b): “La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello”, *Psychoanal. Study Child*, 7. [III].
- (1952c): “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”, en M. Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Londres, Hogarth. [III].
- (1952d): “Observando la conducta de bebés”, *ibid.* [III].
- (1955a): “La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado”, en M. Klein y otros, *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Londres, Tavistock. [III].
- (1955b): “Sobre la identificación”, *ibid.* [III].
- (1957): *Envidia y gratitud*, Londres, Tavistock. [III].
- (1958): “Sobre el desarrollo del funcionamiento mental”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 29. [III].
- (1959): “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia”, *Hum. Relations*, 12. [III].
- (1960a): “Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 41. [III].

- (1960b): “Sobre la salud mental”, *Brit. J. med. Psychol.*, 33. [III].
- (1961): *Relato del psicoanálisis de un niño*, Londres, Hogarth. [IV].
- (1963a): “Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*”, en *El sentimiento de soledad y otros ensayos*, Londres, Heinemann. [III].
- (1963b): “Sobre el sentimiento de soledad”, *Ibid.* [III].
- Lewin, B. (1933): “The Body as Phallus”, *Psychoanal. Quart.*, 2.
- Middlemore, M. P. (1936): “The Uses of Sensuality”, en *On the Bringing up of Children*, comp. por J. Rickman, Londres, Kegan Paul.
- van Ophuijsen, J. H. W. (1920): “On the Origin of the Feeling of Persecution”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 1.
- Rado, S. (1928): “The Problem of Melancholia”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 9.
- Rank, O. (1912): *Das Inzestmotiv in Dichtung und Sage*, Leipzig y Viena, Deuticke.
- Rank, O. y Sachs, H. (1913): *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften*, Wiesbaden, Bergmann.
- Reich, W. (1927): *La función del orgasmo*, Buenos Aires, Paidós, 1955.
- Reik, T. (1925): *Geständniszwang und Strafbedürfnis*, Viena, Int. Psychoanal. Vlg.
- Rivière, J. (1937): “Odio, voracidad y agresión”, en *Amor, odio y reparación*, con M. Klein, Buenos Aires, Hormé, 1969.
- Sadger, J. (1920): “Über Prüfungsangst und Prüfungssträume”, *Int. Z.f. Psychoanal.*, 6.
- Schmideberg, M. (1930): “The Rôle of Psychotic Mechanisms in Cultural Development”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 11.
- (1931): “A Contribution to the Psychology of Persecutory Ideas and Delusions”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 12.
- Sharpe, E. (1930): “Certain Aspects of Sublimation and Delusion”, en *Collected Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth, 1950.
- (1936): Contribución en *On the Bringing up of Children*, comp. por J. Rickman, Londres, Kegan Paul.
- Sperber, H. (1915): “Über den Einfluss sexueller Momente auf Entstehung Entwicklung der Sprache”, *Imago*, 1.
- Spielrein, S. (1922): “Die Entstehung der kindlichen Worte Papa und Mama”, *Imago*, 8.
- Stärcke, A. (1919): “Die Umkehrung des Libidovorzeichens beim Verfolgungswahn”, *Int. Z.f. Psychoanal.*, 5.
- Stekel, W. (1923): *Conditions of Nervous Anxiety and their Treatment*, Londres, Kegan Paul.

Strachey, J. (1930): "Some Unconscious Factors in Reading", *Int. J. Psycho-Anal.*, 11.
Symposium of Child Analysis (1927): *Int. J. Psycho-Anal.*, 8.

LISTA DE PACIENTES

C. (adulto), 381-86.
Niño delincuente (sin nombre), 189-92.
D (adulto), 365-70.
Dick, 226-34.
Erna, 145 y nota, 168-69, 205-07, 208, 211.
Ernst, 74, 75 nota 12, 77, 79, 80, 83-4.
Félix, 72, 75, 83, 84, 89 nota 3, 93-4, 101, 112-14, 116-28, 129, 130-31, 133-35.
Fritz, 27-44, 16-32, 41-56, 59 nota, 60, 61, 62, 73, 75, 76-78, 81-82, 89, 93, 102-13, 115, 149.
Jorge, 207-09, 212.
Gerald (mencionado sin nombre), 164, 166-67, 209, 179-81, 188, 213.
Grete, 74, 78 y nota 17, 83, 112.
John, 241-51.
Lisa, 77-78, 82-83.
Peter, 183, 185-87, 188, 190.
Ricardo, 372-99, 443.
Rita, 397-406, 139, 141, 207-9, 212, 301, 444.
Ruth, 144.
La señora A (adulto), 357-63.
La señora H (adulto), 112.
Trude, 137, 140.
Walter, 135-6.
Werner, 128-35, 136.
X (adulto), 279-80.
Y (adulto), 281.